S. G. DE GRAAF

EL PUEBLO DE LA PROMESA

TOMO III

El ministerio y la muerte de Cristo

Traducido por
Humberto Casanova R.

SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA

EL PUEBLO DE LA PROMESA

Publicado por primera vez en holandés bajo el título *Verbondsgeschiedenis* por J. H. Kok de Kampen.

Esta versión fue traducida del inglés que lleva por título *Promise and Deliverance, III*, publicado por Paideia Press de St. Catharines, Ontario, CANADA, (1979) con su permiso.

ISBN 1-55883-067-7

Distribuido por:
T.E.L.L.
Apartado Postal 28
Jenison, Michigan, EE.UU. 49528

Contenido

Mateo: El camino hacia el poder

Marcos: La venida del Rey

Marcos: ¿Quién es este hombre?

Marcos: El conflicto aumenta

Marcos: Su partida desde Jerusalén

Lucas: La venida del Santo

Lucas: El misericordioso sumo sacerdote

Lucas: La revelación de la necesidad de la vida

Lucas: El cordero que fue inmolado

Introduccion del traductor al inglés

La publicación del tomo III de la obra de S.G. De Graaf, *Promise and Deliverance*, inicia una nueva etapa de esta extraordinaria empresa. Nos lleva al Nuevo Testamento, donde llega a su plenitud la proclamación del reino de la gracia de Dios en su Ungido (el Mesías, el Cristo).

No es más que natural que los cristianos quieran ir inmediatamente a la porción de la Escritura que denominamos El Nuevo Testamento. Y en una obra como la de De Graaf estarán ansiosos de leer lo que el autor dice sobre el Nuevo Testamento. Por supuesto que tenemos amplia justificación por esta preferencia. En la introducción a toda su obra, De Graaf escribe: "Toda la Escritura es la autorrevelación de Dios . . ." y, "Como consecuencia del pecado no hay revelación de gracia sino en el Mediador", y añade, ". . . El Mediador [es] también la cabeza del pacto, el segundo Adan" (tomo I, pp. 21, 23). De aquí podemos ver que es en el Nuevo Testamento donde encontramos la revelación más completa y clara de todas estas cosas. Es a la luz de esto que debemos entender la afirmación enigmática de Jesús en cuanto a que el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que Juan el Bautista (véase cap. 8 de este tomo).

Por cierto, dado que todos nosotros vivimos en el período de la historia posterior a la revelación plena y completa de la gracia de Dios, es del todo natural que toda persona, sea creyente o simpatizante, que quiera aprender lo que significa la religión cristiana, se vuelva automáticamente al Nuevo Testamento.

Así que, no cabe duda que habrá gente que empezará a leer De Graaf a esta altura. Esto es bueno, a excepcíon de que descubrirán casi de inmediato no sólo que la Escritura es una unidad sino que la revelación que Dios

hace de sí mismo en el Mediador y en su pacto con su pueblo tiene una larga historia que el Nuevo Testamento da por sentada y que los lectores *deben* conocer a fin de que el Nuevo Testamento pueda entregarles su revelación en forma cabal. Aun el reino de gracia que Juan el Bautista anunciaba y que Jesús vino a proclamar está firmemente fundado en el pacto que Dios hizo con el hombre al principio.

Dado que la revelación que Dios nos ha dado de sí mismo sólo puede entenderse a la luz de la valiosa acumulación y preservación de esta revelación dentro de la comunidad del pacto, los lectores que empiezan a leer esta obra en el presente tomo desearán volver a los dos anteriores una y otra vez. Con frecuencia la exposición de De Graaf nos sugerirá cómo hacerlo en forma provechosa. Este es también el lugar para expresar mi convicción de que es muy recomendable leer el Prefacio y la Introducción del propio De Graaf (tomo I pp. 15–26) una y otra vez, no importa cuál de los cuatro tomos estemos leyendo.

En forma notable el Nuevo Testamento anuncia la liberación total de la vida. Este es el significado de la proclamación del reino en el cual la gracia de Dios gobierna, el reino en el cual Cristo, el Ungido de Dios, es el rey. La *promesa* del Antiguo Testamento ha llegado a ser verdaderamente la *liberación* del Nuevo Testamento. Esto habla a las necesidades más profundas del ser humano.

La verdadera libertad, libertad en el sentido que la revelación de Dios le da, es más que libertad *de*. En esto vemos la superioridad de la verdadera libertad en comparación con toda la habladuría sobre "liberación" que hoy vemos entre los revolucionarios, quienes no logran ver con qué quedan después de su revolución; quedan con un hombre pecaminoso. La libertad que Cristo otorga es la libertad de nuestra esclavitud al pecado (por medio de la renovación del corazón), a fin de que vivamos *de toda palabra que sale de la boca de Dios*. Esa es la verdadera libertad—vivir en conformidad a la voluntad de Dios. Esto incluye las palabras de la ley (a menudo llamadas ordenanzas o decretos), por las que Dios dio estructura a su creación al principio (véanse Sal. 119:91; Pr. 8:29). A través del Espíritu de Cristo, el Espíritu de santidad, recibimos un nuevo corazón en base a la obra de Cristo. Recibimos un corazón que ama a Dios por lo que él es y que por eso se somete a toda palabra de Dios dada para nuestra redención y bienestar. Al sometemos de esta forma, llegamos a estar en unión con la voluntad de Dios, lo que trae una pacífica armonía en toda la creación. Sólo entonces podemos gozar de shalom, bendición, libertad.

A fin de poder entender bien este punto junto con lo que De Graaf tiene que decirnos sobre él, es necesario que comentemos brevemente sobre dos aspectos de la obra de Cristo. Estos dos aspectos recuerdan el carácter de pacto que tiene la religión bíblica, y nos recuerdan nuevamente que debemos mirar al Nuevo Testamento como a la porción más nueva del Libro del Pacto. Poco importa el hecho que la palabra *pacto* aparezca poco en el Nuevo Testamento, ya que la relación de pacto continúa. Además, la palabra sí aparece en pasajes cruciales, tales como Mt. 26:28 y paralelos (cf. Ex. 24:8 y Heb. 10:29), 1 Co. 11:25; Ef. 2:12 y Heb. 8:6. *Diathéke*, la palabra griega que traduce el hebreo *berith* (pacto), apunta a la iniciativa divina en este pacto (véase tomo I, p. 292 y p. 123 de este tomo).

De Graaf nos dice que una de las razones por qué la palabra *pacto* no se usa tanto en el Nuevo Testamento es que "el interés en los Evangelios está centrado en Cristo, la cabeza del pacto. Toda la luz se concentra en él". Cristo vino a este mundo como Mediador de nuestra redención. El es el segundo y último Adán. El era el nuevo representante de su pueblo del pacto. El soportó el juicio de Dios por el pecado en el lugar de todos que están en él al creer en él. Pero también él vivió una vida totalmente justa. Cristo ofreció a su padre esta vida de justicia en favor de su pueblo, una justicia demandada por las condiciones del pacto. Aunque nació de María, vivió una vida completamente justa, porque fue engendrado por Dios. Escuchemos lo que el ángel dice a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lc. 1:35).

Cristo fue el Santo, sujeto en corazón y vida a toda palabra de su Padre. Tal como dijera en su bautismo, él vino a cumplir toda justicia, a satisfacer todas las demandas de la ley, y a guardar todas las condiciones del pacto, y así a ganar, como hombre, la vida eterna. Pero esto lo hizo como cabeza del pacto; lo hizo como nuestro representante y sustituto. Sobre la base de la fidelidad de nuestro Mediador en el pacto, su Santo Espíritu nos da un nuevo corazón, uniéndonos así por la fe con Cristo en su santidad. Nuestras vidas aquí y ahora han de ser en todos sus aspectos un crecimiento en aquel que es nuestra Cabeza, a saber, Cristo (véase Ef. 4:15). Por tanto, él es nuestra justicia y nosotros somos libres, súbditos del reino donde la palabra y la gracia de Dios gobiernan. Revolucionarios del mundo, ¡unámonos! ¡Unámonos en escuchar la palabra liberadora de Cristo y en someternos al gobierno *justo* y misericordioso de la Palabra de Dios! Es palabra más sana que la de Rousseau, Marx, Lenin o del Che Guevara,

porque la palabra del Mediador de nuestra salvación es la palabra de aquel que es también la palabra de la creación.

La segunda cosa que debemos notar es que Cristo también es el Ungido de Dios. *Cristo* y *Mesías* son más bien títulos, no nombres. El primero es el término griego que significa el *ungido*, y el segundo es el término hebreo con el mismo significado. En Hechos 10:38, leemos, "Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder Jesús de Nazaret". De manera que este título apunta a la idea de oficio tal como lo encontramos en la Escritura. Efesios 4, que ya mencionamos arriba, habla de varios oficios, aunque la palabra *oficio* no se usa. En el Antiguo Testamento leemos de hombres que eran ungidos para ser profetas, sacerdotes y reyes.

La palabra "oficio" en la Escritura significa que Dios le asigna al hombre, como su siervo, una tarea concordante con su posición de criatura que lleva la imagen de Dios. También significa que el hombre recibe la autoridad o derecho de realizar este servicio en el nombre de Dios y con libertad. Se le encomienda al hombre que preserve el orden, orden que ya fue establecido en la creación. Deberá desarrollar libremente y dentro del marco de este orden toda la potencialidad de esta creación.

Cuando Adán cayó y fue privado así de su oficio, el oficio mismo no desapareció de la vida humana. Este oficio fue restaurado inmediatamente, ya que en el consejo de Dios, Cristo estaba presto a aceptar el oficio de Mediador y cabeza del pacto. Estas fueron las tareas que Dios le dio y que él voluntariamente aceptó, recibiendo autoridad para ello. Por ejemplo, Jn. 10:18 habla de la autoridad (en griego: *exousia*) que Cristo recibió del Padre como su representante comisionado para dar su vida y volverla a tomar.

Cristo vino al mundo con una misión. "He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad". Como el nuevo encargado Cristo hizo todo lo que el primer Adán debió haber hecho y sufrió todo lo que Adán debió haber sufrido por profanar su oficio. Unidos a Cristo como miembros de su cuerpo, nuestra vida entera debe ser un servicio a Dios y una demostración del amor y solicitud que Dios tiene hacia sus criaturas.

Ahora bien, Dios está reconciliando al mundo consigo mismo a través de una gran variedad de ministerios. En Pentecostés su pacto fue abierto para todas las naciones. De Graaf escribe que el primer capítulo de la Biblia nos revela "ante todo . . . el reino de Dios. . . . Este reino era un reino de paz. El mundo era semejante a un gran templo que Dios había escogido para habitar y favorecer con sus bendiciones" (tomo I, pp. 29, 34). Uno de los temas que la obra de De Graaf repite una y otra vez es que toda la creación,

que ahora gime bajo el peso del pecado, está siendo restaurada para ser un templo santo, y todo esto a causa de la redención obrada por Cristo.

La preocupación de De Graaf en estos tomos es cómo enseñar a nuestros niños la historia bíblica. Pero yo quisiera llamar la atención para que el lector note algunas palabras de su prefacio: "Estos bosquejos están dedicados a personas que están estudiando las Escrituras para comprender la Palabra de Dios *antes* de empezar a contar la historias" (tomo I, p. 16). Estas palabras, creo yo, indican el significado más amplio de estos tomos.

Cuando escribí la Introducción al primer tomo, hace dos años atrás, sugerí que a causa de la perspectiva que este autor tiene, esta obra podría servir de ayuda a cristianos recién convertidos y a los jóvenes de latinoamerica y a las nuevas naciones de Africa y Asia, quienes podrían estar pensando en sí mismos como revolucionarios sociales, siendo que lo que realmente están haciendo es gritar angustiosamente por el derecho y la justicia, por la paz social y económica (tomo I, pp. 13–14). Estoy muy agradecido a nuestro Dios, quien guarda el pacto, no sólo porque ya se hayan vendido más de veinticinco mil copias [en inglés] en sólo dos años, sino que especialmente porque esta obra se está traduciendo ya al español y al chino. Sólo puedo orar y esperar que pronto nos enteramos de esfuerzos por producir traducciones en japonés, coreano, árabe, francés y los idiomas de Africa, India e Indonesia.

Mi esposa y yo queremos dedicar esta parte del trabajo, que juntos hemos hecho, a nuestros preciosos nietos, cuyo número crece. Oramos fervientemente que ellos también en medio de estos tiempos malos puedan crecer "en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo".

H. Evan Runner

Mateo:
La venida de Cristo al mundo

1: Dado por Dios

Mateo 1

Al igual que el Antiguo Testamento, el Nuevo también es un libro del pacto. Es cierto que la palabra *pacto* no se usa tanto en el Nuevo Testamento, pero la relación de pacto continúa. Al principio Cristo sólo fue enviado a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Cada vez que gentiles se le acercaban, él exigió que primero se reconociera el pacto de Dios con Israel. Pero en el día de Pentecostés el pacto fue abierto para todos. Israel vino a ser un pueblo entre muchos, ni más ni menos. Ingresaron a la comunidad del pacto creyentes de todas las naciones. Los gentiles, como ramas silvestres, fueron injertados al olivo cultivo, el pueblo del pacto del Antiguo Testamento. Por tanto el antiguo pacto realmente continuó el nuevo. (Sobre este punto véase especialmente la carta a los hebreos). Además, cada vez que la Biblia habla de Cristo como nuestra Cabeza, o cuando habla de que Dios se preocupa de nosotros en Cristo (lo que constituye el solo contenido de toda la Biblia), ella está subrayando aquella relación de pacto.

Hay otras razones por las que la palabra *pacto* se usa con menos frecuencia en el Nuevo Testamento. En primer lugar el interés de los Evangelios se centra en Cristo, la Cabeza del pacto. Todo enfoca en él. Este hecho debe gobernar nuestra interpretación de las Evangelios. La autorrevelación de Cristo nos confronta por todas partes.

En segundo lugar, el Nuevo Testamento pone mucho más énfasis sobre la vida individual del creyente que lo hace el Antiguo Testamento. Este énfasis no significa que podemos descuidar la comunión del pueblo del pacto tal como es revelado en el Antiguo Testamento. Lo que sucede es que la revelación divina tiene mucha pedagogía; una vez que el Antiguo Testamento ha establecido suficientemente la comunión del pueblo en el pacto, el Nuevo Testamento enfoca la atención en el valor de cada vida individual dentro de dicha comunidad.

La tercera razón por la que la palabra *pacto* aparece con menos frecuencia en el Nuevo Testamento es que ahora el énfasis recae en el reino de Dios, ahora proclamado tanto por Juan el Bautista como por Cristo mismo. Este reino, tipificado en el reino de Israel y presente en la profecía del Antiguo Testamento, ahora se anuncia explícitamente. Su venida está ligada a la dispensación del nuevo pacto y el de-

rramamiento del Espíritu Santo. Este derramamiento significa en parte que la creación se abre para que el hombre la use en el nombre del Señor y tenga dominio sobre ella. Este dominio permite al hombre vislumbrar el reino que finalmente ha llegado. Cuando es proclamado el reino, no es abandonado el pacto. El dominio sobre la creación se ejerce a través de nuestra comunión unos con otros y con Cristo, nuestra Cabeza, y con Dios a través de Cristo.

No deseo intentar construir una armonía de los Evangelios. Cada Evangelio nos cuenta una historia particular con un propósito específico, propósito que está ligado al propósito que tiene ese Evangelio en particular. Por otra parte, tampoco es bueno tratar la obra de Cristo por áreas geográficas. El procedimiento que seguiremos aquí es simplemente el de tratar una serie de acontecimientos de cada Evangelio. En lo posible, he tratado de evitar repetir las historias. Este método tiene la ventaja de que cada año puede tratarse un Evangelio diferente.

El capítulo uno de Mateo se concentra en la genealogía de José, quien, al igual que María, pertenecía a la casa de David. La línea de José era la que formalmente reconocían los judíos. El niño Jesús fue formalmente registrado como hijo de José y, como tal, hijo de David. Esto nos acerca más al significado de la genealogía.

El niño Jesús no era el hijo de José, el descendiente de David. Sin embargo, José (y con él la casa de David) recibiría a este niño como suyo. Por otra parte, el niño sí era de la casa de David a través de María.

Esto nos dice que Cristo tiene una doble relación para con nosotros. Por un lado, él es uno de nosotros, por ser de la carne y sangre de María. Por otro lado, no tiene ancestro humano, pues fue concebido por el Espíritu Santo. Es el Santo, un extraño al pecado. Puesto que él es un extraño para nuestra naturaleza pecaminosa debemos recibirle en fe a fin de que nos santifique, así como José tuvo que tomar en sus brazos al niño que no era suyo.

En esta genealogía la atención se centra no tanto en María, sino en José. En Israel fue conocido Cristo como hijo de José. Esto concuerda con el propósito del Evangelio de Mateo que fue escrito para judíos, quienes reconocían el linaje davídico de José.

Pensamiento clave: *El Salvador es dado por Dios*

Hijo de Abraham, hijo de David. En los tomos I y II de esta obra traté la historia del antiguo pacto, en la cual todo apuntaba al Redentor que vendría, al Redentor prometido de antaño. Según la promesa él surgiría de Israel, siendo un hijo de Abraham. Más adelante la revelación nos indicaba que sería de la familia de David. Todo lo que se prometió a Abraham y David se cumpliría en Cristo.

Dios había prometido a Abraham que en su simiente todas las naciones serían benditas. Cristo, el gran hijo de Abraham, sería la bendición de las

naciones. El traería libertad a todos los pueblos, libertad del pecado y libertad para tener comunión con Dios. Esto lo haría haciendo expiación por el pecado.

David había recibido el reino de Israel. Con ello también recibió la promesa que su hijo se sentaría por siempre en su trono. Esta promesa también podía cumplirse solamente en Cristo, ya que ningún otro hombre podría reinar para siempre. Cristo sería rey eterno y reinaría sobre este mundo a fin de santificarlo y restaurarlo para Dios.

En el transcurso de la historia, el esplendor de la casa de David había sido opacado por sus propios pecados y los de todo el pueblo. El pecado había ido a tal extremo que tanto rey como pueblo fueron llevados al cautiverio. Llegaron a ser extranjeros en la tierra.

Por cierto, el pueblo volvió a Canaán después de setenta años, pero esta restauración era temporal y provisoria. La casa de David nunca recuperó su gloria dentro del período del Antiguo Testamento. Israel nunca recobró todo el control de su tierra, sino que más bien sirvió a tiranos extranjeros.

Cristo devolvería la tierra a su pueblo. Sólo que Cristo consideró a todas las naciones como su pueblo y no tan sólo a Israel. Por naturaleza somos extranjeros en esta tierra y servimos a tiranos extranjeros, como Satanás y el pecado. Cristo vino para restaurarnos la completa posesión de la tierra.

En Israel las genealogías se mantenían siempre al día, proveyendo así registros precisos sobre el linaje de Cristo como hijo de Abraham. También podemos trazar su linaje a través de cierta rama de la casa de David.

En las vidas de muchos de los antepasados de Cristo encontramos tipos de Cristo y profecías vivientes que apuntan a él. En el caso de su genealogía se invierte el patrón usual. En contraste con otras genealogías, el descendiente, esto es, Cristo, fue preeminente sobre sus antepasados, y no viceversa.

Concebido por el Espíritu Santo. Finalmente, después de largos siglos de espera, había llegado el tiempo en que Cristo naciera. A su llegada no había gran expectación, como se ve en que la casa de David casi se había echado del todo al olvido.

Había un hombre llamado José que vivía en Nazaret de Galilea. Pertenecía a la casa de David, pero esto no significaba ningún honor para él, ya que sólo era un simple carpintero del pueblo de Nazaret. Quizás había venido de otra parte para recidir en Nazaret y establecer allí su negocio.

José estaba comprometido con una joven del lugar llamada María, a quien el Señor quería dar un hijo. Un ángel del Señor se lo había comunicado. Pero ese era un tipo de milagro que ella no contaría a nadie, ni siquiera a José. ¿Quién le hubiera creído? ¡El niño iba a nacer por un milagro del Espíritu Santo!

Tenía que pasar así, porque si el niño venía al mundo del modo normal, sería un pecador igual que nosotros. Entonces no podría haber sido nuestro Redentor, sino que él mismo sería vencido por el pecado. ¿No habían fracasado por ser pecadores, todos los líderes y reyes de Israel en redimir a la nación?

El niño tendría que ser capaz de hacer lo que ninguno de sus antepasados pudo hacer: tenía que ser el Santo, nacido por un milagro del Espíritu Santo.

José se dio cuenta que María iba a tener un hijo. Pero él no era el padre del niño. José y Maria todavía no se habían casado, y José no sabía nada de lo que el ángel le había dicho a ella. El no sabía del gran milagro que había ocurrido por concepción divina.

José pensó que Maria había manchado su nombre y honor, pero no quería acusarla públicamente. Era un hombre que obedecía los mandamientos de Dios. Pero como no podía enfrentar esta desgracia, decidió romper el compromiso privadamente e irse del pueblo.

Maria debió haberse dado cuenta de lo que José pensaba. Aun así no se atrevía a contarle el secreto. Era demasiado maravilloso e increíble. ¡Cuánto habría orado pidiendo al Señor ayuda y luz, especialmente por José! Y el Señor contestó su oración.

Un mandamiento divino. Después de habérsele aparecido a María para predecir el nacimiento del niño, el ángel se le apareció a José en sueños. El Señor estaba hablando a su pueblo otra vez. No había hablado por cuatrocientos años. Pero ahora que el Redentor nacería el Señor hablaba de nuevo. El ángel le reveló a José el secreto que el niño había sido concebido por un milagro del Espíritu Santo. El ángel también ordenó a José que no temiera recibir a María como su esposa. El embarazo de María no era una desgracia, sino un milagro. Una vez nacido el niño, José debía aceptarle como su propio hijo.

El nombre que José debía darle era *Jesús*, lo que significa *Salvador* o *Redentor*. El ángel dijo que Jesús redimiría a su pueblo de sus pecados. Los juntaría de todas las naciones y haría expiación por sus pecados, libertán-

dolos así para servir al Señor. Tanto el nombre como la explicación de su significado, que el ángel le dio a José, le dejaron bien en claro que se trataba de un milagro. El Redentor iba a nacer en una forma muy misteriosa. El Redentor venía como un regalo de Dios.

A pesar de todo, José fue perturbado por la orden del ángel. Debería aceptar al niño como hijo suyo. Debería tomar a María y al niño que ella traía en el vientre a su hogar, a pesar de que él no era el padre del niño. ¿Aceptaría a este niño de todo corazón como a su propio hijo? Si tan sólo José pudiera ver a este niño como un regalo de Dios, ¡el más grande regalo de su vida! Si sólo José pudiera reconocer que el niño era un regalo para la casa de David, a la que él pertenecía, y para el pueblo de Israel y, finalmente para todo el mundo, entonces lo aceptaría gozoso.

Nosotros debemos aceptar este don con el mismo espíritu. El Redentor debía nacer milagrosamente. No podía nacer como cualquier otro ser humano, porque eso lo hubiera hecho tan depravado como lo somos nosotros. El hecho de que tuviera que nacer de esta forma implica una condenación y rechazo de toda nuestra vida pecaminosa. Con todo, esta es la forma en que debemos recibirlo, como al Santo, porque sólo así podrá redimir nuestras vidas y reconciliarnos con Dios. Todo el mundo también debe recibirlo así.

La obediencia de la fe. José obedeció la palabra del ángel que traía el mensaje de Dios. Se casó con María y más tarde nació el niño. Lo aceptó como a su propio hijo y le dio el nombre de *Jesús*. Lo hizo por fe en la palabra del ángel.

Imagínese a José allí con el niño en sus brazos. El lo consideraba el más grande tesoro de su vida, mas precioso que cualquier otra cosa. ¡Qué gozo más grande era recibir al niño en su hogar y reconocerlo como Redentor! José y María tuvieron el privilegio de ser los primeros en reconocerlo.

Así fue como Dios trajo a su Hijo a este mundo y lo dio a la humanidad. Debemos hacer lo que José hizo, tomar al niño en nuestros brazos, reconocerlo por fe como el Redentor y llamarlo Jesús. El es *nuestro* Redentor también.

2: Epifanía

Mateo 2

La fiesta de la Epifanía ha estado asociada muchas veces con la venida de los magos del Oriente. La tradición popular a menudo pinta a tres sabios buscando al rey recién nacido. La tradición nos quiere hacer creer que después de una busqueda exitosa ellos *aparecieron* delante de Cristo. Después de todo, ¿no es que la palabra *epifanía* significa aparición? ¡Pero eso no fue lo que pasó! ¡Fue Cristo, o más bien la gracia de Dios la que se les apareció a ellos! ¡Fue la epifanía de Cristo, no la de ellos! Fue Dios el que primero los llamó y los trajo al establo.

No debemos tratar de recargar los primeros dos versículos de Mateo 2 con suspiciones como esta, que la gente del oriente había recibido una revelación especial, o que el oriente sabía y esperaba al Mesías debido a que lo supieron cuando Israel estuvo cautivo en Babilonia. La Escritura nada nos dice sobre estas cosas.

Tenemos que trabajar con los datos que la Biblia misma nos proporciona. Los sabios vieron una estrella o un fenómeno especial en cielo estrellado. Como buenos astrólogos paganos empezaron a calcular y a concluir que un rey muy especial había nacido entre los judios. Entonces fueron a Jerusalén para ver si sus cálculos eran correctos. En gran medida, los sabios sólo buscaban sus propios intereses al hacer este viaje; querían corroborar la exactitud de su ciencia. Entre líneas podemos leer la tensión, cuando leemos "Porque su estrella hemos visto en el oriente".

No niego que el Espíritu Santo guiara a estos hombres, aun a pesar de ellos mismos. El amor divino usó esta estratagema, porque estaba ansioso de revelarse a las naciones.

Solamente cuando llegaron a Jerusalén y conversaron con los israelitas recibieron mayor información. Se dieron cuenta que nada se sabía del nacimiento del rey hasta que escucharon la promesa del Mesías. Esto operó un cambio en su forma de pensar. Su sabiduría pagana no los había conducido a Cristo. Su propia línea de razonamiento fue interrumpida y la Palabra de la promesa en Israel empezó a guiarles.

Cuando los sabios vieron otra vez la estrella en camino a Belén, ella adquirió un nuevo significado para ellos. Vino a ser una señal que acompañaba a la Palabra de la promesa. Cuando la

estrella se paró sobre Belén, no fue para indicar que ese era el lugar, porque el lugar todavía era incierto. Por el contrario, fueron los magos que se detuvieron. La Palabra de la promesa les dijo que habían llegado. Claro que la estrella también se detuvo. El movimiento de la estrella los guió mediante el ojo de la fe; la detención repentina de la estrella les confirmó que estaban en el lugar correcto.

Los sabios llegaron a Jerusalén como astrólogos. Allí empezaron a creer en la Palabra de la promesa. Cuando la Escritura nos habla del gran gozo que tuvieron es para aclararnos que ahora miraban a la estrella de manera distinta. Ya no confiaban más en sus propios cálculos, sino que creían en la palabra de Dios. La base de su fe estaba ahora en esa palabra. La estrella era sólo una confirmación de la palabra.

A pesar de que su fe era débil al principio, fue creciendo continuamente. Esto se puede ver en que abrieron sus tesoros a pesar de haber encontrado al niño en circunstancias muy diferentes a las que esperaban.

El hecho que Cristo estuviese escondido en Israel podría haber sido un tropiezo para los astrólogos al principio, pero este mismo hecho dio para ellos guía adicional. Cristo no era un rey como los otros; sólo podía ser conocido por medio de la fe, siendo el regalo de Dios, un regalo no recibido por todos. El era una "epifanía", una aparición. La revelación divina que les vino en sueños, diciéndoles que volvieran a su hogar por otro camino, hizo que los sabios llegaran a una convicción aun más profunda de todos estos hechos.

Mateo 2 da mayores explicaciones del ocultamiento de Cristo en Israel. Tuvo que huir de Belén. Todas las cosas maravillosas que habían ocurrido y que se habían dicho acerca de su nacimiento de repente llegaron a su fin en un baño de sangre. Una maldición pendía sobre este niño que impidió a todos que se hablara de él.

Después de volver de Egipto, José no quizo establecerse en Judea, puesto que los horrores del pasado podían ocurrir otra vez. Así que Cristo creció en un secreto total en la villa de Nazaret. La palabra *nazareno*, derivada de la palabra que en hebreo significa vástago (Is. 11:1), señala a este humilde encubrimiento, un don de Dios que sólo la fe puede ver.

Pensamiento clave: *Cristo, oculto al mundo, es revelado por Dios a su pueblo escogido.*

Dios usa la ciencia pagana. El niño prometido a María y José no nació en Nazaret, donde vivía María, sino en Belén. En Belén los ángeles anunciaron que el niño era el Salvador, pero estas buenas nuevas no se extendieron. No hubo heraldos que las proclamaran a lo largo de toda la tierra; ni siquiera fueron difundidas de persona a persona. El espíritu del

hombre simplemente no fue capaz de recibir y transmitir tan maravilloso mensaje. Así como una semilla sobre la roca, este evangelio no echó raíces.

De repente llegaron a Jerusalén un grupo de astrólogos orientales que dijeron haber visto una estrella especial que los hacía concluir que un rey había nacido entre los judios. Dijeron que habían venido a adorarle, a arrodillarse delante de él, puesto que era su costumbre ponerse de rodillas delante de los príncipes. Este rey obviamente era algo especial, ya que una estrella había anunciado su nacimiento.

Al nacer el Cristo el Señor había dado en el cielo estrellado una señal especial. Por sí solo, esto no era necesariamente un milagro, porque la gracia de Dios, que gobierna todas las cosas, controla también el curso de las estrellas. El Señor se las arregló para que esta señal especial coincidiera con el nacimiento de Cristo.

Los magos estaban acostumbrados a calcular el destino de los hombres del curso de las estrellas. Era sabiduría pagana que en la mayoría de los casos sólo era necedad. ¿Pero hay algo que el Señor no puede usar para guiar a su pueblo donde él quiere que vaya? Los cálculos de los astrólogos los llevaron a concluir que un rey muy especial había nacido entre los judíos. Sin que ellos se dieran cuenta Dios había guiado sus mentes en este asunto. Así fue como ellos llegaron a Jerusalén.

Es interrumpido el razonamiento de los magos. Si los magos hubiesen querido encontrar a Cristo (El Salvador del mundo, el don de la gracia de Dios en su pacto) habría sido necesario cambiar sus corazones, porque a Cristo sólo se le conoce por fe. Habían llegado a Jerusalén en busca de algo que maravillosamente confirmara sus estudios, pero Cristo no puede ser hallado por la arrogante sabiduría humana.

Su primera desilusión la encontraron en Jerusalén: nadie sabía nada acerca de este nacimiento. Un hombre edomita llamado Herodes gobernaba en Israel, un hombre cruel, arbitrario y desconfiado. Herodes se turbó cuando oyó que habían llegado los astrólogos, pues sabía de la promesa del Mesías. Se preguntaba, ¿Habría nacido el Mesías? Herodes sabía que todo su impío reinado estaba en conflicto con el reino de gracia del Mesías. Si *era* cierto que el Mesías había llegado, entonces el reinado de Herodes sería juzgado. Todas las autoridades de Jerusalén se turbaron con Herodes, ¿Sería cierto que el Mesías hubiera nacido sin que *ellos* lo supieran? Si el nacimiento se hubiera llevado a cabo con tanto secreto, quería decir que condenaba la forma en que ellos vivían. Así que la llegada de los astrólogos causó consternación a toda Jerusalén.

Los magos deben haber quedado extrañados con todo esto. Si este rey realmente había nacido, la reacción de parte de la gente era diferente de lo que ellos esperaban. Entonces algo empezó a cambiar dentro de ellos; Dios los guiaría aún más.

Entonces Herodes reunió al Sanedrín, la asamblea de los líderes del pueblo. Este era un asunto muy serio para Herodes. Les preguntó donde nacería el Cristo. Ellos estaban en la posición de informarle el lugar exacto: según la Escritura nacería en Belén.

Cuando Herodes se enteró del lugar envió a los magos un mensaje secreto para que fueran a su palacio. Allí recibirían más información sobre lo que buscaban. El fingió un sincero interés en el mensaje de los magos. Les dijo que este podría ser el cumplimiento de la promesa que el pueblo de Israel continuaba creyendo, la promesa de que el Redentor nacería entre ellos. Herodes informó a los magos que el Redentor nacería en Belén, y los instó a ir allá y buscarlo. También les pidió que si encontraban algo, volvieran para hacérselo saber.

Ansioso de que los magos partieran de Jerusalén, Herodes los despidió lo mas pronto posible. Tenía miedo que la presencia de ellos levantaría una sublevación popular. Y si el rumor acerca del Redentor era cierto, entonces había que tomar todas las precauciones necesarias.

Los magos partieron. Nadie de Jerusalén los acompañó. Herodes no tenía una fe que esperase algo bueno de la promesa mesiánica; lo único que sentía era temor, pero pensaba que las medidas que había tomado eran suficientes para protegerse. Pronto los líderes del pueblo volvieron en sí. Lo que decían los astrólogos no podía ser cierto, ya que si el Cristo hubiera nacido, ellos lo hubieran sabido.

Su orgullo les impidió recibir el evangelio de la redención. Pero, ¿hay alguno que es capaz de recibirlo? ¡Ni aun uno! Dios mismo nos tiene que mostrarlo.

Revelado a los paganos. Los magos deben haber sentido una extraña sensación cuando partieron de Jerusalén. Pronto llegarían a su destino, ya que Belén está a sólo ocho kilometros al sur de Jerusalén, y el camino no era difícil. Sin embargo, ¡qué diferente fueron las cosas al dejar Jerusalén! Habían sido guiados por su propio razonamiento antes de llegar a Jerusalén, pero ahora los guiaba la revelación profética de Dios a Israel. Anteriormente habían estado viajando con la esperanza de que Jerusalén los recibiera con gozo, pero ahora se daban cuenta que allí nadie sabía nada acerca del nuevo rey, que tampoco a nadie le interesaba el asunto. La fe en

la Palabra de Dios empezaba a apoderarse de ellos, pero la lucha de la fe también comenzaba.

Al anochecer vieron frente a ellos en el cielo sureño la estrella que habían visto en el oriente. Cuando siguieron su camino era como si la estrella se moviese delante de ellos, guiándolos. ¡Qué diferente era la forma en que miraban la estrella ahora, en contraste como lo hicieron en el oriente! Allá estuvieron ocupados calculando cuál sería el significado de la estrella sobre la base de su propia sabiduría pagana, pero ahora la contemplaban como algo que el Dios de Israel les mostraba para confirmar su fe.

¿No era una tontería proseguir su viaje después de la sorpresa en Jerusalén? Pero ahora, cuando miraron a la estrella, viajaron con gran gozo y con una fe que los ponía ansiosos y curiosos. ¿Qué encontrarían? ¿Quería Dios mostrarles algo que para Israel permanecía oculto? Sí, la fe también crece por medio de la espera.

Pronto llegaron a Belén. Allí se detuvieron, mientras que la estrella también se detuvo, confirmando que su deseo sería cumplido. La gente de Belén sabía más. Guiaron a los astrólogos a la casa donde estaban María y el niño. En aquella casa encontraron a una madre sencilla con un niño como cualquiera. Si Dios no los hubiera preparado para esto y si Dios no hubiera despertado fe en ellos, jamás habrían reconocido al niño como al rey de Israel y Salvador del mundo. Pero pudieron reconocerlo. Se arrodillaron frente al niño como lo harían frente a cualquier otro soberano. Este niño era para ellos el don de la gracia de Dios a las naciones. Si el don era sólo para Israel Dios no los habría guiado por medio de la estrella por caminos tan sorprendentes desde el oriente hasta este lugar.

Los magos habían traído tesoros de considerable valor. ¡Cuan diferente se habían imaginado la presentación de estos tesoros al príncipe! Con todo, abrieron sus tesoros y ofrecieron su oro, incienso y mirra con corazones llenos de adoración y fe. ¡Qué pequeños aparecieron sus regalos comparados con el inmensamente grande regalo que Dios les había dado! Sin embargo, ofrecieron sus dones en gratitud sincera al Señor.

Durante la noche Dios les reveló en sueños que no volviesen a Herodes, sino que debían volver a su tierra por otro camino. Con esto se dieron cuenta mucho más claramente que habían muchos en Israel que no conocían esta salvación y que incluso habían decidido rechazarla. Dios había revelado su salvación a extraños.

Por cierto, no todos en Israel la rechazarían. Dios no abandonaría a su pueblo, sino que extendería su pacto a todas las naciones, a fin de que todos los pueblos pudieran reconocer a Cristo como Cabeza del pueblo de Dios.

De estos naciones no todos reconocerían al Cristo, pero en los que creerían serían salvas dichas naciones. Los magos volvieron a su patria creyendo en la gracia que había sido revelada.

La expectación de Belén es sofocada con sangre. Muy pronto se le ordenó a José en sueños huir a Egipto con María y el niño, porque Herodes quería matar al niño. Herodes sintió que el reino de la gracia de Cristo amenazaba el suyo, así como Cristo amenaza todo aquello que poseemos o tratamos de poseer aparte de él, todo lo que no se usa para su gloria. Herodes odiaba al Prometido. Aun cuando no estaba del todo seguro que las expectaciones de los magos eran correctas, se sintió engañado cuando ellos no volvieron, a pesar de que ellos no le habían prometido nada.

¿Que habría detras de todo esto? Herodes temía lo desconocido. Debía hacer algo al respecto. No obstante, antes que pudiera hacer algo, el Señor puso al niño fuera del alcance de Herodes.

Cuando los magos no volvieron, Herodes mató a todos los niños menores de dos años que había en Belén y sus alrededores. ¡Que acción más brutal! ¿Cómo fue que los hombres de Herodes se prestaron a llevar a cabo esas órdenes? ¡Cómo llorarían las madres de Belén! Una vez antes, cuando Israel fue llevado en cautiverio, fue como si Raquel, madre de José y Benjamín, llorara por sus niños mientras veían que se los llevaban. Esto es como la Escritura habla de lo que pasó. Y ahora era como si la historia se repitiese de nuevo. ¿Será siempre el pueblo del pacto azotado tan despiadadamente? ¿Cómo podrían todavía asirse de la gracia de Dios?

Sólo podrían hacerlo si reconocían que Dios guiaba a los enemigos de la salvación a odiar y oprimir al pueblo de Dios, y que el daño que les hacían era el castigo de Dios por sus pecados, una disciplina que los llevaría a preparar un lugar en sus corazones para Cristo y a abrazar la gracia de Dios en él. Todos estamos como muertos bajo el juicio de Dios. Después que Cristo huyera a Egipto la espada cayó sobre su pueblo. Un día él experimentaría el juicio dentro de su propio corazón y entonces su pueblo sería libre.

¿Pensaría todavía alguien en Belén en estas cosas? Era como si hubieran sido guiados por el mensaje de los pastores a un hermoso sueño. La llegada de los magos había fortalecido sus esperanzas. Pero ahora el nacimiento de este niño llegó a ser como una maldición. Nadie se atrevía ni quería mencionar más el asunto. ¿Quién podría tener el valor de afirmar bajo tan terrible circunstancias que la gracia de Dios se les había aparecido? La fe puede y lo hace. ¿Pero cuántos en Belén tendrían una fe como esta? Desde

ese día en Belén todos pasarían por alto y en silencio cualquier cosa relacionada con el niño. Este lugar olvidaría la gracia de Dios.

Cristo se revelaría por otros medios. Y su revelación a menudo se conduce de tal forma que interrumpe nuestras equivocadas expectaciones humanas. Con todo, aun para Belén había gracia.

De Egipto a Nazaret. José había huido a Egipto con María y el niño. Durante el viaje y su estadía en Egipto, la familia debió haber vivido de los regalos de los magos. Pero el hecho que fuera necesario que huyeran fue una cosa terrible. Cristo se había convertido en un expatriado. Había sido echado de su pueblo y forzado a huir a Egipto. ¡Todos nosotros somos por naturaleza expatriados y extranjeros, pero Cristo se *hizo* uno a causa de *nuestros* pecados! El pueblo de Israel fue una vez extranjero en Egipto, pero el Señor los había adoptado como su pueblo y los había traído a su propia tierra a causa de la expiación que Cristo un día habría de hacer. Cristo también fue rechazado por causa de nuestro pecado pero será aceptado como Cabeza y Redentor de su pueblo a causa de su propia justicia. Después de esto, su pueblo recuperará su lugar en la tierra otra vez.

Poco después, Herodes murió. Nuevamente se le reveló a José en sueños que podía volver con María y el niño. Se preparó para el viaje y salió rumbo a Judea. Al llegar, José se enteró que Arquelao, que era muy parecido a su padre, era el nuevo rey de Judea. Así que José no se atrevió a radicarse en Judea para no exponer al niño a la amenaza de la espada de Arquelao. Dios instruyó otra vez a José. Siguiendo esas órdenes de Dios, José se estableció en Galilea, cuyo gobernador era otro hijo de Herodes; él, sin embargo, era un poco diferente de su padre.

José se radicó en Nazaret, su lugar de origen. En esa pequeña villa nadie sabía nada de las tremendas cosas que habían ocurrido en Belén. Parecía que el hilo se había roto completamente.

Cristo se crió en Nazaret olvidado por todos. Por esto se le llamaría más adelante "Nazareno". Esta palabra nos recuerda la palabra hebrea *vástago*. La profecía había prometido que un vástago retoñaría de Israel, específicamente de la casa de David. Allí estaba el vástago, sólo muy pequeño y olvidado. A su tiempo Dios lo daría a conocer a su pueblo junto son la salvación que está en él.

¡Qué misteriosos son los caminos del Señor! Justo cuando las expectaciones humanas decaen, el milagro de Dios aparece.

3: Cabeza de su pueblo

Mateo 3–4

En este capítulo trataré principalmente el bautismo, el ungimiento y la tentación de Jesús. El ministerio de Juan el Bautista lo mencionaremos sólo de paso, dejando un análisis más amplio en conexión con los otros Evangelios.

El bautismo, el ungimiento y la tentación encuentran su unidad en la función de Cristo como nuestra Cabeza. El es nuestra Cabeza en conformidad con su llamamiento divino. Sus propias palabras confirman el origen divino de su misión: "Conviene que cumplamos toda justicia". Esto queda aun más claro a la luz de la descripción que su padre hace de él: "Este es mi hijo amado en quien tengo complacencia".

Jesús fue bautizado como Cabeza de su pueblo. El fue uno con su pueblo aun en sus pecados. El descendió al agua del bautismo y ascendió de ella otra vez como Cabeza de su pueblo, haciendo así de su bautismo una profecía de su muerte y resurrección.

No se sabe si hubo alguien más presente aparte de Juan cuando Jesús fue bautizado y los cielos fueron abiertos. Sea como sea, sólo Juan presenció el descenso de la paloma como señal de su ungimiento.

Jesús también fue tentado como nuestra Cabeza. Su tentación está en contraste con la del primer Adán. El segundo Adán no sólo hizo lo que el primero debió haber hecho, sino que también justificó y reconcilió a lo que el primer Adán dañó. La tentación de Cristo se llevó a cabo en circunstancias muy diferentes a las del primer Adán. Satanás lo tentó indirectamente mediante el amor de Dios en que Jesús participa. Satanás introdujo su desafío con el sarcasmo: "Si eres Hijo de Dios", es decir "Si tú participas en el amor del Padre . . ." Satanás tuvo mucho cuidado de concordar con lo que Dios había dicho acerca de Jesús: "Este es mi Hijo amado". De hecho, lo que Satanás decía era esto: "Si tú eres Hijo de Dios, puedes arriesgarte ya que entonces todas las cosas son tuyas". Como nuestra Cabeza, Cristo aprendió obediencia mediante esta tentación; mejor quizás, lo que aprendió fue a mostrar obediencia (Heb. 5:8).

Pensamiento clave: *Cristo cumple la función de Cabeza de su pueblo en conformidad con el llamamiento de su Padre.*

Su bautismo. Algunos meses antes que el Señor naciera se produjo otro nacimiento, el de Juan, quien fue su precursor. Juan debía anunciar la venida de Cristo y preparar al pueblo de Israel para que lo recibiese.

Cuando Juan cumplió los treinta años empezó a predicar en Israel. El lugar de su ministerio fue el desierto de Judea, cerca del río Jordán. Proclamaba que el reino de Dios se había acercado. Ese era el reino de gracia, el reino donde todo es dado a los creyentes por gracia.

Dado que el reino estaba a mano, se le exigía al pueblo que se arrepintiese. Debían abandonar todas las ilusiones que tenían acerca de sí mismos y esperarlo todo de la gracia, la cual es el sello distintivo del reino. Debían creer que Dios les daría todo lo que necesitasen, sin excepción. Sólo podían entrar al reino a través del arrepentimiento y la fe. En sus vidas debía producirse un cambio completo.

Pecamos y arruinamos nuestras vidas cuando confiamos en nosotros mismos. Nosotros también debemos renunciar a nuestra equivocada confianza y expectación, a fin de que vivamos como nuevas criaturas. Es por esto que Juan bautizaba a los que creían en el evangelio del reino. Estas gentes descendían al agua del Jordán como señal de que el *antiguo hombre* había muerto. Eran limpiados de sus pecados. Y después subían del agua como señal de que ahora gozaban del privilegio de vivir como *hombres nuevos*, como creyentes.

Poco a poco Juan el Bautista fue ganando seguidores. Pero sus seguidores todavía no tenían una cabeza en la cual pudieran ser uno. Esta cabeza sería el Señor Jesucristo; Dios lo había escogido para ser su Cabeza, y el Señor Jesús lo sabía. Y ahora Jesús se enteraba que Juan bautizaba y tenía seguidores. A los treinta años Jesús también se dirigió al Jordán en Judea y le pidió a Juan que lo bautizara.

Al principio Juan no quería bautizar a Jesús. ¿No es Jesús Cabeza de su pueblo, pensaba Juan, y yo sólo uno de los miembros de su cuerpo? ¿No era más bien necesario que Juan fuese bautizado por él? Estas eran las cosas que pasaban por su mente. Pero Dios había enviado a Juan a bautizar y, por medio del bautismo, reunir al pueblo que heredaría el reino. Por tanto, también tendría que bautizar a la Cabeza, si es que esta Cabeza iba a ser verdaderamente uno con su pueblo. De manera que Jesús le dijo que era la voluntad de Dios que lo bautizara.

Nosotros también nos inclinamos a pensar: ¿Por qué tuvo que ser bautizado el Señor? ¿No estaba libre de todo pecado? ¡Seguramente él no necesitaba descender al agua, puesto que él no tenía ni *hombre viejo* que destruir ni *hombre nuevo* que ganar!

La Biblia nos dice que Jesús se hizo uno con su pueblo en sus pecados en el sentido de que él se cargó con nuestros pecados. Como resultado de esto él también merecía ser rechazado por Dios. Así que debía morir y resucitar otra vez. Su bautismo fue una profecía de su muerte y resurrección. Su bautismo fue la señal de su unidad con su pueblo como su Cabeza, reflejando así la necesidad de este pueblo de morir al pecado y resucitar para la gloria.

Hoy en día, cuando se nos bautiza, estamos recibiendo la señal que testifica que tenemos el privilegio de pertenecer al pueblo de Dios, cuya Cabeza es Cristo. Esta señal también indica que podemos entrar en el reino de Dios. Al mismo tiempo debemos rendirnos en fe a la gracia de este reino.

Su ungimiento. Cuando el Señor Jesús subió del agua, los cielos le fueron abiertos. Una paloma descendió y se posó sobre él, para después desaparecer. Esto sólo lo vieron el Señor Jesús y Juan. Indicaba que el Espíritu Santo lo había capacitado para su ministerio público en Israel. Todo lo que hizo—su predicación, su sufrimiento, su victoria sobre el pecado y sus consecuencias—lo hizo por el poder del Espíritu Santo. El Espíritu lo mantuvo constantemente unido a su Padre, capacitándolo para trabajar en obediencia a su Padre.

Dios le dio la fortaleza y el Espíritu para llevar a cabo la obra a la cual había sido llamado, porque Dios mismo lo había llamado. En el mismo momento en que la paloma descendió, Dios dijo desde el cielo: "Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia".

Sólo la fe puede oír el llamamiento de Dios. Era maravilloso para el Señor Jesús escuchar el llamado de su Padre y darse cuenta que a causa de su obediencia gozaba y participaba en el amor y complacencia de su Padre. Sabía que su Padre le estaría dando continuamente a través de su Espíritu el poder necesario para hacer su obra.

Así fue como Cristo fue llamado y ungido y dado que nosotros somos su pueblo, este mandato y oficio también se extendieron hasta nosotros. Es cierto que no se nos ha llamado a hacer todo lo que él hizo. No obstante, se nos ha llamado en él a servir a Dios en todo y a relacionarlo todo a él. Si

hemos sido llamados con él, también participamos de su ungimiento, y nuestra vida entera será una vida de comunión con el Señor por medio de su Santo Espíritu.

Su tentación. Adán fue una vez nuestra cabeza, y como tal fue probado para ver si realmente quería dedicar toda su vida al Señor. Pero Adán se hizo infiel y rechazó el favor de Dios. Cuando el Señor Jesús tomó el lugar de Adán como nuestra Cabeza (del pacto), había que repetir la prueba, puesto que Satanás estaba resuelto a destruir el pacto. En su tentación Cristo no sólo debía mostrar obediencia, sino que también tenía que hacer justicia y reconciliar lo que Adán había arruinado. Por eso él enfrentó la tentación bajo diferentes circunstancias que las de Adán.

Una vez bautizado y ungido, Cristo fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. El desierto era un lugar muy diferente al lugar donde a Adán le tocó vivir, el paraíso. En el paraíso todo testificaba del favor y la comunión con Dios, mientras que el desierto denunciaba que Dios lo había abandonado todo a causa de nuestros pecados. En el caso de Adán todo estaba a su favor, pero en el caso de Cristo todo estaba en su contra. A pesar de la soledad, Jesús debía asirse a Dios.

Dios dejó a Cristo en el desierto por cuarenta días y cuarenta noches. Durante ese lapso no tuvo tiempo de pensar en comida o bebida. Estaba entregado a su trabajo. La tristeza por el pecado era su pan de cada día, y como bebida eran sus pensamientos acerca de la cruz.

Cuando terminaron los cuarenta días le sobrevino el hambre; fue entonces que Satanás vino a tentarle. He aquí al Santo sufriendo el sacrilegio del tentador. Dios lo entregó por nosotros a esos sufrimientos. Satanás le dijo a Jesús: "¿No eres tú el Hijo de Dios, y no participas en el amor de tu Padre? ¿No están todas las cosas a tu disposición? ¡Puedes ciertamente hacer lo que se te dé la gana! Dí a estas piedras que se conviertan en pan, para que así mates el hambre".

La forma en que Satanás hablaba estaba llena de mentiras. Cristo participaba del amor de su Padre precisamente a causa de su obediencia. Nunca hizo nada para sí mismo, sino que todo lo que hizo fue para Dios y su pueblo. No podía más que usar todas sus facultades al servicio de Dios, pues sólo entonces sería él mismo bendecido. Si hubiera cambiado las piedras en pan en contra de la voluntad de su Padre, no habría sido posible la liberación y el pan no le hubiera servido de nada. Después de todo, no vivimos sólo de pan sino de la bendición que Dios da a ese pan en su gracia.

Esto es lo que Cristo respondió a Satanás, una respuesta sacada directamente de la Escritura. Derrotó a Satanás con la Palabra de Dios. Cristo venció a Satanás al resistir la tentación. Nosotros somos vencedores en Cristo, pues su fuerza nos capacita para ir de victoria en victoria. Nosotros también debemos rehusar todo aquello que no podamos tener sin la bendición de Dios.

Después de esto, Satanás llevó a Cristo al pináculo del templo. El hecho de que realmente pudo obligar a Jesús hacer su voluntad nos revela el poder que tenía sobre él. En este respecto Dios había colocado a Cristo en manos de Satanás. ¡Qué sufrimientos debe haberle causado esto! Pero tenía que hacerse a causa de nuestros pecados.

Una vez sobre el pináculo del templo, Satanás le dijo: "Tú eres el Hijo de Dios y participas en su amor. Por tanto, tú debieras estar ansioso de tener pruebas de este amor. Es muy fácil conseguir una prueba; sólo tienes que tirarte del pináculo, porque de seguro El mandará sus ángeles para protegerte, tal como lo ha prometido. Esta prueba de su amor te hará mucho bien".

Satanás había tocado la fibra más delicada de todas. Si había algo por lo que Jesús anhelaba, era por el amor de su Padre y por una prueba de ese amor. ¿Pero invocaría de esta forma la prueba y forzaría a su Padre a dársela? ¿No sería eso una señal que realmente no confiaba en su amor? Eso fue exactamente lo que su pueblo hacía una y otra vez, motivado por su incredulidad. Pero otra vez Jesús rechaza a Satanás citando la Escritura: "No tentarás al Señor tu Dios".

Dos veces Cristo había resistido ya la tentación a la incredulidad, y lo hizo por nosotros. Así que nosotros triunfamos sólo a través de Cristo nuestra Cabeza. ¿Estamos dispuestos a esperar pacientemente en el Señor y creer en su amor, tal como Cristo lo hizo? ¿Estamos contentos con el milagro de su amor o todavía necesitamos "milagritos especiales" como prueba de su amor?

El siguiente paso de Satanás fue llevar a Cristo a una montaña muy alta. Allí le mostró todos los reinos del mundo y su gloria. Vemos que Satanás aun tenía poder para forzar a Cristo a mirar todos los reinos. Cuando Jesús los vio debe haberse emocionado. ¿No había venido para reconquistar estos reinos para su Padre?

Satanás ya había tratado dos veces de seducir a Jesús apelando al amor de Dios. Pero ahora usaba otra estrategia: "Rompe con ese amor. Adórame, y yo te daré todos esos reinos que, como tú puedes ver, están ahora bajo mi poder".

Satanás tenía razón; a causa del pecado todos los reinos estaban en sus manos. Pero lo único que Cristo quería era recobrarlos para su Padre. Para Cristo la relación con su Padre valía más que cualquier otra cosa. Sin su Padre nunca podría recobrarlo. Satanás le había mostrado el esplendor externo de esos reinos, pero no le mostró la miseria que los consumía a causa del pecado. Cristo en cambio quería restaurarlos a su verdadera gloria. Así que rechazó a Satanás citando nuevamente la Escritura: Sólo a Dios adorarás como el Dios que se ha dado a sí mismo al hombre a través de su pacto. En ese momento Cristo supo que ya había peleado lo suficiente y ordenó a Satanás marcharse.

¿Cuál es nuestra posición ahora que Cristo ha vencido a favor nuestro? Desde que Cristo ganó la victoria no hay más que necesitamos hacer sino seguir a Dios en obediencia.

Después de su triunfo los ángeles le sirvieron. Esto era una prueba del amor de su Padre, amor que él siempre supo estaba a su lado. Esto es lo que es la fe. La evidencia del amor de Dios se manifiesta en una vida de fe.

Jesus se da a conocer a su pueblo. Terminada su tentación, el Señor Jesús empezó su ministerio público en Galilea. No escogió Nazaret como centro de operaciones, sino que se radicó en Capernaum, a la orilla del mar de Galilea, un centro de donde podía alcanzar fácilmente toda la provincia de Galilea. Era por cierto un tremendo privilegio para Galilea que el Señor se revelara por primera vez como Redentor en ese lugar. Galilea estaba lejos de Jerusalén y el templo y era la parte más pobre de todo el país. Las esperanzas mesiánicas habían sufrido mucho en ese lugar, pero fue allí donde el Señor se dio a conocer primero, tal como lo predijo la Escritura: "El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz".

Fue en Capernaum donde Jesús llamó a sus primeros discípulos para que le asistieran en la obra. Ya había llamado a algunos de ellos justo después de su bautismo en Judea. Ellos querían ver algo de su ministerio. Pero ahora los llamaba definitivamente para ser sus discípulos y colaboradores.

Un día mientras caminaba por la orilla del mar, vio a Pedro con su hermano Andrés ocupados en la pesca. De inmediato los llamó a que dejasen su trabajo y le siguieran. El los haría pescadores de hombres. Suyo sería el honor de ayudarle a ganar gente para el Padre y su reino. ¡Dichosos ellos! Por la fe ellos comprendieron la gloria de ese llamamiento y lo siguieron de inmediato, dejando su trabajo tal como estaba. Lo mismo

ocurrió con Juan y Jacobo, que estaban ocupados reparando las redes en el bote con Zebedeo su padre.

Este fue un hermoso día para el Señor Jesús. Tuvo el privilegio de llamar a quienes trabajarían con él en la obra del reino de Dios.

Desde Capernaum recorrió toda Galilea, enseñando en las sinagogoas. Llevaba el mismo mensaje que Juan el Bautista había predicado: El reino de Dios se había acercado y el pueblo debe rendir sus vidas en fe a la gracia de este reino. Confirmó su predicación por sus milagros, sanando a muchos enfermos, con lo cual quería decir: ¿no se dan cuenta que en el reino sus pecados son removidos y vencidos? ¿No están conquistados también los efectos del pecado, tales como la enfermedad y la muerte? ¡Crean en la gracia que ha venido! Entrégense a la gracia y sean salvos.

Mateo:
El reino

4: El reino de gracia

Mateo 5–7

Mateo 4:23 dice así: "Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo". Estas palabras vuelven a aparecer en Mateo 9:35. Entre estos dos pasajes, Mateo introduce un resumen del mensaje del reino, a saber, el Sermón del Monte; y también registra algunos ejemplos de curaciones.

El Sermón del Monte no nos da toda la enseñanza sobre el reino de los cielos. En este sermón Cristo habla del reino de la gracia y de los efectos que este reino produce en nuestras vidas.

Pensamiento clave: *La gracia reina soberana en el reino de Dios.*

Los ciudadanos del reino. Juan el Bautista ya había declarado que el reino de Dios estaba cerca. El Señor Jesús usó las mismas palabras cuando predicó en Galilea. El reino vendría con el derramamiento inminente del Espíritu Santo. Pero ya se podía entender cuál era el espíritu o vida de este reino, porque era una vida de fe en la gracia de Dios, una fe dada por Dios y a través de la cual él nos perdona nuestros pecados. En este reino la gracia reina soberana. Cada ciudadano del reino debe creer y vivir en la gracia de Dios. Esto es lo que el Señor Jesús quería decir al pueblo y esta es la razón por la que tanto hablaba acerca del reino.

Un día una gran multitud se juntó para oírlo. Jesús quería hablarles, así que subió a una loma de una montaña y se sentó. Entonces llamó a sus discípulos para que estuvieran cerca de él. Deberían escuchar con mucho cuidado la predicación acerca del reino, ya que después ellos deberían salir

a predicar este mensaje. El resto de la gente quedó un poco más abajo de tal forma que todos pudieran verle y oírle.

Cuando Cristo empezó a hablar del reino, primero quiso decir quienes eran sus ciudadanos. Como en todo otro reino, este también tiene sus ciudadanos. La gracia que perdona el pecado reina soberana en este reino. Los ciudadanos del reino son los que se someten en fe a su gracia, que no confían en su propia sabiduría y que no descansan en sus propias virtudes, sino que dependen totalmente de la gracia de Dios, aceptando esa gracia sin dar excusas para no creer. Las gentes que viven por la gracia de Dios muestran que se parecen a su Padre en los cielos.

El Señor dijo que los ciudadanos del reino son los pobres en espíritu, que dan gracias al Padre por todo lo que saben y que no tienen nada de ellos mismos sino que abren sus manos para recibir del Padre cuanto necesiten. No pretenden haber vivido segun la voluntad de Dios; por el contrario, saben que son pecadores, cuyas vidas están en conflicto con la voluntad de Dios. Dios satisfará su hambre y sed de justicia, porque Cristo les entregará todo lo que les haga falta. Les es permitido ver a Dios porque no confían en sí mismos. Podemos ver a Dios sólo cuando veamos todas las cosas a la luz de la gracia de Dios y nada en nuestra propia luz, creyendo que Dios nos da todo su amor.

Los ciudadanos del reino también reflejan la imagen de su Padre. Ellos saben que Dios les muestra su misericordia y que ellos, por su parte, son misericordiosos con otros. De este modo participan más y más de la misericordia de Dios.

Una vez hubo enemistad entre nosotros y Dios, pero Dios hizo la paz entregando a Cristo como propiciación por nuestros pecados. Dado que los creyentes quieren ser hijos de ese Padre, ellos también hacen la paz. No buscan sus propios derechos.

El ánimo que motiva a los ciudadanos del reino es muy diferente que el de los incrédulos. Los enemigos de la gracia de Dios también son hostiles a los que vivan por esta gracia. Por esto, los ciudadanos del reino de Dios serán odiados y perseguidos. Esto no debe sorprendernos, ya que antiguamente también persiguieron a los profetas, porque daban testimonio de la gracia de Dios. La incredulidad siempre se opone activamente a la fe.

Por mucho que sean odiados y perseguidos, los ciudadanos del reino todavía son el elemento clave para la preservación del mundo, porque si no estuvieran más en este mundo, el Espíritu de Cristo tampoco estaría aquí, y la gracia de Dios no estaría presente en el mundo. De manera que los

creyentes y sus hijos deben asegurarse de retener lo que han recibido del Señor. De otra manera no tienen razón para estar en este mundo.

Tampoco pueden esconder el evangelio del reino. Deben más bien predicarlo por todas partes para que otros puedan llegar a conocer y glorificar a nuestro Padre que está en los cielos.

La ley del reino. Como en todo otro reino, el reino de los cielos también tiene algunas leyes. ¿Qué otra ley, si no la ley de Dios es la que debe regir en este reino, ley que Dios nos diera primero en la creación y que después entregara en la forma de los diez mandamientos? Desafortunadamente, más tarde la tradición rabínica había dado una explicación superficial y muy equivocada de la ley de Moisés. El Señor Jesús tuvo que dar a conocer el verdadero significado de la ley para mostrar lo que realmente Dios quiso decir.

Los rabíes habían dicho que era pecado matar pero no habían dicho que el odio, la ira injusta y el lenguaje abusivo eran igualmente pecaminosos. Pero ahora el Señor lo decía. Debemos pedir perdón por los pecados de nuestro corazón. Sólo entonces podremos tener paz con Dios. Aun cuando reprimamos nuestros deseos pecaminosos, todavía estamos culpables ante Dios porque la existencia de esos deseos prueba lo pecaminoso que es nuestro corazón.

Debemos amar a Dios y a nosotros mismos, pero solamente como hijos de Dios, nunca aparte de Dios. Por lo tanto no debemos jamás subordinar la causa de Dios a nuestros propios intereses. No debemos usar nunca el nombre de Dios para que sirva a nuestros propios intereses, como tan a menudo lo hacían los judíos cuando juraban por Dios en sus negocios. No debemos defender nuestros derechos, y si lo hacemos debe ser sólo por amor a Dios, sobre la base de que son sus derechos los violados cuando nos atacan. Pero si sólo son nuestros derechos los que están en juego, entonces no debemos responder: si alguien nos pega en la mejilla, debemos darle también la otra.

La ley del reino va mucho mas allá que la ley de los incrédulos, la que dice que debemos amar a los que nos aman y odiar a nuestros enemigos. Pero nuestro Padre que está en los cielos ni siquiera descuida a sus enemigos, mucho menos los odia. Es bueno con ellos puesto que hace salir el sol y deja caer la lluvia sobre todos, malos y buenos. De manera que nosotros también debemos amar a nuestros enemigos.

No quedamos impunes con sólo una obediencia parcial a la ley del reino. Los ciudadanos del reino deben ser perfectos, como su Padre que está en los cielos es perfecto. Aunque nunca llegarán a ser perfectos aquí en la tierra, no deben descansar hasta que lo hayan conseguido. Es una lucha interminable en la cual la perfección de su Padre es su guía.

La vida interior del hombre. No vivimos en el reino para lograr el reconocimiento público. La vida en el reino tiene como propósito una comunión con Dios. Nuestra vida interior, nuestro corazón, debe buscar las riquezas de esta comunión. En su venida, el Señor Jesucristo coronará públicamente lo que ahora permanece oculto.

De manera que no debemos ayudar al pobre con el fin de buscar la aprobación humana. Así lo hicieron los fariseos. Todo lo que buscaban era ser aprobados por los hombres, y eso es todo lo que recibieron. Obtuvieron todo lo que querían; llegaron a su meta. Para ellos no había gloria en el futuro, porque no tenían una vida escondida con Dios.

A menudo los fariseos hacían largas oraciones en las esquinas de las calles para que otros los vieran. Nosotros también queremos aparecer como gente piadosa frente a los demás. No es difícil conseguir la fama de ser piadoso, pero si lo hacemos ya tenemos nuestra recompensa. El que conoce la vida escondida con Dios orará en secreto para ser fortalecido por la comunión con él. Algún día el Señor lo recompensará con los verdaderos honores.

Tampoco debemos ser como los paganos, usando muchas palabras en nuestra oración, pensando que debemos convencer a Dios para que haga algo por nosotros, como si él fuera un Dios alejado y extraño. Aquellos que comparten una vida escondida con Dios saben que Dios, como nuestro Padre, está consciente de todas nuestras necesidades y las suplirá. La oración que obtiene lo que el Señor ya ha preparado para nosotros es la oración de fe, la oración sencilla y de pocas palabras como la de un niño.

El Señor Jesús nos enseñó un ejemplo de cómo es este tipo de oración sencilla: "Padre nuestro, que estás en los cielos . . .". Si tenemos esta vida escondida con Dios en la cual recibimos el perdón, también podremos perdonar a otros sus ofensas, tal como lo enseña "El Padre Nuestro". Pero si somos *orgullosos* de nuestra piedad, no seremos capaces de perdonar a nuestros semejantes.

Los fariseos también eran orgullosos de sus ayunos, con los cuales creían hacer un gran favor a Dios. Por esto, en sus días de ayuno andaban

por ahí con sus rostros demudados y la cara larga, para así impresionar al pueblo con su "piedad".

Para los que llevan una vida escondida con Dios, la vida es una fiesta constante. Aun así Dios a veces se aleja de ellos a causa de sus pecados. Entonces deben sentir la necesidad de confesar sus pecados al Señor y mostrar su pesar por los pecados por medio del ayuno. Pero el ayuno no es un truco para ganar puntos de mérito con Dios. El verdadero ayuno es una confesión de pecados, la conciencia que todo está perdido. El ayuno es un asunto entre Dios y el pecador. Al ayunar el penitente no busca la aprobación de los hombres, porque él ve la vergüenza de sus pecados más que ningún otro, y esto es algo que no les concierne directamente a otros. Una persona que ayuna de esta forma debe entonces ungir su cabeza y lavar su rostro *antes* de salir a la calle, en lugar de casi poner un aviso en el periódico para anunciar con un exhibicionismo barato su arrepentimiento. Dios sabe lo que hay en su corazón, y algún día lo recompensará con los verdaderos honores debido a esa comunión secreta que buscó.

Confiando en el reino. Entre los ciudadanos del reino también habrá una profunda confianza. Después de todo, Dios es su Padre y él les cuida. ¡Si tan sólo se dieran cuenta de esto! Si tan sólo sus ojos se concentraran en este hecho. Si tan sólo dejaran de tratar de concentrarse al mismo tiempo en el reino de Dios y en sus propios intereses. Si confiamos en Dios, entonces sólo debemos confiar en él solo. Y si somos sinceros al respecto, toda nuestra vida estará llena de luz.

No debemos acumular grandes tesoros en la tierra esperando con esto asegurar nuestra vida. Todos esos tesoros pasarán. Pero hay otro tesoro que sólo lo recibimos poniendo nuestra confianza en Dios: el tesoro de la comunión secreta con Dios. Este tesoro nunca pasará, sino que hace nuestra vida segura.

Una vez que los niños crecen y empiezan a trabajar, ellos contribuyen a la familia con algo de sus entradas hasta el día en que dejan el hogar. Ellos no deben pensar que por ello están cargando con todo el peso de la familia. Es el padre que hace eso. De la misma forma, al vivir como hijos en la casa de nuestro Padre, debemos hacer todo lo que esté a nuestra mano, pero no debemos pensar que somos nosotros los que llevamos el peso de nuestra vida. ¿Qué ganaremos con toda esa ansiedad? Debemos aprender de las aves que vuelan de acá para allá en busca de alimento. Dios cuida de sus vidas. Los lirios del campo tampoco son responsables por sus hermosos

colores. Es Dios el que los adorna, y su gloria es más que la de Salomón. ¿No nos vestirá Dios a nosotros también? Si tan sólo tuviésemos fe!

Sólo hay una cosa que debemos buscar: El reino de Dios y su justicia. Esto significa vivir en comunión con el Señor. Dentro de esa comunión debemos dar a cada uno lo que merece. A Dios hay que darle lo que es suyo por derecho propio, esto es, todo nuestro corazón, nuestra vida; pero también a nuestro projimo debemos darle nuestro corazón. No tenemos que preocuparnos porque Dios cuidará de nosotros. Podemos estar libres de ansiedades sabiendo que Dios velará por nostros día a día.

Reflejando el amor de Dios. Debemos pasar a otros las bendiciones que recibimos en comunión con Dios, porque hemos sido llamados a ser bendición para otros. Debemos condenar el mal de otros pero no con un espíritu de orgullo, porque entonces corremos el riesgo de ser juzgados nosotros mismos. La actitud que tenemos hacia nosotros mismos debe ser especialmente crítica. Y dado que nosotros mismos hacemos mucho mal,no tendremos el valor de mirar a los demás con desprecio. Debemos buscar humildemente las oportunidades que Dios nos da para ser bendición a los demás.

No debemos tratar de esparcir las bendiciones del evangelio como perlas delante de los puercos, ya que el desprecio que los hombres podrían mostrar, podría también consumir aun nuestra propia fe. Debemos más bien estar atentos hasta encontrar oportunidades constructivas, de tal manera que se salve el pueblo elegido por Dios.

¿No tenemos nada que dar a los demás? ¿Nos encontramos muchas veces sin el gozo de la comunión con Dios, sin poder ver las riquezas del evangelio del reino? ¿Qué otra cosa es necesaria sino la fe justa que Dios nos da, su pleno favor en Cristo? Si oramos, recibiremos; si buscamos, hallaremos; si golpeamos, se nos abrirá. Y entonces nos sentaremos a la mesa de la plena comunión con Dios. Por cierto, Dios dará buenos dones a los que lo piden, mucho más que daría un padre terrenal.

Pero entonces tenemos que ir a Dios en fe, no dudando nada. La fe es como un camino angosto que lleva hasta una puerta angosta a través de la cual debemos pasar. Cuando creemos en Dios, perdemos nuestra confianza en todo lo demás. Si confiamos en nosotros mismos, no podremos pasar a través de la puerta. Mucha gente no ve ni puede encontrar el camino angosto, porque no lo *quieren* ver. Prefieren ir por el camino ancho de la

confianza propia que lleva a la destrucción. El camino angosto y la puerta angosta llevan a la vida en comunión con Dios.

Viviendo con seguridad en el reino. Cuán preciosa es la proclamación del reino. Aprendemos que sólo por la fe en Dios tenemos comunión eterna con él. Los que viven por la fe y que proclaman el evangelio de Dios no buscan nada para sí mismos sino que todo lo hacen para el Señor; desean llevar gente a los pies del Señor. El honor que el creyente le da al Señor hace celoso al corazón pecador, porque ello quiere todo para sí mismo.

No debe sorprendernos que aparezcan falsos predicadores, aparentando ser muy piadosos mientras que realmente niegan la vida eterna por fe. Ellos buscan la manera de sujetar el rebaño de Dios a sí mismos; buscan su propia gloria. Por sus frutos se conocerán porque un árbol bueno no da frutos malos. Por todo el teatro que hacen con su piedad exterior parecieran ser mansas ovejitas, pero por dentro son lobos rapaces.

Estos falsos pastores y predicadores abusan del nombre de Dios. Ellos proclaman en alta voz, "Señor, Señor", para invocar su poder. Han hecho del nombre del Señor una fórmula mágica con la cual quieren impresionar a los oyentes. Pero no entrarán en la gloria del reino de los cielos cuando el último día llegue. No obstante, hay otros profetas que han reconocido a Dios por la fe como su Padre celestial, los cuales como niños buscan hacer la voluntad de su Padre. Ellos de seguro entrarán y gozarán de la gloria del reino.

Hay gente que cree en el evangelio y que reconocen que son salvos por la sola gracia, cuyos corazones no descansan a menos que puedan confiar en esta gracia. No tienen nada que temer; son como el hombre que cavó en la arena hasta que pudo llegar a la piedra firme. Sobre la roca puso el fundamento de su casa y sólo entonces empezó a construir. Cuando vino el mal tiempo con sus tormentas, su casa no cayó. Pero hay otros que confían en sí mismos y en su propia piedad, como el hombre que construyó su casa sobre la arena. Cuando las tormentas del invierno llegaron, su casa se derribó sin quedar ladrillo de piedra. Estos serán destruidos.

Cuando el Señor Jesús había terminado su sermón, las multitudes estaban asombradas, porque hablaba en el nombre de Dios y con autoridad. En contraste, ¿qué bueno había en la predicación de los rabíes que sólo confiaban en su propia autoridad?

5: Poder para salvar

Mateo 8:1–13

Cristo enseñó como uno que tiene autoridad, pero también mostró su poder por los milagros que hacía. Había sido enviado por el Padre, algo que todo los creyentes podrían ver. El leproso lo confesó inequívocamente, así como lo hizo el centurión. Al principio del Sermón del Monte Cristo dijo que no había venido para abrogar la ley y los profetas, sino para cumplirlos. Esto se hace evidente en estos dos milagros del leproso y del centurión. Jesús le dijo al leproso que fuera a presentarse al sacerdote y ofrecer el sacrificio por su purificación. La ley ya reconocía la posibilidad de ser sanado. De hecho, la ley era un hito que señalaba la salvación venidera. Cristo cumplió la ley. El hecho de que Jesús ordenara al leproso ir donde el sacerdote es algo importante y debió haber demostrado a los judíos que Cristo de ninguna manera se oponía a la ley, sino que más bien le daba su cumplimiento.

El centurión era un gentil, aunque probablemente no era romano, ya que estaba al servicio de Herodes Antipas. En ese tiempo Cristo todavía no había venido a los gentiles; había sido enviado sólo a las ovejas perdidas de Israel. La casa de Israel disfrutaba de los privilegios del pacto. No fue sino hasta que este gentil reconociera los privilegios del pacto ("No soy digno de que entres bajo mi techo") que Cristo ofreció ayudarle.

Quizás debiéramos leer el versículo 7 como si fuera pregunta: "¿Iré yo para sanarlo?" En otros palabras: ¿Debo *yo* ir a un gentil? En el original griego, este "yo" es enfático. Pero aun si no fuera una pregunta, el versículo 7 expresa el hecho que Cristo estaba consciente de que estaba cruzando los límites entre Israel y los gentiles. Cuando el gentil le rogó en fe, Jesús se dio cuenta que el Padre deseaba que ayudara a este hombre. Entonces, en espíritu, vio que el pacto se estaba abriendo y profetizó que muchos vendrían del oriente y del occidente para sentarse en la fiesta de bodas con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. La curación del siervo de este gentil es una profecía de la salvación de los gentiles. En este respecto también, Cristo cumplió la ley y los profetas, ya que la profecía había anunciado la adopción de los gentiles.

El asombro de Jesús muestra cuan humano era. No esperaba que un gentil

tuviera semejante fe. De manera que cuando Jesús habló de la gran fe del centurión, no lo estaba felicitando. Estaba más bien impresionado de su Padre, que había dado tan grande fe a los gentiles. Cuando Jesús habla de una fe *grande*, no quiere decir que el centurión mostró una fe cuantitativamente mayor que lo normal. La fe no es un poder del alma que puede medirse por su tamaño, peso o volumen. El poder de la fe no está en la fe misma, sino en lo que se concentra. Jesús no había encontrado tal fe ni siquiera en Israel, una fe que estaba tan pronta a creer, capacitando al que la tenía para ver claramente que Cristo tiene poder para redimir.

La fe que Jesús esperaba que tuviera la gente y que permitía que él hiciera milagros, no siempre era una fe verdadera en él como Salvador. Algunas veces sólo era fe en los milagros. Pero esto no debe crear ninguna dificultad cuando les contamos a nuestros niños estas historias, porque la fe en los milagros también representa fe en Cristo, así como las curaciones señalan la salvación completa del hombre entero.

A veces nos preguntamos si la lepra se creía contagiosa. Pero no era porque la gente pensara que era contagiosa que en Israel los leprosos estaban obligados a vivir separados del pueblo, sino porque eran inmundos en sentido figurado. La fealdad de la enfermedad ilustraba claramente la vileza del pecado. Al leproso se le echaba fuera de la comunidad como *señal* de que todos nosotros merecemos ser destituidos de la comunión con Dios a causa de nuestro pecado. Cristo tocó al leproso, con lo cual se identificó con nuestra naturaleza pecaminosa. Pero el propósito principal de su venida era formar una nueva comunidad de la cual él es la Cabeza.

Pensamiento clave: *Cristo se revela como aquel que tiene poder para salvar.*

La purificación de Israel cumple la ley y los profetas. Después que el Señor terminara su Sermón del Monte, una gran multitud lo siguió; todos estaban asombrados de su enseñanza, porque él no hablaba de asuntos ajenos como los escribas. Jesús enseñó con autoridad, como uno que había sido enviado directamente por Dios. Algunas personas quedaron muy impresionadas por su manera de enseñar, pero eso no quería decir que creían que Jesús había recibido poder del Padre para hacer la voluntad de su Padre.

Algunos vieron algo de esto y creyeron. Por ejemplo, hubo un leproso que había escuchado las palabras del Señor Jesús. Quizás estuvo allí en persona, o quizás escuchó las palabras de Jesús por boca de otros.

Si estuvo en el monte, debe haber estado a cierta distancia de los demás, ya que al leproso no le fue permitido acercarse a la comunidad de Israel. La lepra era una enfermedad horrible. Mostraba vivamente cuan viles hemos

llegado a ser a los ojos de Dios por nuestros pecados. Una persona con lepra era arrojada fuera de la sociedad israelita para ilustrar que nosotros merecemos ser echados lejos de la comunión de Dios a causa de nuestros pecados. Un leproso sufriría doble castigo. Era un testigo de la maldición que pende sobre todos nosotros debido a su expulsión de la sociedad.

Este leproso había oído las palabras del Señor Jesús y ahora creía que Jesús había sido enviado por Dios para la salvación. Cristo tenía el privilegio de mostrar en palabra y hecho el amor y la gracia de Dios para la salvación de su pueblo del pecado y sus consecuencias. El leproso se dio cuenta de esto. Se sometió en fe a la misión del Señor Jesús.

Al ver a Jesús, debió haber corrido hacia él, abriéndose paso como pudo entre la multitud. La gente se hizo a un lado asustada, pues era inmundo. Se arrodilló delante de Jesús y le dijo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Es como si le hubiera dicho: "Señor, tú tienes el poder para librarme de esta maldición. ¿Lo harás?" En casos como este el Señor siempre está dispuesto a responder a nuestra oración. Si por la fe reconocemos que él tiene poder para salvarnos, siempre nos librará. Si hemos oído su palabra y ésta ha penetrado verdaderamente en nosotros, siempre estará dispuesto a salvarnos.

Y en ese momento sucedió algo que debe haber llenado de horror a la gente. El Señor Jesús no retrocedió delante de este inmundo, como todos habían hecho, sino que se inclinó hacia él y lo tocó. Jesús no tenía miedo de la maldición de este hombre, ni tampoco temía la maldición que está sobre todos nosotros. Tomó esa maldición sobre sí mismo, sufriéndola en la cruz. Así conquistaría la maldición y traería a su pueblo, alejado de Dios, a la comunión íntima con él y el Padre. Por esa razón tocó al leproso.

Jesús dijo: "Quiero; ¡sé limpio!" Usó las mismas palabras que el hombre usó al hacer su petición. No sólo había que sanar al leproso de su inmundicia, sino que también había que quitar la maldición. Debía ser restaurado a la bendita comunión con la gracia de Dios.

Todo pasó en un instante. Sólo una palabra de Cristo y todo estaba bien. Así de grande es su poder. Una sola palabra de Cristo y toda en nuestra vida está restaurado para siempre. ¡Entonces tendremos comunión con Dios! ¡Que todos reconozcamos este poder! El Padre envió a Jesús al mundo con este propósito.

Entonces el Señor dijo: "Mira, no lo digas a nadie. No hagas ningún alboroto de esto, porque entonces la gente me verá sólo como un hacedor de milagros y no como uno que ha sido enviado por el Padre con el poder de su amor. Por el contrario, reflexiona sobre estas cosas en tu corazón, de tal

manera que me conozcas aún más y que crezcas en el conocimiento del amor del Padre para salvación".

El Señor Jesús también le dijo al hombre que fuera al sacerdote. Esto era lo que la ley exigía. El sacerdote debía comprobar que había sido realmente sanado. Después debía hacer el sacrificio por su purificación. En ese sacrificio se recobraba la comunión con el Señor; el hombre aceptaría el hecho de que el Señor le había recibido otra vez en su comunión.

El Señor Jesús mandó al hombre a que hiciera todo lo que la ley prescribe. En esta forma se suponía que los judios entenderían que Jesús no obraba en contra de la ley, sino que la cumplía.

Al expulsar al leproso del pueblo, la ley quería enseñar que todo pueblo de Israel también merecía ser desterrado eternamente de la comunión con Dios. Pero la ley también mostraba que había una posibilidad de limpieza. Cristo vino trayendo esta bendición. Deseaba bendecir a Israel y darle la comunión eterna con Dios. Los judíos tuvieron que aprender esto, y nosotros también.

Cumplimiento en el llamamiento de los gentiles. Una vez cuando Jesús entró a Capernaum nuevamente, los ancianos de la sinagoga se le acercaron con la petición de un oficial, un centurión que pertenecía al ejército del rey Herodes. Estos hombres le pidieron al Señor ir a la casa del centurión para sanar a su siervo, que era paralítico y que sufría muchos dolores.

El oficial era gentil, pero se veía que amaba al pueblo judío. Hasta había construido una sinagoga en Capernaum, porque había aprendido a adorar al Dios del Israel. Era como adorar "de lejos", porque no pertenecía al pacto, al pueblo reconocido por Dios como suyo propio. El centurión admitió abiertamente este hecho; no se allegó al Señor Jesús directamente, sino que pidió a los ancianos de la sinagoga que hablaran por él. Había oído acerca de Jesús y también entendió algo de que Jesús era un enviado de Dios y había recibido poder de Dios para salvación. No obstante, reconocía que esta bendición era para el pueblo de Dios, no para los gentiles.

Aun así, el centurión envió un mensaje al Señor Jesús. El mensaje sugería que este Dios que era tan maravilloso para con su pueblo, podría dar algo de su bendición a los gentiles también. El centurión ya había llegado a conocer mejor la gracia del Dios de Israel. También reconocía el pacto; reconocía que esta salvación era ante todo para el pueblo de Israel.

La actitud del centurión era mejor que la de los ancianos. Los ancianos habían dicho a Jesús: "Es digno de que le concedas esto, porque ama a nuestra nación y nos ha edificado una sinagoga". Estaban orgullosos de sus privilegios y poco y nada entendían que todos los beneficios que habían recibido eran regalos de Dios, dones de su gracia que tanto ellos como los gentiles habían perdido.

Jesús se alegró mucho con la petición del centurión. Se dio cuenta que los gentiles habían notado su misión. Esto era una obra de Dios. Y este gentil, el primero al que se le permitiera ver algo de la misión del Mesías, representaba una profecía que anticipaba que muchos gentiles vendrían a la fe más adelante. Por tanto, Jesús dijo con gran gozo: "Iré y lo sanaré. Con gozo iré por donde el Padre me guía".

Mientras tanto, el oficial lo pensaba bien; se preguntó, "¿Será correcto que yo le pida a Jesús que entre a la casa de un gentil? ¿Necesitará siquiera venir acá el enviado de Dios para sanar a mi siervo? Todo lo que tiene que hacer es decir la palabra, y será hecho, porque tal es el poder dado al Enviado de Dios. ¿No pasa lo mismo conmigo?" El centurión siguió reflexionando sobre el hecho de que Herodes le había dado poder y que sus siervos obedecían cada palabra.

El centurión envió a sus mensajeros para que comunicaran esto a Jesús. Jesús quedó maravillado: ¡He aquí un gentil que puede ver tan claramente el poder y el llamamiento que he recibido del Padre! ¡Cuán maravillosa es la obra que el Padre me ha dado para hacer! ¡No hay nadie en Israel que tenga el discernimiento profundo de este hombre!

El Señor Jesús empezó a decir a la multitud lo que él veía en la acción del centurión. El pacto, que ahora se limitaba a Israel, sería ampliado para que muchas gentes de todas las naciones, unidas por la misma fe, lleguen a tener comunión con Dios, lo mismo que Abraham, Isaac y Jacob. Tendrían esta comunión aquí en la tierra, pero también en el mundo venidero por toda la eternidad. Jesús había recibido poder para salvarnos e introducirnos a este reino glorioso. Este poder se extendió aun a los gentiles.

Pero al mismo tiempo el Señor advirtió que habría gente nacida dentro del reino que no reconocería su autoridad. Esta gente sería arrojada a las tinieblas de afuera, y allí sería el lloro y el crujir de dientes. Allí, separados por siempre de la comunión con Dios, reconocerían, aunque contra de su voluntad, la autoridad del Señor.

Jesús dio una demostración del poder que tenía en el reino. Habló una palabra y el siervo fue sanado. Este reino es el reino de salvación, paz y

gozo, el reino del eterno favor de Dios. Si por la fe reconocemos la autoridad de Cristo, entonces nosotros también entraremos al reino.

El reino todavía permanece abierto para muchos. Pero aun hoy día hay personas nacidas en el reino que serán arrojadas afuera porque no reconocen la autoridad de Cristo.

6: Los invitados a las bodas

Mateo 9:9–17

Pareciera que hay cierta dificultad con el dicho: "Misericordia quiero, y no sacrificio". ¿No fue Dios el que ordenó estos sacrificios? ¡Claro que sí! Pero no debemos olvidar que el Señor no mandó traer sacrificios en la forma en que muchas veces Israel y los fariseos los traían. Sus sacrificios eran más bien molestias por medio de las cuales el pueblo trataba de ganarse algo; eran sacrificios por ganancia personal. Por el contrario, el Señor deseaba sacrificios que mostraran la aceptación gozosa por la fe de su gracia en el pacto.

La aceptación de la gracia de Dios hace de los creyentes invitados a las bodas. Durante el período del Antiguo Testamento todavía no había llegado la liberación plena de la vida. Por esto se ordenaba ayunar. También debemos recordar que los mandamientos para ayunar son muy pocos en la ley. Fue mucho después que estos mandamientos fueran ampliados substancialmente, principalmente por los fariseos. Una vez que se haya introducido la idea de comprar y ganar, las cargas se multiplicarían naturalmente.

Hay que reconocer que aun en el Nuevo Testamento a veces parecería necesario ayunar, cuando el Señor se aleja de nosotros y revela su ira. Pero con la venida de Cristo se nos ha entregado todo el amor de Dios y con el derramamiento del Espíritu Santo la creación nos es dada para nuestro uso. Ahora los creyentes son invitados de bodas que están sentados a la mesa del amor de Dios. Una forma en la que hacen esto es por medio de gozar todo lo que el Señor les ha dado en la tierra.

Nuestro lugar como invitados a las bodas del amor de Dios sobre la tierra no queda comprometido por nuestro llamamiento a ser misericordiosos, el llamamiento a entregarnos a nuestro prójimo, especialmente a aquellos que padecen necesidad. Es cierto que Dios nos ha llamado a entregarnos a una obra social, pero si no gozamos felices la comunión con el Señor en todo aquello que él desea que tengamos, no podremos proclamar el gozo del evangelio del reino, ni tampoco mostrar misericordia. En comunión con su Padre, Cristo se sentó a la mesa en la casa de Mateo.

Por esta misma razón Jesús rechazó los reproches de los fariseos. La gente que igual a los fariseos, no conoce la

libertad y el gozo del reino de la gracia es gente que no sabe dar a otros. Tienen miedo de meterse en una situación comprometedora si se asocian con "publicanos". Pero Cristo sí sabía dar de sí mismo a la mesa de Mateo. En esa mesa reinó la gracia de Dios porque Cristo vivía en comunión con su Padre.

Pensamiento clave: *Debido a la venida de Cristo, los creyentes son aquí en la tierra invitados de boda.*

Mateo es llamado a la fiesta de bodas. Al principio mismo de su ministerio en Galilea, el Señor llamó a algunos discípulos para que le siguieran. Deseaba preparar a esos hombres en una forma especial para que así llegaran a ser sus colaboradores. Pero tenía unos pocos, así que siguió buscando hasta completar el numero de doce. Debían ser hombres que vivieran confiando en la gracia de Dios, no en sí mismos. Esa es la regla de la vida en el reino.

En Capernaum el Señor Jesús encontró otro discípulo, alguien en quien nosotros jamás hubiéramos pensado. En aquella ciudad había una aduana donde se cobraban los impuestos de exportación e importación. Capernaum era una ciudad fronteriza. Herodes arrendaba el trabajo de cobrar los impuestos. Habían algunos judíos que prestaban estos servicios y se hacían ricos cobrando altos impuestos. Lo peor de todo era que estos cobradores de impuestos se ponían al servicio de la tiranía extranjera, traicionando a su propio pueblo.

Una vez el Señor Jesús pasaba por las oficinas de aduana cuando vio a cierto hombre llamado Leví o Mateo sentado allí. Se dio cuenta que el Padre quería dárselo como discípulo. ¡Qué extraña es la elección de Dios! Dios había escogido para ser discípulo de Jesús a este publicano, este traidor. El Señor lo llamo y le dijo: "Sígueme".

Mateo se puso en pie y lo siguió. Que extraño que pudiera dejar en el acto su trabajo y seguir al Señor. ¿Cómo se atrevió semejante pecador a seguir de inmediato a Jesús?

Es muy probable que Mateo hubiera escuchado ya muchas cosas acerca de Jesús, porque Jesús con frecuencia transitó por las calles de Capernaum. Pero Mateo debió hacer pensado que el evangelio del reino no era algo para él, puesto que él había traicionado la causa de su pueblo vendiéndose a Herodes.

Y de repente el Señor lo estaba llamando. El reino de la gracia de Dios se abrió para Mateo y se dio cuenta que todos nuestros pecados son derrota-

dos y perdonados por esa gracia, cuando Dios nos adopta como hijos suyos. Junto con el llamamiento de Jesús vino la revelación de la gracia. Esto fue lo que conquistó a Mateo, quien se rindió a esta revelación.

¡Qué lindo que es todo en este reino! Sólo la gracia de Dios reina soberana en él. Este mismo Mateo vino a ser un apóstol después y el escritor del primer Evangelio. Mateo entendió la felicidad que existe en el reino de los cielos y también predicó sobre ella.

La misericordia que busca. Que Mateo entendió la gracia y el gozo del reino es claro por el hecho de que organizó una comida en su casa e invitó a Jesús junto con sus discípulos y también a muchos otros publicanos. ¡Qué gozo mas grande debió haberle dado a Mateo esta cena! Ahora que él vivía por gracia, tenía el privilegio de presentar a Jesús a los otros publicanos a fin de que ellos también creyesen. Una cena era una buena ocasión para esto. ¿Qué es la vida del creyente si no el sentarse a la mesa del amor de Dios para ser alimentado por su gracia? Mateo entendió esto muy bien.

Los fariseos de Capernaum se dieron cuenta que Jesús estaba sentado a la mesa con publicanos, esos horribles traidores de la causa de la nación. ¿Como podría hacer semejante cosa? Si se asociaba con ese tipo de gente, ¿qué más se podría esperar de él? No se atrevieron a decírselo directamente pero manifestaron su queja a los discípulos. El Señor escuchó las quejas y las respondió:" Ustedes no me buscan a mí; no me necesitan como su médico. Sólo los que se sienten enfermos buscan un médico. Ustedes me cierran el corazón, porque se creen justos. La razón por la que mi llamamiento no les toca es la facha externa de justicia que tienen. Pero mi llamamiento penetrará con más facilidad a aquellos pecadores reconocidos. Ustedes tropiezan en su orgullo. Esto es lo que pasa siempre con la gente que se cree justa, que cree que cada uno le da lo suyo, mientras que verdaderamente están negando sus corazones a Dios y al prójimo".

Los fariseos pensaban que ellos podían hacerse cargo de su propia justicia y salvación. Sólo trabajaban para ganarse algo de Dios. Con esa mentalidad, orgullosos de sus logros, traían sus sacrificios. Su orgullo les hacía despreciar a los publicanos y jamás se sentarían en la misma mesa con ellos. A los fariseos no se les ocurriría tratar de alcanzar a los publicanos. Pero la verdad era que aunque pensaran que eran ricos, eran pobres, y por tanto no tenían nada que dar a los demás.

El Señor Jesús, que sabía lo que era la gracia del reino, tenía muchísimo que dar. Por esto fue que se sentó con los publicanos, mostrándoles la

misericordia del Dios que los buscaba. Dijo a los fariseos: "Está escrito en la Escritura que Dios quiere misericordia y no sacrificio que le ofrecen tercamente y para ganar algo. Aprendan lo que significa esto!"

La fiesta de bodas. Cuando hubieron terminado de cenar, se le acercaron los discípulos de Juan el Bautista. Al parecer no habían entendido bien a su maestro, porque Juan siempre había señalado al Señor Jesús, no a sí mismo. Los discípulos de Juan todavía querían dar gloria a su maestro, más que al Señor Jesús. Así que, con una expresión de descontento en el rostro, se acercaron a Jesús con esta pregunta: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, mientras sus discípulos no ayunan?"

Juan el Bautista había venido a predicar que estamos destituidos de todos nuestros derechos a causa de nuestro pecado. Y para dejar claro este punto, ayunó con regularidad e hizo que sus discípulos lo hicieran también. Por otra parte, el Señor Jesús vino predicando que a través de su sufrimiento recobraría para nosotros todo lo que habíamos perdido. Por medio de Jesús ahora la vida puede llegar a ser el goce constante de la comunión con Dios, y en esa comunión también el goce de todo lo que el Señor nos da. Es así que la vida viene a ser una gran fiesta de bodas. Y puesto que el ayuno nada tiene que ver con una fiesta de bodas, el Señor enseñó a sus discípulos que no ayunasen.

En el Antiguo Testamento Dios a veces ordenó a su pueblo a ayunar para enseñarles que debido a su pecado habían perdido todo. Juan el Bautista, con quien terminaba el Antiguo Testamento, trajo otra vez este mensaje, y con mayor fuerza que en el pasado. Pero el deber de Juan era preparar el camino para la venida del Señor Jesús, en quien Dios nos daría todas las cosas nuevamente.

Los discípulos de Juan querían aceptar el nuevo orden de cosas que Jesús había traído (la comunión con Dios a través de Cristo), pero también querían aferrarse del antiguo (la comunión con Dios bajo la ley). Esto es imposible. "Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo"—decía Jesús—"porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura. Ni echa el vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen".

Los discípulos del Señor Jesús podían gozar de toda la felicidad del reino. Con el Señor Jesús recibieron también la comunión con Dios. Más adelante sería quitado de en medio de ellos, cuando viniese el tiempo de su sufrimiento y muerte. Entonces llorarían y ayunarían. Pero en la resurrec-

ción les sería devuelto Jesús, y después de su ascención él les daría el Espíritu Santo, en el cual permanecería con ellos para siempre.

Esto hace que la vida en el reino sea una fiesta de bodas, y eso es lo que ahora es para el creyente. Puede suceder, sin embargo, que Dios se aparte de nosotros a causa de nuestros pecados, y es posible también que tengamos que llorar y ayunar, pero si confesamos nuestros pecados, Dios siempre se dará nuevamente a nosotros. Entonces la vida viene a ser otra vez una fiesta.

7: La aflicción de su alma

Mateo 9:27—10:42

Aquí vemos a Cristo trabajando. Vemos también las necesidades que él halló en su ministerio y cómo se dio a sí mismo por ellas. Fue en el transcurso de esta labor que encontró la cruz, no sólo cuando los ciegos que sanó lo mal entendieron, sino que también cuando los fariseos le insultaban. Como resultado de su trabajo, miró a la multitud como a ovejas sin pastor. Su trabajo le llevó a reconocerlo y deseaba tener colaboradores; así que envió a sus discípulos a predicar.

Debemos considerar a Mateo 10:1–17 como el discurso por medio del cual Jesús envió a sus discípulos. Después de esto vienen algunas palabras que el Señor Jesús podría haber hablado en otra ocasión, palabras que describan este ministerio en una forma mucho más amplia. En estos últimos versículos Jesús no sólo se refiere a la misión inmediata que sus doce discípulos realizaron a través de Israel, sino que también se refiere a la labor que tendrían una vez que el Espíritu fuere derramado. En un sentido aun más amplio también se refería a todo el trabajo que tendría que realizarse antes de su segunda venida. Es así como debemos entender las palabras: "No acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del hombre". Este "venida" se refiere al reinado de su gracia sobre todas las naciones. Roma sería alcanzada antes que la última ciudad de Israel. Cuando esto suceda puede decirse que el reino ha venido, a pesar que sólo con su segunda venida se manifestará en toda su gloria.

Pensamiento clave: *En su reino Cristo ofrece la labor de su alma.*

La gente no comprende su trabajo. El Señor Jesús trabajó mucho en Capernaum. Allí predicó el evangelio e hizo muchos milagros. Había

trabajo urgente que hacer, trabajo duro. ¡Cuánto tenía que hacer a veces en un solo día!

¿Le entendió la gente en su trabajo? ¿Entendían realmente qué es lo que buscaba, que su meta era lograr que la gracia del reino dominara los corazones de los hombres? Por cierto, esto llegaría a quedar claro.

Un día cuando había mucho que hacer y el Señor Jesús ya había trabajado bastante, dos ciegos le dieron voces en medio de la calle, "Hijo de David, ten misericordia de nosotros!" Querían ser sanados, pero lo llamaron Hijo de David, con lo cual indicaban que ellos sabían que pertenecía a la familia de David.

No podemos estar seguros si estos ciegos comprendían que Jesús era el Salvador prometido de la casa de David; sea como fuere, entendían que la gloria de la casa de David aparecía nuevamente en este hombre que iba sanando gente. Pero, ¿cómo pudieron entenderlo estos ciegos y como podría el pueblo entender estas palabras al oírlas? ¿Pensarían sólo en la gloria de la casa de David, o acaso entenderían que los reyes de aquella familia realmente habían sido llamados a traer al pueblo bajo la soberanía de la gracia de Dios? ¡Cuántas veces a la gente sólo le interesa el esplendor externo! ¿Honrarían ahora al Señor Jesús sólo por sus milagros, sin que sus corazones se abrieran a la gracia de Dios? En este caso no se lograría alcanzar la meta de sus labores.

¡Que peligroso era que estos ciegos hablaran de esta forma en la calle! Por esto Jesús no les prestó atención. Pero cuando entró en la casa, ellos lo siguieron. Allí ya no había tanto peligro, porque no había gente. Jesús no les preguntó qué querían decir con las palabras "Hijo de David". En lugar de eso, les preguntó: "¿Creéis que puedo hacer esto?"

Jesús no podía sanarlos si ellos no tenían fe. Así que lo primero que hizo fue despertar en ellos la fe; debían mirar sólo a él. Lo que quería decir era que no debían sólo poner la atención en su poder para hacer milagros, sino que también debían creer que él había venido a redimir toda la vida, acercando sus corazones a Dios por la fe.

Los ciegos contestaron, "Sí, Señor". Aunque creyeron en su poder para hacer milagros, no está claro si también entendieran lo que el Señor realmente quiso decir. No obstante, por la fe que él había despertado en ellos, podía ahora sanarles. Tocando sus ojos, dijo: "Conforme a vuestra fe os sea hecho". Como era su costumbre, los tocó. Con este gesto él parecía compartir con ellos su sufrimiento y tomar sobre sí mismo el pecado del mundo, que es la fuente de todo sufrimiento. El cargó con nuestro pecado e hizo expiación por él. De esta forma redimió nuestra vida. Con tocarlos el

Señor les estaba diciendo a estos dos ciegos que estaba en busca de sus corazones y que quería salvar sus vidas por toda la eternidad.

Sus ojos fueron abiertos y pudieron ver a Aquel que había sido bueno con ellos. Pero de inmediato el Señor les dijo que no contaran a nadie lo sucedido. Esto lo dijo enfáticamente, casi enojado, porque temía que ellos y todos los que escuchasen malentendieran su trabajo. Estaba luchando por ellos y por todo Israel.

Cuando los ciegos abandonaron la casa, divulgaron su fama por todas partes. Se olvidaron de lo que el Señor les había mandado. No lo habían comprendido ni tampoco habían comprendido lo que él realmente quiso hacer para el pueblo de Israel. ¡Qué desilusión se debió haber llevado el Señor Jesús! ¿Sería, después de todo, imposible salvar a su pueblo?

Ahora bien, no debemos centrar nuestra atención sólo en los dos ciegos. Cuando el Señor Jesús viene en busca de nuestros corazones y nos pide que nos rindamos a su gracia por medio de la fe, a menudo nosotros tampoco le entendemos, porque *no queremos* entenderle. Lo rechazamos. El Señor puede hacer muchas cosas por nosotros, pero cuando pide nuestros corazones, no le queremos oír. Es un gozo saber que su sufrimiento y expiación también abarcaron nuestro rechazo. Ahora él puede continuar pidiéndonos nuestros corazones y tomar posesión de ellos.

Su trabajo vituperado. A la vez que los ciegos se marcharon, trajeron a Jesús un mudo endemoniado. En aquellos días era bastante común ver este tipo de posesiones. Satanás dominaba por completo a este tipo de gente, de tal manera que sus víctimas no tenían voluntad propia.

Era en el plan de Dios que en esos tiempos hubiesen posesiones demoníacas. El poder de la gracia se pondría de relieve con mucha más gloria al ser contrastado con el poder de Satanás. Por cierto que es horrible estar bajo el dominio total de Satanás, pero es aun más horrible cuando nosotros nos rendimos a su poder por nuestra propia voluntad para hacer lo que él quiera.

Aquí estaba el Señor cara a cara con su enemigo. ¿No había venido a destruir las obras del maligno? Así se entregó de lleno a su labor. El Señor destruiría el poder del maligno al hacer expiación por el pecado de los hombres. Le fue otorgado el poder de negarle a Satanás el dominio sobre esta persona y para echarlo fuera. ¡Qué gozo debió haber sentido Jesús cuando expulsó al diablo e hizo que el hombre hablase! El hombre ahora

era libre otra vez para alabar a Dios, habiendo sido callado por Satanás por tanto tiempo.

¿Reconocería ahora su pueblo quién era Jesús y que había venido a derrotar el poder del malo que también dominaba en sus vidas? No, el pueblo no mostró ni el más mínimo entendimiento. Es verdad que la multitud quedó impresionada, pero el milagro no tocó sus vidas; no tuvo significado para sus vidas. Y los fariseos lo calumniaron diciendo: "Por el príncipe de los demonios echa fuera demonios". ¡Lo que estaban diciendo era que Jesús trabajaba en sociedad con el diablo!

¡No pudo haber un mal entendido mayor! ¡Cuán triste debió haberse sentido Jesús! Era como si el diablo mismo se riera de él, diciendo: "Tú podrás expulsarme de este hombre pero los corazones de las gentes y de los fariseos están en mi poder".

¡Qué maravilloso es saber que el Señor Jesús sufrió por las calumnias de los hombres e hizo expiación por pecados como estos, rompiendo así el poder que Satanás tiene sobre los corazones! Si tan sólo creyéramos en el poder de la gracia, que es más fuerte que el poder de Satanás.

Viendo su tarea. El Señor Jesús estaba muy ocupado predicando y sanando enfermos, cosas que realizaba no sólo en Capernaum, sino en toda Galilea. ¿Cuál era el resultado de toda esa labor? ¿Creía la gente en él? ¿Eran sus corazones sanados por la sumisión a la gracia de Dios?

¡Cuán poco lo entendieron! A medida que el Señor avanzaba en su trabajo, se daba cuenta cada vez más de la necesidad de las multitudes. Las vio como ovejas sin pastor. Estaban esparcidas y heridas por las espinas del pecado. Sobraban los líderes que sólo querían aprovecharse del pueblo, pero él no hallaba pastores que realmente buscaban llevar los corazones a Dios, pastores que dieran su vida por las ovejas. Por otra parte, la gente tampoco quería pastores como éstos. Tanto el pueblo como sus líderes estaban unidos sólo en su alejamiento del Señor.

Era gente muy desdichada. Que Jesús los considerara de esta forma era en parte el resultado de su trabajo. Fue así como los encontró. Este descubrimiento de Jesús no fue poca cosa. Nadie ve las cosas como Jesús las ve. Y nadie desea que otra persona se entere de que está herida y sola. Todos escondemos nuestra vida interior de los demás.

Qué dicha es saber que Jesús tiene los ojos abiertos para vernos tal cual somos y para encontrarnos de la misma forma. Podemos decirle al Señor

toda nuestra miseria, hasta las cosas que jamás contaríamos a otro ser humano. El Señor lo sabe antes que nosotros.

Su deseo por colaboradores. El trabajo entre las multitudes exigía tanto y la miseria era tan grande que cualquier otro se hubiera desanimado. ¡Pero no el Señor Jesús! Buscó colaboradores que cosechasen la mies en su poder. Era Dios quien debía darle estos colaboradores, así que Jesús oró por estos obreros, y también pidió a sus discípulos que orasen por ellos. Hay talentos para la obra, pero Dios tiene que llamar obreros para la obra y capacitarlos por su Espíritu.

Ya en esta etapa tan temprana el Señor Jesús decidió nombrar discípulos para ser sus colaboradores. Les dio el poder para revelar la gracia, no sólo predicando sino también sanando a los enfermos. Debían salir de dos en dos, no a los paganos sino por ahora al pueblo de Israel que estaba esparcido y completamente descarriado.

Los discípulos no debían preocuparse de llevar provisiones, porque los que aceptaran el evangelio iban a cuidar de ellos. Los discípulos llevarían la paz del Señor a la casa que los recibiese. Por el contrario, su visita sería un juicio para cualquier casa o ciudad que no los recibiese. En estos casos deberían sacudir el polvo de sus pies al retirarse de esa casa. Esto era una señal que indicaba que nada tenían en común con tal lugar. Vemos, pues, que el evangelio siempre levanta conflicto. El evangelio trae paz o juicio.

Más adelante, también, el Señor habló a menudo a sus discípulos acerca de su futuro llamamiento. Cuando predicaran el evangelio en el mundo, no sería nada fácil. Serían como ovejas en medio de lobos. Serían perseguidos por donde fueran. A pesar de todo, ellos verían como la gracia iría dominando al mundo. No debían temer, sino que rendir sus propias vidas a la misma gracia que predicaban. Todo el que quisiera salvar su vida, la perdería; su vida estaría vacía y sin valor. Pero cualquiera que estuviese dispuesto a perder su vida y a rendirla completamente a la gracia de Dios, la salvaría; su vida daría fruto eterno. Los discípulos no deberían temer a hombres que sólo podrían matar el cuerpo, pero que no podrían hacer su vida eternamente infructuosa. Debían temer a Dios, que no sólo destruye el cuerpo eternamente, sino también la vida, condenándola por la eternidad como infructuosa.

Los discípulos debían empezar de inmediato con su trabajo, aunque poco y nada habían aprendido del Señor todavía. Aun después tampoco estarían totalmente preparados para su labor. ¿Quién podrá decir que ya

está del todo preparado? Siempre deberemos permanecer como discípulos. Sólo al rendirnos completamente al Señor, hablará él a través de nosotros y bendecirá nuestra labor. De manera que nuestra labor no es en vano, puesto que somos colaboradores del Señor Jesús.

8: El reino se abre paso

Mateo 11

Más que ningún otro, este episodio acerca de las dudas que tenía Juan el Bautista nos muestra que no se puede separar la así llamada duda objetiva (esto es, la duda sobre si las cosas escritas en la Biblia son verdad o no) de la otra llamada duda subjetiva (esto es, la duda sobre si *nosotros* participamos o no en la salvación). Si insistimos en separar estas dudas, el caso de Juan será un enigma. Juan mismo, después de haber visto la señal en el cielo, había señalado a Jesús como al Cristo (véase Jn. 1:32–34). Si sólo se trataba de la observación objetiva de un hecho, no había lugar para dudas. Pero uno no confiesa en esta forma que Jesús es el Cristo. Cuando Juan señaló a Jesús anteriormente, desatendió su propia persona por completo, colocando toda su atención sólo en Cristo (vea la conversación con los representantes de Jerusalén en Juan 1). Esta es la única forma en que podemos señalar a Cristo.

Pero estando en prisión Juan empezó a mirarse a sí mismo. Al hacerlo no pudo seguir asiéndose firmemente a la confesión de que Jesús es el Cristo. Sólo podremos confesar de este modo cuando nos rindamos completamente a Jesús.

Esta entrega revestía un carácter muy especial en el caso de Juan. Con él el Antiguo Testamento llegaba a su fin. La ley y los profetas desembocaban en él. Juan nos mostró por medio de una vida austera que hemos perdido todo a causa de nuestros pecados.

No debemos confundir la conducta de Juan con el ascetismo. El ascetismo tiene siempre como trasfondo un menosprecio por todo lo que es material o está relacionado con el cuerpo. El ascetismo está basado en un dualismo pagano. Pero como un predicador de arrepentimiento, Juan el Bautista había traído el mensaje que todo beneficio estaba corrompido por el pecado y que Dios había negado al hombre los tesoros de la creación a causa de sus pecados.

Las leyes del Antiguo Testamento todavía hablaban de esta pérdida. No obstante, el Antiguo Testamento también era una dispensación del pacto de *gracia*. De esta manera anunciaba que Cristo y el derramamiento de su Espíritu Santo abrirían para nosotros la creación.

Los profetas llegaron a su fin con el ministerio de Juan, quien tuvo el privi-

legio de anunciar al Cristo. Cristo vino comiendo y bebiendo, trayendo el gozoso mensaje que en su reino recobramos otra vez el derecho a todos los beneficios de la creación. Jesús ganó para nosotros estos beneficios. Juan apareció precisamente en la línea limítrofe. Su entrega quería decir que él dejaba atrás la primera dispensación del pacto de gracia a favor de la segunda, la cual sobrepasaría a la primera en la gloria del reino.

Desde este punto de vista podemos darnos cuenta que el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que Juan el Bautista. Como persona, Juan seguramente está por sobre muchos de los que pertenecen a la dispensación del Nuevo Testamento, y no cabe duda que el lugar que Juan tenga en la gloria será más alto que el de muchos otros. En cuanto a su llamamiento terrenal, Juan recibió el más alto honor, puesto que él había visto mucho más y tenía mucho que decir. No obstante, aquellos que fueron testigos del derramamiento del Espíritu Santo y el reino glorioso que acompañó dicho acontecimiento tienen mucho más que decir que Juan, pues vieron mucho más que él.

Probablemente sería mejor traducir el versículo 12 de la siguiente manera: "Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos se abre paso por la fuerza, y los violentos lo conquistan por la fuerza". El reino de Dios se abría paso porque muchos creyeron el mensaje de Juan el Bautista que el reino se ha acercado.

Pensamiento clave: *El reino se abre paso con fuerza para que nosotros podamos conquistarlo por la fuerza.*

Cristo no debe ser piedra de tropiezo. Juan el Bautista tuvo el privilegio de anunciar al Señor Jesús, proclamándolo como el Cristo, el Mesías prometido que establecería el reino de gracia. Pero las cosas no se desarrollaron tal como Juan lo esperaba. Herodes Antipas, que gobernaba Galilea, puso a Juan en prisión, y parecía que no había esperanza de que Juan obtuviera nuevamente su libertad. ¿Terminaría su vida en la cárcel? ¿Sería este el fin de su gloriosa carrera?

Juan sufrió tentaciones cuando era un hombre libre. El pueblo creía que era alguien importante; se preguntaban si no sería el Mesías. Juan podría haberse hecho líder del pueblo, pero en medio de la tentación jamás pensaba en sí mismo. Por el contrario, en vez de buscarse honores apuntó al Señor Jesús como el Salvador. En ese tiempo pudo creer en el Señor Jesús con todo su corazón, rindiéndose completamente a él. Todo su ministerio y todo el Antiguo Testamento, del cual él era la piedra angular, llevaban al Señor Jesús, y a él glorificaban.

¡Qué vida más gloriosa la de Juan! La única forma de vivir con gozo y en paz es teniendo este espíritu. Pero en la cárcel Juan empezó a pensar en sí mismo; empezó a preocuparse de que su propia vida estaba siendo arruinada. Entonces ya no pudo ver más la gloria del Señor Jesús, y hasta empezó a acariciar dudas en cuanto a si El fuera o no verdaderamente el Cristo. Mientras podamos ver la gloria del Señor Jesús, todo nos va bien sin importar lo que pase; y así estaremos siempre sirviéndole. Debemos dejar que él decida la forma en que será glorificado en nosotros.

Pero estando en prisión, parece que Juan ya no pensaba así. Por eso envió a dos de sus discípulos a preguntar al Señor si él era realmente el Mesías. ¡Que pregunta más aterradora! ¡Juan dudaba del Señor Jesús! Esto es lo peor que podemos hacer.

Por el otro lado, notemos que Juan llevó sus dudas al Señor mismo. Esto demuestra que todavía se apegaba a él y que había dentro de sí otra voz que le decía: "El es el Cristo". Si alguna vez surjan dudas en nosotros, no hay cosa mejor que ir donde el Señor mismo. Su reprensión matará todas nuestras dudas.

Esto fue lo que hizo con Juan, pero en una forma peculiarmente suya. No le reprochó nada; más bien dijo a los enviados de Juan que le dijesen lo que habían escuchado y visto, esto es, que los enfermos eran sanados, que los muertos eran resucitados y que se estaban predicando las buenas nuevas de salvación a aquellos que sentían la necesidad de la Palabra. El Señor Jesús subrayó esto tomando prestadas las palabras de los profetas. Juan también había usado estas palabras de los profetas y había declarado que sus profecías estaban siendo ahora cumplidas. El cumplimiento había llegado: la vida quedaba libre de la prisión en la cual estaba ahora encarcelada por el pecado. ¿Por qué dudaba entonces Juan?.

Por cierto, Juan mismo predijo el reino, ¡pero ahora le estaba costando muy caro! A lo único que se le había llamado era a anunciar que el reino se había acercado. Pero ahora que el Señor Jesús mismo había aparecído Juan tenía que retirarse a una posición subordinada. Además, con el Señor Jesús y su reino había llegado la dispensación de la gracia de Dios, dispensación que era mucho más gloriosa que cualquier cosa que los creyentes hubieran conocido en el Antiguo Testamento. Juan tenía que reconocer que la antigua dispensación no era más que algo provisorio, destinada a pasar.

¡Cuánto era lo que tenía que abandonar Juan! Nosotros también debemos rendirnos al Señor Jesús y permitir que él determine el curso a seguir. Esto es muy difícil para nosotros, y por esto él dijo: "Bienaventurado es el

que no tropieza en mí", esto es, bienaventurado aquel para quien yo no soy una roca de escándolo por la cual tropieza y cae.

Eliás y Juan. Las multitudes escucharon la reprimenda de Juan. Pero esto no quería decir que debían pensarle en poco, porque él todavía era un enviado de Dios. Así que el Señor quiso explicar cual fue el significado de Juan.

Primero que todo, el pueblo debía aprender a no mirar a Juan en términos personalistas. ¿Quién había sido Juan? De seguro que no fue un hombre inconstante moviéndose de aquí para allá como los juncos a la ribera del río Jordán. Tampoco fue un tipo lisonjero, que no se atrevía a decir la verdad. Con todo, aun un hombre como él con tanta fuerza de carácter puede caer presa de la duda. La gloria y la salvación de una persona descansa solamente en el llamamiento de Dios.

¿Cuál fue, entonces, el llamamiento de Juan? La gente creía que era un profeta. Pero él era más que un profeta, porque él mismo había sido anunciado por los profetas del Antiguo Testamento. Juan era el Elías que los profetas habían predicho. Eso no significa que él era el propio Elías resucitado; la idea es que Juan realizó su ministerio con la fuerza y en el espíritu del profeta Elías.

Suyo era el alto privilegio de ser llamado para anunciar y apuntar hacia Cristo. A Juan le tocó realizar el más alto trabajo que hombre alguno haya realizado—más alto que cualquiera de los profetas. A pesar de todo, su ministerio decae ante la venida del Nuevo Testamento. Cualquiera que haya presenciado su aparición, cualquiera que experimentara la llegada del reino, habrá visto y habrá tenido mucho más que anunciar que Juan.

¡Y este reino *está* viniendo! Aun entonces, cuando recién se había anunciado que su venida estaba a la mano, ya era una fuerza que había que tomar en cuenta y que ya estaba causando división entre la gente. Hubieron quienes se entregaron con toda su fuerza para conquistarlo. Querían rendirse al reino y perder todo por él. ¡Tal es la gloria del reino!

Una generación arbitraria. Otra vez el Señor aprovechó la oportunidad para hablar al gentío sobre la gloria de su reino. Por cierto este reino prorrumpía con fuerza, y había gente que entraban en el reino con fuerza negándose a sí mismos. Sin embargo, la mayoría lo rechazaba. No se percataron del gran cambio operado a su alrededor ahora que el reino

llegaba. No experimentaron el gran cambio del Antiguo al Nuevo Testamento. Realmente no querían ni el uno ni el otro. Tal como el Señor Jesús dijo, eran como niños veleidosos que primero quieren jugar un juego y después otro, quejándose todo el tiempo de que sus amiguitos no quieren bailar a su música. Primero quieran jugar a las bodas y después a los funerales, y no estaban contentos cuando sus amigos no cedieron a sus caprichos.

La gente de ese entonces era una generación caprichosa y arbitraria. Juan no pudo complacerlos. Juan era un predicador del arrepentimiento que ayunaba mucho. Los judíos decían que estaba poseído por algun espíritu inmundo.

Pero Jesús tampoco pudo complacerlos. Jesús se puso en el diario vivir del pueblo y más de una vez aceptó invitaciones a comer. Hasta se sentó en la misma mesa con publicanos. Pero los judíos dijeron que Jesús era un glotón y un borracho. Ni Juan ni el Señor Jesús pudo complacer a los judíos. Lo que esta gente decía, sin embargo, era que Dios, quien había enviado a Juan y a Jesús, cada uno con diferente llamamiento, se había equivocado. Dios no había hecho según los antojos de ellos. Había enviado a Juan, quien predicaba arrepentimiento y que anunciaba que nuestro pecado nos había destituido de todos nuestros derechos. Y el mismo Dios había enviado ahora a Jesús proclamando que recobraría otra vez todo lo perdido.

Ni Juan ni Jesús pudo complacer a aquella generacion. No les agradó ni el mensaje del Antiguo Testamento (que condenaba la culpa de los hombres, porque la expiación todavía no se había efectuado), ni el mensaje del Nuevo Testamento (que prolamaba el perdón completo del pecado y la liberación total de la vida). Prefirieron seguir sus propios pensamientos. Pero Dios se mantuvo firme; sus obras probarían su justicia.

A causa del rechazo de los judíos, el Señor Jesús empezó a reprender a las ciudades en las que había revelado con sus milagros la gloria del reino. Las reprendió por su incredulidad. Si Tiro y Sidon hubiesen visto lo que Corazín y Betsaida vieron ahora, no hubieran permanecido indiferentes. No obstante, estas dos ciudades de Israel permanecían apáticas. Capernaum, el centro de la obra de Jesús, resultó ser también igual de indiferente. Si Sodoma hubiese visto lo que Capernaum vio, no hubiera permanecido indiferente y no hubiera sido destruida. El pecado de Israel era más grande que el de Tiro, Sidón y Sodoma de antaño. Por tanto Israel sería juzgado con más severidad.

El yugo de Cristo. Era increíble: los israelitas pensaban que ellos eran muy ricos y sabios. Ya no atribuían la gloria a Dios por los dones que él les había dado, ni tampoco confesaban que dependían de él. De manera que no pudieron recibir la gracia que el reino de Cristo les ofrecía. Fueron cortados de la salvación porque se jactaban de su propia fuerza. Para estos israelitas "eruditos" la salvación estaba escondida. Pero Dios reveló su salvación a todos aquellos que admitían su dependencia de Dios como lo haría un niño. El Señor Jesús llama a estos creyentes sencillos para que estén con él y les da el descanso que en ningún otro lugar pueden encontrar.

Jesús mismo, a su vez, depende del Padre y, por tanto, no pone sobre otros un yugo que sea demasiado pesado para llevar, tal como lo hicieron los fariseos. Jesús no exige de los suyos más de lo que son capaces de dar, sino que más bien les da descanso. Su yugo es fácil y su carga es ligera. Después de todo, es el yugo del servicio en el amor de Dios, amor que se nos ha dado en Cristo. Servir a este amor nunca se convertirá en opresión, porque por este amor somos bendecidos.

9: El evangelio del reino es como la semilla

Mateo 13:1–30

El reino de los cielos está oculto de la carne, pero es revelado en fe. Esto se ve claramente en Mateo 13:11: "Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos". El reino permanece oculto de la carne porque es contraria a todas las espectativas de la carne. Es el reino en el cual la gracia de Dios es todo en todos. Todo en él es una dádiva de Dios. La carne no entiende lo que significa vivir por el don de gracia.

Entenderemos lo que es el reino de Dios, comparándolo con una semilla que es echada en el campo, esto es, con la semilla que la tierra recibe para luego producir nueva vida. Mucha gente no puede entender esta comparación porque rechazan el evangelio. En algunos el evangelio del reino no causa ninguna impresión. Otros creen que lo entienden, pero realmente no pueden entenderlo. Cristo habló a estas gentes en parábolas para que se dieran cuenta que no entendían. En otras palabras, quitó el poco conocimiento que ellos creían tener. Usando sus parábolas, Cristo los estaba preparando para recibir su mensaje. Pero si no llegaban a ser receptivos, el reino se les cerraría para siempre. Por medio de estas parábolas los discípulos tendrían un entendimiento aun más profundo del significado del reino. Porque ellos ya poseían algo, recibirían aun más.

Una parábola no es lo mismo que una alegoría. Juan 10 es un ejemplo de una alegoría. En ella el Señor Jesucristo habla de sí mismo y del reino, pero coloca la lección dentro del marco de la vida diaria: "Yo soy el buen pastor; las ovejas oyen mi voz. Yo soy la puerta de las ovejas; yo doy mi vida por mis ovejas". En el caso de la alegoría es necesario explicar y tratar cada rasgo. Pero no sucede lo mismo con la parábola, porque una parábola es una historia sacada del acontecer diario, conteniendo muchos elementos que no tienen un significado espiritual, sino que sólo sirven para hacer que la historia cobre vida. En el caso de la parábola tenemos que tratar de encontrar cual es el elemento que las dos cosas que se comparan tienen en común, y no debemos tratar de explicar cada rasgo de la parábola. Los elementos que se comparan son: algo que tiene que ver con la vida diaria se compara con algo que tiene que ver con la vida en el reino de gracia. Estas dos cosas tienen algo en

común, y es sólo este punto el que debemos buscar. Es cierto que el Señor Jesucristo explicó esta primera parábola, la del sembrador, hasta sus detalles, pero cuando interpretó la segunda parábola él omite cosas como las instrucciones que se le dieron a los siervos, quienes querían separar la cizaña del trigo demasiado pronto.

Contar primero una historia bíblica y después dar una aplicación es algo definitivamente equivocado. Pero cuando se trata de una parábola no se puede más que contar primero la historia para después explicar su significado brevemente. Por supuesto, en los bosquejos que estamos dando, haremos muy corto el relato.

Pensamiento clave: *El evangelio del reino es como la semilla que cae en la tierra.*

El campo tiene diferentes partes. El Señor Jesús había viajado por toda Galilea, predicando el evangelio del reino y haciendo milagros. Tanto en palabras como en hechos Jesús comunicó al pueblo que Dios quería dárselo todo al hombre, puesto que realmente el hombre nada tiene por sí mismo, no importa cuan rico piense que es. Es así como se establece el reino de los cielos, en el cual todas las cosas son regalos de Dios.

No todos entendieron el mensaje. Esto era de esperarse; porque preferiríamos ser autosuficientes en lugar de admitir que estamos en la bancarrota y que tenemos que acudir a Dios para que nos rescate. No podemos entender que todo es un don de la gracia de Dios y que todo lo que tenemos que hacer es sometemos a esa gracia. Otras veces creemos que hemos entendido, mientras que realmente nada entendemos.

El Señor Jesucristo quería advertir al pueblo que le seguía. Un día salió de su casa en Capernaum, dirigiéndose a la orilla del lago. De inmediato le siguió mucha gente, tanto que el Señor se subió a un bote, y de allí les enseñaba.

Contó una narración al pueblo. Había una vez un sembrador que salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino. Inmediatamente vinieron las aves y se la comieron. El campo había sido emparejado, pero todavía quedaban algunos lugares donde la tierra apenas cubría la roca debajo. Las semillas que cayeron allí al principio crecieron bien, pero también pronto el sol los quemó porque no tenían buenas raíces. El campo no había sido desmalezado bien y había algunos lugares donde crecieron espinos junto con la semilla, y, siendo mas fuertes, ahogaban a las buenas plantas. Sin embargo, el resto del campo era bueno. Y las

semillas que cayeron en buena tierra dieron hasta treinta, sesenta y ciento por uno.

Esta parábola contiene un mensaje especial. Dios hizo al campo y la semilla el uno para el otro. El campo puede recibir la semilla, y en este caso la semilla da fruto, a veces ciento por uno. La gracia de Dios controla el campo. Cada campo es un milagro de la gracia de Dios. Pero a veces surgen obstáculos que impiden que la semilla dé fruto. En este caso se puede decir que el campo no estaba preparado para recibir la semilla, y no la proveyó de lo necesario.

Los secretos del reino de los cielos. Después que el Señor hubo pronunciado esta parábola, quedó en silencio. Quería que las multitudes refleccionaran, preguntándose: "¿Qué es lo que quiere decir con esta historia? ¿Y si no hemos entendido la historia, habremos entendido alguna vez alguna de sus palabras?" Cualquiera que hubiera entendido algo de los mensajes anteriores de Jesús, también entendería algo de esta historia, mientras los que nunca entendieron, podían ahora preguntarse por qué.

Los discípulos le preguntaron a Jesús por qué es que hablaba a las multitudes en parábolas y sin explicarlas. Jesús respondió: "Porque nunca han entendido mis palabras. Lo que primero tienen que hacer, entonces, es darse cuenta de que no entienden. Entonces, quizás, sus corazones serán abiertos para recibir el evangelio del reino. Primero se les debe quitar todo lo que ellos *creen* que tienen, de otra forma será muy tarde cuando se den cuenta que no tienen nada. Por confiar en su propia sabiduría, han cerrado sus oídos y ojos para el reino, tal como los profetas lo dijeron".

Todos nosotros debemos llegar a descubrir que nuestra propia sabiduría no es más que necedad y que el reino no es como lo imaginamos. Nosotros también pretendemos saber y tener algo, pero el reino enseña y entrega sólo a aquellos que nada tienen.

El Señor Jesús llamó bienaventurados a sus discípulos por lo que oyeron y vieron acerca del reino. Los creyentes de antaño habían anhelado ver y oír del reino. Dado que los discípulos entendieron algo de lo que el Señor Jesús les decía, él les explicó más. Una vez que hemos percibido algo del reino, lo entenderemos también.

Actitudes diferentes. El Señor dijo que el evangelio del reino es como la semilla. Hay mucha gente que escucha el evangelio pero sus corazones

no están dispuestos para recibirlo porque ellos sobreestiman su propia fuerza. Creen que es estúpido decir que no poseemos absolutamente nada, que nada podemos ganar por nosotros mismos, sino que todo debemos recibirlo de gracia. A causa de esto, se burlan del evangelio o bien no les interesa. El diablo arrebata inmediatamente el mensaje. Sus corazones son como el sendero al lado del campo.

Hay otros que en la mayoría de los casos prefieren confiar en sí mismos, pero, cuando los cosas van mal, están seguros que Dios estará dispuesto a ayudarles. Simplemente nunca se han convertido. Dios no ha llegado a ser el todo para ellos, aunque es posible que ellos creen que han entendido el evangelio del reino. Y dado que ellos creen que Dios permite que ellos sigan su propio camino, lo siguen gozosos. Pero más tarde, cuando llegan los problemas y Dios no los ayuda, como la válvula de escape que se imaginaron que él era, le abandonan. Realmente nunca entendieron el mensaje. Sus corazones son como rocas cubiertas con un poco de tierra.

Todavía hay otros que parecen recibir el mensaje con gozo, pero que continúan sirviéndose principalmente a sí mismos y a sus propios intereses. También querrán servir un poquito a Dios pero a la larga estarán demasiado ocupados cuidándose a sí mismos. Realmente no tienen tiempo para Dios. Ellos tampoco han entendido el evangelio del reino. Son como los lugares donde los espinos ahogan la semilla. Si todo lo recibimos del Señor por gracia, debemos entregar *toda* nuestra vida al Señor y sólo a él.

Por último también hay gente cuyos corazones se han convetido al oír el evangelio del reino. Todo lo esperan del Señor y por eso están listos a servirle con toda su vida. Son personas que realmente han experimentado y creído en el reino, dando mucho fruto. A medida que el evangelio se va posesionando de ellos, Dios produce el fruto en sus vidas.

La gracia de Dios dirige todo el proceso de crecimiento paso a paso. Primero él prepara el terreno; después siembra la semilla; después forma la raíz; y finalmente produce la planta junto con su abundante fruto. ¡Cuán grande es su gracia soberana! Si tan sólo no pusiéramos impedimentos a su gracia con tantos obstáculos que le tiramos en al camino!

Una separación necesaria. Desafortunadamente, la causa del reino también será atacada por intrusos que no son ciudadanos del reino. Así que el Señor con otra parábola puso en guardia a los suyos en contra de estos intrusos. Un hombre sembró buena semilla en su campo, pero su enemigo vino de noche y sembró cizaño en el campo, huyendo después. Cuando la

cizaña empezó a crecer, se parecía mucho al trigo. Los siervos del dueño se dieron cuenta que había aparecido mucha cizaña en el campo que tan cuidadosamente habían desmalezado. ¡No podían entenderlo!

El dueño no pudo más que concluir que su enemigo la había sembrado intencionalmente. Los siervos se ofrecieron a arrancar de inmediato toda la cizaña, pero al amo le preocupaba de que al hacerlo se dañase el trigo. De manera que los calmó diciendo: "Ya llegará el tiempo de la siega y le diré a los segadores que aten toda la cizaña en manojos y la quemen. Entonces se juntará todo el trigo libre de cizaña".

Otra vez Jesús no explicó la parábola a la multitud. Más adelante los discípulos le preguntaron acerca de ella. Habían entendido lo suficiente como para darse cuenta de que por mucho tiempo habrá cizaña en el reino. Pero ahora querían una explicación más detallada.

Jesús explicó que hay gente que realmente cree en el evangelio del reino. Ellos son ciudadanos del reino. Son la buena semilla que crece en el campo. Pero también hay gente que, sin pertenecer al reino, juegan un papel dentro de él. Es Satanás quien los introduce, habiéndolos engañado. Esta gente *cree* que ha escuchado el mensaje de Cristo y *cree* que le está siguiendo, pero realmente ellos están al servicio de Satanás. El evangelio de la gracia de Dios no los ha convertido. Estas personas con frecuencia son un estorbo para la causa del evangelio. Son un obstáculo para el verdadero creyente, tal como los discípulos descubrieron más adelante.

¡Pero no debemos quedarnos mirando sólo a esa gente! El enemigo de Dios, Satanás, es quien los maneja, pero un día él también será derrocado. Cuando llegue el fin del tiempo, vendrá la siega y los hijos de Dios entrarán en la gloria. Dios juntará primero a todos los que sirven de obstáculo, y los arrojará en el horno de fuego, donde será el lloro y el crujir de dientes.

Repetidamente Jesús advirtió: "El que tiene oídos para oír, oiga". ¿Qué de *nuestro* entendimiento por la fe?

10: El reino es como un tesoro

Mateo 13:44–52

Otra vez debemos recordar que estas historias son parábolas y que no debemos buscar un significado espiritual en cada detalle. Tampoco debemos preguntarnos si fue correcto que el hombre que encontró el tesoro en el campo no se lo haya comunicado a su dueño antes de comprarlo. Cristo sólo toma ejemplos del acontecer diario sin emitir un juicio sobre si lo que acontece es o no moralmente correcto.

La diferencia que hay entre la primera y la segunda parábola de esta sección es que la segunda habla de una búsqueda, mientras que la primera no lo hace. En el caso de que este detalle de la segunda parábola tuviera quizás algún significado espiritual, tenemos que observar que por naturaleza ninguno de nosotros busca la verdad. El Espíritu de Dios y su Palabra nos convierten en buscadores.

Pensamiento clave: *El reino es como un tesoro.*

Como un tesoro en el campo. El Señor Jesús había explicado a sus discípulos la parábola del trigo y la cizaña. Y continuando su discurso, siguió hablándoles en parábolas. Por medio de las parábolas entenderían mejor los asuntos del reino, los cuales están ocultos para los incrédulos. En esta forma esperaba prepararlos para la tarea futura de predicar el evangelio del reino en todas partes.

Les habló de un hombre que cavaba en un campo y encontró de repente una vasija que contenía un gran tesoro. Parecía que alguien de una generación anterior lo había enterrado ahí, muriendo antes de que pudiera desenterrarlo. El hombre volvió a enterrar el tesoro, vendió todo lo que

tenía y después volvió y compró el campo. Así se convirtió en el dueño del tesoro.

Lo mismo sucede con el reino de los cielos. Dios lo ha revelado y su fuerza se ha hecho sentir en la vida del mundo. Con todo, todos pasamos de lado sin darnos cuenta del tremendo tesoro que Dios nos ha dado en esta vida. Pero si la fe nos abre los ojos, lo veremos inmediatamente. Entonces el reino tendrá tal valor para nosotros, que todo lo dejaremos por él. Encontramos en él tanta atracción que no queremos poseer otra cosa, pues sólo el reino da sentido a nuestra vida. La gracia del reino santifica todas nuestras posesiones.

Como una perla de gran valor. La misma idea, a saber, que el reino es totalmente fascinante y cautivador una vez que lo veamos, se hizo claro por el Señor Jesús por otra parábola. Había una vez un mercader de perlas, un mercader que salió a comprar las perlas mas finas y caras. Un día vio una que era increíblemente grande y cara. Le encantó tanto esta perla que vendió todo lo que tenía para comprarla.

De la misma forma, hay gente que va en busca del reino. Tanto el evangelio que han escuchado como el Espíritu de Dios los han puesto inquietos. De este modo, nada les satisface. Súbitamente sus ojos son abiertos para ver el reino y entonces se entregan de lleno. Nadie que lo haya visto podrá escapar su encanto.

Como una red de pescar. El reino de Dios es tan fascinante que hasta atrae a las personas que no lo "ven". Claro que ven algo de la fuerza que el reino tiene en el mundo. Dado que no pueden liberarse completamente del poder del evangelio, participan en las actividades del reino, aun cuando no pertenecen a él. El reino se mueve en forma dinámica en el mundo. Con este movimiento Dios quiere recobrar toda la vida, santificándola a su servicio. Esta es la razón por la que algunos lo siguen sin jamás "ver" al reino, sin experimentarlo realmente. El Señor Jesús advirtió a sus discípulos de gente como esta, y les dijo que en su ministerio se darían con casos como este.

Jesús dijo que el reino era como una red barredera que se arrastra por el agua. Por este proceso se recoge todo tipo de pescado, incluyendo los que no sirven. Cuando se recoge la red, aquellos pescados inservibles se arrojan al mar. De la misma forma, cuando la lucha del reino llegue a su fin,

el Señor vendrá con sus ángeles a juzgar. Separará a los creyentes de aquellos que siguieron sin rumbo el movimiento del reino de Dios, pero nunca lo "vieron" realmente. Dios juzgará con mayor severidad a aquellos que se metieron en la red sólo por dar un paseo. Dios manifestará su ira contra ellos porque fingieron pertenecer al Señor, mientras que realmente sólo buscaban sus propios intereses. De esta manera cometían una doble ofensa contra el Señor.

Como el tesoro de un padre de familia. Una vez que el Señor hubo terminado de decir todas estas cosas a sus discípulos, les preguntó, "¿Habéis entendido todas estas cosas?" Ellos respondieron. "¡Sí, Señor!" Es muy probable que ellos no entendieran todo claramente. ¿Quién podría entenderlo todo? Pero entendieron los secretos del reino de los cielos y también fueron capaces de enseñarlos. Ahora eran escribas, pero escribas en el buen sentido de la palabra, es decir, conocían bien las Escrituras.

El tesoro del reino de los cielos es tan grande que los discípulos podían ver y decir cosas nuevas acerca de él una y otra vez. Es como el dueño de una gran casa en la cual tiene una enorme bodega. Cada día este hombre llevará a su familia el mismo tipo de comida, pero también los sorprenderá a menudo con platillos que jamás han gustado y que no esperaban. Así también, el evangelio del reino es nuestro pan cotidiano. Debemos repetir las mismas cosas una y otra vez, pero el Espíritu del Señor también nos enseñará a ver y ya a decir cosas nuevas. La sabiduría del reino es inagotable. Todos los días el Señor reveló cosas nuevas acerca de ello, con lo cual preparó a sus discípulos para que pudieran ejercer su vocación.

Mateo:
El Rey y
el pueblo

11: Señor de las fuerzas de la naturaleza

Mateo 14:13–33

Al principio Adán pudo ejercer dominio sobre las obras de Dios aquí en la tierra, incluyendo las fuerzas de la naturaleza. Pero no debemos pensar en Adán aparte de la Palabra eterna por la cual la comunión con Dios le llegaba. Cuando esta comunión se rompió, Adán también perdió su dominio sobre la naturaleza. La Palabra se hizo carne en Cristo. Esa Palabra ahora tiene el dominio.

Debemos recordar que la Palabra eterna consistió en la revelación del favor de Dios y que ahora es la revelación de su gracia, siendo su gracia el favor que perdona el pecado. *Todas las cosas* están sujetas a la Palabra de gracia, incluyendo las fuerzas de la naturaleza, porque ellas fueron hechas por la Palabra. Encontramos aquí la misma revelación que hubo en los días de Elías. La Palabra de gracia que Elías traía se enseñoreaba de la sequía como de la lluvia. Las fuerzas de la naturaleza no eran baales. Ahora esta Palabra se encarnó en la persona de Jesucristo.

Si Cristo en su gracia tiene autoridad por sobre todas las cosas, nosotros en principio también tenemos dominio por medio de la fe. Pedro lo entendió y nosotros debemos imitar su fe en Cristo. Es cierto que todavía estamos sujetos a las fuerzas de la naturaleza (Heb. 2:8–9), pero en el Espíritu podemos ejercer dominio. Pronto todas las cosas serán puestas debajo de nuestros pies. Es necesario subrayar aquí también que todas las cosas están sujetas a aquellos que participan de la gracia de la Palabra eterna.

En base a la obra que consumaría, Cristo ya ejercía esta autoridad. Este ejercicio de su poder era temporal. Podemos decir que en su resurrección él asumió todo el poder que le corresponde.

Pensamiento clave: *Como la Palabra hecha carne, Cristo es el Señor de las fuerzas de la naturaleza.*

Solo en la montaña. En los días en que el Señor pasaba gran parte de su tiempo en Capernaum, también cruzó el mar de Galilea más de una vez, a fin de predicar en la otra orilla. Ahora volvía a cruzar, pero esta vez para alejarse de las multitudes. Quería estar a solas con sus discípulos. Pero las multitudes llegaban caminando por la orilla, así que les ministró de nuevo. Los alimentó de una forma milagrosa.

Había llegado la tarde, y Jesús con sus discípulos debían volver al otro lado del lago. Con todo, Jesús dijo a sus discípulos que volvieran solos en un bote, ya que él mismo se encargaría de despedir a las multitudes. Esa tarde quería estar completamente solo.

Cuando estuvo solo, subió a la montaña a orar. Parece que estuvo muchas horas orando allí. Aunque era Dios, también era hombre. Aunque, por un lado, la plenitud de la deidad estaba en él, por el otro, (su naturaleza humana), tenía que mantener su comunión con Dios por medio de la fe y la oración; así que estuvo orando en la montaña. Allí bebió de la fuente de la comunión con Dios, a fin de fortalecerse para poder cumplir con su vocación aquí en la tierra. Pero luchó en oración como nuestro Mediador, buscando asirse a la comunión con Dios en favor de todo el mundo.

"Por todo el mundo" (aunque esto no quiere decir por cada ser humano). Oró por los que creen en él y en su victoria.

Yo soy. Una vez fortalecido por su comunión con Dios, Jesús regresó a su trabajo. Mientras tanto una tormenta se había levantado en el lago durante la noche. Era una tormenta tan violenta y con vientos tan fuertes que los discípulos se encontraban en una situación desesperada.

Entre las tres y las seis de la mañana el Señor apareció en medio del lago, caminando sobre el agua. Todavía era oscuro. Todo lo que los discípulos pudieron percibir fue una figura humana. Se turbaron, creyendo que se trataba de un fantasma. Nosotros hubiéramos hecho lo mismo, ya que percibimos muy poco de la verdad. Creemos que el mundo está controlado por poderes tenebrosos que imaginamos como fantasmas; pero no podemos creer que todas las cosas, incluyendo las fuerzas de la naturaleza, las olas y los vientos, están bajo el dominio del Señor Jesús.

Creámoslo o no, es cierto. Jesús quería que ellos supiesen esta verdad en aquella situación. Dijo a sus discípulos: "¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!" Desde ese momento dejaron de temer, porque *El* estaba con ellos. Ya no veían ningún poder hostil atacándolos. Lo único que veían era al Señor

Jesús cuya gracia era para ellos. ¿Será acaso distinto para nosotros, si creemos en él?

Con él en medio de las aguas. Cuando se dieron cuenta que era el Señor, Pedro preguntó, "Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas". Pedro entendió la situación correctamente: si el Señor Jesús puede mandar a las fuerzas de la naturaleza, entonces nosotros también podemos hacer lo mismo por fe en él. Pero todavía todo depende de la voluntad del Señor. Es por esto que le pidió al Señor que le diera la orden de venir. Llegará el día en que junto al Señor reinaremos sobre todas las cosas. Pero Jesús quería dar un anticipo de lo que será ese reino maravilloso. Así que mandó venir a Pedro.

Pedro empezó a caminar por el agua para encontrarse con el Señor. Todo iba bien mientras permaneció mirando a Cristo. Pero después miró las aguas y se asombró tanto de lo que estaba ocurriendo. En ese momento dejó de estar maravillado en fe por el Señor Jesús y el poder de su gracia. Por el contrario, estaba anonadado por lo que estaba experimentando. Entonces las cosas empezaron a andar mal. Surgió el temor y el vínculo con el Señor Jesús se rompió. De inmediato empezó a hundirse.

Lleno de temor, gritó, "¡Señor, sálvame!". El Señor lo tomó de la mano y le dijo: "¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?" El mirarse a sí mismo le había hecho a Pedro temoroso. En ese momento empezó a hundirse por falta de fe.

Si seguimos mirando a Jesús, siempre tendremos las cosas bajo control. Nada podrá desalentarnos, aun cuando las fuerzas de la naturaleza todavía no estén bajo nuestro control. Somos más que vencedores en el Espíritu.

¡Este es verdaderamente el hijo de Dios! Una vez que el Señor entró con Pedro al bote, se calmó el viento. Esto demostró otra vez que las fuerzas de la naturaleza estaban a sus órdenes.

Los discípulos se le acercaron, y dijeron: "¡Verdaderamente tú eres el hijo de Dios!" Los discípulos daban testimonio de que en Cristo habían recibido la plenitud de la gracia divina. Se había cumplido la promesa que una vez fue dada y que tantas veces fue anunciada.

La plenitud de la gracia divina se abrió para ellos. No siempre permaneció así. Si nosotros, por la fe, vemos esta gracia en el Señor Jesucristo, entonces veremos en Cristo la gloria de Dios, el Señor soberano. Veremos el senorío de la gracia sobre todas las cosas.

12: Tu eres el Cristo

Mateo 16:13–28

Jesús es *el Cristo*, esto es, el Ungido. Su vida como el Hijo del hombre era gobernada por el hecho de su unción. Esta unción también determinó la naturaleza que tomó en su concepción y nacimiento. Jesús sufrió porque era *el Cristo*. Este era el propósito de su ministerio; para este fin el Padre lo envió al mundo. Por consiguiente, en su capacidad oficial como el *Cristo* él representa a todos los suyos. Jesús sufrió por los que son suyos.

Teniendo él mismo el oficio de Cristo, también confirió a sus discípulos el ministerio. Y es en virtud de este oficio y ministerio que Pedro es la roca sobre la cual se edificará la iglesia. En forma semejante, el fundamento del muro de la nueva Jerusalén tiene escritos los nombres de los doce apóstoles. La iglesia está edificada sobre sus palabras, las que hablaron en el nombre de Cristo. Abrieron y cerraron las puertas del reino por las palabras que hablaron. Ataron y desataron por medio de sus palabras; es decir, ellos interpretaron lo que había de aceptar como verdad y rechazar como falsedad.

Por "carne y sangre" el Señor se refiere al hombre tal como vive aquí en la tierra. A causa de su pecado, el hombre perdió su comunión con Dios. Así que la expresión "carne y sangre" forma un contraste con la otra "el Padre que está en los cielos". Con frecuencia, palabras y frases que en sí mismas no contienen nada negativo, sirven para señalar al hombre como una criatura apartada de Dios a causa de la caída. Entre otras, estas palabras y frases son *mundo, tierra, hijos de los hombres, carne y sangre, natural, etc.*

En el versículo 18 se habla de las puertas del Hades, lo que se refiere a las puertas de la región de los muertos. Cuando hablamos de la región de los muertos, no debemos imaginarnos un lugar en particular, algo así como un gran salón de espera, porque sabemos que la separación de los creyentes de los no creyentes se efectúa inmediatamente después de la muerte. Los creyentes están con Jesús; los incrédulos están bajo juicio. La región de los muertos no es más que un término colectivo para referirse a los muertos mismos, así como nosotros hablamos del reino vegetal o el reino animal.

La región de los muertos aparece aquí como un poder. Para el hombre la

región de los muertos significa nada menos que el olvido y la futilidad total. El nombre de los impíos perecerá junto con ellos. Pero Cristo entró en la región de los muertos cuando dio su vida por nosotros. Después de todo él también perteneció a los muertos. Pero en su resurrección él abrió las puertas de la muerte para sí mismo y para todos los que le pertenecen.

Cuando los creyentes resuciten, serán liberados de la región de los muertos y sus nombres serán restaurados. Los incrédulos también resucitarán en el día del juicio, pero sólo será para ser entregados a un olvido y futilidad mayor.

Las puertas del Hades, de la región de los muertos, no prevalecerán contra la iglesia. La iglesia, los creyentes, no sufrirán el olvido y la futilidad. En el día de la resurrección recibirán un nuevo nombre.

La palabra (*psyche*) que en el versículo 25 se traduce "vida", en el versículo 22 la traducen "alma". Aquí se refiere a la vida y a su fruto. Todo aquel que busque salvar su vida viviendo para sí mismo, la perderá. Un día su vida será juzgada como vana e inútil. ¿Qué aprovechara al hombre si ganare todo el mundo, y un día perdiere su vida, esto es, si un día su vida es rechazada eternamente como vana e infructífera?

El Hijo del Hombre ha venido a su reino. El Señor Jesús tomó el poder de su reino cuando resucitó, ascendió al cielo y derramó al Espíritu Santo. Desde ese entonces gobierna todas las cosas por el poder de su gracia. Hoy en día él todavía está dirigiendo la historia.

Pensamiento clave: *Los suyos conocen a Jesús como el Cristo.*

Una confesión hecha bajo inspiración divina. El pueblo y sus ancianos no conocieron al Señor Jesús; no le aceptaron como el Enviado de Dios. Era imposible evitar que se produjera un choque entre Jesús y el pueblo. Gradualmente las cosas iban en esa dirección. Los discípulos también entrarían en el conflicto. ¿Llegarían a conocerle, esto es, entenderían el significado de su ministerio aquí en la tierra?

Jesús debía prepararse y preparar a sus discípulos para enfrentar lo que sucedería. Cruzando la frontera, entraron al distrito de Cesarea de Filipo. Allí pudo estar a solas con sus discípulos, ya que la multitud no los siguió a esos lugares.

Fue allí que por primera vez les preguntó qué pensaba la gente de él. Cuando Jesús estuvo cumpliendo su ministerio entre los hombres, no les ocultó que él había venido con una vocación especial. Según el pueblo, ¿cuál era la vocación del Señor?

Los discípulos sabían bien qué pensaba el pueblo, porque ellos habían oído toda la habladuría que corría entre la gente. Respondieron que el

pueblo pensaba que Jesús era un profeta, quizás Jeremías o Elías, o quienes esperaban. Herodes había matado a Juan el Bautista; él temía que Juan hubiese reaparecido en la persona de Jesús, lo que explicaba, según él, los poderes milagrosos que operaban en Jesús.

El Señor Jesús les hizo esta pregunta primero a fin de preguntarles después si *ellos* habían visto algo más en él. Por cierto que tenían otra opinión. Lo que las multitudes no querían reconocer, ahora los discípulos lo profesaban por boca de Pedro: "Tú eres *el Cristo*, el Hijo del Dios viviente. Tú eres el Mesías enviado por Dios para llevar a cabo la obra del Padre. Como su Hijo, tú has venido para dar a su pueblo la gracia prometida en el Antiguo Testamento. Dios te ha enviado como Salvador, dándote para ello el oficio de Mesías".

¿Cómo llegaron a saber esto Pedro y los otros discípulos? Este conocimiento no lo adquirieron por sí mismos. Era un hecho que muchos en Israel no habían visto estas cosas en Jesús. Sólo el Padre celestial nos lo puede revelar; es *El* quien abre nuestros corazones para entenderlo. Sólo entonces podemos darnos cuenta de esta verdad por medio de la fe, es decir, por una fe que acepta al Señor Jesucristo como el Salvador enviado por Dios. Por consiguiente, por esta fe él es nuestro Salvador. Todo aquel que no se rindiese a él por fe no puede y no podrá verlo como el *Cristo*. Bienaventurados somos si podemos ver a Jesús de este modo; si es así, hemos encontrado la felicidad en la vida. Esto es lo que el Señor dijo a Pedro y a todos los discípulos.

El poder del oficio apostólico. Pero los discípulos también deberían entender su vocación. Vendría el día en que el Señor se iría de la tierra. Entonces les tocaría a ellos proclamar en todo lugar la verdad que Jesús es *el Cristo*. Para esto fue que los llamó a ser apóstoles. El había sido enviado por el Padre, y ahora él los enviaba a ellos. El Señor Jesús edificaría su iglesia sobre la base de estos hombres en su capacidad de apóstoles y en el poder que tuvieron para testificar en todo lugar del nombre que es por sobre todo nombre, Jesús. Sus palabras serían el fundamento de la iglesia a través de todos los siglos. Esta fue la razón por la que Jesús le puso a Simón el sobrenombre de *Pedro*, a quien se dirigió diciéndole, "*Simón, hijo de Jonás*". Como el hijo de Jonás, Simón no era nada, pero llegaría a ser *una roca* en virtud de su llamamiento apostólico. Pedro proclamaría por todas partes la profesión de fe que acababa de hacer, con fidelidad y resolución.

De esta forma, serviría como una roca sobre la cual la iglesia sería edificada.

Los apóstoles abrirían y cerrarían el reino de los cielos predicando las palabras de Dios. Todos los que aceptaran sus palabras en fe encontrarían que el reino de Dios está abierto para ellos. Todos los que rechazaran su mensaje serían condenados por él y también excluidos del reino. La palabra que proclamaban era como la llave a la puerta del reino de los cielos. Si creemos en esa palabra, ya hemos entrado al Reino; somos sus ciudadanos, y algún día gozaremos de su gloria. Con su predicación los apóstoles declararían la verdad, esto es, lo que debe aceptarse y lo que debe rechazarse. Afortunadamente, nosotros todavía poseemos la palabra predicada por los apóstoles. ¡Creamos en ella con toda sencillez! Entonces las puertas del reino estarán abiertas para nosotros también.

Los discípulos deben haberse entusiasmado a causa del precioso llamamiento que recibieron. Quizás deseaban salir de inmediato a proclamar por todas partes que Jesús es *el Cristo*. Pero la obra del Señor Jesús no se había desarrollado a tal punto todavía. Era necesario primero que Cristo mismo hiciera profesión de su propia vocación y muriera por ello. Por otro lado los discípulos tampoco estaban preparados. Es cierto que ya habían visto mucho, pero faltaba mucho por aprender. Además, tampoco el pueblo estaba preparado. Ellos querían hacerle Mesiás según su propia idea. Por estas razones Jesús prohibió a los discípulos que dijeran a la gente que él era *el Cristo*.

Era necesario que el Cristo padeciese. ¿Entendieron realmente los discípulos lo que significaba que Jesús era *el Cristo*? Por cierto que no. Pero ahora el Señor empezó a darselo a conocer. Jesús era *el Cristo*, aquel que había recibido un oficio del Padre, aquel que había sido llamado a cumplir con la orden del Padre, aquel que había sido llamado a cumplir con la orden del Padre. ¿Qué es lo que el Padre había ordenado? En su oficio, como Cabeza de su pueblo, Jesús representaba a todos los suyos. De manera que sería transferido a él. Jesús soportaría la maldición y la ira de Dios. Una vez que él haya sufrido esta maldición, todos los que le pertenecen estarían incluidos en su reino. Cristo los libraría del pecado y su juicio. Todo este sufrimiento por el pecado tenía que venirle. Para esto lo envió el Padre; para esto era *el Cristo*.

Finalmente debería sufrir la ira y la maldición de Dios, cuando los hombres lo rechacen, matándolo. Serían los líderes del pueblo los que se

prestarían a cumplir este horrible trabajo. Descargarían todo su odio sobre él sin entender que semejante acción era el medio por el cual Cristo sufriría el juicio de Dios por los pecados de su pueblo. Por cierto, Dios castigaría a los ancianos del pueblo por su crimen. No obstante precisamente por medio de su sufrimiento en manos de los ancianos Cristo salvaría a su pueblo.

El Señor Jesús empezó a hablar a sus discípulos sobre su sufrimiento. También les dijo que resucitaría al tercer día, pero no lo entendieron. Ni siquiera lo oyeron. Esto se debía a que no escuchaban todas sus palabras con fe. No oyeron que todo esto tenía que pasar, que Dios había entregado a Jesús por esta razón y que para esto él era *el Cristo*. No pudieron ver la mano de Dios en todo esto, porque para esto se necesita ver y oír con fe. Por tanto, no pudieron oír que Dios lo resucitaría el tercer día. Lo único que veían era el daño que los hombres le harían. Fue por esto que, representando el sentir de todos, Pedro dijo que Dios tendría misericordia de Jesús, y que de seguro nada de esto le pasaría.

¡Que horribles eran esas palabras de Pedro! El Señor Jesús vio una tentación en esas palabras, una tentación que le inducía a dudar del mandato de Dios. ¿No había sido enviado para eso a este mundo? ¿Significaba, entonces, que el Padre no le amaba? ¡Cuánto no temería ese sufrimiento! Pero a pesar de todo, todavía era *el Cristo*, Cabeza de su pueblo. Así que no podía más que sufrir por su pueblo.

Por eso Jesús no quería oír semejantes palabras de la boca de Pedro. Estas palabras sonaban como palabras de Satanás. Satanás estaba manipulando a Pedro; por esto, volviéndose, dijo a Pedro: "¡Quítate de delante de mí, Satanás!"

Pedro en este momento fue una piedra de tropiezo para Jesús. Como Pedro no entendía qué estaba incluido en el llamamiento de Jesús, también quería oscurecerle el panorama a Cristo. ¡Debemos dar gracias a Dios que Jesús permaneció fiel a su mandato y rechazó en forma tan vehemente la sugerencia de Pedro. Jesús quería salvar a su pueblo y ser obediente a su Padre.

Comunión en los sufrimientos de Cristo. Todo aquel que quiere ver a Cristo a la luz de su sufrimiento, debe estar preparado para servir al Padre tal como Cristo mismo lo hizo. También debe vivir para Dios, no para sí mismo. Todo el que vive para sí mismo llevará una vida vana e infructuosa. De su vida nada quedará; perecerá bajo el juicio de Dios. Pero todo aquel

que rinde su vida a Dios, la salvará, porque dará fruto que permanecerá para siempre.

Esto significa que aun para el creyente habrán conflictos, ¡porque amamos mucho vivir para nosotros mismos! En este mundo todo nos estimula a poseerlo todo para nosotros solamente. Pero si queremos tomar el camino por el cual Jesús transitó, es decir, si queremos vivir para Dios, tendremos que negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz. Sólo entonces seremos sus seguidores. El va delante de nosotros por el camino de tal manera que podemos estar seguros de su favor y comunión. De esta forma nos será más fácil seguir esta senda.

¿Hay alguna otra cosa por la que podemos vivir? ¿En qué se beneficiará el hombre si ganare todo el mundo? Viviría una vida infructuosa, una vida que vendría a estar bajo el juicio de Dios. Perdería su vida y no habría nada en todos sus tesoros que podría dar para redimir su vida del juicio.

Vendrá el día en que Cristo volverá como juez del cielo y de la tierra. Los ángeles de Dios lo rodearán como señal de su poder y majestad. En aquel día él juzgará a todos. Es necesario, pues, hacernos la pregunta: ¿Vivimos para el Señor o para nosotros mismos? Es cierto que no podemos cambiarnos a nosotros mismos, pero Cristo puede hacerlo por el poder de su gracia, a fin de que empecemos a vivir para Dios. Es este poder que Jesús recibió en su resurrección y ascensión. El Señor ejerce este poder mediante el Espíritu Santo que envió. Cuando derramó su Espíritu, los creyentes fueron testigos de su poder en su reino. Por tanto, ya entonces Jesús profetizó que algunos de sus discípulos (de hecho, la mayoría) no morirían sin haberlo visto viniendo en su reino. Es en este reino que él ahora reina. ¿Creemos realmente en el poder de su gracia, por el cual él puede cambiarnos a nosotros? ¿Nos preocuparemos también de vivir para el Señor?

13: El pueblo del Señor

Mateo 17:24—18:35

Gradualmente se hacía más evidente que no todo Israel aceptaría a Cristo. El verdadero Israel sería salvo, esto es, el remanente. Junto con los creyentes de gentiles, este remanente formaría el pueblo de Dios del Nuevo Testamento.

Los principios de vida en la nueva comunidad empiezan a tomar forma a medida que se reunen los discípulos de entre Israel. Cristo ya estaba dando órdenes sobre cómo debía ser la vida de este nuevo pueblo de Dios.

Pensamiento clave: *La nueva comunidad será formada por el evangelio del reino.*

Como hijos libres. Poco a poco venía haciéndose más claro que no todo Israel escogería a Cristo. El Señor formaría un nuevo pueblo sacado de Israel y de entre las naciones. Empezó a preparar a sus discípulos para su futura tarea. En varias ocasiones les habló de la vida de su nuevo pueblo.

Un día el Señor Jesús y sus discípulos regresaron nuevamente a Capernaum. Era costumbre que todo israelita mayor de 19 años pagara un impuesto de 2 dracmas al templo. Al parecer el Señor no había podido pagar sus impuestos (parece que tampoco Pedro), por haber estado ausente algún tiempo. Tan pronto como llegaron a la ciudad, los cobradores de impuestos se acercaron a Pedro para preguntarle si su Maestro, con sus tantas peculiaridades (según ellos), no pagaría los impuestos. Pedro respondió que su Maestro acostumbraba pagar los impuestos y que, por tanto, con toda seguridad este asunto se arreglaría.

Cuando Pedro volvió a la casa, el Señor se adelantó a Pedro preguntándole a quiénes los reyes de la tierra cobran sus impuestos: "¿Los reyes

cobran sus impuestos de sus hijos o de los extraños?" Pedro respondió: "De los extraños". Entonces el Señor dijo: "Luego los hijos están exentos".

En el reino de los cielos Jesús y sus seguidores eran como hijos exentos del pago de impuestos. En el Antiguo Testamento Israel todavía vivía en estado de servidumbre. Por consiguiente, se cobraban impuestos de los israelitas por el servicio de templo. Pero para el pueblo del Nuevo Testamento no existen semejantes impuestos porque son libres. Pero los hijos que son libres darán de lo suyo voluntariamente para el servicio del rey.

A pesar de todo, Jesús y sus discípulos se sometieron a las leyes del Antiguo Testamento, mientras el antiguo pacto todavía estaba en vigencia. El no pagar los impuestos del templo podría haberles dado a los judíos una excusa para rechazar a Cristo. De manera que Jesús envió a Pedro con un anzuelo al mar de Galilea. El primer pez que pescaría traería en su boca una moneda de plata, lo equivalente al impuesto que tenían que pagar dos personas. Esto sería exactamente suficiente para pagar el impuesto del Señor y de Pedro. Pedro hizo tal como le mandó el Señor y pagó los impuestos. Como hijos libres del pago de impuestos, el Señor y sus discípulos tenían todas las cosas a su disposición. A su disposición estaba este pez con una moneda en su boca. Si por medio de la fe en el Señor Jesús hemos llegado a ser hijos libres en el reino de Dios, todas las cosas son nuestras, aunque algunas veces parezca que todo está en nuestra contra.

Como niñitos. Por este tiempo los discípulos discutieron sobre cuál de todos sería el más grande en el reino de los cielos. ¿Qué debe ser o hacer una persona para lograr tales honores? El mismo hecho que estuvieran ocupados con semejante pregunta mostraba que todos estaban ansiosos de ser reconocidos como el más grande.

Semejante deseo no está en conformidad con el espíritu del reino de la gracia. Por tanto, no debiera jamás levantarse entre el pueblo de Dios. Quien sea ciudadano de este reino simplemente recibe y transmite lo que ha recibido, pero no puede estar orgulloso de la posición que tiene en el reino. Sabe que Dios cuida de él y que es Dios quien ha determinado su posición en el reino, de tal manera qu Dios sea glorificado de la mejor forma.

Los discípulos no veían nada malo en su discusión. Así que decidieron plantearle el asunto al Señor Jesús. Jesús tomó a un niño y lo puso en medio de ellos. Entonces dijo a los discípulos que tenían que volverse como un niño que todavía no está interesado en su posición, sino que sólo confía que su papá va a cuidarlo. Si los discípulos no lograban vivir de esta manera, no

pertenecen al reino. No hay otra forma de ser ciudadano del reino. Aquel que llegue a ser tan dependiente y confiado como un niño será el más grande en el reino.

El valor de los niños. Aquellos que han llegado a ser como niños son de gran valor a los ojos de Dios. Todo aquel que reciba a un niño como éste, recibe también al Señor. Esto es lo que el Señor quiso decir cuando habló de un niño, pues este niño representaba lo que el pueblo de Dios viene a ser delante del Señor. A nosotros nos gusta mucho recibir a gente de prestigio y categoría, pero despreciamos a los que son pequeños delante de Dios y nada delante del mundo. Lo que el Señor quería decir era: ¡Ay de nosotros si hacemos esto! Así se hacen las cosas fuera de su reino. Allí los pequeños son pisoteados. Pero esto nunca debe pasar en su reino. Si alguno es mal intencionado contra uno de estos pequeños, mejor le fuera que se ahogase en el mar con una piedra de molino de asno colgado al cuello, para que ni aun su cadáver sea hallado.

Si nosotros pertenecemos a este grupo de pequeños, debemos tener mucho cuidado de no volvernos pretenciosos. Si hay algo que nos impida ser humildes delante de Dios, tendremos que abandonarlo, no importa cuanto lo estimemos. Es mejor ser pobre o estar mutilado en esta vida y ser salvos en la venidera, que ricos y con salud ahora para perdernos después por la eternidad.

Pareciera que despreciar a los pequeños en este mundo no tuviera importancia, pero no es así. Ellos tienen en el cielo ángeles que Dios envía para servirles. Así de grande es el cuidado que Dios tiene de ellos. Pero el punto decisivo está en que el Señor Jesús vino a salvar lo que se había perdido. ¡Cuán grande gozo hay en los cielos cuando uno de ellos se salva! Es como el gozo que siente un pastor que encuentra una de sus cien ovejas que se había perdido. Cada una de sus ovejas tiene un gran valor para él. Cuánto más valor tendrá para Dios cada pequeño que se salva. ¿Despreciaremos a alguno de estos pequeños, incitándolo al pecado?

Una comunión santa. La iglesia no debe tolerar el pecado en su medio, porque es la comunidad de los santos que el Señor ha congregado. Si se llega a encontrar pecado en su medio, tiene que ser castigado. Y si el pecador no hace caso a la disciplina y no abandona su pecado, debe entonces ser expulsado del círculo del pueblo de Dios. Aun cuando esté

fuera del reino de Dios, no debemos despreciar a tal persona. Debemos hacer todo lo posible por ganarla.

Dentro del pueblo de Dios debe practicarse la disciplina. El Señor Jesús dio a sus discípulos el poder para determinar qué es lo que está o no está en conformidad con el espíritu del reino. Dios bendecirá a su pueblo dándole lo que su corazón desea, siempre y cuando estén unidos en el ejercicio de la oración y la disciplina. Aunque sean muy pocos los que se junten en el nombre del Señor Jesús, *el* estará en su medio, para llevar sus oraciones al trono de Dios y así bendecir sus acciones.

Misericordia infinita. A causa del tema de la disciplina, Pedro le preguntó a Jesús cuántas veces debía perdonar a su hermano en Cristo, cuando éste pecare contra él. ¿Debería perdonarlo siete veces? El Señor le respondió: "Setenta veces siete". En otras palabras, una y otra vez. Esta es la regla del reino de los cielos, ya que este es el reino en el cual Dios perdona una y otra vez y en donde su misericordia es infinita. También en este respecto debemos mostrar que somos hijos del Padre.

El Señor dejó esto bien claro por medio de una parábola. Había una vez un rey que llamó a cuentas a sus siervos. Uno de ellos, que aparentemente había estado en una posición prominente, debía una cantidad enorme. Al rey se le ocurrió venderle junto con todas sus posesiones para que se le pagase la deuda; pero el hombre le imploró de rodillas que tuviera paciencia. El rey entonces le perdonó toda esta enorme deuda. Más adelante, este mismo siervo salió y echó en la cárcel a uno de sus consiervos, sólo porque le debía unos cuantos pesos, que no podía pagar. Cuando el rey se enteró de esto, se llenó de ira. Retiró su perdón y condenó al siervo malo a trabajos forzados hasta que pagase toda su deuda, lo que significaba la cadena perpetua.

¿Cómo puede Dios perdonarnos si nosotros no perdonamos de corazón a los que nos ofenden? Si nosotros no perdonamos, es una indicación que no aceptamos por fe la gracia perdonadora del Señor. Pero si *realmente* aceptamos por la fe esta gracia, seremos transformados a la imagen de Dios. Entonces estaremos felices de perdonar a otros. Debemos perdonar tan infinitamente como Dios nos perdonó.

14: Los primeros y los postreros

Mateo 19:13—20:16

La obediencia que el reino de los cielos requiere no es como la obediencia que se requiere en el mundo. Toda idea de méritos queda descartada en el reino de Dios.

La obediencia del reino es una obediencia que viene de la fe; nos es otorgada junto con el reino. Es por esto que el reino es para los niños. Esto explica cómo es que los primeros podrán ser postreros y los postreros podrán ser primeros.

Pensamiento clave: *En el reino de los cielos, muchos de los que son primeros serán postreros y muchos de los postreros serán primeros.*

De ellos es el reino. La obra del Señor en Galilea llegaba a su fin. Ahora debía subir a Jerusalén para sufrir allá. Pero primero trabajó por un tiempo en Judea. Hasta cruzó el río Jordán y trabajó en un distrito de Transjordania que todavía se tenía como parte de Judea.

Unas madres trajeron sus niños a Jesús para que él pusiese las manos sobre ellos, y orase por ellos. No podían hacer nada mejor que traer sus niños a Jesús. Si el Señor las imponía las manos, ellos seguramente serían benditos.

¡Si tan sólo estas madres recibieran esta bendición en fe! Al parecer, lo hicieron, ya que también le pidieron que orara por sus niños. Esto muestra que no tomaban la bendición como algo mágico. Claro que no sabían plenamente quién era Jesús. Si hubieran sabido que él era el Mediador y el Hijo de Dios, habrían valorado mucho más su intercesión. Pero reconocie-

ron que era un enviado de Dios, un profeta que agradaba a Dios, un profeta cuya oración tenía poder.

¡Cuánto gozo debió haber tenido el Señor al ver la fe de estas madres! Pero junto con esto aparecieron los discípulos empujando a las madres con sus niños a un lado, reprendiéndoles. Ellos pensaban que el Maestro de seguro tendría cosas más importantes que hacer que atender a niños. ¡De seguro que los niños nada tenían que ver con el reino que Jesús proclamaba!

¿Pero por qué no habría de ser el reino para los niños? Después de todo, ¡el reino es un regalo! ¿Y por qué Dios no podría darlo a los niños? ¿Por qué no habría de aceptar aun a los muy pequeños en su reino?

Si el reino es puro regalo, entonces los niños pueden recibirlo tal como lo hacen los adultos. Es muy posible que en esto los niños aventajen a los adultos, y aun a los mismos discípulos que los echaban de lado. Los discípulos no entendían completamente todavía que el reino es puro regalo.

Pero hay más. Aquí hubo niños a quienes Dios había prometido el reino. El hecho era que eran niños de padres que estaban dentro del pacto. Los varoncitos habían recibido la señal del pacto. ¿Con qué derecho, entonces, los discípulos los menospreciaban? ¿No se daban cuenta acaso que el reino era el cumplimiento de la promesa del pacto? Esta es la razón por la que el Señor dijo a los discípulos: "Dejad a los niños venid a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos".

El Señor impuso sus manos sobre ellos y los bendijo. Al hacer esto dejó bien en claro que los niños le pertenecen a él y a su Padre, y que las bendiciones del reino de la gracia son para ellos. ¡Si tan sólo lo aceptaran por la fe, tanto ahora como más adelante! De la misma forma, el Señor Jesús en el bautismo coloca sus manos sobre los niños para bendecirlos. Cuando son bautizados, los niños reciben el mismo sello de la promesa que la circuncisión, a saber, que ellos pertenecen al reino de los cielos. Los niños que han sido bautizados deben aceptarlo en fe. Sería terrible si lo rechazan con incredulidad. Y niños no bautizados anhelarán ser bautizados.

La justicia y la ley. Cuando el Señor se iba hacia otra ciudad, se le acercó un joven rico. Desde su juventud este hombre había vivido modestamente; toda su vida era un ejemplo. A pesar de todo, no tenía paz. Le parecía que le faltaba algo. Pensaba que algo más tenía que hacer para ganar la vida eterna. Según su punto de vista, la vida eterna era una

recompensa que él tenía que ganar por sus propios méritos. Esto es lo que los escribas le habían enseñado. Y nuestros corazones ignorantes nos enseñan lo mismo. El hombre quería preguntarle al Señor acerca de este asunto; así que le dijo: "Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" Pensaba que el Señor Jesús era otro de los maestros que hacían buenas obras y que enseñaban buenas cosas, para que la gente pudiera ganar la vida eterna siguiendo sus consejos.

Primero que todo, el Señor tenía que rechazar esta forma de ver las cosas. Ningún hombre hace por sí mismo el bien y ningún hombre puede ganar algo con sus buenas obras. Sólo Dios es bueno, y él es el dador de toda buena dádiva.

El Señor Jesús quiso dar más instrucción a este joven. Así que le dijo que si quería ganar la vida eterna debería guardar los mandamientos. Si guardamos los mandamientos de Dios y hacemos su voluntad, estamos mostrando que somos hijos de Dios. Entonces tenemos vida eterna. Pero es Dios el que tiene que concedernos el poder para guardar sus mandamientos, algo que el hombre joven no entendía. Más bien pensaba que él ya había logrado una buena parte por sí solo, y que tan sólo necesitaba suplementar su buena labor. De manera que preguntó a qué mandamiento se refería el Señor. Y cuando el Señor enumeró los bien conocidos mandamientos de la segunda tabla de la ley (donde se subraya que lo básico es nuestro amor al prójimo), el joven respondió que los había guardado desde su juventud. Un poco desilusionado por la respuesta del Señor, preguntó qué más le faltaba.

Aquel hombre todavía estaba fuera del reino en donde todo es un don de gracia. En este reino vemos el amor y la gracia de Dios; recibimos todo de Dios y sacrificamos todo para el reino. Esto era lo que el Señor quería que el hombre descubriera. Por tanto, le mandó que vendiera todas sus posesiones y las diera a los pobres. Entonces tendría tesoro en los cielos. Después de esto debía seguir a Jesús como discípulo.

Esto el joven no podía hacer. El siempre había confiado en sus riquezas y amaba la independencia que creía tener con ellas. Siempre había sido independiente y vivido para sí mismo. Su vida aparentemente virtuosa había resultado ser arrogante y egoísta. Sus ojos nunca habían sido abiertos al amor de Dios. Todavía estaba fuera del reino.

El joven se retiró con pena. Se le acababa de requerir algo que él nunca sería capaz de cumplir porque amaba demasiado sus bienes. Por sí mismo nunca sería capaz de satisfacer esta demanda, pero si por la fe hubiese visto la gracia de Dios en su reino, hubiera sacrificado gozoso todos sus bienes.

De manera que lo único que importaba era que él viera el reino. Pero por su orgullo y egoísmo todavía no encontraba descanso, lo que indicaba que sus riquezas no le habían dado la paz y que estaba muy cerca del reino. Si su inquietud había sido despertada por el Espíritu, se convertiría. Nosotros no sabemos que es lo que finalmente pasó. Sólo sabemos que el Señor lo vio irse triste, porque amaba sus riquezas. "De cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos". Estas son las palabras que el Señor dirigió a sus discípulos. Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. A veces concluimos que es imposible e irracional que un rico pueda alguna vez entrar.

Los discípulos sacaron la misma conclusión. Desanimados, preguntaron: "¿Quién, pues, podrá ser salvo?" Todos poseemos algo en este mundo y así no podremos ser salvos. Por cierto, si poseamos alguna cosa, no podremos ser salvos. Esto es lo que Cristo quiso decir: Mientras todavía poseamos algo por nosotros mismos; mientras tengamos algo a que pensamos tener derecho; mientras tengamos alguna cosa aparte de Dios en la que ponemos nuestra confianza; mientras no veamos todas las cosas como don de la gracia de Dios, no podremos ser salvos. Esto es lo que deberían entender los discípulos. Es por esto que el Señor Jesús los miró fijamente cuando les respondió, para evitar de esta manera que lo mal entendieran: "Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible".

No es necesario que abandonemos todas nuestras posesiones. Si el Señor le pidió esto al joven, fue sólo para mostrarle que todavía estaba fuera del reino. Pero todos necesitamos aprender que nada poseemos, a fin de llegar a entender que todo lo que tenemos es don de la gracia de Dios. Después de todo, sólo Dios tiene derecho a todas las cosas. Sólo entonces tenemos un lugar y un nombre en el reino para siempre.

La obediencia de la fe es recompensada. El Señor Jesús declaró que la obediencia también tiene su recompensa. Dijo esto en respuesta a una pregunta que le hizo Pedro, quien había señalado al hecho que los discípulos lo habían dejado todo por seguirle. Jesús afirmó que en la renovación de los cielos y la tierra los discípulos se sentarían sobre doce tronos para juzgar a los doce tribus de Israel. Porque lo que ellos hicieron, todo Israel debió haberlo hecho, a saber, seguir a Jesús y sacrificar por amor a él porque vieron la gracia de Dios en él. Por tanto, la conducta de los discípulos sería un juicio sobre Israel. Los discípulos no podrían jactarse de este logro, ya que fue Dios quien les abrió los ojos a la gracia. El

llamamiento de Dios en ellos fue tan fuerte que los impulsó a seguir a Jesús.

El mismo honor será la recompensa que recibirán todos aquellos que han seguido al Señor Jesús, todos aquellos que se han entregado a él por completo y que han sacrificado todo por él. Todo aquello que hemos dejado por él, lo repondrá multiplicado cien veces más. Sin embargo, es Cristo el Señor quien decide la recompensa. No debemos pensar que si algunos han sacrificado mucho por amor al Señor Jesús, habrán ganado con ello el derecho a un lugar de honor. El Señor juzga las cosas de una forma diferente de lo que lo hacemos nosotros. Además, todo lo que tenemos el privilegio de hacer por él, es algo que él nos ha concedido. Por lo tanto, recompensará nuestro servicio en la mejor forma que a él le parezca. Recibiremos la vida eterna de gracia por la fe, pero todo el honor que el quiera concedernos debemos dejarlo a su juicio. Jamás podremos reprocharle por habernos dado o negado alguna posición u honor. Muchos que son primeros serán postreros, y muchos de los postreros serán primeros.

El Señor enseñó esto con otra parábola. Contó la historia del dueño de una viña. Cierta mañana salió a contratar obreros para trabajar en su viña. Les prometió un denario por un día de trabajo. Durante el mismo día en varias oportunidades contrató más obreros que estaban sin trabajo. Contrató el último grupo una hora antes de que terminase el día de trabajo. Al fin del día de trabajo, este dueño pagó la misma cantidad a cada uno de los obreros. Esto enojó sobremanera a los obreros que habían estado trabajando por todo el día. Cuando empezaron a murmurar, el dueño de la viña les contestó que ellos habían recibido la suma convenida. En cierto sentido era como si al resto de los obreros los hubiese dado un regalo. ¿No tenía derecho a hacerlo? ¿No podía hacer lo que él quisiera con lo suyo? De la misma forma, el Señor Jesús es libre de dar sus dones a cada cual tal como él decide. Ninguno de nosotros podrá alguna vez reprocharle algo en este respecto. Todo lo que recibimos es un don de su gracia.

15: En busca de fruto

Mateo 21:18–46

Dios espera que nuestras vidas produzcan fruto, el fruto de la fe. Pero no lo encuentra y como consecuencia deja caer sobre nosotros su juicio y maldición. Pero cuando Cristo pronuncia su juicio, al mismo tiempo toma la maldición sobre sí mismo. Así que, después de todo hay esperanza. Por un lado, ya ha terminado todo cuando el Señor pronuncia la maldición, y dice: "Nunca jamás nazca de ti fruto", pero por el otro lado, crea la capacidad de producir fruto nuevamente.

El Israel desobediente del antiguo pacto se está terminando, mientras que el nuevo Israel se renueva y preserva en sus elegidos. A causa de que Cristo mismo se coloca en medio de la maldición, la vida es redimida otra vez.

Según Marcos no era tiempo de higos. La higuera primero da su fruto y después sus hojas. El Señor Jesús encontró una higuera con follaje antes de lo debido. Esperaba encontrar higos, pero no había fruto alguno. Como sucede a menudo en la naturaleza el follaje creció en forma exhuberante a expensas del fruto. Lo mismo sucede en la vida del hombre.

Pensamiento clave: *Cristo mismo carga sobre sí la maldición de nuestra infructuosidad, a fin de que nosotros podamos llevar fruto.*

Desilusionante infructuosidad. El Señor Jesús había llegado a Jerusalén. El viernes fue a Betania para pasar el día de reposo allí. El domingo entró en Jerusalén en medio de los gritos jubilosos de las multitudes. No llegaría a su fin aquella semana antes que esa misma gente se volvería en su contra. No obstante, enseñó abiertamente en el templo, volviendo cada tarde a Betania para pernoctar.

Cierta mañana, cuando volvía de Betania rumbo a Jerusalén, vio una higuera al lado del camino. La higuera tenía follaje antes de lo esperado: era antes de la fiesta de la Pascua. El árbol atrajo la atención de Jesús en forma especial, porque él tenía hambre. Al parecer no había tomado desayuno. Ordinariamente la higuera produce su primera fruta comestible tan pronto que le aparecen las hojas. Jesús se acercó al árbol esperando encontrar algo que comer. Pero quedó desilusionado; no hubo fruto en el árbol.

El Señor Jesús vio que esto representaba bien la condición humana. Dios espera fruto en nuestras vidas y nosotros tenemos mucho que mostrar. Nosotros estamos llenos de follaje como el árbol, es decir, nuestras vidas están bien desarrolladas y parecen muy productivas, pero sólo pensamos en nosotros mismos y no tenemos fruto para Dios.

El Señor Jesús pronunció una maldición sobre esta higuera, declarando que nunca más daría fruto. Con esto quiso decir que de forma semejante esta maldición caería también sobre la vida infructuosa de los hombres, incluyendo al infructuoso Israel. Parecía que toda su labor en medio de Israel no había producido ningún fruto. El pueblo no había dejado que él los juntase. En el corazón de Israel y el de sus líderes ya se había hecho la decisión de matarle. En esa misma semana lo entregarían. Por lo tanto, la maldición caería sobre Israel.

A pesar de todo, el Señor Jesús mismo estaba en medio de la maldición que pronunciara. Después de todo, él vino para cargar con la maldición. De esta manera, él representaba a la higuera maldita. El terminaría por completo esta maldición eterna, salvando a los suyos, incluyendo a Israel. Cuando algún día las naciones alaben al Señor por su salvación, Israel estará en medio de ellas.

Nuestra vida también está maldita por Dios; mejor dicho: Nuestra vieja naturaleza está maldita. Pero nuestra vida será preservada por la fe. El Señor se ocupará de que nuestra vida aquí en la tierra dé fruto.

Al día siguiente el Señor pasó por el mismo lugar con sus discípulos. Milagrosamente, la higuera ya estaba totalmente seca. Los discípulos se asombraron y se lo hicieron notar a Jesús. No deberían haberse asombrado ya que, si creían, el mismo poder estaría a su disposición. Si ellos hablarían por el poder de la fe podrían decirle al monte de Jerusalén: "Quítate y échate en el mar", y así sucedería.

Por supuesto que esto no significaba que ellos serían capaces de realizar todo tipo de cosas mágicas. La fe siempre se ocupa de la venida del reino de Dios. En su servicio al reino los discípulos podrían pronunciar la maldición

que removiera todos los obstáculos para la venida del reino. Y su maldición sería efectiva. Recibirían todas aquellos cosas que deseasen según la voluntad de Dios.

Los creyentes también podrán ejercer un enorme poder, siempre y cuando se rindan a la voluntad de Dios. Todo lo que no da fruto sufrirá la maldición dando lugar a lo que sí es fructífero.

Corazones cerrados. Cuando Jesús llegó a Jerusalén, los escribas y ancianos se le acercaron para preguntarle con qué autoridad hacía todas esas cosas. ¿Quién le había dado semejante autoridad? Esta no era una pregunta honesta. No querían que se les enseñase acerca del reino. Realmente no querían oír sobre la autoridad que Cristo tiene en el reino, porque no creían que Dios le había dado poder alguno. Esperaban poder pillarlo en algo que lo incriminara. El Señor no podía darse a conocer en su gracia bajo tales circunstancias. No importa cuanto él quisiese darles su gracia, él no les daría una respuesta si ellos no deseaban esa gracia.

Por lo tanto, él les hizo una contrapregunta que los confrontaría con el prejuicio de sus corazones y con su desinclinación para oír. Les preguntó si *Dios* había enviado a Juan el Bautista a bautizar, o bien él bautizaba por mera iniciativa personal.

La pregunta los puso en aprietos. Si decían que Dios había enviado a Juan, Jesús les preguntaría por qué no creyeron en él. Por el otro lado, si decían que el ministerio de Juan era su propia invención, entonces les opondría el pueblo porque consideraba a Juan como profeta.

Sin embargo la intención de Jesús no era vencerlos. Lo único que deseaba hacerles ver era que ellos realmente no querían oír ni someterse. Por eso ellos habían perdido el derecho a recibir una respuesta acerca de la gracia divina. Para salir del paso estos líderes respondieron que no sabían, a lo que Jesús respondió que en ese caso él tampoco revelaría la fuente de su autoridad.

De esta manera el Señor juzgó la dureza de sus corazones. La Palabra de Dios vino a ser para ellos un libro cerrado. Pero para este Israel, que estaba ahora condenado a causa de sus líderes, todavía había salvación dado que Cristo vino para cargar con el juicio. Nosotros también preguntamos muchas cosas, no humildemente, ni con el deseo de escuchar la gracia de Dios, sino sólo para buscar alguna falla en Dios. Cuando hacemos esto merecemos que los secretos de Dios se nos cierren para siempre. Con todo,

Dios todavía abrirá nuestros corazones y nos revelará su secreto. ¿Le estamos escuchando?

Un servicio de labios sólo. El Señor quiso penetrar aun más profundamente en sus conciencias, a fin de que ellos pudieran conocerse a sí mismos. Estos hombres estaban siempre prestos para apelar a sus muchas buenas obras y a su obediencia a la ley. El Señor quería enseñarles que esto era un servicio de labios, y que ellos no hacían estas obras por amor a Dios. Jamás habían conocido a Dios en su amor y gracia. Todo lo que hacían lo hacían para ellos mismos. En sus corazones eran desobedientes a Dios.

Jesús quiso enseñarles esto por medio de una parabola. Les contaba que había una vez un padre que tenía dos hijos. Este padre dijo a su hijo mayor que fuera a trabajar ese día en la viña. El hijo no tenía ganas de hacerlo y así se le dijo de inmediato a su padre. Pero este hijo conocía bien a su padre. Lo quería mucho y sabía dentro de sí que su padre tenía derecho de pedirle esto. Así que se sintió mal por su rebelión y se fue a la viña a trabajar aquel día.

Mientras tanto, el padre fue a su hijo más joven y le dijo que fuera a trabajar a la viña, a lo que él accedio. Por la visto este hijo se sometía a la voluntad de su padre, pero en su corazón se preguntaba si su padre tenía derecho de mandarlo. No conocía a su padre y no lo quería mucho. No hizo caso de su promesa y no fue.

En cada círculo familiar también existe una relación de pacto, en la que cada hijo tiene su lugar y el padre tiene la autoridad. Esta relación de pacto es un reflejo de la relación que tenemos con el Señor. Es por esto que el Señor pudo usar esta comparación al hablar a los ancianos de Israel.

Les preguntó cuál de los dos hijos había hecho la voluntad de su padre. Cuando dijeron que fue el mayor, Jesús respondió que muchos publicanos y pecadores notorios de Israel eran como el hijo mayor. Es cierto que rechazaron la Palabra del Señor y no hicieron caso a su pacto. Pero después vino Juan el Bautista quien seguía estrictamente la ley de Dios, diciendo que la ley anticipaba la venida del reino de gracia. Y cuando predicó que este reino estaba a la mano, muchos publicanos y pecadores se volvieron al Señor, y le obedecían por la fe.

Sin embargo, los líderes del pueblo permanecieron sordos a las palabras de Juan y no se dejaron convencer por el ejemplo de los publicanos y pecadores. Esto demostró que su obediencia a la ley era de labios solamente. No se hicieron obedientes al Padre, quien se les había acercado en

su gracia a través de la ley. Esta es la razon por la que no pudieron ni quisieron oír las palabras de Juan.

¡Qué equivocados estamos si nos hacemos ilusiones con la idea de que somos obedientes, mientras que en realidad no lo somos! Muchas veces fingimos la obediencia, pero no nos rendimos a la gracia. Todavía vivimos para nosotros mismos. Con todo, Cristo hizo expiación por este juicio que pronunció. Aun para esta gente hay salvación. El poder de la gracia para convertir es poderoso aun para este pecado. ¿Lo creemos realmente?

Los frutos negados. El Señor Jesús contó otra parábola a los ancianos. Explicaba que una vez había un hombre que plantó una viña. Se preocupó bastante de ella; la cercó de vallado para protegerla de los ladrones y animales salvajes, cavó en ella un lagar y edificó una torre en la cual pudieran vivir los arrendatarios. Después la arrendó a unos labradores.

Una vez hecho todo esto, el dueño se fue de viaje, lejos. Cuando llegó el tiempo de la vendimia envío a sus siervos para que recibiesen los frutos. Pero los labradores se negaron a pagar. Querían quedarse con toda la cosecha. Así que a los siervos golpearon, a otros mataron y a otros los arrojaron a pedreadas de la viña. Lo mismo hicieron cuando más siervos fueron enviados.

Finalmente el dueño envió a su propio hijo. ¡Pensaba que de seguro a él lo respetarían! Su hijo tendría mucha más autoridad para tratar con ellos. Pero los labradores malvados tomaron al hijo y lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron, pensando que de esta forma se adueñarían de la viña ellos mismos. Era muy probable que el dueño ya no pudiera preocuparse de ella por más tiempo. Además, ya no tenía herederos.

Entonces el Señor les preguntó: "Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?" Los ancianos le respondieron: "A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le pagen el fruto a su tiempo".

Con la respuesta que dieron se estaban condenando ellos mismos. El Señor había dado a Israel la promesa del reino y el pacto de su gracia. Más adelante envió a sus profetas a exigirle al pueblo a dar al Señor los frutos de la fe y conversión.

El Señor espera que la fe que él plantó en su gracia diera frutos. Pero Israel había golpeado y matado a los profetas. Israel sólo quería vivir para sí mismo. Finalmente Dios envió a su propio Hijo que exigía lo mismo que

los profetas, esto es, que Israel se volviera a Dios en fe. Pero ellos matarían al Hijo. ¿Dejaría Dios impune este crimen?

No obstante, el Señor Jesús sufriría por esta rebelión esta negativa de Israel de entregar el fruto. Sufriría para expiar todos sus pecados. Después vendrían ortros que entrarían en el pacto y reino de Dios, los cuales no le negarían al Señor sus frutos.

La piedra que fue desechada. Dios realizaría un milagro que traería *tanto* juicio *como* salvación. El Señor Jesús sería rechazado. A causa precisamente de este rechazo tendría que sufrir, a fin de remover el rechazo. De este modo él salvaría a un pueblo que una vez rechazaba la gracia divina revelada en él. Pero ¡ay de aquellos que continuaron rechazándolo! Cristo llegaría a ser para ellos un juicio eterno.

Esto es lo que Jesús quería decir a los ancianos del pueblo. Para dejar esto en claro se refirió a un pasaje del Antiguo Testamento que todos conocían. En el Salmo 118 leemos que habría una piedra que los edificadores desecharon por encontrarla inadecuada. Pero Dios haría de esa piedra la parte más importante de toda una construcción, la cabeza del ángulo. El Señor Jesucristo era esa piedra. Los ancianos de Israel le rechazarían como si fuese algo dañino para el pueblo. Sin embargo, Dios edificaría sobre él todo el templo espiritual del cual los creyentes son piedras vivas.

Pero entonces serían rechazados este Israel y sus líderes. Dios formaría a su pueblo de entre todas las naciones del mundo, incluyendo a Israel. A este pueblo entregaría su reino. ¡Ay de aquellos que se ofendieran del Señor Jesús! Esa piedra caerá sobre ellos y los desmenuzará.

Los sacerdotes y fariseos entendieron muy bien que Jesús estaba hablando de ellos en estas parábolas. Pero no hicieron caso de su advertencia ni tampoco se sometieron a la Palabra de gracia. Le odiaron aun más a Jesús a causa de estas advertencias, y conspiraron cómo atraparle.

Debían pronto terminar con él, porque la gracia de la cual hablaba y de la cual ellos no querían saber nada estaba minando la posición de ellos entre el pueblo. Por el momento no se atrevieron a arrestarle por miedo a la multitud, ya que todos le consideraban profeta.

16: El llamamiento y la elección

Mateo 22:1–14

Un rey iba a hacer una fiesta de bodas para celebrar el casamiento de su hijo. Era una ocasión muy gozosa. El rey buscó gente que participara en su gozo. Y cuando los invitados no quisieron venir, mandó a sus siervos a que trajeran gente de las calles para llenar la sala de los festejos.

En el gozo de su amor Dios desea comunión. El desea y busca esta comunión. Dios insiste en esta comunión.

¿Por qué no quisieron asistir los invitados? Era gente de categoría, gente que estaba segura de ser invitada. Pensaban que tenían derecho a ser invitados. Se consideraban iguales al rey, y esto los llevó a pensar que ellos podían aceptar o rechazar la invitación a su gusto. No consideraron la invitación como un honor para el cual habían sido elegidos, un honor que excluyera la elección de ir o no ir a la fiesta.

El llamamiento está basado en la elección. Sólo oiremos el llamamiento de Dios si llegamos a comprender el tremendo honor de ser llamado o elegido.

El hombre que pensó que no valía la pena ponerse un traje de boda para la fiesta no había entendido que su llamamiento fue porque había sido elegido. Su equivocación era tan grande como la de los primeros invitados que no quisieron asistir. Al igual que ellos, no entendió el honor de haber sido llamado. Por lo tanto, el rey no podía tener comunión con él en su gozo, como tampoco con los otros que no quisieron venir. Es así como Cristo puede terminar esta parábola, la que pareciera tratar sólo con el llamamiento y la responsabilidad humana, con las palabras: "Porque muchos son llamados, y pocos escogidos".

El llamamiento sólo podrá entenderse correctamente si se concibe como elección. Vemos aquí como se entrelazan sorprendentemente el llamamiento y la elección. Si se predicara sobre la elección en esta forma, no podría en ningún modo dar origen a actitudes fatalistas que concluyen: "No tengo fe porque Dios no me ha elegido" o "Por más que quiera creer no podré, si Dios no me ha elegido". Es en nuestro llamamiento que se nos revela nuestra elección. Entonces nos damos cuenta de cuán indignos somos de este honor. Es en este momento que Dios nos cautiva y nos es imposible rechazar su invitación.

Es en relación con esto que leemos que la clase privilegiada rehusó, los que lo consideraban la cosa más natural que fuesen invitados por el rey. Por contraste, la gente común de la calle llenó la sala de los festejos. Este principio general debemos dar por sentado: la gente que se cree indigna es precisamente la que recibe los honores. Con todo, no debemos olvidar que este sentimiento de desmerecimiento no es un requisito. Después de todo, el llamamiento es hecho a "muchos", a las clases privilegiadas y a la gente común. Lo que produce este sentimiento de indignidad es el llamamiento. Al ser llamados nos damos cuenta del increíble honor que esto conlleva.

Aun cuando dejamos este principio como una regla general, es decir, que los que reciben el honor son precisamente los que se creen indignos, todavía podemos preguntarnos si Cristo no estaría pensando en ciertos grupos particulares cuando hizo el contraste entre la clase privilegiada y la gente común. Nos preguntamos, pues, si no estaría pensando en los fariseos en contraste con los publicanos o en Israel en contraste con los gentiles. Cuando recordamos que en esta sección de su Evangelio. Mateo con frecuencia introduce el elemento del llamamiento de los gentiles y de la formación de la iglesia por medio de elementos tanto judíos como gentiles, entonces nos inclinamos a pensar en este último contraste.

Si tomamos como punto de partida el hecho de que el rey está determinado a encontrar compañía que comparta su gozo y de que es un honor participar en tal gozo, también entenderemos por qué fue tan radical su acto de enviar sus tropas para destruir por completo a los asesinos y quemar su ciudad. Es en esta forma que el rey puede vengar la burla inherente en el rechazo del gran privilegio de participar en su gozo.

Pensamiento clave: *El llamamiento sólo puede ser entendido como elección.*

Invitados pero indignos. Los ancianos del pueblo buscaban alguna forma para atrapar a Jesús, pero temían al pueblo. No obstante, la crisis se aproximaba. Dentro de poco el pueblo con sus ancianos rechazarían a Jesús. Rechazarían la gracia de Dios revelada en Cristo, tal como la habían rechazado una y otra vez a través de los siglos de su historia. Estaba por llegar el momento decisivo.

¿Cómo fue que el pueblo pudo rechazar la gracia de Dios? No se dieron cuenta que ellos eran tan indignos de ser el pueblo de Dios como cualquier otra nación. No se daban cuenta que Dios los había adoptado para ser su pueblo sólo a causa de su elección de amor. Estaban orgullosos de ser el pueblo de Dios. Pensaban que tenían derecho al favor de Dios. Es por esto

que no podían entender la gracia de Dios tal como se manifestó al pueblo nuevamente en el Señor Jesucristo.

No entendieron que el llamamiento venía de Dios. Llegaremos a entender correctamente dicho llamamiento sólo cuando lo tomemos como un gran privilegio para el cual Dios nos ha escogido. Pero los que se creen dignos del reino de Dios están fuera de él. Si Dios nos llama a su reino, no nos compete a nosotros pensar si debiéramos aceptarlo a no. ¡Qué arrogancia sería! Pero si aceptamos el llamamiento como un gran privilegio, no podemos hacer más que aceptarlo con gran humildad.

Esto es lo que el Señor quería enseñar al pueblo y a sus líderes. Todavía estaba trabajando en sus corazones. Y otra vez hizo uso de una parábola. Les dijo que una vez un rey preparó una gran fiesta de bodas en honor a su hijo. Después envió a sus siervos a llamar a los invitados para las bodas. Pero los invitados, que eran de las clases más privilegiadas de su reino, no quisieron venir.

Este fue un insulto muy grosero al rey. El había querido honrarles con el privilegio de sentarlos a su mesa, pero ellos despreciaron este honor, aun cuando se trataba de una fiesta en honor al hijo del rey. Los invitados de ningún modo creían que era un gran privilegio participar en el gozo del rey. Se consideraban como iguales al rey. ¿No debería el rey castigarlos?

El rey era muy paciente y volvió a invitarlos, subrayando que había mucha comida, con lo cual mostraba su favor a los invitados. Mas ellos siguieron ocupándose en sus quehaceres como si fuera un día como todos. Algunos de ellos hasta mataron a los siervos del rey.

Pero ahora el rey ya no pudo contener su ira. Envió su ejército y destruyó a esos criminales, quemando su ciudad. Habían rechazado el honor de sentarse a la mesa del rey, el honor de tener comunión con el rey y de participar en su favor. No entendieron que ser llamado a tener comunión con el rey era un tremendo honor. De esta manera se mostraron indignos de tal honor.

Esta es la historia que el Señor Jesús contó. Estaba pensando en el pueblo de Israel, pueblo que por muchos siglos fue llamado por el Señor a su comunión. A pesar de que repetidamente rechazaron el llamamiento del Señor, ellos nuevamente habían sido llamados a la gracia del reino, esta vez por Juan el Bautista y Cristo mismo. Pero ellos continuaron despreciando esta gracia. No entendían que la comunión con el Señor era un favor que él concedía a su agrado. No reconocieron el gran honor que había en ser escogidos por Dios para ser su pueblo. Pensaban que era cosa de ellos

aceptar o no la invitación. Por esto permanecían inpenetrables por la gracia.

Ahora había llegado el momento de la gran decisión. Dios dejaría caer su juicio sobre su pueblo. El pueblo sería desterrado y Jerusalén destruida. Lo mismo nos acontecerá a nosotros si no nos humillamos delante del hecho de que la gracia es un don gratuito de Dios que él concede según su soberana elección.

Sin vestido de boda. El Señor Jesús continuó con su historia. El rey estaba determinado a encontrar compañeros que compartieran su gozo. Así que envió a sus siervos a que invitaran a la boda a toda la gente que encontraran por las calles. Esta gente no sería de ninguna manera de la clase privilegiada. Algunos eran muy pobres; otros habían obedecido siempre al rey y sus leyes; todavía otros habían sido delincuentes. Pero ahora el rey quería mostrar su favor a gente como esta, para que pudieran ser ganados aún para el rey y su reino.

Esta gente sí que estimó el hecho de que el rey los invitara. En general se consideraban completamente indignos de tal honor. Apenas se atreverían a venir. Pero vinieron porque el rey los invitó tan amablemente para que compartieran su gozo. Finalmente, la sala se llenó y todos los asientos a la mesa estaban ocupados. Entonces el rey hizo su entrada. Sus ojos examinaron las hileras de sillas para ver quiénes eran los que tendrían el honor de cenar con él. Su atención cayó en uno que no había puesto el vestido blanco de boda. Al parecer no se preocupó de esto porque no estimó el sentarse a la mesa con el rey como un gran honor. Tenemos aquí otro caso de desprecio del favor del rey. A diferencia de los que fueron invitados al principio, él sí había venido, pero no apreció la invitación.

El rey se le acercó y le preguntó qué fue lo que lo impulsó a venir a la fiesta, cuando obviamente despreciaba la celebración. El hombre enmudeció. Había asistido oponiéndose al rey internamente, pero ahora quedaba desarmado frente a la majestad del rey. Al orden del rey lo ataron de pies y manos y lo arrojaron fuera de la sala. Este hombre se encontró con el juicio del rey a quien había despreciado.

Por medio de esta parábola el Señor quiso dejar bien en claro que el reino de Israel, tal como existía hasta ese momento como el pueblo especial del pacto, llegaría a su fin. La gracia de Dios se extendería a todas las naciones. Dios llamaría a otro pueblo para participar en la fiesta de su gracia, un pueblo congregado de todas las naciones de la tierra, incluyendo Israel.

Dios había decidido tener gente que participase en el gozo de su amor. El reino en el cual nosotros experimentamos su gracia se realizaría aquí en la tierra.

Dios quiere conquistar a todas las naciones por la Palabra de su gracia. Pero entre aquellos que sean recogidos por las redes de su Palabra habrán algunos que no llegarán a ver el gran honor de haber sido invitados a la fiesta de bodas de la comunión con Dios. Cuando les llegue la invitación no se regocijan de que eran considerados dignos de ser invitados. La verdad es que desprecian el favor del rey. Eventualmente serán arrojados a las tinieblas de afuera, donde permanecerán en eterna rebelión contra un juicio que, no obstante, no podrán escapar.

Entonces será evidente que Dios nunca los eligió para el honor de su comunión. Nunca tomaron la invitación como un honor para el cual uno debe ser elegido, sino que la tomaron como una oferta que ellos podían o aceptar o rechazar. La ira eterna de Dios reposará sobre ellos.

17: Por amor al novio

Mateo 25:1–13

La parábola de las bodas nos enseñó que no debemos tomar una parábola como si fuera una alegoría, tratando de espiritualizar cada uno de sus elementos. El vestido de bodas no representaba la fe o la santificación o cualquier cosa como esa. El no poner el vestido de bodas sólo indicaba una falta de respeto para el honor de la invitación.

De la misma forma, en el caso de la parábola de las diez vírgenes no debiéramos preguntar cosas como: ¿Qué representa el aceite de las lámparas? ¿Representa la fe o el Espíritu Santo? No es eso lo que la parábola quiere comunicar. El asunto es simplemente que habían cinco muchachas que querían ir a una fiesta de bodas, pero no se detuvieron a considerar todo lo necesario para encontrarse con el novio. Por otra parte, lo que las otras cinco muchachas buscaban era honrar al novio, por lo que consideraron atentamente todo lo necesario. Olvidarse es prueba de que uno no tiene la mente puesta en la meta principal.

Por lo tanto, no debiéramos venir con aplicaciones desatinadas como: *examínate a ti mismo* si realmente tienes aceite para tu lámpara; o bien: *examínate a ti mismo* para ver si realmente tienes tu mente puesta en la venida del novio. Al final de la parábola el Señor Jesús nos proporciona una advertencia completamente distinta: ¡Velad, pues! Poned todo vuestro corazón en la venida del novio; ¡que vuestra preocupación sea el novio, y no un autoexamen! Vale la pena esperarlo.

La situación era probablemente de la siguiente manera: el novio viene a la casa de los padres de la novia para celebrar la boda. En este caso las muchachas no están lejos de la casa de los padres de la novia.

Pensamiento clave: *Vale la pena esperar al novio.*

Motivaciones opuestas. Un día en la última semana antes de su muerte, el Señor salió del templo con sus discípulos. Unos de sus discípulos llamó

su atención a la belleza del templo. Aun este discípulo compartía el orgullo en la belleza de este edificio. ¿No se daba cuenta que el pueblo había rechazado y perdido el favor que llevó al Señor a darles el templo como una señal de su morada con ellos? El castigo de la destrucción pronto caería sobre Jerualén y el templo.

Entonces el Señor habló a sus discípulos de esta destrucción. Al mismo tiempo les dijo que la destrucción de Jerusalén era un profecía que apuntaba al fin del mundo. Así como Jerusalén llegaría a su fin, lo mismo le sucedería a la belleza del mundo, belleza por la cual la gente se enorgullece.

Hacia el fin del mundo el reino de gracia será rechazado por las naciones a las cuales ha venido. Por esto vendrá sobre las naciones un juicio similar al que vino sobre Israel. Entonces, cuando el reino venga en toda la plenitud de su gloria, habrá una separación entre la gente que decía estar esperando su gloria. Unos entrarán en su gloria, otros no. El Señor quiso expresar esto con otra parábola.

Había una vez diez muchachas que fueron invitadas a una boda por la novia y sus padres. Aparentemente eran amigas de la novia. Cuando la fiesta de bodas estaba por empezar, deberían esperar cerca de la casa de la novia la llegada del novio. Cuando él llegase, deberían recibirle con lámparas festivas para así conducirlo con honores a la casa de la novia.

Llegado el día, todas tomaron sus lámparas y se fueron al lugar donde deberían esperar juntas al novio. Pero no todas las diez jóvenes eran iguales. Cinco de ellas bailaron y saltaron pensando en la fiesta de aquella noche, y ni pensaron que su responsabilidad principal era honrar al novio. Por eso ni se preocuparon de traer aceite suficiente con sus lámparas. Las otras cinco sí se preocuparon de que tenían que acompañar al novio con honor. Por eso ellas se preocuparon de traer frascos de aceite junto con sus lámparas.

En nuestros tiempos también, cuando se apresura el fin de la historia del mundo, habrá gente que dirá que anhelan participar en la gloria del reino. Pero no piensan en el Señor Jesucristo. El amor no les impulsa a darle alabanza eterna y a dirigir toda su vida hacia él.

Todas se quedaron dormidas. Las jovencitas esperaban y esperaban, pero el novio no venía. Se hizo tarde, y las cinco muchchas que sólo pensaban en la fiesta se cansaron con la excitación. Por otra parte las otras muchachas que pensaban encontrar al novio y honrarle se cansaron de nervios.

Así que las diez se quedaron dormidas. ¡Qué lástima! Ahora no había nadie esperando al novio, lo que para él era una deshonra. En este momento no había diferencia entre las que querían honrar al novio y las que sólo estaban entusiasmadas con la fiesta.

¿Se producirá una situación similar cuando el fin del mundo se acerque? En esta parábola el Señor da a entender que es posible que pase mucho tiempo antes que el fin del mundo venga y él regrese en toda la gloria de su reino. ¿Sucederá que la situación de la iglesia en todos los paises que se dicen cristianos será tal que nadie tendrá la mente fija en su venida? Esto sería deshonrarle. Si fuere así, aquellos que están genuinamente preocupados con él no serían capaces de recordar a los demás que deben esperarle y que pongan todo su corazón en darle honor. ¿Vendría el día en que a las iglesias no les importará más la persona y el honor de Cristo?

Juicios distintos. De repente alguien gritó: "¡Aquí viene el esposo! ¡Salid a recibirle!" Todas las muchachas despertaron de un brinco. Tomaron sus lámparas y las encendieron para ir a recibir al novio.

Las lámparas de las jóvenes insensatas duraron prendidas sólo unos segundos, porque las mechas todavía estaban húmedas, pero inmediatamente se apagaron. Las jóvenes insensatas no tenían aceite para rellenarlas, así que le pidieron algo de aceite a sus compañeras. Pero sucedió que sus compañeras tenían lo justo para mantener sus lámparas encendidas durante la procesión.

Siguiendo el consejo de sus amigas, ellas fueron corriendo a la tienda. Pero mientras ellas iban a comprar, llegó el novio y se fue. Las cinco jóvenes sabias le acompañaron con honor y entraron junto con él a la fiesta de bodas. Habiendo entrado, cerraron las puertas. Entonces volvieron las otras y encontraron que ya era demasiado tarde. Golpearon la puerta y pidieron que les dejaran entrar, pero el novio dijo que no las conocía. No habían tomado parte de la procesión, así que tampoco podían tomar parte de la fiesta de bodas.

Lo mismo nos puede pasar si no estamos determinados a darle honor al Señor Jesús cuando vuelva en su gloria. El es digno de nuestra alabanza.

No sabemos cuando vendrá, pero eso no importa, siempre y cuando estemos en todo momento listos para recibirlo, que toda nuestra vida esté orientada hacia él y que ansiamos su venida con amor.

Israel no estuvo preparado para su primera venida. ¿Qué pasará con las iglesias, ahora que esperamos su segunda venida?

18: Los bienes del Señor

Mateo 25:14–30

El tercer siervo de esta parábola no tuvo ningún entusiasmo para trabajar con los bienes de su amo. ¡Más bien deseaba trabajar para sí mismo, para su propio provecho! Como no consideraba a su amo lo suficientemente digno, no pensó que debía trabajar con sus bienes. Internamente no se sentía vinculado a su señor; por el contrario, vivía en un espíritu de antagonismo hacia él, lamentando su propia condición de esclavo.

Esta parábola no da ningún apoyo moral a la esclavitud. Por cierto, algunas veces hubo una relación buenísima entre amo y esclavo. Pero la relación que nosotros tenemos para con Dios es tal que le pertenecemos en cuerpo y alma, esto es, con toda nuestra vida, con todas nuestras fuerzas y con todo el fruto de nuestra vida. Esta es la relación exigida por el pacto. Puesto que es así, Cristo pudo usar como ejemplo la relación entre un amo y un esclavo.

Este ejemplo se puede usar sólo cuando se presupone que las relaciones entre el amo y sus esclavos sean buenas. Es por esto que no es correcta la forma en que el tercer esclavo describe a su amo. Es cierto que el amo repite las palabras del esclavo, pero sólo lo hace hablando en el espíritu de este esclavo. El esclavo pensaba que estaba siendo explotado al trabajar por su amo.

Que el amo no era el tipo de hombre descrito por el tercer esclavo se ve claramente por la alabanza que dio a los otros esclavos, como también por sus palabras: "Entra en el gozo de tu Señor". Estas palabras nos dicen que había una buena relación entre señor y esclavo.

Pensamiento clave: *El Señor merece que trabajemos con sus bienes.*

Actitudes diferentes. En la parábola de las muchachas sabias e insensatas el Señor habló de los diferentes juicios que se darían contra el pueblo a causa de las diferentes actitudes que tenían hacia él, el Novio. Ahora quería

hablar acerca de las diferencias entre los juicios en todavía otra manera. Pero esta vez quiso relacionar los diferentes juicios con las diversas actitudes que la gente toma hacia los bienes que él les ha entregado—sus talentos, sus capacidades, sus posesiones. ¿Consideraban todas estas cosas como propiedad de su Amo? ¿Lo consideraban como gran honor que el Señor les haya encomendado esos dones, de tal forma que se esfuercen por amor a él para hacer el mejor uso posible de ellos? Lo harían si lo amaban y estaban conscientes de que todo se lo deben a él, reconociendo que él vela por ellos.

Pero también habrá gente que no querrá reconocer que todas las cosas en la tierra pertenecen al Señor, gente para quienes es una ofensa el reino soberano de Cristo, gente que les gustaría tener todo para ellos solamente. Por cierto, habrá gente que se goza en el hecho de que pertenecen al Señor en cuerpo y alma, pero habrá otros que no quieren ningún dueño sino ellos mismos. Así era en Israel, y así será entre las naciones a las cuales él dará su reino después.

Nuevamente el Señor los enseñó con una parábola. Había una vez un hombre rico que tenía muchos bienes y muchos esclavos. Normalmente este señor mismo administraba sus bienes y hacía negocios con ellos, pero llegó el día en que tuvo que irse lejos en viaje de negocios. Mientras tanto, su negocio debía continuar. De manera que repartió sus bienes entre sus esclavos, a fin de que ellos hicieran ganancias con ellos. A uno le dio cinco talentos, ya que este esclavo estaba muy bien capacitado para hacer negocios. A otro le dio dos talentos, y al tercero sólo uno. Después se fue de viaje.

Era un gran honor para aquellos esclavos poder negociar y administrar los bienes de su amo. Claro que lo tomarían como un honor sólo si lo amaban y sentían un gran apego hacia él. Dos de los esclavos sentían de esa manera; eran precisamente los que habían recibido cinco y dos talentos respectivamente. Comprendían a su amo y sabían que él tenía la mejor de las intenciones para con ellos. Pero el tercero era contrario hacia su amo, pensando que lo único que le interesaba era esclavizarlo y explotarlo. Si somos hostiles hacia alguien, no lo podremos entender en nada.

Los dos primeros esclavos salieron de inmediato a trabajar. Uno ganó cinco talentos, y el otro dos talentos. Esto significaba que ellos habían hecho una ganancia de un cien por ciento. Pero el tercer esclavo no tenía ningún deseo de trabajar para su amo. ¿Agotarse trabajando para un extraño? ¡Qué tontería! Así que lo mejor que pudo hacer fue ir y enterrar el dinero de su señor. Cuando el amo volviera se lo devolvería, y así se evitaría

todo problema. Su señor no tendría nada que alegar, ya que se le estaba devolviendo todo lo que le pertenecía. El amo no tenía derecho a su esclavo, ni tenía derecho a todo su esfuerzo y trabajo.

Al contar esta parábola el Señor Jesús no estaba aprobando la relación que se establece cuando un hombre viene a ser esclavo de otro, una relación en la que el esclavo con toda su vida y capacidad es la propiedad de su amo. No obstante, la relación que hay entre Cristo y nosotros es precisamente esta. Le pertenecemos en cuerpo y alma. Esta relación fue establecida en el pacto.

Hay gente que está presta a reconocer esta relación, y con gozo trabajan para el Señor con todo lo que tienen, porque pertenece a él. Pero también hay gente que no quiere pertenecer al Señor y que no quiere trabajar para él con toda su vida. Son contrarios a él y no lo entienden en su amor. No entienden que él tiene las mejores intenciones para con nosotros, también cuando nos encomienda sus posesiones, sea que nos dé poco o mucho.

Juicios diferentes. El amo permaneció fuera por largo tiempo. Pero al fin volvió y llamó a cuentas a sus siervos.

Alabó al primer esclavo porque había trabajado bien con las bienes de su amo, haciendo una ganancia del cien por ciento. Así que le dijo el amo: "¡Participa en mi gozo de haber encontrado todo en tan buen orden!" Tal era la comunión que este señor tenía con sus siervos. Lo mismo le dijo al segundo esclavo.

El tercer esclavo se acercó a su amo, expresando sus pensamientos rebeldes: "Nos estás explotando porque somos tus esclavos, y te quedas con aquello a lo que no tienes derecho. Imagínate por un momento lo que hubiera pasado si hubiera perdido todo este dinero, negociándolo. Habrías pensado que te estafaron. Tenía miedo yo de que pasara eso. De tal manera que enterré tu talento. Aquí está. Nada puedes alegar".

Pero su amo sí tenía algo que decir. Primero que todo lo llamó malo y negligente, y le dijo después: "Si sabías que tomo lo que no es mío, por temor deberías haber puesto mi talento en el banco. Así al menos hubiera ganado algún interés. Tu actitud revela que me rechazas y que nada te importan la confianza y el honor que puse en ti cuando te confié algo de mis bienes".

Entonces el amo mandó que le quitaran el talento y se lo dieran al que tenía diez talentos. Quienquiera que tenga algo, entendiendo realmente que es propiedad de su amo, poniendo todo su esfuerzo al trabajar con ello,

recibirá muchas más responsabilidades. Pero cualquiera que tenga algo que no quiera considerar como propiedad de su amo, algo con lo cual no quiera trabajar, realmente no tiene nada. Aun lo que tiene le será quitado. El esclavo fue arrojado fuera para ser castigado.

Así será juzgada la gente cuando el Señor vuelva. Todos aquellos que han conducido su vida y administrado todo lo que tienen en la conciencia de que todo pertenece al Señor y que han trabajado para él con todo lo suyo, recibirán sus felicitaciones y participarán del gozo de su Señor cuando todo es transformado. El Señor les entregará mucha responsabilidad. Pero todos los que vivan en rebeldía serán arrojados a las tinieblas de afuera, completamente desposeídos. Allí podrán expresar sus quejas rebeldes por toda la eternidad.

Israel no recibió el pacto del Señor en la conciencia de que era un don por el cual había que estar agradecido. Israel tampoco usó ese don para el Señor. ¿Cómo les irá a las naciones del mundo que ahora han recibido su pacto? ¿Y cómo les irá a los individuos que componen estas naciones?

Mateo: El camino hacia el poder

19: Dispuesto a sacrificarse

Mateo 26:1–16

La gente de todo el mundo hablará del amor de María de Betania. Cristo mismo rinde homenaje a su memoria. Pero debemos estar conscientes de que el amor de Cristo despertó el amor de María. Este amor fue incitado a expresarse especialmente ahora cuando Cristo habló de sus sufrimientos. El amor de María era un eco del gran amor de Cristo, el amor que lo hizo dispuesto a dar su vida en sacrificio.

Su amor gobierna todas las cosas, aun las deliberaciones del Sanedrín y el odio y la traición de Judas. Lo que llevó a Judas a traicionar a Cristo fue la forma en que Cristo reveló su gran amor en la respuesta que María dio a este amor, una respuesta que Judas no podía entender.

Pensamiento clave: *El amor de Cristo controla todas las cosas, un amor que lo hace dispuesto a dar su vida en sacrificio.*

El verdadero cordero pascual. Durante la última semana en Jerusalén, el Señor todavía tenía mucho que decirle al pueblo y a sus ancianos. El tiempo para predicar se había acabado, y el momento del sufrimiento se acercaba.

Estaba completamente listo para ese sufrimiento. Su amor a Dios y a los suyos le constreñía. Quería recobrar a los suyos, los cuales estaban bajo el poder del pecado, la muerte y el diablo, para llevarlos a Dios nuevamente. Estaba dispuesto a ofrecerse a sí mismo en sacrificio para lograr ese fin. Dio testimonio de su buena voluntad cuando habló a sus discípulos. Les dijo: "Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado". El sufriría y moriría durante

la fiesta de la Pascua. Jesús sería como el cordero pascual que es sacrificado. Ese cordero pascual fue sacrificado una vez en Egipto, y el ángel de la muerte que Dios había enviado contra Egipto pasó por alto las casas del pueblo de Dios que tenían la señal de la sangre en los dos postes y en el dintel de las puertas. De la misma forma, la ira y maldición de Dios no tocará a aquellos por quienes Cristo derramó su sangre. Tendrían el privilegio de participar en el favor de Dios.

El Señor Jesús estaba completamente dispuesto a morir por su pueblo. ¡Qué precioso amor, un amor que el mundo no conoce! Se dio a sí mismo, no por un pueblo santo, sino por un pueblo que vivía en pecado, un pueblo que por su naturaleza no podía más que odiar a Dios. Quería redimir a gente como esta, y estaba completamente listo y pronto.

Jesús demostró su prontitud cuando se dejó ver por todos públicamente en Jerusalén y por medio de oponerse a los líderes del pueblo. Fue como meterse en la boca de los leones. Debía quedar claro a todos, pues, que Jesús estaba preparado para sellar con su sangre sus obras de gracia y las palabras que había hablado acerca de la gracia de Dios. Y esto fue lo que movió a los ancianos del pueblo a llevar a cabo sus planes. Se estaban preparando para ser sus verdugos. Ellos pensaban que este plan siniestro se les había originado con ellos; sin embargo, el amor de Cristo gobernaba todas sus maquinaciones, porque Cristo estaba dispuesto a ser sacrifcado.

Todo esto se hacía evidente porque en aquellos días los sumos sacerdotes, escribas y ancianos de la sinagoga de Jerusalén (quienes formaban el Sanedrín), se juntaron para ver cómo podrían atrapar al Señor Jesús y darle muerte. Es así pues, que sus fines eran definidamente premeditados. Lo único que quedaba era determinar el método que usarían para alcanzar la meta.

Decidieron que no debía ocurrir durante la fiesta de la Pascua, puesto que en Jerusalén en esos días había muchos galileos celebrando la fiesta. Podría ser que estos galileos se pusieran de la parte de Jesús, y eso podría incitar un alboroto.

A pesar de sus planes, las cosas sucederían en una forma diferente de la que ellos habían imaginado, y esto se debía a que el Señor había dicho que sí sucedería durante la fiesta. Tenía que demostrarse que Jesús era el verdadero cordero pascual, sacrificado para redimir a su pueblo. El amor de Cristo gobernaba aun el Sanedrín, a pesar de las cosas que ellos habían planeado, pues él estaba listo para dar su vida como un sacrificio. ¡Verdaderamente su amor controla todas las cosas!

El amor despierta el amor. ¿Por qué se reunió el Sanedrín precisamente en este tiempo? Ahora su plan, largamente acariciado, podía tomar una forma mucho más definida, porque algo extraordinario había sucedido. Judas, uno de los mismos discípulos del Señor, había venido para decirles que estaba preparado para entregarlo a ellos.

Lo que Judas planeaba era la cosa más horrenda que pudo haber hecho jamás un hombre. ¡Se había propuesto traicionar el amor de Dios revelado en Cristo! ¿Qué lo llevó a hacer esto? Hacía mucho que se había formado en su corazón rencor contra el Señor Jesús, pero hace unos días había sucedido algo que le resolvió el asunto e hizo que decidiera entregar al Señor.

Cierto Simón dio una comida en Betania, quizás el sábado en la tarde. Se le llamaba Simón el leproso, porque una vez lo fue. Quizás fue el Señor quien lo había sanado. Durante la cena, sin embargo, sucedio algo que impulsó a Judas a tomar esta decisión.

Cierta mujer llamada María, hermana de Marta y Lázaro, también vivía en Betania. Jesús les visitaba a menudo en su casa. María siempre escuchaba las enseñanzas del Señor cuando él paraba en su casa; su corazón siempre estaba receptivo a sus palabras. Así ella llegó a comprender más que los discípulos. Comprendió que Dios había revelado su amor a ellos en el Señor Jesús. También puso atención a las palabras que él hablaba sobre sus sufrimientos y muerte. Lo que los discípulos no oyeron porque no querían aceptarlo, ella lo había atesorado en su corazón. Sabiendo, pues, que su muerte estaba cerca, quiso mostrarle a Jesús que ella lo sabía y decidió también darle una prueba de su amor.

Mientras el Señor Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Simón, y Lázaro estaba a la mesa con ellos y Marta servía, María entró al cuarto inesperadamente. Llevaba en su mano un vaso de alabastro que contenía perfume de gran precio. Se acercó al Señor Jesús, rompió el cuello del envase y derramó el perfume sobre la cabeza y los pies de Jesús. Pronto toda la casa se llenó de la fragancia del nardo. Después, soltándose sus cabellos, secó con ellos los pies del Señor.

¡Qué manera de dar honra al Señor! ¡Qué tremenda gratitud y qué gran amor le mostró! Ella demostró claramente que comprendía el sufrimiento que el Señor estaba encarando. Esta acción sorprendió y tocó profundamente al Señor. ¿Hubiéramos sido capaces de hacer lo mismo nosotros? Debemos estar agradecidos de que en aquellos días por lo menos una persona le manifestó a Jesús que lo comprendía. ¡Cuán solo estaba él! ¡Cuán incomprendido era!

Los discípulos también amaban a Jesús, y por eso debieron haber estado contentos con lo que ella hizo. Con todo, no entendieron lo que ella había hecho. Tienen que haberse dado cuenta que su acción era una expresión de gratitud y amor. Pero aun así todavía no habían llegado al punto en que su amor fuera capaz de entender.

De seguro que se imaginaron que entre el Señor y María ocurría algo que ellos no entendían. Esta falta de entendimiento les provocó celos y enojo. Así que condenaron lo que María había hecho. Dijeron que el perfume debió haberse vendido, puesto que su valor ascendía a casi el salario de un obrero por todo un año. ¡Cuánta gente pobre podría haber sido ayudada con esto! Pero realmente lo que se manifestó por sus palabras no era amor a los pobres, sino la condenación y el rechazo de lo que María había hecho, lo que ellos no entendieron.

El Señor tuvo que defender la acción de María. Los discípulos no debían molestar a María, porque ella había hecho algo muy hermoso. Había demostrado un amor que comprendía perfectamente. Es muy raro encontrar tal amor. Por supuesto que había que cuidar a los pobres, pero si esto no se hace como resultado de nuestro amor a Jesús y de nuestra gratitud por el amor que Dios nos muestra en él, entonces no tiene valor alguno. Ninguno que le niegue a Cristo este amor y gratitud podrá preocuparse debidamente de los pobres. María, en cambio, había percibido algo del próximo sufrimiento y muerte de Cristo. Se dio cuenta de lo que ningún discípulo quería comprender. Cuando derramó este perfume sobre su cuerpo, lo estaba preparando para el ungimiento que recibiría en su sepultura.

Este despliegue de amor fue una bendición tan grande para Jesús que dijo que dondequiera que se predique el evangelio, la gente también hablará de lo que hizo María. Todos los creyentes están agradecidos de que al menos una persona haya hecho lo que todos hubieran querido hacer. María mostró cómo el amor es avivado en nosotros por Cristo, en quien el amor de Dios nos ha llegado.

Este amor era un consuelo para el Señor Jesús.

20: El nuevo pacto en su sangre

Mateo 26:17–29

No deseo tratar aquí el problema de si la comida con la cual Cristo instituyó la Santa Cena era o no la comida pascual. Tampoco me dentendré a analizar si Judas participó o no en esta cena. Suponiendo por un momento que sí participó, esto no tiene ninguna consecuencia que afecte el ejercicio de la disciplina en la iglesia. Cristo trató a Judas como a un verdadero discípulo hasta el momento en que él admitió sus intenciones de entregarlo.

El punto principal es que Cristo aquí da a conocer cuál es el cimiento firme del pacto de gracia. Las palabras: "Uno de vosotros me va a entregar", quitó de las mentes de los discípulos toda la seguridad que podrían haber tenido en sí mismos. El ejemplo de Judas muestra que no existe seguridad en el hombre. Después de esto viene la revelación del firme cimiento del pacto de gracia. La palabra que aquí se traduce por "pacto" subraya este cimiento, ya que esta palabra apunta al pacto como a una disposición de Dios, poniendo de relieve el carácter unilateral del pacto.

Es un hecho establecido que un verdadero creyente no puede perderse. El favor de Dios continúa extendiéndose a él. El Señor no desconocerá la obra que hizo en él. No obstante, la base de la certeza no radica en el creyente, ni siquiera en la nueva vida que Dios despierta en él por medio de la regeneración. La seguridad radica más bien en Aquel que da y mantiene esta nueva vida.

Cristo nos dio en este sacramento del Nuevo Testamento el sello de su fidelidad. Si alguien no entiende estas cosas, si no deja de confiar en sí mismo, de seguro que terminará negando su fe.

Pensamiento clave: *La certeza de la fe radica en la fidelidad de Dios en su pacto.*

Uno de vosotros. Poco después que el Señor Jesús dijo a sus discípulos que sufriría y moriría durante la fiesta de la Pascua, éstos vinieron a Jesús

para preguntarle dónde debían preparar la cena pascual. Todavía no entendían; de otra forma hubieran esperado que él les diera instrucciones. El les indicó cierta casa en Jerusalén, la cual encontrarían siguiendo a alguien en la calle. Es muy posible que el Señor indicara cómo llegar a esta casa en forma tan misteriosa para que Judas no hiciera sus planes en conexión con esta cena.

Fue así como los discípulos llegaron a la casa de alguien que reconocía a Jesús como su Señor. Esa persona accedería de inmediato a preparar una sala para ellos. Todo lo que necesitaba era una palabra de los discípulos.

Los discípulos, entonces, prepararon la cena pascual. Lo hicieron sin saber lo que allí ocurriría y sin saber lo que quiso decir el Señor con: "Mi tiempo está cerca". Todavía no le conocían como el cordero pascual cuya sangre tenía que ser derramada para que el ángel de la muerte nos pase por alto.

Esa misma tarde el Señor se sentó a la mesa con sus doce discípulos. Estando en la mesa se dio a sí mismo con todo el amor de su corazón. Antes de dejarlos quería demostrarles su amor y decirles que moriría por ellos y por todos los que le pertenecen; y también quería asegurarles que siempre los guardaría con seguridad en sus brazos mediante su Espíritu. Muchas de las cosas que dijo a sus discípulos durante la cena los conmovieron pero también los entristecieron. No obstante, fueron consolados por el amor que les fue extendido y que los sostenía.

Súbitamente, en medio de esta preciosa comunión de amor, se escuchó una terrible afirmación: "De cierto os digo, que uno de vosotros me va a traicionar".

¿Traicionaría uno de ellos este amor? Por muy poco que entendieran de los sufrimientos de Jesús, todavía podían ver que en él les había llegado el amor perdonador de Dios. ¿Sería uno de ellos capaz de traicionar este amor?

Si *aquello* era posible, ¿qué podría esperarse del ser humano? De inmediato todos se sintieron inseguros. Si *aquello* era posible, si cualquiera de ellos era capaz de ello, entonces no podría hallarse seguridad en hombre alguno. Era como si el Señor Jesús hubiese quitado el piso de debajo de sus pies. De manera que cada uno de ellos comenzó a decir: "¿Soy yo, Señor?"

Por cierto que el Señor quiso quitar de ellos cualquier y toda seguridad que creyeran tener en sí mismos. Si después de haber creído, no abandonamos la fe o traicionamos su amor, esto no se debe a alguna fidelidad que haya en nosotros, sino sólo a la fidelidad por la que Dios nos hace fieles. La base de nuestra certeza no está en nosotros mismos, sino en la fidelidad de

Dios en su pacto. Esta era la certeza que el Señor quería darles a ellos (y a nosotros), una vez que hubiese removido cualquier certeza que poseyesen en sí mismos.

El traidor es desenmascarado. El Señor quería decirle al traidor que él sabía quien era. El traidor tendría que llevar a cabo su plan consciente de que Jesús lo sabía todo, pero que no hacía nada por impedirlo. Jesús se entegaría voluntariamente por su pueblo. En esta forma estaba mostrando su amor una vez más al traidor. ¿No se avergonzaría?

Primero el Señor repitió que el traidor era uno de los que estaba compartiendo de la comunión en la mesa, un hombre a quien Dios había mostrado su amor y que pertenecía al círculo de aquellos que Dios buscaba. Sin embargo, en conformidad al consejo de Dios, el pecado de la humanidad daría su fruto más aterrador en este traidor, llevando al más asombroso rechazo de la misericordia de Dios. Este sería, por cierto, el camino por el cual Cristo efectuaría la reconciliación de su pueblo. Con todo, este hombre tendría que afrontar su propia responsabilidad. Su vida estaría marcada como la vida del que traicionó el amor del Hijo de Dios. Hubiera sido mejor que nunca hubiera nacido.

Nuevamente el Señor mojó pan en la salsa y lo ofreció a Judas. Era como si el anfitrión que presidía la mesa ofreciera una vez más a su invitado todo su amor. Todavía quería conquistarlo con amor. Judas aceptó con hipocresía el bocado de pan, y preguntó como todos los demás. "¿Soy yo, Maestro"? Jesús le respondió que sí.

La determinación había sido tomada. El Señor ahora lo había marcado como el traidor. En ese momento Judas se levantó y abandonó el círculo para no volver jamás. Toda comunión entre Judas y el Señor Jesús había llegado a su fin.

El sello del nuevo pacto. Aparentemente los otros discípulos no captaron lo que sucedía entre el Señor y Judas, ni por qué Judas se había marchado. Tenían necesidad de una certidumbre que no podía serles quitada, la certidumbre de la fidelidad de Dios en su pacto. Este pacto tomaría ahora su nueva forma.

Hasta ahora el pacto se había sellado con la sangre de toros y machos cabríos. Estaba por ser derramada la sangre de Aquel que era el cumplimiento de todas las promesas del antiguo pacto. Ahora sería mucho más

claro que el pacto procedía de Dios sólo, y que sólo él lo había establecido. Cristo, quien es la reconciliación por nuestros pecados, fue dado por Dios. El pacto es como un testamento en el cual se nos da la heredad antes de que nosotros podamos aceptarla. De esta forma queda más claro que nunca que la base de nuestra certeza descansa sólo en la fidelidad de Dios. Este nuevo pacto o testamento perdura para siempre.

El Señor Jesús quería asegurarles a sus discípulos de la fidelidad eterna de Dios. Tomó pan, dio gracias a Dios y pidió la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo". Después de esto dio gracias por el vino, y dio un poco del él a cada uno diciendo: "Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados".

Por medio de esta ceremonia Jesús instituyó el sacramento de la Santa Cena. Ordenó a sus discípulos que celebraran esta cena en memoria de él. Un sacramento es como un anillo de bodas. Todas las veces que un esposo contempla el anillo que entregó a su esposa, su amor corre hasta ella. A su vez, al mirar el anillo, ella abre su corazón para recibir este amor. Esto es lo que hace el Señor cuando sus hijos se sientan con él a la mesa. El les da su amor y ellos lo reciben. Es así como su fe en la fidelidad de Dios se fortalece. Se fortalece su fe en Aquel que decretó que Cristo hiciera expiación por sus pecados. De esta forma los discípulos (y todo el pueblo de Dios) recibieron una certeza genuina, una vez que toda falsa seguridad fue quitada de ellos.

Ahora el Señor Jesús también predijo que nunca más se sentaría junto con ellos para cenar en esta forma. Sin embargo, esta cena, en la cual él fortaleció la comunión de su amor con ellos, era una profecía que apunta a la comunión perfecta que tendrá con su pueblo por toda la eternidad, una vez que el reino de los cielos haya venido en gloria. El anhelaba esto, y su pueblo también lo añora.

Ovejas extraviadas. Cuando hubo terminado de decir estas cosas, salió con sus discípulos a Getsemaní. Sabía que allí lo tomarían prisionero una cuadrilla del Sanedrín encabezada por Judas. Ahora Judas veía la posibilidad para continuar con su plan; el traidor quería terminar con esto de una vez por todas. El Señor estaba listo y se entregó al sufrimiento.

¿Estarían listos también sus discípulos? ¿Habían encontrado la base de su certeza en la sola fidelidad de Dios? ¡Ay!, no sucedió así. Todavía confiaban en sí mismos. Jesús tuvo que decirles, entonces, que todos

tropezarían a causa de él aquella noche; tropezarían a causa de su sufrimiento, a causa de su prontitud para ir a la muerte. Todos perderían sus esperanzas en él, abandonándolo. Si tan sólo hubieran abandonado la seguridad que encontraban en sí mismos y hubiesen mirado al amor de Dios que estaba en Cristo, hubieran estado firmes en aquella negra hora. Pero no lo hicieron.

Esto también fue anunciado por los profetas. Dios heriría al pastor y las ovejas del rebaño serían dispersadas. No se imaginaban que Dios los redimiría a través de los sufrimientos de Cristo. Jesús se lo había señalado al decirles que cuando fuese resucitado iría delante de ellos a Galilea. Pero todavía no estaban listos para semejante incentivo. Debido a que todavía confiaban en sí mismos, no podían creer en el sufrimiento o entender la reconciliación que les traería.

En particular fue Pedro que declaró que no se escandalizaría por el Señor, puesto que estaba listo a morir por él. ¡Como siempre Pedro se colocaba en primer plano! Esto ya mostraba que su vida no dependía de la fidelidad de Dios.

El Señor Jesús le tuvo que decir de antemano que le negaría tres veces esa misma noche. El cantar del gallo le recordaría esas palabras. Pero Pedro descartó por completo la posibilidad. Todavía no se había dado cuenta de la única base firme de nuestra certeza; por lo cual, tampoco podía ver la debilidad de su poco confiable corazón. Podremos estar firmes en la tentación sólo si, por la fe, descansamos en la fidelidad de Dios.

21: El testigo fiel

Mateo 26:57–75

La pregunta clave es si Jesús es verdaderamente el *Cristo*, el Hijo de Dios. Esta era la cuestión que se discutía en el Sanedrín. Este es el problema que debe decidir toda persona que oye el evangelio. Podríamos tener muchas dudas acerca de la Biblia, la iglesia y el cristianismo, pero el evangelio nos confronta personalmente con el Cristo. Con esto no quiero separar a Cristo de la Biblia. Por el contrario, sostengo que Cristo llega a nosotros en las Escrituras, y es a través de ellas que nos encontramos cara a cara con Cristo.

Es por esto que el juicio delante del Sanedrín tomaba un carácter importantísimo. Desde el principio la pregunta decisiva para Caifás y el Sanedrín debe haber sido si Jesús era *el Cristo*. Al principio, sin embargo, evitaron la cuestión, trayendo testigos falsos. Pero cuando esto no dio resultado, regresaron al punto neurálgico. Fue entonces que le pidieron a Cristo dar su testimonio, a fin de tener una base sobre la cual condenarle.

Decimos que eso fue terrible, pero por naturaleza todos hacemos lo mismo. Primero esquivamos la pregunta principal con todo tipo de excusas, pero al final, querámoslo o no, tendremos que encontrarnos con Cristo cara a cara. Es entonces que viene el momento de decisión.

Pensamiento clave: *Al ser rechazado como el Cristo, el Mediador padeció sufrimiento vicario.*

En busca de falsos testigos. Después de ser prendido en Getsemaní, Jesús fue llevado a la casa de Caifás donde el supremo concilio se había reunido apresuradamente. El concilio tenía sus reuniones ordinarias cerca del templo, pero esta vez estaban en la casa del sumo sacerdote.

Este concilio estaba constituido por tres grupos de hombres: los ancianos de la sinagoga de Jerusalén, los escribas o rabís que eran estudiosos de las Escrituras y los sacerdotes, esto es, los miembros de las familias sacerdotales más importantes. A su vez estos grupos estaban divididos en dos partidos: los saduceos y los fariseos. Los saduceos creyeron que podían saber todas las cosas por sí mismos, sin depender de la revelación divina. Los fariseos opinaban que ellos podían ganarse su propia salvación, que no necesitaban el don de Dios.

No importa cuantas diferencias hayan tenido entre ellos estos dos partidos, una cosa sí era cierta: estaban unidos en su fiera oposición contra Jesús. Jesús había enseñado que Dios nos salva por su gracia, la que él nos revela en su Palabra y nos concede en Cristo. El Señor Jesús había dicho que dependemos totalmente de la gracia de Dios, y que todos debemos someternos a ella. Jesús había predicado el reino de la gracia, el dominio de la gracia. Esta gracia se reveló en él, porque él era *el Cristo*, el enviado de Dios.

Todos le rechazaron porque él afirmó ser *el Cristo*, en quien Dios había revelado su gracia. No obstante, al principio no querían ni tampoco se atrevían hacerle la pregunta crucial. Era como si todavía retrocediesen de la idea de rechazar la gracia de Dios tan abiertamente. Por tanto evadieron la pregunta. Trajeron todo tipo de testigos falsos para ver si así podrían encontrar alguna base para condenarle. El método no les dio resultado, porque la ley requería que por lo menos dos testigos estuviesen de acuerdo. Pero no pudieron encontrar los dos testigos.

El Señor Jesús se mantuvo callado todo este rato. Se daba cuenta de sus subterfugios, pero los sufrió en silencio. Los sufrió por nosotros. Nosotros también acusamos falsamente a Dios: Dios hace esto que está mal, y por tal y tal razón él no es justo. Por medio de estas falsas acusaciones estamos tratando de evadir la cuestión principal: no queremos humillarnos delante de su gracia. ¡Qué feliz que el Señor Jesús sufrió e hizo expiación por esto! Ahora él puede alcanzar a las personas que le acusan falsamente.

La acusación acerca del templo. Finalmente vinieron dos testigos que dijeron: "Este dijo: puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo". Estos hombres daban falso testimonio, porque Jesús no había dicho eso, sino que dijo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Jn. 2:19).

Esas palabras de Jesús eran proféticas. Es cierto que el templo de Jerusalén sería destruido, pero no era ese templo de piedra al que se refería. Aquel templo representaba la presencia de Dios en medio de su pueblo. Ahora su morada con nosotros era completa en Jesucristo. Si rechazaban a Cristo y lo mataban, estarían destruyendo el templo. Pero Cristo resucitaría al tercer día. Lleno del Espíritu Santo mismo, derramaría el Espíritu sobre su pueblo. Entonces Dios tendría una morada con su pueblo para siempre. En esta forma Cristo levantaría otra vez un templo.

Cuando Jesús dijo estas cosas el pueblo no le había entendido. Muchas veces nosotros tampoco entendemos, porque no queremos entender. Si él edifica el templo, toda la vida tiene que ser santa al Señor. Entonces ya no seremos más amos y señores aquí, que es lo que no queremos. Esto es la razón por la que no entendemos esta afirmación del Señor Jesús. El tiene que enseñarnos a entenderlo por la fe. El sí va a construir un templo; de hecho, lo está haciendo ahora mismo. Cristo santifica la vida de todos los que creen en él.

El Señor no respondió ni siquiera a esta acusación a pesar de que se refería a su obra santa. El pudo darse cuenta de las malas intenciones y del odio que estaban detrás de lo que estaban haciendo. No trató de refutar la acusación, aun cuando el sumo sacerdote le pidió una explicación. Al sufrir en silencio él hizo expiación por todo el odio que todos nosotros dirigimos por naturaleza contra su obra de santificación. A través de él también recibimos la fuerza para sufrir en silencio por su causa.

Juzgado blasfemo. Aun estos dos testigos no concordaban completamente (véase Mr. 14:59). Así que los cargos no eran suficiente razón como para condenarlo. El sumo sacerdote tuvo entonces que enfrentar el verdadero problema. Le dijo: "Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios". Le estaba exigiendo a Jesús que testificara bajo juramento que él era el Mesías.

Este fue el momento crucial. Se le había pedido que diera testimonio, a fin de condenarle sobre base de ello, y entonces rechazarle. Fue en ese momento que por medio de sus representantes el pueblo de Dios rechazó oficialmnte su gracia, la cual se le había ofrecido en Cristo. Toda carne hace lo mismo.

Las autoridades judías le requirieron oficialmente que diera testimonio bajo juramento. Ya no podía permanecer en silencio. Además, tendría que dar testimonio de quien era él y lo que había recibido de Dios. Por lo tanto,

respondió solemnemente: "Tú lo has dicho". Al decir esto, juró que Dios lo había entregado al mundo para gracia eterna. Dijo esto aun sabiendo el uso que le darían a su testimonio. De esta forma él voluntariamente se sometió al sacrificio. Esto condenaría al Sanedrín. Sin embargo, su sufrimiento haría expiación por los que por naturaleza rechazan la gracia. Fue para esto que entregó su vida.

Pero quiso advertir al Sanedrín una vez más. Así que inmediatamente añadió otras palabras a su testimonio: "Y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo".

Ahora verían en él el reino de la gracia de Dios. Sucedió tal como dijo. Muy pronto después de su muerte les llegó el rumor de su resurrección. Y después del derramamiento del Espíritu Santo, en todas partes se predicó la gracia de Dios en él. Las naciones se rindieron al reino de su gracia. ¡Cómo les habría impresionado semejante cosa! No obstante, no quisieron someterse. Por el contrario, el sumo sacerdote rasgó sus ropas, y acusó a Jesús de blasfemia. Unánimemente le dieron la pena de muerte por el cargo de blasfemia. La gracia de Dios fue rechazada. Si Cristo no hubiera sufrido y hecho expiación por esto, nadie podría ser salvo. Por naturaleza todos rechazamos esta gracia.

La destrucción del templo. Después de sentenciarlo, Cristo era para ellos un proscrito. Le escupieron en la cara y le dieron de puñetazos. Otros se burlaban de él como profeta. Estaban destruyendo el templo. Lo estaban rechazando como al Santo, como aquel en quien Dios moraba. Además, al hacer esto estaban destruyendo lo último que quedaba en ellos de la imagen de Dios. Con su odio estaban profanando horriblemente la vida humana.

Esto también Cristo lo sufría en silencio, a fin de levantar el templo que ellos estaban destruyendo. ¡Qué misericordia tan infinita! Ahora él está edificando en la vida de muchos. Llegará el día en que toda la creación será un templo santo al Señor.

Pedro niega a Jesús. Mientras el Señor Jesús testificaba que él era *el Cristo* y que Dios había revelado su gracia en él, uno de sus discípulos lo estaba negando. Al principio Pedro huyó con los otros discípulos cuando tomaron prisionero a Cristo en Getsemaní, pero después volvió. Estaba avergonzado. ¿No se lo había advertido Jesús junto con los otros discípu-

los? Pero él había dicho que aun cuando todos se escandalizaran de Jesús, él nunca se escandalizaría. Pedro dijo que estaba dispuesto a morir con Jesus. ¿Huiría ahora?

Pedro volvío y siguió a una distancia prudente. Juan también los había seguido. Como Juan conocía a alguien de la casa del sumo sacerdote, Pedro pudo ingresar a la casa. Allí estaba Pedro sentado en el patio, cerca del fuego que los soldados habían hecho. No estaba allí por la fe, rendido al Señor y esperando de él fuerza y fidelidad. Estaba allí más bien porque se avergonzó de haber huido. Pero su autosuficiencia fue sacudida completamente.

Por esto, cuando vino la tentación él tenía que caer en ella. Y la tentación vino pronto. Alguien le reconoció como uno de los discípulos del Señor Jesús. Primero fue identificado por una criada, después por la gente que estaba alrededor de la fogata y luego por otra persona más cuando Pedro trataba de irse. Su acento galileo lo revelaba. Las tres veces él negó haber estado asociado con Jesús. Hasta juró que no lo conocía. Afirmó que sería maldito si fuese uno de ellos. Hasta declaró que jamás había conocido a Jesús, que era un extraño para él. En total negó tres veces a su Salvador.

Esto fue terrible para Pedro, y peor aún para el Señor que sabía lo que estaba sucediendo. Jesús sobrellevó pacientemente esta negación, aun cuando estaba confesando lo que Dios era en El para sus discípulos. ¿Acaso no era su sufrimiento frente al Sanedrín lo suficientemente cruel sin necesidad de añadir la traición de un discípulo?

Este sufrimiento también era parte de la obra expiatoria que tuvo que padecer para poder ofrecer otra vez su gracia a los discípulos que le habían negado y para hacer que se rindieran a él en fe y así ser verdaderamente fuertes. También había perdón para Pedro. Cuando Pedro iba saliendo del lugar se encontró con los ojos de Jesús, quien lo miraba. Esta mirada debe haberle hablado del sufrimiento de un amor desilusionado, pero también de la misericordia.

El Señor derramó su gracia en Pedro de tal forma que él no huyera de Jesús para siempre, como lo hizo Judas. Más bien Pedro se arrepintió. Entonces ya no tuvo vergüenza de sí mismo, sino que sintió vergüenza frente al amor del Señor. Y saliendo fuera, lloró amargamente. Todavía para él había salvación. El Señor también soportó esto a fin de hacer expiación.

22: Como barro en las manos del alfarero

Mateo 27:1–10

En este pasaje Mateo cita algunas palabras como si vinieran de Jeremías, aunque realmente se encuentran en Zacarías 11:12–13. Parece que lo que Mateo tenía en mente era una combinación de ideas que se encuentran tanto en Zacarías como en Jeremías. Zacarías escribe sobre el alfarero, mientras que Jeremías nos dice lo que pasa en la casa del alfarero. Jeremías 18:1–12 debe leerse en relación con esto.

Jeremías vio un alfarero haciendo una vasija de barro sobre la rueda. Después el alfarero rompió la vasija y de los pedazos hizo otra vasija que sí le agrado. El Señor también podía hacer esto con Israel. Alguien podría decir que Israel ya no tenía remedio, pero el Señor todavía podía transformar a su pueblo en una vasija que le agradase.

Esto es lo que pasó en Cristo. Así como el alfarero hizo pedazos la vasija que no le agradó, de la misma forma el Señor destruyó la vida en Cristo. Después la vida en él y en su pueblo fue reformada en él para ser una vasija de honor. El campo del alfarero comprado con el dinero de traición de Judas apunta a esta idea.

La destrucción de Judas se asemeja a una vasija rota que no será reparada y nos arroja luz sobre la muerte de Cristo. Lo que le pasó a Judas es lo que nos hubiera pasado a todos nosotros. Cristo soportó el rechazo, rechazo como el de Judas, a fin de que la vida fuese transformada otra vez en El.

Pensamiento clave: *La vida es transformada en Cristo, lo mismo que el barro es moldeado de nuevo por el alfarero.*

El repudio de la Cabeza del pacto. El Sanedrín, en la noche de la traición, condenó a muerte al Señor Jesucristo. No obstante, el Sanedrín no pudo ni quiso llevar a cabo la sentencia. Así que decidieron entregar a Jesús

a Poncio Pilato, gobernador romano, quien estaba en la ciudad en ese entonces, probablemente a causa de las festividades relacionadas con la fiesta de la Pascua. Para que Pilato se interesara en el asunto había que inventar alguna acusación, ya que poco y nada le interesaría a un gobernador romano que Cristo se hubiera llamado Hijo de Dios. El Sanedrín tuvo que formular su acusación en una reunión convocada a la carrera temprano por la mañana. Dirían que Jesús se hizo llamar rey de los judíos. De seguro que Pilato se interesaría en un caso de insurrección.

Es cierto que Cristo *es* el rey de su pueblo, del pueblo que él está formando de todas las naciones. Todos los reyes y príncipes deben inclinarse delante de él. Aun el emperador romano tendrá que vérselas con él. Y en cuanto a Pilato, no podría evitar pronunciar un juicio sobre Cristo.

Una vez que el Sanedrín hubo atado a Jesús, lo llevaron y entregaron a Poncio Pilato, el gobernador. Nos podemos imaginar a Cristo caminando en medio de los judíos. Lo empujaron por las calles de Jerusalén. Allí lo rechazaron a aquel que era la Cabeza en el pacto con su Dios, aquel en quien Dios entregó su gracia a su pueblo. Repudiaron la gracia de Dios dada en él.

Esta no fue la primera vez que habían rechazado la gracia de Dios en Cristo. Los israelitas vinieron haciéndolo por toda su historia. Anteriormente ya habían rechazado al Cristo de Dios cuando adoraban los ídolos. Más adelante le rechazaron al tratar de salvarse a sí mismos por su propia justicia. El climax de todo esto era la entrega de Jesús a Poncio Pilato.

¿No debería haber abandonado Dios a Israel para siempre? Pero Cristo quería permanecer como Cabeza de su pueblo. ¡Cómo habrá sufrido cuando fue desechado delante de ellos! Expió el pecado de su pueblo por su sufrimiento. Dios lo rechazó por ese pecado del pueblo y en él también rechazó al pueblo que lo tenía por Cabeza.

Cristo sufrió voluntariamente, con lo cual confesaba que Dios lo rechazaba justamente a causa de los pecados de su pueblo. Dios destruyó la vida en el que es la Cabeza del pacto, asi como el alfarero puede destruir una vasija que hizo en su rueda. Pero el alfarero la destruye para hacer una nueva. Así también Dios destruyó la vida en Cristo a fin de formarla de nuevo a través de él y crear un pueblo que sea una vasija a su honor.

No seamos como los ancianos del pueblo que empujaron a Cristo por las calles de la ciudad. Siempre que rechacemos del todo la gracia de Dios, estamos siguiendo las pisadas de esos ancianos. Nosotros también rechazamos a la Cabeza del pacto, mereciendo que Dios nos repudie. Pero Dios quiere transformar nuestras vidas por amor al sufrimiento de Cristo, para

que seamos vasijas de honor. Nunca llegaremos al punto donde no hay esperanza. ¡Creamos en la gracia que ha sido revelada en Cristo!

La desesperación que destruye la vida. Judas vio que los ancianos del pueblo se llevaban al Señor Jesús. Entonces entendió lo que había pasado y lo que iba a pasar. Iban a matar a Jesús. Esta había sido la intención de Judas cuando traicionó a Cristo, pero ahora se estaba enfrentando al hecho. Ahora se daba cuenta de la vileza del Sanedrín en contraste con la majestad del Señor Jesús. La bajeza había triunfado, y Judas había cooperado a su triunfo.

Fue entonces que le pesó a Judas lo que había hecho, es decir, él volvió a sus cabales. Anteriormente sólo había vivido en un remolino de emociones en conflicto. La pasión de su odio lo había estado manejando, y él permitió que se nublara su razón. Mas ahora volvió a sus cabales. Se dio cuenta de lo que había hecho y que él, Judas, era el único responsable de este sucio juego. No pudo soportar este pensamiento. Esto quiere decir que el pesar que sentía no era fruto de un arrepentimiento producido por la humilde confesión de su culpa delante de Dios. Su orgullo era inquebrantable. No podía soportar el pensamiento de que él era culpable de una bajeza tan grande. Sólo le esperaba el juicio de Dios. No pensó en la gracia de Dios, ni tampoco reconoció la justicia del juicio de Dios. Por el contrario siguió sosteniéndose por su propio poder delante de Dios.

¿Cómo había llegado a hacer semejante acto? Decimos que Judas era un traidor, un criminal, un ladrón. Es cierto, pero estos no son sus principales rasgos. ¡Judas era un incrédulo! Siguió a Jesús con entusiasmo como discípulo. Hasta hizo milagros en su nombre. A pesar de todo su corazón se cerró a aquello que era lo más esencial en Cristo, esto es a la gracia de Dios en él, de modo que no quiso ni pudo creer en él. Judas no era capaz de entregarse a Cristo. A lo largo de todo su discipulado, Judas permaneció satisfecho consigo mismo. ¡Cristo luchó por conquistar su corazón hasta la última cena! Pero Judas no se dejó ser conquistado.

Las cosas anduvieron mal con Judas desde el principio. Así llegó a ser un ladrón. Una persona que no encuentra lo grande en la vida, el gran amor, la inmensa gracia, trata de escoger migajas de una felicidad aparente. De esta forma Judas se entregó al hurto. Judas había visto el gran amor de Jesús y la respuesta de amor que María le dio cuando lo ungió. Pero este amor estaba fuera del alcance de Judas; era una bendición que él desconocía, y por eso lo odiaba. Por esto fue que traicionó a Jesús. Judas llegó a ser el líder que

guió a aquellos que tomaron prisionero a Jesús. Fue el pionero de muchos que nunca logran rendir sus vidas a la gracia de Dios, por lo cual también le odian. La raíz de la traición es la incredulidad. Si los que seguimos a Jesús no nos rendimos a él completamente, nuestro fracaso está a la par con la traición de Judas.

Cuando Judas volvió a sus cabales y se dio cuenta de lo que le había impulsado a hacer lo que hizo, no se humilló delante de Dios. No obstante, la vida ya no valía la pena. El pensamiento de lo que había hecho consumió su vida. Estaba en un viaje sin regreso. Dios lo entregó a sus propios malos caminos porque se había rendido a Satanás.

Judas se fue a los ancianos para decirles que había entregado sangre inocente. Pero los ancianos le contestaron que eso no les concernía. No podía esperar ninguna compasión de aquellos que eran como él. Desesperado, Judas les tiró las treinta piezas de plata que había recibido por traicionar a Jesús en el templo. Después salió y se ahorcó. Quería huir de sí mismo, ¡como si eso pudiera lograrse! Cuando cayó en manos del Dios vivo, se dio cuenta de las proporciones de su acción. Esto produce lloro y crujir de dientes.

No debemos olvidarnos de Judas. Por cierto da miedo echar un vistazo a ese infierno. Pero no debemos cerrar los ojos para continuar en pecado. Tan pronto como rechazamos a Cristo en incredulidad, seguimos las pisadas de Judas.

Cuando hemos visto a Judas, debemos mirar a Cristo. Sólo el amor de Cristo pudo levantar la clase de odio que había en Judas. ¡Cuánto habrá sufrido Cristo por la traición y triste fin que tuvo su discípulo! En esa muerte Cristo veía el infierno en el cual él tenía que entrar para redimirnos. Al igual que Judas, él tenía que ser rechazado por Dios.

En Judas se cumplió lo que dijo el salmista: "Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparte". (Sal. 73:27). Dios también maldijo a Cristo a causa de nuestros pecados, para redimirnos de las garras del infierno. La vida de Judas estaba arruinada para siempre, pero Dios redimiría nuestras vidas por amor a Cristo.

El campo del alfarero. Los ancianos de inmediato recogieron las piezas de plata. Más tarde el Sanederín deliberó qué hacer con el dinero. Las monedas no debían devolverse a la tesorería del templo para su mantención, porque era dinero manchado de sangre aunque originalmente lo

habían sacado de las donaciones al templo. Al hacer esta discusión los miembros del Sanedrín estaban reconociendo sus sucias artimañas.

Pero buscaron una solución. Sucedía de vez en cuando que gente pobre que no era de Jerusalén moría en la ciudad. Entonces la ciudad tenía que hacerse cargo del entierro. Con este dinero se compró un campo donde enterrar estos pobres. En otros tiempos un conocido alfarero usó este campo para extraer el barro que necesitaba para su trabajo.

Como muchas otras cosas en la vida del Señor Jesús, la compra de este campo fue el cumplimiento de una profecía del Antiguo Testamento. El asunto ya había sido predicho por Zacarías 11:12–13. Cuando la gente de Jerusalén se enteró de donde había venido este dinero, pusieron al campo del alfarero el nombre de "campo de sangre".

Dado que estas cosas fueron anunciadas en detalle por los profetas, el campo adquiere significado para *nuestra* fe también. De ahí en adelante los muertos enterrados en el campo del alfarero descansaban gracias al precio que se pagó por la sangre de Cristo. Yo no sé si muchos de los que creyeron en Cristo fueron alguna vez enterrados allí. La única función que tiene el campo es servir de señal: en este mundo los creyentes descansan a causa del precio de la sangre de Cristo. Este precio nos redimió del pecado y de la muerte. Así como el alfarero puede destruir una vasija para hacer otra, así también Dios, por amor a Cristo, transformará a los pecadores depravados en personas que le sirven en gloria eterna.

Todas estas cosas acontecieron para darnos a conocer la gracia que se nos ha entregado en Cristo. ¡Ay de nosotros si rechazamos esta gracia con incredulidad, porque entonces pereceremos, como Judas pereció!

23: Trato arbitrario

Mateo 27:11–31

Pilato trató a Jesús en una forma totalmente arbitraria. Permitió que los ancianos vilipendiasen abusivamente a Jesús y después esperó para ver si él podía contestar los cargos. Pilato prefirió a Barrabás aun antes de que la sentencia fuese dictada. Se lavó las manos y se desentendió de cualquier responsabilidad en el asunto, dejando a Jesús expuesto a la burla de los soldados. Mateo llama nuestra atención a la arbitrariedad con que se manejó el asunto.

Dios no trata arbitrariamente con nosotros. Es cierto que su estricta justicia nos ha entregado a la arbitrariedad de Satanás y del hombre. Esto es el resultado de nuestro propio pecado, por el cual queremos romper con la justicia y la ley de Dios para ejercer nosotros un poder arbitrario. Este pasaje nos muestra cómo Cristo sufrió bajo la arbitrariedad del hombre, de tal manera que podamos otra vez encontrar protección bajo la justicia de Dios.

El proceso se llevó a cabo temprano por la mañana. La esposa de Pilato se daba cuenta de que algo estaba sucediendo. Quizás había escuchado hablar acerca de Jesús o quizás hasta tuvo oportunidad de verlo antes. Habiéndose despertado, se volvió a quedar dormida. Pero fue atormentada por pesadillas. No es necesario que tomemos sus sueños como revelación de Dios. ¡De seguro que no debemos convertirla en una santa! Es cierto que llamó a Jesús "hombre justo", pero esto tal vez no era más que una impresión. Estaba obsesionada con Cristo. Esta mujer no instó a su esposo a que hiciera prevalecer la justicia; sólo le dijo de que tuviera cuidado de no correr riesgo. Aun en esta petición había arbitrariedad. Cuando Pilato se desentendió de todo el problema, lavándose las manos, fue en parte por la influencia de su esposa.

Pensamiento clave: *Cristo sufre la arbitrariedad del hombre, a fin de que nosotros podamos encontrar protección bajo la justicia de Dios.*

Acusaciones arbitrarias. Todavía era muy temprano cuando los ancianos del pueblo llegaron al palacio de justicia con el Señor Jesús para ver a Pilato. Le presentaron a Pilato en forma oficial la acusación que habían determinado: Jesús se hacía llamar el Rey de los judíos. Pilato interrogó a Jesús sobre esta acusación. El Señor Jesús no lo negó, sino que confesó que él era el Rey de los judíos.

El es por cierto el Rey de su pueblo, y ha venido para gobernarlos en justicia, de tal manera que puedan encontrar protección detras del escudo de su justicia. Pero todos nosotros nos hemos quitado a Dios de encima, estableciéndonos como líderes. Queremos reinar en conformidad a la arbitrariedad de nuestro poder. Esto es lo que querían los ancianos del pueblo también. Esta es la razón por la que no podían aceptar ni tolerar al Señor Jesús. Se había convertido en su rival.

¿Qué podía hacer Pilato con un rey que sólo quería reinar en el nombre de Dios según la justicia? Todo el gobierno del imperio romano descansaba en una extensión arbitraria de poder. También Pilato ejercía su poder arbitrariamente. El ministerio de Cristo fue una larga acusación contra el imperio romano y Pilato. Pero Pilato consideraba a Jesús como un tonto que no era peligroso para el estado. Aun hoy día cualquiera que actúe en nombre del Dios vivo y a favor de su reino, carecerá de una influencia efectiva sobre la tierra. Los hombres prefieren inclinarse delante de un poder arbitrario. De esta manera nada podía hacer Pilato con Jesús. Salió con él donde estaban sus acusadores y lo colocó frente a ellos. Pensaba que ahora Cristo se excusaría, y así él lo dejaría ir.

Pero cuando la gente se dio cuenta de las intenciones de Pilato, irrumpieron en acusaciones. No se limitaron a las acusaciones que ya habían premeditado; su odio se veía en todas las cosas que dijeron contra él. La multitud de ancianos empezó a desenfrenarse, multiplicándose las acusaciones arbitrarias.

Pero Pilato no pudo conseguir lo que quería, porque el Señor no respondió a ninguno de los cargos. Pilato abandonó su tarea como juez; no pidió que las partes llegaran a un veredicto, sino que dejó que el acusado se defendiera solo. Pero el acusado no respondió a ninguno de los cargos. En silencio sufrió la arbitrariedad humana.

Anticipando la sentencia. Por el odio que se manifestó en las acusaciones, Pilato pudo entender que no sería fácil que los judíos soltasen a Jesús. Aun así, Pilato quería dejar libre a Jesús, porque a su juicio no había hecho

nada malo. Por eso Pilato pensó en una posible solución. Recordó que en la fiesta de la Pascua era la costumbre dejar en libertad a un prisionero elegido por los judíos. Nada más se sabe acerca de esta costumbre. Los romanos quizás acostumbraban a hacer esto para dar la impresión a los judíos que ellos no eran un pueblo totalmente sometido, sino que tenían algo de libertad.

Sucedió que en esa ocasión había en la cárcel un sentenciado a muerte llamado Barrabás. Este hombre había cometido asesinato en una insurrección. Pilato probablemente sabía que este rebelde no simpatizaba en nada con el Sanedrín. De manera que colocó a Barrabás al lado de Jesús y preguntó a cual de los dos debería librar. En esta forma Pilato estaba limitando a los judíos a elegir entre dos hombres. Pero esto no era todo. Lo peor de todo es que trató a Jesús como si ya hubiese sido sentenciado a muerte. Al hacer esto Pilato estaba permitiendo que la responsabilidad del juicio fuese quitada de sus propias manos. Este juez no defendió la justicia, sino que dejó al acusado en manos de sus acusadores.

Otra vez el Señor Jesús sufría una violación de la ley en la forma de un trato arbitrario. Era como si no hubiese justicia en el mundo. Si era que no había justicia en este mundo, ¿detrás de qué escudo podría esconderse la vida?

Una advertencia de parte de la esposa de Pilato. Mientras que Pilato se ocupaba de este problema, le llegó un mensaje de su esposa. Parece que ella se había despertado bien temprano por la mañana y que había visto algo de lo que pasaba. Se había impresionado por algo en el Señor y después se durmió otra vez. Pero esta vez tuvo una pesadilla. Después sus pensamientos acerca de este profeta de este pueblo tan extraño le empezaron a molestar de manera que envió una advertencia a su marido: no debía meterse con Jesús, sino que más bien debía deshacerse de él.

Nuevamente aquí no encontramos una exhortación a actuar con justicia. Tanto Pilato como su esposa sólo querían deshacerse de Jesús. ¿Qué *puede* el mundo pagano hacer cuando se enfrenta a Jesús? ¿Qué *pueden* hacer los incrédulos con el Rey de gracia? Lo mejor que les puede suceder es que él les sea opresivo. Por naturaleza a todo el mundo le molesta Aquel que reina según la justicia de su gracia. Los incrédulos se horrorizan frente a Aquel que quiere liberar la vida por esa justicia. Por lo tanto, los hombres lo rechazan y no quieren tener nada que ver con él. Esta ha sido siempre la esencia del sufrimiento de Jesús.

Esto no anula el hecho de que Pilato recibió una amonestación divina con el mensaje de su esposa. Era claramente el momento de actuar según la justicia divina, que se supone que tenía. Si Pilato no lograba actuar con justicia en el caso de este hombre que había impresionado extraordinariamente a él y a su esposa, entonces nunca lo haría. Es evidente que la impresión que tuvieron de Jesús contenía algo de iluminación divina. A pesar de todo, los dos quisieron arbitrariamente desentenderse de Jesús. ¿Dónde habría justicia para él?

Pilato se lava las manos. La gente empezó a enterarse de lo que pasaba y poco a poco se fueron congregando delante del palacio de justicia. Mientras Pilato se distraía momentáneamente a causa del mensaje de su esposa, los ancianos aprovecharon la oportunidad para instar al pueblo a pedir que se libere a Barrabás. Así, cuando Pilato volvió a dirigirse al pueblo, ellos gritaron a una por Barrabás. Y cuando preguntó qué debía hacer con Jesús, llamado "el Mesías", la gente respondió: "¡Crucifícale!"

La crucifixión que el pueblo pedía era totalmente arbitraria. Cuando Pilato preguntó qué mal había hecho Jesús, nada le respondieron. No podía haber respuesta. Jesús sólo había mostrado la justicia y el poder de su gracia. Pero los judíos no tolerarían este reino.

Una vez nosotros también no queríamos someternos al reino de Dios. De hecho, por naturaleza nadie lo puede aceptar. Simplemente lo maldecimos sin motivo alguno. A pesar de que este reino nos trae la redención de nuestras vidas, lo único que hacemos es sospechar y acusarlo de atentar contra nuestras vidas.

Ahora bien, ¿no debió haber intervenido Pilato cuando no recibió la respuesta que esperaba? Pero él había perdido el control del pueblo porque no había permitido que la justicia prevaleciera. Un motín amenazaba. Así que simplemente se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: "¡Soy inocente de la sangre de este justo; allá vosotros!" Esquivó su responsabilidad, aunque el responsable era él, el gobernador. El estaba obligado a hacer justicia, porque Dios lo había puesto como autoridad. El escudo protector de la justicia fue quitado del Señor Jesús.

En todas estas arbitrariedades, Cristo estaba sufriendo las consecuencias y el castigo de nuestros pecados. Nosotros no queríamos que la justicia y la ley de Dios gobernasen sobre nosotros. Por esto Dios nos entregó, en su justicia, a la arbitrariedad de Satanás y de cada uno al otro. Esta es la arbitrariedad que ahora reina en la tierra. Pero Cristo la sufrió para que la

justicia reinara otra vez. Los creyentes han sido liberados de la arbitrariedad de Satanás y de los hombres y están ahora en las manos del Rey justo. Dios también ha rehabilitado el gobierno y la justicia en la tierra para ser un escudo protector para todos los hombres. Esto de ningún modo altera el hecho de que todavía hay mucha arbitrariedad en el mundo y que los creyentes también sufren a causa de ella. Pero para ellos este sufrimiento es una disciplina que sirve para fortalecer su fe, fe que han puesto en Aquel que juzga justamente.

Los judíos no tenían ningún temor de aceptar la responsabilidad por la muerte de Cristo. No lo hacían porque tenían razón suficiente; lo hacían de puro odio. Así que gritaron: "Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos". No sabían lo que decían.

Más adelante el castigo por el derramamiento de esta sangre inocente cayó sobre ellos y sus niños cuando Jerusalén fue destruida y su pueblo dispersado entre las naciones. El juicio de Dios todavía descansa sobre este Israel avieso. Esto no quiere decir que Israel ha sido rechazado como pueblo. Esto se ve claramente por los muchos de entre Israel que han llegado a creer en Cristo. Cristo sufrió la arbitrariedad de Pilato no sólo por nosotros sino también por Israel. A causa de sus elegidos, este pueblo también estará entre las muchas naciones que un día cantarán las alabanzas de Cristo.

Habiendo lavado las manos, Pilato entregó a Jesús para que fuese escarnecido y crucificado, pero Barrabás fue liberado mientras que el pueblo tal vez aplaudía gozosamente. El juez romano no era justo. Pero Dios un día traerá justicia a Cristo y a todos los que le pertenecen porque Cristo sufrió la injusticia.

Escarneciendo al Rey. Los soldados que estaban en el pretorio, algunos de los cuales tendrían que ejecutar la sentencia, querían sacar algún provecho de todo este asunto. Habían oído que Jesús era el Rey de los judíos; así que decidieron divertirse con él. Le pusieron encima una capa de soldado para representar las ropas de emperador. Hicieron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza. Pusieron en su mano derecha una caña que hiciera de cetro. Entonces se arrodillaron frente a él y se burlaban, diciendo: "¡Salve, Rey de los judíos!" Cuando les pareció que ya habían gozado bastante con este juego cruel, empezaron a escupirle y a pegarle en la cabeza con la caña.

Nadie lo tomó en serio, sino que todos se rieron de él. Aun los soldados lo trataron en forma arbitraria. Ni siquiera la sentencia se ejecutó en una forma legítima y digna, sólo pura arbitrariedad. Jesús estuvo completamente fuera de la protección de la ley. Ahora su apariencia era tan absurda que todos podían mofarse. Por cierto el reino de la gracia de nuestro Señor Jesucristo es absurdo para los incrédulos. ¿Quién es el Cristo y qué valor tiene su reino aquí en el mundo? Lo que gobierna al mundo son poderes arbitrarios.

Jesucristo hizo expiación por aquella arbitrariedad al sufrir la burla de los hombres. Los que le pertenecen son redimidos de esta arbitrariedad pecaminosa de la cual aun los cristianos son culpables. Los creyentes también son arbitrarios en cuanto al Señor y su revelación y también en cuanto al prójimo. Pero su culpa ha sido expiada y ellos aprenden a vivir un nuevo tipo de vida. Llegará el día en que toda esta arbitrariedad de la gente que le rechazan llegará a ser sólo una mofa, porque no habrá tenido ningún poder. Dicha arbitrariedad no puede interferir con el reino de gracia que gobierna a los que pertencen a Cristo. En ese día el reino será revelado en toda su magnitud.

24: Maldito por Dios

Mateo 27:32–56

Al escribir a los judíos, Mateo presenta al Señor Jesús como el Mesías prometido, como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, incluyendo las profecías de los servicios ceremoniales. Podemos ver la maldición de Dios, sobre todo en su sufrimiento en la cruz. Cristo es como el macho cabrío que fue enviado al desierto cargado con los pecados del pueblo. Tal como ese macho cabrío era abandonado en el desierto, así también Cristo fue abandonado en la cruz. Jesús fur abandonado como el Cristo, el que tenía el oficio de Ungido. Dios se retiró de él en cuanto a su ministerio terrenal en su posición oficial. Pero este abandono no se relaciona con Jesús como Dios, y ni aun como hombre, sino como nuestro representante. Este abandono se relaciona con él en la unidad de su ministerio terrenal como el Cristo.

En virtud de su oficio, es decir, como el Cristo, Jesús representa a todos los suyos. Esto no tiene que ver con su naturaleza o su persona, sino con su oficio. Si un representante u oficial hace algo públicamente, compromete en esta acción a todos sus representados si lo hace en la capacidad de su oficio, y no como un particular.

Cristo sufrió al ser abandonado por Dios hasta el final. Sufrió los extremos de este sufrimiento. Fue a causa de esto que pudo conquistar y terminar con la muerte eterna.

Tenemos que entender que cuando Jesús fue abandonado por Dios esto es, abandonado por su favor, esto fue para él una realidad completa. Por esto, para su pueblo este abandono nunca será completo. Ellos son abandonados por Dios a fin de acercarlos más a él. Y aun cuando Dios les retira su comunión, todavía los mantiene seguros en Cristo.

Pensamiento clave: *Cristo fue maldito por Dios para que pudiera obtener la bendición de Dios para nosotros.*

El proscrito. Por orden de Pilato, los soldados llevaron a Jesús a través de las calles de Jerusalén hasta llegar fuera de la ciudad. Jesús sería crucificado fuera de la ciudad. Fue echado fuera y separado de su pueblo. Fue exiliado. ¡Cuánto sufrimiento para Jesús, porque amaba a su pueblo con un inmenso amor y había muchas cosas que lo ligaban a él!

El hecho de ser llevado fuera de la ciudad de Jerusalén era el cumplimiento de un aspecto del antiguo sacrificio. El macho cabrío sobre el cual se colocaban los pecados del pueblo era enviado al desierto y abandonado a la maldición. En forma similar, el Señor Jesús fue expulsado de entre su pueblo y entregado al abandono.

Jesús llevó su propia cruz. A causa del sufrimiento que había padecido, Jesús ya estaba débil, y los soldados evidentemente temían que no pudiera llegar al lugar de la crucifixión. Así que buscaban a alguien que le pudiera cargar la cruz. Pero todos huían de la cruz, porque había una maldición ligada a ella.

Un hombre se acercaba en dirección opuesta, uno que tenía un campo fuera de Jerusalén, campo que posiblemente contenía su propia tumba. Había ido a mirar su campo y ahora volvía a la ciudad. Este hombre se llamaba Simón y anteriormente vivía en Cirene. Los soldados obligaron a Simón a cargar la cruz; tuvo que ser obligado a ello, porque también rehuía de la cruz. ¡Cómo habrá sufrido el Señor cuando vio que obligaban a Simón de Cirene a cargar la cruz! Lo hizo sentir la vergüenza de su cruz.

Simón llevó la cruz detrás de Jesús. En su interior seguro que venía maldiciendo a los tiranos que impusieron esta vergüenza sobre él. ¡Imaginemos como miraba al Maldito, cuya cruz estaba cargando! Quizás más tarde llegó a considerarlo un honor haber podido hacer esto por Jesús.

Sea como fuere, el hecho de que Simón cargó la cruz siguiendo a Jesús nos habla como sólo un cuadro puede hablar. El Señor Jesús sufrió, por cierto, la maldición por nuestros pecados, pero nosotros todavía debemos llevar nuestra cruz y seguirle; es decir, nuestros pecados deben morir y tenemos que negarnos a nosotros mismos por amor a él.

Levantado en la cruz. Cuando llegaron a la colina llamada *Gólgota*, a Jesús le dieron a beber vino mezclado con hiel. Pero al probarlo, el Señor no quiso beberlo. Aparentemente el propósito del vino era aliviar el dolor. Pero Jesús quería experimentar lo que tenía que sufrir en un estado totalmente consciente, porque se daba a sí mismo por nosotros voluntariamente.

Después lo subieron en la cruz. Fue expulsado de la tierra, mas no fue aceptado en el cielo. El cielo y la tierra se volvieron contra él. Esto es lo que significa ser maldito. Ser maldito significa que todo está contra nosotros.

No es mera coincidencia que Jesús haya sido crucificado en una colina. Los romanos siempre hicieron todo lo que pudieron para que todos vieran la vergüenza del criminal. En el Gólgota la vergüenza de nuestro pecado se exhibió en Cristo. Dios maldijo nuestro pecado en aquella vergüenza.

Esto sucedió en favor de todos los que creen en él, de todos los que creen que Jesús sufrió como el Cristo por todos los que le pertenecen. Los que saben que su pecado ha sido aniquilado por la maldición de Dios y que ha sido en principio destruido, deben también morir por fe a su pecado.

Lo peor para Jesús no era su sufrimiento físico, lo peor para él era que estaba maldito por Dios. Jesús lo sintió aun más por lo que la gente le hizo.

Los soldados le quitaron sus ropas y se las repartieron por suerte. Esto también había sido profetizado acerca de Jesús. Ya lo estaban tratando como a un muerto. Los hombres ya habían arreglado cuentas con él. ¿Quería decir esto que su vida fue infructuosa?

Fue aquí que Jesús sintió cómo Dios lo había rechazado y no quería tener nada que ver con su Hijo. Cristo sufrió este rechazo por amor a nosotros, aunque somos nosotros los que merecemos que Dios arregle las cuentas con nosotros para toda la eternidad.

Si tú eres el Hijo de Dios. Todos los que pasaban por ahí pensaban que Jesús estaba muerto. La burla se hacía más aguda a causa de que los oficiales romanos habían colocado un letrero sobre su cabeza que decía cual era el cargo por el cual el Sanedrín había entregado a Jesús. Además, fue crucificado entre dos asesinos. ¡Aquel que se presentó como Rey de los judíos terminó su vida entre homicidas! ¿No era ridículo? Así que la gente que iba pasando movía la cabeza en señal de burla.

Los líderes del pueblo todavía guardaban una carta secreta bajo la manga. Hicieron notar que Jesús siempre había dicho que era el Hijo de Dios y que gozaba del amor de su Padre. Como aquel que decía haber sido enviado desde el cielo y el amado del Padre, presumiblemente había redimido a los hombres. Por eso él quizo ser el Rey de Israel. Si todo esto era cierto, Dios ahora no lo abandonaría en este forma. Con el favor de Dios, Jesús ahora podría salvarse a sí mismo. ¿No era semejante fin una negación de todo su ministerio? En medio de toda esta burla el Señor sintió que así era; sintió que Dios lo

abandonaba ahora. Dios se apartaba de él más y más y Jesús se sintió cada vez más solo. Su soledad se intensificaba por la burla.

Cubierto por las tinieblas. ¡Cuánto habrá anhelado el Señor Jesucristo el amor del Padre mientras estaba en la cruz! El era uno que no podría vivir ni por un momento sin el amor de Dios. Pero he aquí se lo estaba quitando todo el amor de Dios. También había sufrido durante su vida, pero en ese tiempo todavía tenía mucha consolación. Pero ahora toda posible luz se extinguía. Estrella por estrella fue desapareciendo, hasta que en su espíritu vivió en las tinieblas en las cuales ya no podía ver absolutamente nada. Fue totalmente abandonado por Dios.

A mediodía la luz del sol se oscureció cuando las tinieblas cubrieron toda la tierra. Esto era de esperarse. Aquel que es la Cabeza del mundo, aquel a través del cual se nos comunica toda la gracia y las bendiciones fue abandonado por Dios. ¿Era extraño que la luz del sol fuese removida? Esto hizo que para él el horror fuese casi tangible.

La oscuridad duró por tres horas. Fue el tiempo de su sufrimiento más agudo. Pero a causa de la oscuridad este sufrimiento fue escondido de los ojos de los hombres. Después le sobrevino un inmenso miedo. ¡Un mundo sin Dios! ¡La Cabeza del mundo sin Dios! Todo esto significaba oscuridad eterna, muerte eterna, el infierno mismo. En su angustia gritó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" ¿No sabía por qué lo había abandonado Dios? El sabía mejor que nosotros que había sucedido a causa de nuestros pecados. Pero en la cruz era como si él tuviera que experimentar propiamente esta respuesta; tenía que descubrir toda la anchura y profundidad de la culpa y el castigo de nuestros pecados y sentirlos completamente. ¿Dónde estaría el límite?

Sintió todo el peso de la maldición de Dios y sufrió el horror más extremo. Al sufrir la muerte eterna por nosotros es como si hubiera muerto miles de muertes. Esto es lo que significa ser abandonado completamente por Dios. Como el Cristo sufrió obedientemente por todos los que le pertenecen. Todavía decía que Dios era su Dios. De esta forma destruyó el poder de la muerte eterna. Sufrió por nosotros, es decir, sufrió lo que nosotros merecemos por nuestros pecados. Todos merecemos la muerte eterna; merecemos ser abandonados por Dios para siempre. Por su sufrimiento Cristo nos cubrió ante Dios e hizo expiación por nosotros, quitando la maldición de nosotros.

Hizo esto por todos los suyos, es decir, por todos los creyentes. La maldición ha sido verdaderamente quitada para todos los creyentes. Ellos tienen ahora una comunión eterna con Dios y jamás serán abandonados por él. Es cierto que a causa de sus pecados Dios puede retirarles su comunión, pero esto sólo en parte y temporalmente. Por amor a Cristo Dios está unido a ellos eternamente y los guía a través de esta separación temporal hacia una comunión nueva y más íntima.

Todos los que estaban en el Gólgota fueron profundamente impresionados por aquella oscuridad. Pero cuando el Señor dijo esas palabras que expresaban el abandono que sentía, la gente empezó a burlarse de nuevo. El ridículo era la única forma de sobreponerse a la ansiedad. La gente no se humilló ante el juicio manifiesto en la oscuridad. Aparentemente la oscuridad había empezado a levantarse. El Señor Jesús gritó: "Elí, Elí lama sabactaní". Pero ahora se burlaban de él: "A Elías llama éste". Y cuando uno de ellos compasivamente levantó una esponja con vinagre en una caña para dársela a beber, los demás se burlaron "Deja, veamos si Elías viene a librarle". Sus corazones estaban completamente cerrados a lo que estaba sucediendo. No sólo le negaron toda misericordia, sino que eran incapaces de ver la sentencia que Dios estaba ejecutando sobre él. Esto sólo podemos ver por fe.

Si en este contexto podemos ver el sufrimiento de Cristo, también nosotros tenemos parte en él, porque ocurrió a favor nuestro. Entonces también somos libres de la maldición. Cristo tuvo todo en contra: el cielo y la tierra se volvieron contra él. Pero si creemos, todo está a favor nuestro: el cielo y la tierra están a nuestra favor. Todas las cosas ayudan a bien a los que son llamados según el propósito de Dios.

Muerte bajo la maldición. Finalmente, después de horas de sufrimiento, llegó el momento de la muerte del Señor Jesús. Sufrió y murió voluntariamente por su pueblo. Se dio a sí mismo a la muerta. Esto se vio claramente en el momento de su muerte, porque clamó a gran voz y entregó su Espíritu. Sin embargo, fue una muerte bajo maldición. Murió como el Maldito en la cruz.

Pero para su pueblo esto fue una gran bendición, porque él llevó los pecados de ellos. Se identificó con sus pecados. Por tanto, la maldición de Dios se dirigió sólo contra Cristo. Ahora era como si el Maldito todavía estuvo entre Dios y su pueblo. Debía eliminarse a aquel que cargaba con la maldición. Sólo entonces Dios podría acercarse a su pueblo otra vez y brindarles plena comunión.

Esto sucedió cuando murió Cristo. Dios también lo hizo saber porque en el momento en que el Señor Jesús murió, la cortina del templo se partió en dos de arriba a bajo. Este era el velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo. Hasta ese momento Dios había morado en medio de Israel tras una cortina. Había algo todavía que separaba a Dios de su pueblo, porque el pecado y la maldición todavía no habían sido quitados. Pero en el momento que Cristo murió, se hizo la remoción. Ahora Dios podía salir de detrás de este velo y hacer su morada en los corazones de su pueblo. Ya no era más el Dios oculto que vivía detrás de la cortina. Se reveló plenamente a su pueblo en su favor, y la comunión con su pueblo es ahora mucho más íntima.

Pero Dios hizo saber en otra forma también que la maldición había sido quitada. La tierra tembló, las rocas se partieron y las tumbas se abrieron. Muchos piadosos que habían muerto, resucitaron. Después de que el Señor resucitó de los muertos, se aparecieron a los creyentes en Jerusalén.

Esto era tan sólo un preludio de lo que Dios hará al fin de los tiempos: él moverá el cielo y la tierra. Todos los muertos resucitarán, y Dios hará nuevas todas las cosas. En ese día todas las consecuencias de la maldición serán quitadas completamente. Dios nos concedió un vistazo profético de esa gloria en lo que sucedió cuando Cristo murió. Fue en ese momento que la victoria sobre la maldición fue ganada.

No sabemos lo que pasó con la gente que fue resucitada. Quizás fueron trasladados al cielo, tal como Enoc y Elías. El propósito de este episodio en la Escritura no es satisfacer nuestra curiosidad. Lo que debiéramos hacer más bien es reflexionar mucho en la resurrección de estos creyentes en Jerusalén y en la plena comunión con Dios que la cortina rasgada nos indica. Si por la fe vemos que esta comunión es el fruto de la muerte de Cristo, nosotros también participaremos en ella y en la nueva vida.

El centurión y sus soldados fueron impresionados tan profundamente por lo que ocurrió cuando Cristo murió, que el centurión exclamó: "Este era verdaderamente hijo de Dios". Esta era su forma pagana de expresar que él que había muerto era un hijo de los dioses. No entendió correctamente la muerte de Cristo, ni tampoco conoció el evangelio.

La muerte de Cristo deber haber causado una impresión totalmente diferente en las muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle y que estaban presentes en su muerte. Cuando su muerte ocurrió ellas se desesperaron, pero más adelante, por las señales que acompañaron este acontecimiento, se dieron cuenta que era una expiación por sus pecados.

25: En el reino de los muertos

Mateo 27:57–66

Según la Escritura, al morir y ser enterrado uno entra en el reino de los muertos. No debemos pensar en el reino de los muertos como un lugar particular, ya que sabemos que la muerte produce la inmediata separación entre los que son de Jesús y los que están bajo la maldición. El reino de los muertos se refiere a los muertos tomados colectivamente. Así como cuando nosotros hablamos del reino animal o el reino vegetal, así también la Escritura habla del reino o la región de los muertos.

Entrar a la región de los muertos tiene primero que todo un sentido negativo, a saber, que ya no estamos más en la región de los vivos, ya no estamos más bajo el sol. Pero la entrada a esta región es el resultado del pecado. Lo que esto significa principalmente es que somos olvidados, que nuestro nombre perece con nosotros. Entonces toda nuestra vida se hace vacía e ineficaz.

Por cierto esta maldición ya ha sido quitada de los creyentes. Sus nombres no perecerán con ellos. Llegará el día en que nuestras vidas serán restauradas en gloria; todo lo que vivimos no será en vano. Pero esto no cambia el hecho de que los creyentes también tienen que entrar en la región de los muertos, que por un tiempo pertenecen a los muertos. Por un lado, para los creyentes la muerte es ganancia, puesto que entran en una comunión muy íntima con Cristo; por el otro, también hay pérdida porque sus vidas y nombres aún esperan la restauración en luz.

Por lo tanto, cuando pensamos en la sepultura de los muertos, no debemos pensar solamente en el cuerpo. Según la Escritura el *hombre* entra en la región de los muertos. A menos que entendamos esto, no podremos captar el significado de la muerte y sepultura de Cristo. Cuando fue sepultado no sólo su cuerpo fue enterrado sino que él mismo ingresó al reino de los muertos. Después de todo, por lo general la Escritura no dice que Jesús fue levantado de la "muerte", sino de "los muertos". Como hombre él también fue donde "los muertos".

Por otro lado, esto no elimina el hecho de que Cristo en el espíritu fue a su Padre. Todo depende desde el punto de vista en que enfocamos el asunto. Cuando una persona muere y es enterrada, ya no está más presente en la

tierra; su nombre desaparece. Este nombre anhela ser restaurado. Pero si es un creyente, este creyente a la vez está con Jesús.

Cristo también entró en la región de los muertos. La maldición cayó también sobre él. Por eso él sería olvidado aquí por siempre, su vida sería ineficaz y su nombre perecería. Esto era lo que se proponían los ancianos de Israel cuando sellaron la tumba con la piedra.

No obstante, Cristo sufrió la maldición del pecado *al máximo*. Así pudo romper las puertas de esa región y levantarse de los muertos. Su nombre no pereció con él. Esta victoria fue ganada por los que le pertenecen.

Pensamiento clave: *Cristo entra en el reino de los muertos para abrir sus puertas.*

Sus amigos le dieron sepultura. Entre los discípulos del Señor Jesús (discípulos en el sentido amplio de la palabra) había un hombre rico de Arimatea, llamado José. Este hombre creía en Jesús pero siempre se quedaba atrás. Cuando oyó que el Señor Jesús había muerto, fue a Pilato y le pidió el cuerpo para enterrarlo. Era común que familiares o amigos de los condenados hicieron esto. Pilato no tuvo ninguna objeción.

José con otros fue al Gólgota y bajó el cuerpo de la cruz. Con ternura lo tocaron. Pesaba mucho sobre sus brazos y hombros. Lo envolvieron en lino de buena calidad y lo llevaron hasta una tumba de José que nunca había sido usada. Introdujeron el cuerpo, rodaron la piedra para cerrar la tumba y se fueron. Algunas de las mujeres pudieron presenciar la sepultura.

Fue lindo que Jesús fuera sepultado por amigos que todavía le tenían amor y respeto. Pero lo hicieron creyendo que dependía de ellos hacer lo que pudiesen por Jesús. Era el cuerpo de Jesús lo que enterraron, y sin embargo, parecía como si realmente no estuviese allí. Para ellos su vida en la tierra había llegado a su fin. Había partido al reino de los muertos, es decir, donde están los olvidados de la tierra. Su ministerio había causado gran perturbación en Israel, pero ahora parecía que de nada sirvió. Dentro de poco nadie se acordaría más de él.

Esto es por cierto el juicio que ha caído sobre nosotros a causa de nuestro pecado. Pronto morimos, somos enterrados y olvidados. ¿Qué queda de todo nuestro esfuerzo y trabajo? Nuestro pecado hace que todo sea en vano. Pero el Señor Jesús cargó con la maldición de nuestro pecado a fin de ganar la victoria sobre ella. El Señor acabó con la maldición. Por tanto, su vida no sería en vano. Esto ya estaba siendo anunciado por la forma en que Jesús

fue enterrado, esto es, por manos de amigos. Al hacer esto sus amigos parecían expresar la convicción que su vida todavía no había terminado. Aun en la muerte los lazos del amor los mantenía unidos a él. Su vida no fue en vano; tampoco lo será la de su pueblo—tampoco el amor de ellos.

La tumba sellada. La siguiente mañana, en el día de reposo, los principales sacerdotes y fariseos fueron a Pilato. Visitar a Pilato en el día de reposo no sería algo que harían fácilmente, menos en un día de reposo de una fiesta. Debe haber sido algo muy especial que los impulsara a hacerlo. Estaban bien enterados de lo que había ocurrido después que el Señor murió y cómo había sido enterrado. Estas cosas los pusieron nerviosos. El Señor Jesús había muerto; su vida había terminado. Ya no tenía por qué preocuparse de él, pero debían asegurarse de que todo terminara bien. No debían dejar que su vida tuviese rastros permanentes.

Recordaron que cuando estuvo vivo había dicho que después de tres días resucitaría otra vez. Recordaron esto porque estas palabras los impresionaron a ellos, aun cuando habían dejado poca impresión a los discípulos.

Los principales sacerdotes y fariseos no creyeron semejante afirmación. Su incredulidad mantuvo esta verdad alejada de sus corazones. Una afirmación como esa sólo podremos creerla si nos rendimos a ella y si esperamos nuestra salvación por medio de aquella resurrección. A pesar de todo, esta afirmación les preocupaba. Se imaginaban que sus discípulos podrían robar el cuerpo y afirmar después que él había resucitado. Esto produciría supersticiones aun más grandes entre el pueblo. Si esto sucedía no habrían terminado con Jesús todavía. Dijeron todo esto a Pilato.

Pilato les dio una guardia armada y también permiso para sellar la tumba como se les diera la gana. Y así lo hicieron. Sellaron la piedra que había sido puesta a la entrada de la tumba y colocaron la guardia armada frente a ella. En esta forma se estaba eliminando toda posibilidad de engaño. Ahora sus corazones podían reposar tranquilos. Todo había terminado bien, es decir, el nombre de Jesús perecería para siempre. El reino de gracia que trajo y predicó no prevalecería. Por el contrario, la idea que el hombre se salva por su propia justicia permanecería. Sus puestos de autoridad serían restablecidos nuevamente.

Sin embargo, el sufrimiento de Cristo expió nuestros pecados. Por consiguiente, su nombre no perecería junto con él. Más bien, resucitaría y viviría de nuevo y su Palabra y Espíritu moverían al mundo. No pasaría mucho tiempo y los ancianos del pueblo dirían alarmados a los discípulos:

"Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina" (Hch. 5:28). Cuando esto sucediera se vería claramente cuán equivocados habían estado. La tumba no podría retener al Señor Jesús, porque su muerte y sufrimientos fueron expiatorios.

La muerte tampoco podrá retener a los que le pertenecen. Un día será restaurada su presencia en este mundo. Cuando esto suceda también se verá que sus vidas no fueron en vano y que sus nombres no perecieron junto con ellos.

26: El que tiene autoridad

Mateo 28

Cuando Cristo resucitó, asumió toda la autoridad en el cielo y en la tierra. Aceptó esta autoridad como el *Cristo*, el ungido, aquel que tenía ese oficio. Entró en el mundo como Dios y hombre, como el enviado de Dios, como el ungido, *el Cristo*. Como tal se le dio esta autoridad y él la aceptó.

Podemos decir que él asumió esta autoridad al resucitar, aunque ya la ejercía en la tierra anteriormente en virtud de la obra que iba a consumar para la redención del mundo (véase el capítulo 11).

El poder que él ejerce es el poder de la *gracia*. Temporalmente esto incluye poder sobre sus enemigos, sobre el pecado, la muerte y Satanás; es poder para conquistar todas estas cosas y para introducir la gracia en la vida, haciéndola victoriosa. Su gracia ahora controla todas las cosas a fin de liberar la vida. En su segunda venida devolverá esta autoridad al Padre. Entonces vendrá el reino eterno de paz, en el cual también tendrá autoridad sobre toda la creación, junto con todos los que le pertenecen.

Creer en la resurrección de Cristo también incluye creer que la vida será liberada del pecado y de la muerte. Si somos creyentes esta liberación incluye la salvación de nuestra propia vida. No podemos aceptar la resurrección de Cristo sobre la base de la así llamada fe histórica. Todos los discípulos, en especial Tomás, son prueba de que la así llamada fe histórica no es una base adecuada.

Pensamiento clave: *El Señor resucitado tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra.*

Cristo asume autoridad en su resurrección. Los principales sacerdotes y fariseos sellaron la tumba y colocaron una guardia armada delante

de ella. Jesús ya no estaba más y ahora no habría ocasión para que los discípulos pudieran andar diciendo que había resucitado.

Los principales sacerdotes y fariseos debieron haberse frotado las manos felicitándose. En todas sus palabras y obras Jesús había dado testimonio de que en Dios hay gracia para los hombres. Pero ellos no querían la gracia ni la revelación de gracia. Vivían según sus propias virtudes y sabiduría. Pero si existía la gracia, entonces su sabiduría se vendría abajo y tendrían que dar cuenta por sus "virtuosas" vidas. Pero si *ellos* controlaban las cosas, entonces no había cabida para Jesús. Por esto se regocijaban que él sería olvidado en la tumba. Sus puestos de autoridad otra vez estaban firmes.

Los discípulos también estaban en Jerusalén, sin saber qué hacer o a dónde ir. Para ellos el asunto era del todo opuesto. Si no había ninguna gracia, si todo el ministerio de Jesús había terminado en desilusión, ya no era posible la vida. Por cierto, él había sido curcificado; era como si Dios hubiese pronunciado su maldición sobre toda la vida del Maestro.

Ese día de reposo lo pasaron tristes en Jerusalén. Cuando llegó el domingo, al amanecer algunas mujeres que le habían seguido ya no aguantaban quedarse por más tiempo en Jerusalén. Sabían que el cuerpo del Señor Jesús había sido tratado precipitadamente el viernes anterior. Querían ahora llevar más especias a fin de ungir su cuerpo en debida forma.

Al irse, ni siquiera se acordaron de que había una inmensa piedra sellando la entrada de la tumba. Esto muestra que el pensamiento que dominaba sus mentes no era las especias en sí, sino que más bien querían estar cerca de la tumba porque no resistían el estar lejos de ella. No pensaban en la resurrección. No habían puesto atención a lo que Jesús había dicho acerca de su resurrección. Todo esto todavía estaba lejos del horizonte de su experiencia. Si el Señor Jesús resucitaría se produciría la liberación total de la vida y un gozo recobrado en el favor de Dios. Entonces se produciría una reconciliación completa y una nueva vida, un nuevo mundo en el cual ellas vivirían también.

Nadie puede creer en la resurrección del Señor Jesús sin creer a la vez en esta redención de la vida, una redención en la que él mismo participa. Uno sólo puede creer en esta resurrección con el corazón. Es por esto que no escucharon lo que había dicho acerca de su resurrección. No habían escuchado en fe, y por eso sus palabras no causaron ninguna impresión en ellos.

Cuando ya estaban por llegar a la tumba, sobrevino un gran terremoto. ¿Qué lo habría causado? Cristo se había levantado de la tumba. La vida había sido liberada de los grilletes de la muerte y el pecado. Nadie vio su

resurrección porque los soldados huyeron cuando aparecieron los primeros temblores. ¡Cuánto nos hubiese gustado verlo!

¡Pensemos lo que habrá significado para el Señor la resurrección! Había sido aplastado por la culpa de nuestros pecados, pero ahora entraba en la más plena y gloriosa comunión con su Padre. Entró en esta comunión para nosotros también. La culpa llegó a su fin para los creyentes y la vida estaba libre.

Pero también aceptó la autoridad sobre todas las cosas. Reinaría en la gracia que había obtenido. Ahora asumió la autoridad en el reino de gracia, lo que significaría la renovación de todas las cosas. El terremoto era una señal. Los ángeles le servirían en su reinado soberano. Fue así que un ángel descendió del cielo para mover la piedra. Desde el mismo principio los ángeles mostraron su afán de servirle en la obra de su reino que ahora tomaba. Continúan sirviéndole en esta obra. En este servicio exhiben el poder de su gracia.

El mensaje de la resurrección. Cuando las mujeres llegaron a la tumba, vieron al ángel sentado sobre la piedra. Su apariencia era como el relámpago y sus ropas blancas como la nieve. No extraña que las mujeres tuvieran miedo; pero el ángel les dijo: "No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado". Aquellas mujeres, que después de todo eran mujeres pecadoras, no debían temer la gloria radiante del ángel, porque era la gloria del favor de Dios que Cristo había obtenido para nosotros lo que brilló del ángel. Estas mujeres buscaban al Señor porque sentían mucho afecto para con él. Gracias al Señor Jesús podemos estar en la luz del rostro de Dios.

Fue allí frente a la tumba que las mujeres escucharon el mensaje de la resurrección: "Ha resucitado", esto es, ha quebrantado el poder de la muerte y el pecado. El ahora está al otro lado de culpa y de la muerte, y ahora reina en el poder de su gracia. Estas mujeres ahora podían participar en su gloria, porque él redime al mundo. Ahora ellas también podían estar con él al otro lado de la muerte, porque en él eran vencedoras.

El mensaje era tan tremendo que el ángel les dio una señal: les mostró la tumba vacía. Pero esto es una señal sólo para los ojos de la fe. Donde no hay fe las señales no tienen valor. Entonces uno puede preguntarse si no será que alguien tal vez hubiera llevado el cuerpo. Pero la fe es confirmada por la señal.

El ángel envió a las mujeres a que llevaran el mensaje de resurrección a los discípulos. Deberían decirles que fuesen a Galilea porque el Señor les aparecería allí. ¡En Galilea! ¡Fue allí donde predicó tantos veces e hizo tantos milagros! Fue allí donde les mostró como él redime la vida por su gracia. Todo parecía haber terminado en un fracaso, pero ahora Jesús iba a establecer una conexión con su ministerio anterior. Ahora toda su obra sería coronada. Ahora su obra continuaría con toda su fuerza, extendiéndose a todas las naciones. Para confirmar lo que decía, el ángel agregó: "He aquí, os lo he dicho". Dijo esto para que las mujeres realmente creyesen. El ángel estaba confirmando lo que había dicho en nombre de Dios.

Comunión con el Cristo resucitado. Rápidamente las mujeres abandonaron la tumba y volvieron a Jerusalén. Sus corazones estaban llenos de temor y de gozo. ¡No podía ser cierto! No podía ser cierto que ahora estaban viviendo en un nuevo mundo, y sin embargo, lo era, porque el ángel se los había dicho y habían visto la señal. Así que se movían entre la esperanza y el temor en una lucha interna.

Mientras iban, de repente el Señor se les apareció y les saludó. Al encontrarlas, les habló palabras de paz en las que les extendía su gracia. Con esto se les esfumó hasta el último poquito de duda. ¡*Era* cierto! Frente a ellas se veía el nuevo mundo en el cual el pleno favor de Dios brilla sobre todas las cosas. Se le acercaron, tocaron sus pies y le adoraron. Tuvieron comunión con el Señor resucitado y en él experimentaron le plena gracia de Dios.

Aunque el Señor Jesús ya no está en el mundo como un hombre, todavía quiere estar con nosotros por medio de su Palabra. El se encuentra con nosotros en su Palabra. El mismo nos quiere hablar de su favor. Por la fe podemos tener la misma comunión que estas mujeres tuvieron con él. Entonces desaparecen las dudas y un nuevo mundo se nos abre.

El Señor Jesús les dio las mismas instrucciones que les diera el ángel. Cuando nosotros nos encontramos con él a través de su Palabra es para que también seamos mensajeros de salvación.

El poder de la mentira. Mientras tanto la guardia armada había huido a la ciudad para contar a los principales sacerdotes lo que había pasado. Los sacerdotes con los ancianos consideraron el problema. Juntos sobornaron a los soldados, diciéndoles que hicieron correr el rumor de que los discípulos

habían robado el cuerpo mientras los soldados dormían en la noche. Los principales sacerdotes y ancianos le garantizaron a los soldados de que no tendrían problemas con Pilato, si el rumor llegara a sus oídos.

Así de duro estaban los principales sacerdotes y ancianos. No sólo estaban engañando a otros, sino que también se estaban engañando a sí mismos. No querían aceptar la verdad que la Palabra de Cristo se había salido triunfante al final, porque no les cabía en la mente que pudiera haber gracia aquí en la tierra. No querían aceptar que fuese verdad y por tanto no podía ser verdad. De manera que se convencieron de su mentira. Urdieron una mentira y la hicieron correr.

El poder de la mentira que niega la existencia de la gracia se contrastaba con el poder de la verdad de la gracia. Aun el dinero servía al poder de la mentira. Hasta el día de hoy la verdad y la mentira luchan en este mundo. Hoy también todas las cosas están al servicio del poder de la mentira. Pero el Señor Jesús sigue reclamándolo todo para su servicio, para el servicio del poder de la verdad. Suya es la victoria.

Al servicio de Aquel que tiene autoridad. Después el Señor dijo a sus discípulos que los vería en cierta montaña de Galilea. Allí no sólo se juntaron los once discípulos; junto con ellos llegó una gran multitud de gente que creía en él. ¡De un momento a otro él apareció en medio de ellos! Todavía estaba en la tierra en aquellos días después de la resurrección, pero ahora vivía una vida totalmente distinta a la que tuvo antes de su muerte. Nunca podemos tener una idea de cómo era.

Todos le vieron a una. Aunque allí sólo había creyentes, todavía había algunos que dudaban si realmente sería el Señor Jesús. Todavía dudaban su resurrección. Si la aceptaban tendrían que aceptar también que la gracia de Dios había triunfado sobre la culpa y la muerte; tendrían que creer que la vida y todo el mundo estaba siendo ahora renovado. Pero gracias a Dios, otros le adoraron como el Hijo de Dios, como aquel que les había dado la victoria de la gracia. Por su adoración, los que dudaban también le siguieron.

El Señor se les apareció allí como Rey con la majestad de su poder. Les dijo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra". Se le había dado el gobernar todas las cosas en su gracia y redimir a todas las naciones junto con todas las relaciones que tienen entre sí. Iba a redimir toda su vida, dándoles el perdón de sus pecados y llevándoles otra vez a Dios.

Con este fin envió a sus discípulos al mundo. Debían hacer de las naciones discípulos de Cristo por medio de la predicación del evangelio, de tal manera que todas las gentes aprendieran de su gracia. El bautismo sería la señal de que aquellas gentes habían sido injertadas en su reino. Por el bautismo los discípulos les darían la señal de su comunión con Dios el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

No toda la gente de esas naciones creería y aprendería a vivir por gracia. Muchos se endurecerían. No obstante, el Señor Jesús acompañaría el avance marcial del evangelio con su Espíritu. De esta forma la Palabra tendría gran poder. Los elegidos serían salvados y las naciones serían salvadas en ellos. Los elegidos forman el verdadero núcleo de las naciones; son como la crema de la leche.

Es así cómo sería influenciada la totalidad de la vida de las naciones. Cristo no cesará de ejercer su poder hasta el fin del tiempo. Por tanto, hoy en día debemos seguir proclamando la Palabra de Aquel que gobierna por sobre todas las cosas en su gracia, aun cuando hayan muchos que rechacen el evangelio.

Marcos: La venida del Rey

27: Cristo como Rey

Marcos 1:1–13

Marcos describe *al Cristo* como Rey. Aquí no sólo pensamos en el poder especial y temporal que Cristo obtuvo a fin de poder otorgar los beneficios de la gracia y llevar su reino a la victoria, sino que también en el oficio real que Adán había recibido. Así como Adán había sido el primero, la cabeza, así también Cristo es ahora el primero, a fin de que todos puedan tener participación en ese poder. Después que el hombre cayó bajo la esclavitud del pecado, en Cristo nuevamente apareció como rey. Por su obediencia Cristo obtuvo el poder para llevar a su reino hasta la victoria. Marcos nos presenta *al Cristo* en contraste con los emperadores y reyes terrenales, los cuales, lejos de gobernar, eran más bien esclavos de sus propias pasiones. Marcos escribió al mundo romano. De manera que mientras que Mateo subraya los bienes del reino, Marcos pone el acento sobre el reino de gracia.

Juan el Bautista aparece aquí como el heraldo del Rey. Juan predica el bautismo de arrepentimiento para perdón de los pecados. El arrepentimiento siempre consiste en abandonar el pecado, especialmente en abandonar el pecado de confiar en uno mismo, a fin de rendirse a la gracia de Dios. Así que el arrepentimiento es por la fe y para la fe. El bautismo por inmersión era una señal de arrepentimiento, la cual tiene sus raíces en la regeneración. El viejo hombre que confía en sí mismo se sumerge en el agua; el nuevo hombre que vive para Dios emerge. Dado que el arrepentimiento consiste en volverse hacia la gracia de Dios, también es un arrepentimiento para el perdón de pecados.

Cristo proclama: "El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio". ¿No hay acaso en esta proclamación una amenaza de juicio? El reino de la gracia se ha acercado: ¡Someteos en arrepentimiento a aquella gracia! Que este es el significado se puede ver claramente del hecho de que no sólo se habla de arrepentirse, sino que se agrega "creed en el evangelio".

Pensamiento clave: *Cristo viene como Rey.*

El heraldo del rey. En el tiempo en que Dios estaba por cumplir su promesa a su pueblo, los romanos gobernaban sobre Israel; de hecho habían conquistado todo el mundo. La proclamación que el Cristo había venido también alcanzaría a los romanos. ¿Pero cómo recibirían esa proclamación? Ellos ya tenían a un hombre al que adoraban y recibían como su redentor. Ese hombre era el emperador, en quien todo poder terrenal se concentraba. Se supone que con ese poder redimiría al mundo.

¿Pero pudo el emperador hacer esto? No sólo era incapaz de quitar la miseria del mundo, sino que él mismo estaba lejos de ser un rey. No podía gobernarse a sí mismo; como cualquier otro ser humano, también era esclavo del pecado y estaba bajo el poder del Maligno. Debería venir alguien que realmente fuese un rey, alguien que verdaderamente gobernase a sí mismo en el nombre de Dios. Sólo un hombre tal sería capaz de reinar sobre otros. Y ese hombre era el Señor Jesucristo, quien fue proclamado a los romanos como el hombre adecuado.

Muchas veces un rey viene precedido por un heraldo que anuncia su llegada. Así también hubo un heraldo que vino anunciando la venida del Señor Jesús. Este heraldo fue Juan el Bautista, a quien Dios envió a anunciar que el Cristo venía. Juan haría los preparativos para su venida.

El Antiguo Testamento ya había anunciado la venida de un heraldo. Dios enviaría a su ángel o mensajero para adelantarse al rey Jesús, quien es también Dios. Este mensajero era Juan. En el desierto debía llamar a la gente. El pueblo debía preparar el camino para el rey, porque éste estaba por venir. Ese rey era un rey espiritual que quería gobernar en los corazones de los hombres. Por lo tanto, preparar el camino para él significa preparar sus corazones para recibirle. El es el Rey de la gracia y los hombres se preparan para su venida abandonando el pecado, esto es, volviéndose de una vida que viven por y para sí mismos para en su lugar colocar toda su esperanza en él. Este fue el mensaje con que Juan llegó al pueblo.

El ministerio de Juan se realizó en Judea cerca de un vado del río Jordán donde pasaba mucha gente. Allí llamó a la gente a prepararse para la venida del rey, arrepentirse y dejar el pecado y colocar su esperanza en su gracia. Debían bautizarse como señal de su arrepentimiento. Eso significaba sumergirse en las aguas del río Jordán para después salir de ellas. Esto era una señal de que el "viejo hombre", que vivía por y para sí mismo, había muerto y que había surgido el "nuevo hombre", el cual pone su esperanza en la gracia del Rey. Si esperaban en esa gracia, entonces sus pecados serían perdonados en ella. El lavamiento con agua era una señal de esto.

Dios envió a Juan a bautizar. Ese bautismo era una señal que Dios había dado para mostrar que él daría conversión y perdón de pecados.

Pronto llegaron a Jerusalén los rumores acerca del ministerio de Juan y pronto estos rumores se esparcieron por todo el país. Grandes multitudes vinieron a verlo. A todos habló Juan, y muchos se bautizaron. Con el bautismo confesaban sus pecados. Decían que a causa de su pecado habían perdido el favor de Dios. Pero ahora creían que Dios les había perdonado sus pecados.

Juan habló mucho sobre la gente que vive en pecado. Su predicación impresionó profundamente a la gente, en parte quizás porque predicaba en el desierto. Allí todo hablaba de abandono. El desierto nos recuerda de cuán solos estamos por nuestros pecados. Esto era acentuado por la apariencia de Juan, quien se vestía de pelo de camello y llevaba un cinto de cuero. Además, sólo comía langostas y miel silvestre. ¡Por cierto, era un heraldo extraño para el Rey! Por su apariencia y forma de vida Juan quería comunicar al pueblo que a causa de nuestros pecados hemos perdido el derecho a todo lujo, todo favor en esta vida—todo. Esta forma de vida fue la razón que en parte motivara a muchos a confesar sus pecados y ser bautizados.

Pero Juan nunca se olvidó de señalar constantemente hacia el Rey. Alguien más grande que él había de venir. Sería el hombre que conquistaría el pecado y a Satanás. Sería el hombre que obtendría el favor de Dios para su pueblo. Este rey sería al mismo tiempo tanto hombre como Dios. Es un Rey tan excelso que Juan jamás podría ser su siervo adecuado; ni siquiera era digno de desatar la correa de su calzado, porque también Juan era pecador.

Juan estaba tan por debajo del rey que sólo podía administrar una señal, la inmersión en el agua. Por contraste, Cristo otorgaba la conversión del corazón, de lo cual la inmersión era la señal. Esto lo hizo por su Espíritu Santo. Jesús bautizaría con el Espíritu Santo, y más adelante daría además muchos otros dones y poderes a través del Espíritu.

El Rey es ungido. Mientras Juan bautizaba, el Rey mismo, el Señor Jesucristo, vino de Nazaret, la ciudad donde se crió. Vino al pueblo que Juan le estaba juntando para él. El sería su rey espiritual.

Tenía que estar allí, porque esta gente bajaba al agua y subía de ella como señal de que el "viejo ser" había descendido para que el nuevo saliera. ¿Pero podrían levantarse a una vida nueva por su propio poder? No,

eso nunca podrían hacer. Algún otro tendría que venir para descender hasta la muerte en favor de ellos, a fin de conquistar el pecado, la muerte y el demonio por su propio poder, para después levantarse de los muertos y resucitar. Sólo un hombre tal podría verdaderamente ser Rey y resucitar a su pueblo.

Esto es lo que el Señor Jesús iba a hacer. Ahora él fue bautizado por Juan como señal de lo que vendría; descendería a la muerte pero después resucitaría por su propio poder. Esto lo pudo hacer por ser tanto Dios como hombre. Por esto él también descendió a las aguas del Jordán para subir de ellas otra vez. De la misma forma, él entraría en la muerte en la cruz para resucitar después y conquistar la muerte. Aquella nueva vida la daría también a los suyos. Es por esto que ahora ellos pueden descender al agua y salir otra vez.

El sería rey verdaderamente y daría su vida a Dios. Todo esto lo haría por el Espíritu Santo que Dios le dio. Por medio de ese Espíritu consagraría toda su vida a Dios. Tan pronto como salió del Jordán vio los cielos abiertos. Vio la gloria del reino de gracia de su Padre, reino en el cual él quiso ser siervo. También vio al Espíritu Santo descender sobre él en la forma de una paloma. Fue así que el Espíritu Santo lo ungió. ¿No era común que los reyes fuesen ungidos con aceite? Esto era para ellos una señal de que se consagraban a Dios para servicio especial y de que Dios los capacitaría para su oficio por medio del Espíritu Santo. Esta Rey ahora fue ungido con el Espíritu Santo. El Padre apartaría la vida de su Hijo, y era un privilegio para el Hijo darse por entero al Padre. Su vida se realizaría plenamente, aun cuando tuviese que rendirla hasta la muerte.

Además, el Padre también se lo dijo desde el cielo, porque se escuchó una voz que decía: "Tú eres mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia". Con esto el Padre quería decir que según su propósito eterno Cristo, como Rey, ¡tendría éxito en libertar la vida del dominio del pecado! Dios mostraría su gran amor por medio de su Hijo.

De este modo *el Cristo*, aun cuando es el Rey, no emprendió la obra de redención en forma independiente, sino que fue enviado con ese propósito por el Padre. Por lo tanto, debemos confiar que todo lo hizo en el nombre de Dios y que su obra es verdaderamente una obra de redención.

La victoria del Rey. El Espíritu lo ungió e inmediatamente lo introdujo en su obra de redención. Primero enfrentó a Satanás, el enemigo de Dios, que por el pecado dominaba al mundo. Tendría que conquistar a Satanás.

El Espíritu lo guió al desierto para este enfrentamiento. En la soledad del desierto vio como habían sido desamparadas las vidas de los hombres por Dios a causa del pecado, y como él también era desamparado y sería desamparado por Dios.

Satanás vio la oportunidad. ¿No estaba Cristo ansioso de tener comunión con Dios y con la vida? ¡Si tan sólo pudiera tentar a Cristo a que buscase esta comunión por el camino equivocado! Por cuarenta días Satanás lo tentó y lo afligió, pero el Rey le hizo frente. Era fiel a la unción que había recibido. Soportó todos los ataques de Satanás, quebrantando su poder.

Por tanto él era la figura real que controlaba sus deseos y los dirigía solamente según la voluntad de Dios. El dominio pertenece a semejante personaje real. Una vez Adán cayó y nosotros caímos en él. Es por esto que ya no podemos controlar nuestros propios deseos; no podemos controlarnos a nosotros mismos; y por eso no somos aptos para gobernar el mundo en el cual nos ha puesto Dios.

El gobernar pertenece a Cristo. En el desierto estuvo rodeado de animales salvajes, pero ningún daño le hicieron. Los animales le tuvieron un temor reverente porque él es verdaderamente Rey. Algo del paraíso volvió a estar allí. En el paraíso aun los animales se sujetaron voluntariamente al hombre. Los ángeles también sirvieron a Cristo en el desierto. Con su obediencia Jesús obtuvo el dominio del hombre sobre los ángeles, de tal manera que los ángeles le sirvan.

El rey ganó la victoria a favor de su pueblo. Si creemos en el triunfador, vendrá el día en que todas las cosas nos serán sujetas, aun los ángeles. Sin embargo por ahora todavía tenemos que luchar con Satanás. Pero el ejército de Satanás es un ejército derrotado. El rey nos guía y fortalece en nuestra lucha. Esto sucederá sólo si nos ponemos siempre con el Rey del lado de Dios por la fe.

28: El Santo de Dios

Marcos 1:14–39

El demonio que dominaba a un hombre que apareció en la sinagoga de Capernaum llamó a Cristo, "el Santo de Dios". Los apóstoles y profetas también son llamados santos apóstoles y profetas, porque Dios eligió usarlos en su servicio. Todo lo que Dios determina usar en su servicio viene a ser santo. De esta manera toda la vida debe ser santa al Señor. Este es el resultado de la santidad de Dios, lo que significa que Dios es él mismo y se busca a sí mismo. La santidad de Dios demanda para sí toda la vida.

Dios dio a Jesús, como *el Cristo*, un oficio especial, oficio que requirió su vida entera y por medio del cual él llegó a ser el Redentor del mundo.

Como el Santo de Dios, Jesús es un fenómeno extraño en este mundo lleno de interés personal. Jesús está en conflicto con el egoísmo de los hombres y especialmente con Satanás, quien se ha colocado en contra de Dios como el único último punto de partida. Cristo aparece aquí en el servicio de Dios para liberar la vida del servicio a Satanás.

No obstante, Cristo realiza esto reclamando esta vida en el nombre de Dios y apartándola para Dios. Esto es lo que quiere decir con el nombre *el Santo de Dios*. Jesús no sólo está consagrado a Dios, sino que también reclama toda la vida para él. Jesús hace que la santidad de Dios se hiciera sentir sobre la tierra.

Jesús también dio a sus discípulos un oficio especial: el servicio al evangelio. Pero el servicio al evangelio no es más que una de las tantas formas en las que deberían cumplir el llamamiento por Dios. Toda la vida debe ser santa, esto es, separada para Dios. Con todo el llamamiento a la santidad sólo nos separa del pecado, y de ninguna manera nos separa de alguna otra parte de nuestras vidas.

Pensamiento clave: *Como el Santo de Dios, Cristo reclama toda la vida.*

El llamamiento de los discípulos. No mucho después de que Juan bautizara a Jesús, Herodes encarceló a Juan. La tarea principal de Juan

había terminado: había anunciado al Rey. Ahora el Rey mismo asumió su lugar cuando el Señor Jesús principió su ministerio público en Galilea.

Jesús trajo el mismo mensaje que Juan. El también predicó que el reino de la gracia estaba cerca y que la gente debía someterse a esa gracia en fe. Así también predicó el arrepentimiento. Aunque trajo el mismo mensaje que Juan, habló con mucha más autoridad que Juan, porque Cristo mismo era el Rey.

Esto se dejó ver inmediatamente cuando Jesús llamó a sus discípulos. Ya se había encontrado con algunas personas de Galilea que habían estado con Juan en Judea. El había atraído a estos hombres y se le acercaron por fe. Pero ahora que empezaba su ministerio deseaba que ellos se hicieran sus díscipulos y colaboradores. Sabía que el Padre se los había dado.

Tenía derecho a pedirles toda su vida y a llamarlos a que dejaran cualquier otra labor. Dios sabe lo que hace. Cuando nos llama debemos seguirle inmediatamente. Entonces se hará claro que él salva nuestras vidas mediante su llamamiento. A diferencia de los discípulos, a nosotros no se nos ha pedido que abandonemos nuestro trabajo para el servicio del evangelio. Pero somos de todas maneras llamados.

Puesto que los discípulos tenían que dejarlo todo, su llamamiento implicaba una prueba especial. Pero aparentemente la palabra del Señor Jesús los cuativó de inmediato. Como Rey, su palabra tenía poder.

Un día caminaba por la orilla del mar de Galilea. Fue allí donde vio a Simón pescando con su hermano Andrés. Les dijo: "Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres". Este mandamiento llevaba en sí una promesa y un honor enormes. Se les concedería el privilegio de servirle en la proclamación del evangelio y el privilegio de ganar hombres para su reino. Pero esto implicaba también un tremendo llamamiento y una gran prueba: debían abandonarlo todo.

No dudaron por un momento. La palabra del Rey los conquistó. Lo mismo sucedió con Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, quienes estaban ocupados reparando sus redes junto con su padre y los obreros. Ellos también le siguieron de inmediato.

Es cierto que *nuestro* llamamiento es distinto, pero la Palabra del Rey también debe apoderarse de toda nuestra vida. Es la Palabra del Rey en el reino de la gracia y la redención.

Victoria sobre un espíritu inmundo. Un día de reposo el Señor llegó con sus discípulos a la sinagoga de Capernaum junto al mar de Galilea.

Empezó a enseñar allí. Y en su enseñanza también actuó como el Rey, es decir con autoridad. Como tal era totalmente diferente a los escribas quienes sólo trataban de *interpretar* la Escritura.

Sus palabras tenían tanto poder que la gente quedaba asombrada de su enseñanza. Desafortunadamente nunca llegaron más allá que eso. Se asombraban de sus palabras, pero no se sometían a él con sus palabras. Jesús quería redimir la vida de los hombres, a fin de apartarla para Dios, esto es, para santificarla. Era evidente que Satanás se opondría a semejante esfuerzo. En la sinaoga había un hombre endemoniado. En aquellos días Satanás a veces se posesionaba de tal manera de la gente, que no sabían lo que hacían. Al perder su propia voluntad estaban en sus manos y él pudo actuar y hablar a través de ellos. De forma que Satanás pensaba que tenía este hombre bajo su poder para siempre. Había hecho su fortaleza dentro de la vida humana, a fin de oponerse al poder de la gracia que se había revelado en Jesucristo.

¡Cuán miserable era la vida de ese hombre y qué diferente quiere Dios que sea la vida redimida! Cuando él nos llena con su Espíritu Santo, Dios no nos manipula, sino que aprendemos voluntariamente a usar nuestros labios para proclamar sus alabanzas.

Satanás se dirigió al Señor Jesús a través de ese hombre en la sinagoga. Le pidió a Jesús que lo dejara en paz y le dijo que nada quería saber con él. Satanás sabía que perdería con Cristo, que jamás podría ganar al poder de la gracia. Así que le dijo: "¿Has venido para destruirnos?" Dios todavía le da a Satanás cierta libertad para trabajar, pero algún día será confinado bajo la maldición. Esto es lo que Satanás entiende por "destruirnos". Satanás temía de que Jesús hubiese venido para encarcelarlos ya. Primero lo llamó "Jesús nazareno", esto es, un hombre de Nazaret. Se estaba burlando. Pero después se le salieron palabras de confesión: "Sé quien eres, el Santo de Dios". Con esto quería decir que Jesús era Aquel que estaba completamente consagrado al servicio de Dios, aquel que deseaba que toda la vida volviese a estar al servicio del Dios Santo. Las palabras de Satanás mostraban el pánico y miedo.

El Señor lo reprendió, diciéndole: "Cállate, y sal de él!" Jesús no quería darse a conocer por palabras satánicas, porque lo que lo revelaría sería el poder de la gracia que traía consigo. A la orden de Cristo, Satanás salió del hombre, gritando con aterrorizada voz por su derrota. También sacudió con violencia al hombre.

La sinagoga también se llenó de horror. La gente estaba asombrada de las palabras que se les había hablado, palabras que aun conquistaban al

demonio. A pesar de todo, no captaron lo que realmente sucedió. No se dieron cuenta que, aunque de otro modo, ellos también estaban bajo el poder de Satanás y que Jesús había venido a liberarlos. No creían en él. Esto se nos ha revelado para que podamos creer en él y salvarnos. Todas los alrededores de Galilea oyeron lo que había pasado, ¿pero quién creyó en él?

La casa de Simón Pedro es bendecida. Jesús salió de la sinagoga con sus discípulos y fue a la casa de Simón Pedro. ¿Estarían todos de acuerdo en aquella casa, incluyendo a la esposa y la suegra, en que Simón haya dejado su hogar para seguir a Jesús como su discípulo? Después de todo, también tenía un llamamiento y responsabilidad para con su propia familia. Esto es cierto, pero el Señor había llamado a Simon para otra cosa. Cuando él nos llama debemos seguirle. Ahora Jesús iba a traer paz a aquella casa.

Cuando Jesús entró en la casa, le dijeron que la suegra de Simón Pedro estaba enferma en cama y con fiebre. Inmediatamente fue donde ella estaba y tomó su mano. Quizás ella no tenía simpatía por aquel que había hecho que su yerno se fuese de la casa. Pero él tomó su mano, la acercó a él y se la ganó. Jesús hace esto muchas veces; él despierta la fe en nosotros. La suegra de Simon se rindió a él. La levantó y la fiebre la dejó al instante.

Ahora le conocía como el Redentor, como aquel que libera nuestras vidas porque las redime del pecado. Pero nos libera para que sirvamos a Dios. Jesús es el Santo de Dios que santifica o aparta nuestras vidas para Dios. Esto lo hace de diferentes maneras. Santificó a Pedro haciéndolo su discípulo. Y ahora la suegra de Pedro aceptaba de buena gana este hecho. Esto se ve claramente en que se levantó para servirlos. La paz de Cristo había venida a este hogar. Estaban todos unidos en el servicio a Dios, aun cuando cada uno tenía que servirle en forma diferente.

Su mano en el trono del Señor. Mientras tanto el día de reposo había terminado. Cuando bajó el sol y el día de reposo llegó oficialmente a su fin para los judíos, le trajeron a Jesús los enfermos y endemoniados de la ciudad. Muy pronto la puerta de la casa de Pedro estuvo atestada de gente. Jesús sanó a mucha gente y liberó a muchos endemoniados. Tal como hizo en la sinagoga, ordenó a los demonios que guardaran silencio. No quería ser revelado por ellos, sino que por la palabra y obra de la gracia.

¡Cuán cansado habría estado por su obra! Realmente luchaba en contra de Satanás, el enemigo de Dios. Estaba liberando la vida de la maldición

del pecado. Pero no podía hacerlo si no tomaba la maldición sobre sí mismo. Tenía que cargar con la culpa para después expiarla. ¡Cuán profundamente yacía la vida humana bajo el pecado y la maldición! ¡Cuánto habrá sufrido mientras hacía su obra, al ver toda la miseria y culpa que había delante de Dios! No obstante, ni se le pasaría por la mente abandonar aquella obra o hacer la paz con Satanás. En todo siempre quiso pertenecer al Padre. Esto significaba que el conflicto con Satanás era inevitable e irreconciliable.

Necesitaba ser fortalecido una y otra vez en la comunión con su Padre. Así que se levantó muy temprano cuando aún era oscuro y fue a un lugar apartado para orar. Allí habló con el Señor de los ejércitos y admitió que la batalla que estaba por pelear era la batalla de Dios. Pidió la ayuda de Dios. ¡Qué inmensa tarea le había asignado el Padre! Pero por amor a Dios no quería que fuese diferente. Por esto ganó la victoria. El solo ganó la victoria por su pueblo; la ganó como el Rey. En fe nosotros miramos agradecidos a él quien no esquivó la batalla ni se rindió frente al enemigo.

A la mañana siguiente Simón y los discípulos le buscaron. Cuando le encontraron, le dijeron: "Todos te buscan". Pero el Señor no deseaba regresar a Capernaum. Las gentes lo honraban porque los sanaba, pero no veían la gracia de Dios que los libraba de sus pecados.

La gente de Capernaum tendría que aprender a reflexionar en su ministerio. Así que ahora se volvía con sus discípulos a las aldeas alrededor de Capernaum. Allí también predicó y expulsó demonios, porque había sido enviado por su Padre para dar a conocer el reino de la gracia.

29: Poder para perdonar pecados

Marcos 2:1–12

Cristo tiene el poder para perdonar pecados. Entonces no le vemos solamente como una figura real. Adán no tuvo este poder, aun cuando era cabeza y rey de la creación. Cristo tiene el poder de perdonar el pecado en virtud de su oficio como Mediador. Aun así, hay algo real en la forma en que se opone a los escribas.

En su oficio de Mediador, sirve al Padre. Esto se deja ver en las palabras: "Al ver Jesús la fe de ellos". En la fe de los amigos del paralítico Jesús reconoce que el Padre le está permitiendo darse a conocer. No debemos tratar de explicar estas palabras en otra forma. No debemos decir que sanó al paralítico a causa de la fe de sus amigos. Tampoco debemos decir que lo sanó "*mediante* la fe de sus amigos", como si fuera posible que alguien pudiera creer por otro.

Parece que el paralítico mismo tenía temor de encontrarse con Cristo. Esto se puede ver en el pasaje paralelo de Mateo 9, donde Jesús dice: "Ten ánimo, hijo" (v. 2). Por lo tanto no sin razón que Cristo le dice: "Hijo, tus pecados te son perdonados". El hombre seguramente estaba triste por sus pecados. Se había dado cuenta cuán pecador era por lo que había escuchado acerca de Cristo.

Jesús aprovecha la oportunidad para darse a conocer al pueblo como Aquel que tiene el poder para perdonar los pecados. ¡Cuan alborozado se sentiría ! Lo que él quería era revelarse *a todo el pueblo* y no sólo al paralítico.

Pensamiento clave: *Cristo se revela como Aquel que tiene poder para perdonar los pecados.*

Al ver la fe de ellos. El Señor Jesús predicó por toda Galilea. A causa de sus milagros su fama llegó a ser tan grande que le fue difícil entrar

abiertamente a Capernaum. La gente se agolpaba a su alrededor. La mayor parte de su tiempo lo pasó en lugares desolados fuera de la ciudad. Hasta allí fueron las gentes de todas partes.

Después de varios días volvió a Capernaum. Cuando la gente se enteró donde alojaba, no sólo entraron a la casa sino que también se juntaron frente a la puerta. Otra vez les predicó el reino de Dios. ¡Qué diferente era su predicación de la de los escribas! Los escribas enseñaban que el hombre debía obtener la vida eterna con su propia justicia, mientras el Señor enseñaba que Dios lo *da* todo libremente. Los escribas no querían saber nada con semejante predicación que trastornaba tanto su forma de vida como su doctrina.

La gente se admiraba de su predicación y de sus milagros. ¿Pero se darían cuenta que él habia venido a redimir la vida del pecado a fin de restaurarla delante de Dios? ¡Cuánto habría deseado una oportunidad para revelar esta verdad al pueblo! Y la oportunidad llegó.

Cuatro hombres se acercaron a la casa. Venían trayendo a un amigo que era paralítico. Deseaban mucho verle sano otra vez. Por esto le traen al Señor Jesús. *El* sería capaz de sanarlo. Eso lo creían con todo su corazón. Pero cuando llegaron a la casa les fue imposible entrar. Había una multitud delante de la puerta, y nadie se hacía a un lado para darles el paso. Hablaron juntos, y se les ocurrió una idea. Usando la escalera exterior, subieron al techo con su amigo. Justo encima de donde estaba el Señor enseñando descubrieron el techo y bajaron a su amigo por la abertura. Lo bajaron justo donde estaba Jesús. Esta era gente que se desviaba de sus propios placeres para ayudar a otros. Estaban resueltos a ayudar a su amigo para que llegara al Señor Jesús. ¡Cuanto se habrá regocijado el Señor por lo que estos hombres hicieron! No sólo vio el amor que tenían hacia su amigo, sino también la fe que tenían en él para sanar. Pero también vio otra cosa: el Padre les había dado aquella fe. Así que el Padre deseaba que se revelara en su poder de redención. Esto es lo que le dio gozo. ¡El desea tanto darse a conocer y salvarnos, aun hoy en día! ¿Creemos esto nosotros?

Liberando un prisionero. ¿Podría ahora revelarse claramente al pueblo como Aquel que redime la vida del pecado? Miró al paralítico y vio el miedo en sus ojos. Claramente el pobre hombre temía encontrarse con Jesús. Por supuesto que deseaba mucho estar sano otra vez, pero había oído acerca de la proclamación del reino de gracia y de la misericordia de Dios que había en él. Esta proclamación lo llevó cara a cara con sus pecados con

que había ofendido la gracia y el amor de Dios. Por esto temía encontrarse con el Señor Jesús. ¿Como lo recibiría Cristo?

El Señor Jesús pudo leer todo esto en los ojos del hombre. ¡Como se regocijó! Ahora podía decirle al hombre que había venido a salvar a la humanidad del pecado. Por tanto, le dijo: "Hijo, tus pecados te son perdonados". Al llamarlo "hijo" lo estaba adoptando como discípulo en el nombre del Padre. Y en el nombre del Padre le perdonó sus pecados.

El hombre debió haber absorbido como una esponja aquellas palabras. ¡Era libre porque creía aquella palabra! Sabía que habían sido pronunciadas en el nombre del Padre, y sabía que Jesús tenía poder para perdonar sus pecados. Había recibido mucho más de lo que jamás había esperado. Para él todo estaba arreglado con Dios. Nada era más precioso. Siempre es así. Cuando nos volvemos a Jesús, siempre recibimos más de lo que esperamos. Ahora el hombre podía darse cuenta que las palabras de Jesús acerca del reino eran absolutamente ciertas: la gracia reinaba.

Refutando a los escribas. Cuando esto sucedió algunos escribas estaban presentes. Algunos hasta habían venido desde Judea para ver si su enseñanza concordaba con la interpretación que ellos daban a la ley de Moisés. Al escuchar esto, quedaron sin aliento. ¡Qué blasfemia! ¿Quién podrá perdonar pecados, sino sólo Dios? No sabían que él había sido enviado por Dios para redimir al pueblo de sus pecados. El hecho es que él haría expiación por el pecado en la cruz. Por tanto, como Aquel que tenía el oficio de Mediador, había recibido el poder para perdonar los pecados y otorgar nuevamente a los hombres la paz de Dios.

Jesús sabía lo que los escribas estaban pensando. Quería ganarlos con sus palabras, porque ellos eran contrarios a su obra dentro de sus corazones y también harían que el pueblo se resistiera a Cristo. Por eso dijo: "¿Qué es más fácil, decir al paralítico: 'tus pecados te son perdonados, o decirle: levántate, toma tu lecho y anda?' Vosotros pensáis que lo más difícil sería decir, levántate, y anda, porque la gente puede ver esto. Pero yo no trabajo para que la gente me vea. Mi tarea es liberar al pueblo para que sirva a Dios, dándoles el perdón de pecados y la paz eterna. Como esto no se puede ver con los ojos, vosotros no lo creéis. Vuestra incredulidad sólo pide señales. Pero hacer señales no es realmente lo más difícil. Lo que sí es de crucial importancia es liberar el corazón del poder del pecado". De esta manera, con sus palabras Jesús les opuso y les mostró su incredulidad.

Pero también quiso oponérseles con sus obras, para que ellos no tuvieran ninguna excusa. Por tanto, dijo al paralítico: "Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa". El hombre se levantó inmediatamente, porque creía que el Señor tenía poder también para sanarlo. Fue sanado porque creyó. Pudo tomar su lecho e irse a su casa solo.

¡Para este hombre era todo un lujo poder moverse libremente! Pero esta rehabilitación contenía algo más. Para él era una señal del favor de Dios, una prueba que Dios le había perdonado sus pecados. Era, pues, una confirmación de su fe. El hombre había sido realmente redimido. Cuando en nuestra vida recibimos liberación y no la aceptamos como prueba de la gracia de Dios, esto significa que no hemos sido realmente redimidos. Pero este hombre fue salvo.

Jesús dejó callados a los escribas con su poder sanador. Pero a la larga ellos no permitirían que los dejase callados, porque no creían en él. No creían que él había sido enviado por Dios para redimir la vida del pecado y sus consecuencias. Los escribas creían que no necesitaban el perdón de pecados. Tenían otra doctrina y no se dejarían mover de la posición que habían tomado. Es maravilloso que el Señor cambie nuestra manera de pensar, pero los escribas no comprendieron esta verdad.

El asombro de la multitud. El que había sido paralítico, ahora se abría paso entre medio del gentío. La gente se hizo a un lado, llena de asombro. Dios había revelado su gloriosa gracia, la cual controla la vida soberanamente. Así que glorificaron a Dios, diciendo: "Nunca hemos visto tal cosa". Alabaron el nombre de Dios. Sin duda había personas en la multitud que creyeron que Dios había venido en Cristo para redimir la vida del pecado y que, por esa fe, ellos también fueron redimidos del pecado.

Pero muchos otros sólo estaban atónitos a causa de esta maravillosa curación. Sus corazones estaban lejos del Señor y lejos de la gracia que en él se había revelado. No buscaron en él el perdón de sus pecados, ni tampoco reconocieron su poder para perdonar, porque sencillamente creían que no necesitaban ser perdonados.

¡Cuánta gente hay hoy día que se mantienen lejos del Señor! A pesar de todo Cristo se sigue revelando. Esta revelación servirá para redimir a su pueblo y para glorificar a Dios.

30: El Señor del día de reposo

Marcos 2:23–3:6

El Hijo del Hombre es Señor del día de reposo. Por sí solas, las palabras *Hijo del Hombre* no nos comunican más que la idea de que Cristo era un miembro de la raza humana. Pero cuando Cristo mismo se denomina *el* Hijo del Hombre, se está refiriendo a Daniel 7:13, donde leemos que uno semejante a un hijo de hombre vendría en las nubes del cielo, esto es, del cielo. Esto quiere decir que fue enviado por Dios y lo señalan como el Mesías. El es *la* simiente de la mujer.

La afirmación que el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo no quiere decir que el hombre como tal está por encima del día de reposo o de la ley en general. Más bien, el hombre está sujeto a la ley, incluyendo el mandamiento del día de reposo. Pero aquel que cumple la ley (tanto su aspecto moral como ceremonial) puede descubrir cual es la verdadera intención de la ley y así ponerla en juego.

Esto coincide con otra cosa. Aun cuando se dice de que el día de reposo fue hecho para el hombre, y no el hombre para el día de reposo, esto no coloca al hombre por encima del día de reposo. La ley sirve para llevar a los hombres al verdadero servicio de Dios. El hombre encuentra su verdadera libertad en este servicio. Como tal la ley existe para el hombre, esto es, para darle libertad para servir a Dios. La ley está hecho para el bien del hombre, ya que todo depende de Dios. Lo mismo sucede con el día de reposo, pues este es una bendición para la vida, liberando a la gente de las cadenas de la esclavitud, a fin de que pueda servir a Dios.

El Hijo del Hombre ha venido a liberar la vida del pecado, esto es, liberarla para el servicio de Dios. Esto lo hace expiando el pecado y renovando la vida con su Espíritu. Pero esto significa que se restaura el poder que originalmente tenía la ley en el pacto de gracia. Cristo nos dice claramente cual era la intención original de la ley. En este sentido él es el Señor del día de reposo; Jesús libera la vida por medio de la ley. No es necesario que nos extendamos aquí en el hecho de que esto incluye el fin de los aspectos ceremoniales que estaban todavía relacionados con el cuarto mandamiento.

Aun el ejemplo de David comiendo los panes del templo no nos da una excusa para deducir de forma general

que la necesidad es a veces una base suficiente para quebrantar la ley. Si David y sus hombres hubiesen muerto de hambre, habiendo pan a la mano, su muerte hubiese estado en conflicto con la intención de la ley mosaica: liberar al hombre para que sirva a Dios. Esto era especialmente cierto de David, quien como un tipo *del Cristo*, debía redimir la vida en Israel.

Los escribas habían prohibido arrancar espigas en el día de reposo, sobre el supuesto de que era una forma de cosecha. Este mandamiento dado por los escribas era prueba de que no entendían la ley y de que no comprendían que su propósito era redimir la vida. Por esta razón Cristo liberó a sus discípulos de semejante prohibición.

Pensamiento clave: *El Hijo del Hombre es Señor del día de reposo.*

El día de reposo es para el hombre. Un día el Señor y sus discípulos pasaban por los sembrados. Era un día de reposo. ¡Que hermoso que Dios haya instituido un día de reposo para nosotros, de tal manera que podamos descansar un día de los siete! ¡Cuanta gracia nos muestra con esta provisión! Por medio de este mandamiento a descansar, Dios demuestra que en su misericordia todavía se acuerda de la pecaminosa vida humana. Esto lo hace por amor a Cristo, porque él desea reconciliar la vida humana. ¡Qué bendición grande nos trae este día! Es cierto que muchos rechazan la bendición, pero para los creyentes el día de reposo es prueba que por amor a Cristo Dios liberará la vida de la esclavitud al pecado. ¡Qué lujo puede ser este día de reposo!

El Señor Jesús y sus discípulos deben haber disfrutado también ese día de descanso y la gracia de Dios que en él se manifiesta. Pero los escribas y fariseos lo habían convertido en algo totalmente distinto, al haberle añadido muchos mandamientos adicionales de hechura humana. El pueblo no podía hacer esto o aquello en el día de reposo. Estos mandamientos vinieron a ser una pesada carga. En el día de reposo la vida vino a estar maniatada por restricciones y el pueblo ya no podía gozar de la libertad con la que Cristo quería que fuesen libres. No podía suceder de otra forma, porque si tratamos de ganar nuestra propia salvación las cargas que nos imponemos a nosotros y a otros serán cada día más pesadas. Pero si creemos en la gracia de Dios, la cual nos libera, entonces todo lo que Dios nos da y nos manda llevará a esa libertad. Estos dos puntos de vista opuestos sobre el día de reposo no podían más que entrar en conflicto. Y chocaron en aquel mismo día.

Mientras los discípulos pasaban por los sembrados, arrancaron algunas espigas, quitaron el grano y se las comieron. No había nada malo en ello. Era costumbre permitir que la gente que pasaba entre los sembrados arrancase espigas de las orillas. Pero de repente aparecieron los fariseos en la escena. ¿De dónde aparecieron tan de improviso? Se dirigieron al Señor Jesús y le preguntaron si se daba cuenta de que no estaba permitido arrancar espigas en el día de reposo. Este era uno de los mandamientos humanos adicionales. ¿No se daba cuenta de que arrancar espigas era lo mismo que cosechar? Pero cosechar no estaba permitido en el día de reposo. Siempre estaban espiando al Señor, y ahora estaban contentos de que habían pillado a sus discípulos transgrediendo la ley.

El mandamiento del que hablaban no era de ninguna manera uno de los mandamientos de Dios, mandamientos que tienen como fin liberar la vida. Era más bien un mandamiento inventado por los escribas, un mandamiento que esclavizaba la vida. De manera que el Señor Jesús no trató de evadir el ataque. Por el contrario, trató de convencerlos que su concepto del día de reposo y de la ley como un todo estaba equivocado. Les recordó una historia de la vida de David. Una vez cuando David y sus hombres tuvieron hambre, comieron de los panes de la proposición, que nadie podía comer, sino los sacerdotes. Nunca se les hubiera ocurrido a los fariseos censurar a David por semejante acción. Después de todo, David era el rey y libertador de Israel. Pero si se permitía esto en aquel entonces, ¿no era evidencia de que la ley no se había dado para ahogar y acabar con la vida, sino que para bendecirla? La ley existía con el propósito de llevar la vida al amor y al servicio de Dios. Sólo en esta forma la vida es verdaderamente libre.

Lo mismo sucedía con el día de reposo. Dios había instituido el día de reposo para bendecir al hombre y permitirle gozar de la libertad de servirle. Dios no creó al hombre para que cumpliese el mandamiento sabático como si fuera una pesada labor, igual que a un esclavo al cual se le puede asignar una tarea sin que goce en lo más mínimo del favor de su amo. Realmente, ¿qué pensaron los fariseos de Dios? ¿No se dieron cuenta que Dios sostiene a su pueblo por su favor en el pacto de gracia? ¿Pensarían acaso que el Señor quiere mantener al pueblo lejos de él, para hacer que le sirvan en una esclavitud insoportable?

Es cierto que si rechazamos al Señor, la ley llega a ser una maldición para nosotros. Pero esta es exactamente la razón por la que Jesús vino, esto es, para quitar la maldición de la ley por medio de la expiación de nuestros pecados. Es así como él hizo que la ley fuera nuevamente una bendición para nosotros. Por medio de la ley ahora nosotros podemos conocer cuál es

la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos, para vivir en comunión con él en el camino de la obediencia.

El Señor Jesús, que nos trajera nuevamente la bendición de la ley, es el único que conoce perfectamente la voluntad del Padre, y quien puede decirnos cuál es. El hace que el día de reposo llegue a ser una bendición para nosotros y también nos dice cómo Dios quiere que lo guardemos. Por tanto, no aceptó la interpretación de los fariseos, ni prohibió que sus discípulos arrancasen espigas. Su intención no era esclavizarnos, sino más bien hacer que su pueblo comprenda la gloria de la ley de Dios.

Haciendo el bien en el día de reposo. ¡Pero todavía no se había terminado la disputa entre el Señor y los fariseos en este día de reposo! Dios gobierna las cosas de tal manera que en ese día se aclararía cuál era el propósito verdadero del día de reposo.

En ese mismo día el Señor fue a la sinagoga. Al entrar vio a un hombre cuya mano había cesado de crecer y se había secado. Y volvió a encontrar allí los fariseos, quienes lo espiaban para ver si sanaría a aquel hombre en el día de reposo. Según ellos esto tampoco estaba permitido, ya que sanar era un tipo de trabajo. ¿No se daban cuenta que al sanar la mano de este hombre, Jesús lo estaba capacitando otra vez para que pudiese trabajar, librándolo y salvando su vida de una miseria opresiva? ¿No se daban cuenta que esta era una señal de su venida para redimir la vida del pecado y sus consecuencias? ¡Qué cumplimiento más precioso del significado del día de reposo, si en ese día el Señor restauraría una vida humana!

Esta era una de las razones por qué Jesús quería sanar al hombre, pero también quería oponerse a los fariseos, que oscurecían tan feamente la voluntad de Dios. Le ordenó al hombre que se pusiera en pie en medio de la gente que estaba reunida en la sinagoga. Todos verían lo que pasaría y podrían darse cuenta del maravilloso significado del día de reposo.

Luego el Señor Jesús preguntó a los fariseos qué es lo que estaba permitido hacer en el día de reposo, si era permitido hacer el bien o el mal, salvar o matar. *El* quería hacer algo bueno para alguien y salvar su vida, pero los fariseos quería dañar a Jesús y estaban pensando en alguna forma de matarle. ¿Quién era el que estaba haciendo justicia al significado del día de reposo?

Cuando no quisieron contestar esa pregunta, ya que se hubieran tenido que condenarse a sí mismos, los miró alrededor a uno por uno con enojo en sus ojos. Estaba indignado por la forma en que se distorcionaba la

voluntad del Padre. Pero al mismo tiempo sufría por la dureza de sus corazones. ¡Como era posible que se opusieran a la gracia de Dios! ¡Si tan sólo nosotros también nos enojaramos de la misma forma! ¡Si tan sólo pudiéramos enojaranos al mismo tiempo que nos entristecemos por el rechazo pecaminoso del Señor! Entonces nuestro enojo nunca sería una pasión que nos sacaría de nuestros cabales, ni se levantaría de una motivación equivocada.

Dijo al hombre con la mano seca: "¡Extiende tu mano!" ¿Pero no era esta una orden estúpida? ¿Cómo podría este hombre extender su mano? Si estaba seca y había perdido entonces toda su fuerza. ¡A pesar de todo, el hombre logró obedecer! Lo hizo, y su mano quedó sana como la otra.

¿Qué había pasado? En el mismo momento que el Señor le dijo al hombre que extendiera la mano, también su poder sanador acompañó su orden. Qué bendición que el hombre no haya dicho: "¿Pero no sabes que no puedo extender mi mano?" Por el contrario, creyó que por mandarlo el Señor, podría hacerlo. Fue sanado por aquella fe.

Hoy día mucha gente dice: "No puedo creer y no puedo arrepentirme". Así que no realmente oyen la palabra de Dios. En su incredulidad se oponen a la Palabra y al Espíritu de Dios, no creyendo que la Palabra y el Espíritu son capaces de redimirlos. ¡Cuántos son los que cierran sus corazones en incredulidad! Pero si escuchamos con fe, hallaremos la redención de nuestra vida.

Los fariseos no se arrepintieron al ver todo esto. No quisieron abandonar su concepto de la ley, ni sus ideas acerca de Dios. No quisieron reconocer que Dios estaba cerca en su gracia. Por el contrario, salieron de la sinagoga y consultaron con la gente que estaba de parte de Herodes, el rey extranjero de su tierra. Lo que consultaban era cómo matar a Jesús. Sin los herodianos no llegarían muy lejos, ya que Herodes tendría que cooperar en este asunto. Fue así como empezaron a urdir un asesinato.

¡Cuan fácil la gente llega a cometer enormes pecados por su hipocresía y religión inventada! Lo que nos guarda del pecado y nos da la victoria sobre él es la fe en la gracia de Dios que libera la vida. El Señor nos preparó esta bendición por medio de su venida.

Marcos:
¿Quién es
este hombre?

31: El no conocido

Marcos 3:7–35

Cristo advierte a los fariseos sobre el pecado contra el Espíritu Santo. Estarían cometiendo este pecado si insistían en atribuir su obra a un espíritu inmundo. El hecho de que ellos llegaron tan lejos hasta blasfemar al Espíritu Santo muestra que Cristo estaba llevando a cabo su obra por medio de la operación del Espíritu Santo. En esta forma se revela aquí.

Jesús era irreconocible por estar guiado por el Espíritu Santo y porque su obra era completamente de, por medio de, y para Dios. Sus amigos creían que estaba loco. Para los hombres una vida espiritual es pura locura. A juicio de los fariseos está endemoniado. No saben la diferencia entre estar endemoniado y estar inspirado por el Espíritu Santo. No saben la diferencia porque no la quieren saber.

No podemos hablar detalladamente aquí del pecado contra el Espíritu Santo. Con todo, es apropiado que hagamos unas breves observaciones. Cristo se da a conocer en su obra como uno inspirado por el Espíritu Santo. Pero aun después de que el Señor se reveló en la forma más clara posible, los fariseos continuaron tomándolo como endemoniado. Al llegar a este punto, su pecado viene a ser satánico. Era claro que su propósito ya no era sólo mantener su posición entre la gente, sino que ahora parecían motivados por un aborrecimiento obsesionado en contra de la gracia de Dios. En todo pecado humano siempre hay elementos de necedad e ignorancia, porque creemos que podremos lograr algo con nuestros pecados. Pero cuando el pecado es satánico ya no queda ningún elemento de necedad, sino que ahora el pecado es la expresión premeditada de un odio absoluto.

Pensamiento clave: *Cristo, impulsado por el Espíritu Santo, no es reconocido.*

Un gran tumulto. Los rumores acerca del Señor Jesús, de sus palabras y milagros, se esparcieron por todo el país y aun más allá de sus fronteras.

Venía a él gente de todas partes, aun gente de Idumea, que antes se llamaba Edom. A causa de la familia de Herodes este país tenía estrechas relaciones con Israel.

Un día el Señor Jesús estaba con sus discípulos en la orilla del mar de Capernaum. La multitud le apretaba. Los enfermos especialmente en acercaban a fin de tocarlo para ser sanados. Esto era peligroso. Les tenía que pedir a sus discípulos que tuvieran a mano un bote, a fin de que él pudiera subir en él cuando la gente la empujara demasiado cerca del agua.

Muchos endemoniados cayeron de rodillas frente a él, clamando: "Tú eres el hijo de Dios". Veían que él era Aquel en quien había llegado la plena gracia de Dios. Inmediatamente prohibió a estos demonios que lo dieran a conocer. No sería Satanás el que lo revelaría, sino sus propias palabras y obras para que tuviese contacto con el pueblo.

No obstante, gozaba en el gran tumulto que había entre el pueblo. Quería ganarse a toda la nación con la gracia de Dios, y no sólo a una persona aquí y a otra allá, sino a toda la nación en su vida pública y privada. Cristo vino a redimir la vida completa; vino a ser rey sobre la totalidad de la vida.

Organizando su obra. La situación era insostenible, porque él no quería ir desparramando sus bendiciones en general, sino que estaba interesado sobre todo en un contacto más personal con la gente, para así realmente ganar al pueblo para el Padre. La conversión de la vida tenía que empezar en el interior del hombre y de allí expresarse hacia afuera. Por esto se alejó de la ciudad y se fue a las colinas alrededor. Allí llamó a los que deseaba.

Debe haber habido mucha gente que pasó muchas horas inolvidables junto a él, horas durante las cuales amaneció la luz del reino de la gracia. Fueron gentes privilegiadas, pero nosotros podríamos ser igualmente privilegiados, porque él todavía nos quiere hablar por su Palabra. Al escuchar su Palabra podremos tener una comunión tan íntima como la que tuvieron las gentes en las montañas de Galilea. Entonces perteneceremos a la gente por la cual vino y a quienes dio su Palabra.

Por otro lado, tampoco quería pasar por alto a las multitudes. Todos debían escuchar acerca de él y la salvación que traía. Por lo tanto nombró a doce de sus discípulos para ser apóstoles, esto es, misioneros que proclamarían el evangelio del reino en todos los rincones de Israel. También tendrían que estar con él diariamente para aprender mucho del reino de gracia. Y cuando los envió, les dio poder para sanar a los enfermos y

expulsar demonios. Con esas señales mostrarían que en el reino de la gracia toda la vida es liberada del pecado y sus consecuencias.

Los doce formarían el cimiento del nuevo pueblo de Dios que él juntaría de todas las naciones del mundo. Jesús se encargaría de que sus discípulos estuviesen preparados para su tarea y también verían que fuesen fieles a él por medio de su Palabra y su Espíritu. ¡Ay de aquellos que no se someten al evangelio de la gracia! Desafortunadamente, entre los doce había uno que no se sometería. Este discípulo era Judas, el que más tarde lo traicionara. Judas predicó y aun hizo milagros en el nombre del Señor Jesús, pero rechazó el yugo del evangelio, un yugo tan precioso que el Señor había colocado sobre sus hombros.

¿Fuera de sí? Sucedió que después Jesús y sus discípulos entraron a una casa. De inmediato se juntó una multitud. Estaban tan ocupados él y sus discípulos que no tuvieron tiempo para comer. Se entregó al pueblo sin interrupción. El Espíritu Santo lo constreñía. El Espíritu no le daba descanso en el trabajo de su Padre y en su reino.

Sus amigos se preguntaron: "¿Para qué todo esto?" Y añadieron: "Acabará por agotarse y no conseguirá nada. Porque no permirtirá que lo hagan rey. No se está haciendo un líder que libera al pueblo de la opresión romana, ni tampoco busca para sí un lugar de honor como los escribas. Sin embargo, tampoco se esconde para sólo tener alguna conversación religiosa con alguien. Por el contrario, lo que hace es agitar al pueblo. Este método no tiene nada de racional y no conduce a ninguna parte. No tiene sentido". Pensaban, pues, que estaba fuera de sí.

El hecho es que este era un movimiento que provenía del Padre y que sólo podía llevar al Padre. Era un movimiento guiado por el Espíritu Santo, el cual estaba trabajando en Cristo. Por eso no podía compararse a este movimiento con ningún otro. Es por esto que sus amigos creían que había algo anormal en todo esto. Y por cierto el movimiento no tiene sentido, a menos que conozcamos a Dios y al Espíritu Santo, quien desea llevar toda la vida a Dios solo y santificarla para Dios.

Sus amigos trataron de llegar hasta donde estaba él para tomarlo. Ya no confiaban en el. Pensaban que corría peligro si seguía solo. ¿No era terrible eso? Y con todo, a menos que por la fe recibimos la gracia de Dios, nuestra actitud hacia él y su Espíritu no podrá ser diferente.

¿Poseído por Beelzebú? Los escribas lo hicieron aun peor. Ellos habían venido desde Jerusalén a fin de espiar a Jesús y ver si hacía algo contrario a la ley de Moisés. No podían negar que había hecho milagros, en los cuales estuvieron cara a cara con la gracia de Dios, gracia que libera la vida. ¡Ahora estaban *forzados* a creer! Pero esto significaba someterse a la gracia, negar toda su propia vida y doctrina. No tenían niguna intención de hacer semejante cosa. De manera que tuvieron que fortalecerse contra aquella revelación de gracia.

Sólo había una forma de lograrlo. Deberían calumniar esa revelación y atribuir el mérito de los milagros a Beelzebú. Esta era la abominación más grande. Dijeron: "Está poseído por Beelzebú y por el príncipe de los demonios echa fuera demonios". Querían aplastar su movimiento declarando que era del diablo. Así que trataron lograr que esta blasfemia encontrara aceptación entre el pueblo.

El Señor Jesús es tan longánimo que hasta se tomó la molestia de refutar esta blasfemia. Así que dijo: "¿Cómo es posible que este movimiento sea del demonio? ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? ¿Acaso piensan que los demonios estarán peleando unos con otros? Si así fuera, el reino de Satanás se hubiera destruido hace mucho. Porque no hay reino ni familia que puede permanecer si está dividida. Los demonios no luchan unos con otros; más bien juntos se oponen a Dios y su reino. Sólo hay dos fuerzas en este mundo: el principio de la gracia y el principio de la injusticia. Somos gobernados por uno u otro.

"¿No se dan cuenta que he venido a trastornar el reino de Satanás? Esto se ve claramente por el hecho de que yo echo fuera a los demonios. Ustedes nunca pudieron hacer eso con sus doctrinas y liderazgo, pero *yo* en cambio soy más fuerte que Satanás. ¿Cómo puede uno entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ha amarrado? Yo he vencido a Satanás y seguiré venciéndolo. Es por esto que puedo arrebatar las gentes de su poder. En esto se revela la gracia de Dios.

"¡Ay de ustedes si persisten en negar lo que digo, si persisten en blasfemar esta obra del Espíritu como obra de Satanás! Ustedes podrán blasfemar de muchas maneras, y todavía encontrar perdón, pero si se los ha revelado el poder del Espíritu Santo y blasfeman este poder como un poder del demonio, no habrá perdón para ustedes por toda la eternidad".

Su madre y sus hermanos. Al no poder llevárselo con ellos, los amigos de Jesús advirtieron a su madre y hermanos. Ahora venían ellos a buscarlo.

Pero había tanta gente dentro y alrededor de la casa que no pudieron entrar. Así que le mandaron a decir que estaban allí y que lo buscaban. Los que estaban junto a él le comunicaron que su madre y hermanos le buscaban.

¿Qué haría él? ¿Dejaría que su madre y hermanos interfirieran con su trabajo en el reino de Dios? Por supuesto que él consideraba de mucha importancia sus relaciones familiares y la obediencia que le debía a su madre, pero todas esas relaciones deban santificarse en el reino de Dios; de otra manera serían un obstáculo para la venida del reino. De hecho, el reino ha llegado en aquellas relaciones que han sido santificadas.

El lazo más íntimo e importante de todos es la unión de la fe en el reino de la gracia. Todo compañerismo que pudiéramos tener aquí en la tierra depende de esta comunión. Jesús miró a su alrededor, a los que estaban sentados con él, y dijo: "He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana, mi madre". Estaba hablando de la preciosa comunion que podemos tener por la fe. No existe comunión superior a esta comunión santificada. Y esta comunión permanece para siempre. Pero en ese tiempo su madre y hermanos todavía no entendían. Sólo más tarde entenderían.

32: La revelación del misterio

Marcos 4:21–34

Para este mundo el reino de Dios es un misterio. Ha sido revelado en Cristo, no para que permanezca siendo un misterio, sino para ser conocido por la fe. A pesar de la revelación, para la carne el reino permanece un misterio. Por lo tanto, la carne sufrirá el juicio del reino. Este juicio ya se hace presente cuando la revelación nos llega en la forma de parábolas. Por medio de estas parábolas nuestra fe crecerá en su entendimiento del reino de Dios, mientras que se corta toda posibilidad para que la carne lo entienda. En la forma de parábolas el rechazo del evangelio ya trajo su juicio.

Estas cosas están registradas en Marcos 4:10–12. Es posible que Jesús pronunciara estas palabras después de todo su discurso en parábolas. Porque sólo después de terminar este discurso podrían haberle pedido sus seguidores una explicación. En todo caso, estas palabras podrían relacionarse con los versículos 33 y 34.

Hay diferencia de significado entre la parábola de la semilla que crece por sí sola y la parábola de la semilla de mostaza. La primera tiene que ver con la bendición escondida que hace que la semilla crezca, la segunda tiene que ver en los tremendos poderes que están presentes en la pequeña semilla de mostaza.

Pensamiento clave: *El misterio del reino de los cielos tiene que ser revelado.*

Como una vela. El Señor Jesús dijo e hizo mucho en Galilea. Por cierto, hubieron algunos que creyeron en él y que entendieron la gracia del reino. Pero también hubieron muchos que cerraron sus corazones a la gracia; gentes que quisieron permanecer tal como eran y que, por tanto, no entendieron sus palabras. Serían juzgados por esta falta de entendimiento. Después de todo, el reino no vino para permanecer en misterio.

Jesús los enseñó esto en una parábola. Cuando alguien trae una candela encendida a un cuarto, no la pone debajo de la cama; la pone más bien en un candelero para que todo el aposento sea alumbrado. En Cristo la gracia del reino ha aparecido como una luz en esta mundo. Sin duda Dios no se propone que su gracia quede sin ser conocida. La gracia ha de alumbrar toda la vida, pública y privada. ¡Ay de aquel que cerrando su corazón frustre las intenciones del evangelio!

Por esto Jesús exhortó a la gente a que pusieran atención a lo que él decía. En la medida que escucharon en fe y que rindieran sus corazones, recibirían de continuo mucho más. Pero si alguno cierra su corazón con incredulidad, aun el conocimiento que parecía tener le sería quitado.

Este juicio ya se estaba dando cuando Jesús decidió hablar en parábolas, porque los incrédulos no entendieron nada de lo que quería decir. Nosotros también debemos oír con fe, a fin de que el evangelio ilumine toda nuestra vida.

Como una semilla que crece por si sola. En todavía otra parábola el Señor Jesús dijo a la gente que el fruto del evangelio es un milagro que Dios mismo realiza en forma oculta. ¿Cómo era posible que la mera palabra hablada diera fruto convirtiendo el corazón y redimiendo la vida? Esto ciertamente no fue el trabajo del hombre que habló la palabra, sino que fue el resultado de la bendición secreta de Dios, bendición que se manifiesta en el fruto que produce.

¿No pasa lo mismo con la semilla que se echa en el campo? Alguien la esparce sobre la tierra, pero el sembrador no puede hacer más que eso. Entonces vienen la lluvia y los rayos del sol, y con ellos la secreta bendición de Dios, esto es, el tallo, la espiga y el grano lleno en la espiga. Lo único que le queda al labrador es cosechar el grano. ¡Qué milagro allí mismo en el campo! Allí también el poder de la gracia de Dios obra en esas bendiciones. Es incomprensible.

¿No sucede lo mismo con el evangelio? Dios le concede su bendición secreta y el hombre nada puede hacer respecto al milagro. ¿Creemos en esta bendición secreta? Si es así, también veremos el fruto del evangelio demostrándose en nuestras vidas.

Como una semilla de mostaza. El Señor Jesús despertó el interés del pueblo por medio de preguntarles además: "¿A qué haremos semejante el

reino de Dios, o con qué parábola lo compararemos? Hay tantas cosas que se pueden decir acerca de él y hay tantas cosas en la vida con las que lo podemos comparar.

"Todos saben lo que es una semilla de mostaza. La semilla de mostaza es la más pequeña de todas las semillas. Pensemos por un momento en la gran planta que sale de ella. Es más grande que muchas otras plantas. Es una planta en cuyas ramas las aves pueden hacer sus nidos". ¡Qué tremendo poder está escondido en una semilla tan pequeña! Dios mismo despierta ese poder en la semilla.

Lo mismo sucede con el evangelio. Pareciera ser muy insignificante. Con todo, hay poder en este evangelio, un poder que conquista al mundo, un poder que redimirá todas las naciones, trayéndolas de nuevo a Dios. Esto ya se vio en el imperio romano, y si tenemos fe, algún día veremos el poder secreto del evangelio revelarse a sí mismo en la restauración de los cielos y la tierra.

Hablando en parábolas. Jesús habló todas estas palabras a las orillas del mar de Galilea. En otra oportunidad ya había tenido que pedir a los discípulos que le tuviesen listo un bote, porque la gente le apretaba. Ahora se sentó en un bote y de allí se dirigió a las multitudes en la orilla.

Jesús constantemente expuso sus enseñanzas en forma de parábolas. Las parábolas entregarían a los creyentes un entendimiento mucho más rico del misterio del reino. Los creyentes le pidieron a Jesús muchas veces una explicación de las parábolas, y él les conducía más adentro del misterio.

Para los incrédulos el hecho de que Cristo hablara en parábolas era como una forma de juicio que les cerró el reino a causa de su incredulidad. Nada pudieron entender. ¿Se habrán dado cuenta algunos de ellos del juicio contenido en las parábolas? Si así fue, ¿no deberían haber abandonado su propia sabiduría para pedirle a Cristo que les ayudara a entender el misterio? En ese sentido el juicio vino a ser una bendición para aquellos que aceptaron a Jesús. Debemos recordar siempre que nuestro entendimiento corrompido y nuestro corazón pecaminoso no podrán entender el reino de Dios. El evangelio del reino también tendrá que convertir nuestras mentes. Entonces se nos abrirá la gloria del reino.

33: Seguridad

Marcos 4:35–41

Cristo, el enviado de Dios, tiene poder sobre los vientos y el mar. Por el poder de la gracia de Dios él restringe a los poderes amenazantes del mundo. Esto lo hace en virtud de su oficio. No sólo es el rey de todos los poderes de la naturaleza, tal como Adán lo fue, y no sólo derramó su sangre para la remisión de los pecados, a fin de restaurar este reinado original, sino que también recibió temporalmente poder para redimir la vida de los poderes amenazantes que se introdujeron en el mundo por medio del pecado.

Los poderes más amenazantes son la muerte, el diablo y toda esclavitud al pecado, la esclavitud que nos vino debido a nuestra culpa. Pero también hay la maldición, junto con todo aquello que amenaza nuestra vida a causa de esta maldición. En muchas formas los poderes de este mundo se han vuelto en contra de nosotros.

Si los discípulos hubieran conocido cabalmente a Jesús como el conquistador del diablo y la maldición, también hubieran sabido que estaban seguros con él en medio de la amenaza de la tormenta. No obstante, aquí también se puede aplicar el adaje de que el que esté sin pecado tire la primera piedra.

Pensamiento clave: *Con Cristo los suyos están seguros en el mundo.*

¿No tienes cuidado? Por mucho tiempo el Señor se dirigió a las multitudes en la orilla desde un bote. Más tarde, conversó con su círculo más intimo. Debió haber estado extremadamente cansado de haber trabajado tan duro todo el día. Así que pidió a sus discípulos que cruzaran al otro lado del lago, donde podría encontrar reposo con ellos en un lugar privado.

Los discípulos despidieron a la multitud. Después se dieron a la mar junto con otros botes. En la popa del bote había una banqueta cubierta con

almohadas. El Señor Jesús se sentó allí y muy pronto se quedó dormido del cansancio.

Frecuentemente sucedía en este lago que de improviso el viento soplaría entre las quebradas de las montañas al norte, creando grandes tempestades en el agua. La tempestad levantaría enormes olas. Esto fue lo que sucedió ahora: de repente se levantó una tempestad de viento. La situación se puso tan mala que el bote empezó a hacer agua. Parecía que todo llegaría a su fin.

Mientras tanto Jesús dormía, vencido por la fatiga. Al principio los discípulos no quisieron molestar a Jesús y trataron de salvar el bote ellos mismos. Debieron haber pensado que nada malo les podría pasar mientras el Señor estuviese con ellos en el bote. Pero entonces, a medida que empezaron a tener miedo, poco a poco se fueron alejando del Señor y ya no se sometieron a él en confianza. Se resintieron al verlo dormir tan plácidamente, mientras que ellos luchaban por sus vidas. Así que le despertaron con estas palabras: "Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?"

Su fe no se asió lo suficiente de Jesús porque todavía no alcanzaban a ver la grandeza y plenitud de la gracia y salvación manifestada en Cristo. Si por la fe se hubieran percatado de ello, se habrían aferrado a él en toda circunstancia. Pero todavía no lo conocían lo suficiente y, por tanto, su fe era demasiado débil para estas circunstancias. ¡Cuán a menudo sucede esto a los creyentes hoy en día!

Jesús reprende el viento. El Señor Jesús estaba tan cansado que la tormenta no lo despertó. ¡Pero qué injusto fue el reproche de sus discípulos! ¿Cómo se les pudo ocurrir que a él no le importase que ellos perezcan? Había venido al mundo para redimir la vida. De manera que, ¿no estaría preocupado de esta presente necesidad? Pues sí lo estaba, precisamente porque él es el Salvador.

Vio las olas y oyó la tempestad. En todo ello pudo ver la amenazas de la muerte como también los poderes hostiles que habían entrado en el mundo a través del pecado. Había venido para hacer expiación por el pecado, y así conquistar el poder de la muerte. Llegará el día en que la muerte no será más. Cuando esto suceda todos los poderes del mundo servirán al hombre. Mas ahora lo atacan y amenazan su vida.

Jesús percibió la hostilidad en la tempestad. Así que reprendió a los vientos. Su enojo volvió contra la hostilidad que se reveló en la tormenta, y la reprendió. Dijo al mar: "Calla, enmudece". Cesó el viento y se hizo grande bonanza.

¡Los creyentes están seguros en este mundo! Jesús quería expiar el pecado y así conquistó a Satanás y a la muerte. Jesús ha llegado a ser el Señor de todas las cosas en el cielo y en la tierra, recibiendo poder sobre todos los poderes hostiles, un poder con que refrenarlos. Todas las cosas están bajo su cuidado bondadoso. ¿Hay algo entonces que puede dañar al creyente? Sin embargo, está lejos de ser cierto que siempre pensamos que él tenga este poder.

¿Por qué no tuvieron fe? El Señor tuvo que reprender también a sus discípulos. Cuando vino la calma les dijo: "¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?" Vieron la agitación del mar pero no fueron capaces de ver la necesidad en que el mundo se encontraba, la necesidad de un mundo que estaba amenazado de perecer en su pecado y culpa. El Señor salvaría al mundo de aquella necesidad. Si ellos hubieran creído esto, no hubieran temido la agitación del mar. ¿No los habría salvado de semejante apuro?

Los creyentes con demasiada frecuencia reaccionamos igual que los discípulos. Vemos esta u otra necesidad que nos aflige. Pero tampoco vemos la necesidad del mundo, de la cual Cristo nos salvó. ¿No son estas necesidades particulares de aquí y de allá insignificantes en comparación con las necesidades del mundo? Aquel que rescató al mundo de las profundidades de la culpa, ¿no nos rescatará a nosotros de alguna necesidad en particular? El hará todo aquello que sirva para nuestra redención. ¿Creemos en Aquel que redimió al mundo de su culpa?

Los discípulos y los que los acompañaban se llenaron de asombro por lo que había pasado. Se dijeron unos a otros: "¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?" Todavía andaban a tientas buscando la plenitud de la gracia que había aparecido en Cristo, en el enviado de Dios, en Aquel que era Dios y hombre.

La fe tiene que buscar a tientas, tiene que escudriñar. Entonces encontrará constantemente cosas más grandes y llegará a ver la gloria de Dios, esto es, el dominio de su gracia.

34: Atando al fuerte

Marcos 5:1–20

La tierra al otro lado del mar de Galilea era llamada la tierra de los gadarenos (de Gadara) o la tierra de los gergesenos (de Gergesa). Marcos 5:20 la llama Decápolis, pero en este caso se habla en forma mucho más amplia.

Esto ya no era tierra judía. Aquí Cristo estaba entrando en el mundo pagano que todavía estaba bajo el poder de Satanás. El mundo pagano no sería liberado en principio hasta que el Espíritu Santo fuese derramado. La victoria que Cristo tuvo sobre el diablo en la tierra de los gadarenos es una profecía que apunta a su victoria completa.

El punto principal, entonces, no es tanto la liberación del hombre aquel como la manifestación del poder de Cristo. Esto explica por qué se presenta el poder de Satanás en esta forma y también explica por qué Jesús obliga al hombre a decir que una legión lo domina. Esto explica también por qué aquí se presenta Satanás bajo el completo control del poder soberano de Cristo.

El hecho de que el hato de cerdos se precipitase al mar no debe interpretarse como un castigo por criar cerdos, los cuales eran animales inmundos para los judíos, ya que esta región era predominantemente pagana. Tampoco debemos ver en la destrucción de los cerdos por los demonios juicio simbólico sobre el pecado en general.

Satanás sabía lo que quería. Por medio de destruir el hato haría que los gadarenos se unieran en contra de Cristo. La destrucción de aquel hato de cerdos los tocó mucho más profundamente que la salvación de un hombre. Cristo dejó que Satanás llevase a cabo lo que quería, probando así a los gadarenos para ver si ellos le reconocerían y aceptarían en su poder salvador.

No se nos dice donde fueron los demonios después que destruyeron a los cerdos. De seguro que salieron otra vez a recorrer el país. Sólo mientras estuvieron delante de Cristo estuvieron impedidos de moverse a su antojo. No tenemos por qué pensar que fueron atormentados antes del tiempo. Satanás todavía se divierte destruyendo y corrompiendo, aunque al hacer esto hace que su juicio sea aun más duro. Lo que más le atormentará será estar atado.

Pensamiento clave: *Cristo ata al Fuerte a fin de saquear sus bienes.*

Bajo el poder del Fuerte. El Señor Jesús cruzó el mar de Galilea y entró en la tierra de los gadarenos. Ni bien puso el pie en la orilla cuando un endemoniado se le acercó.

En esa área había muchos acantilados en los cuales había cavernas. En estos acantilados también se habían hecho tumbas. Allí vivía este hombre. Tenía una fuerza extraordinaria porque en él vivían muchos demonios. Muchas veces había sido amarrado con grillos y cadenas, mas él siempre las hizo pedazos. Durante el día podía vérsele en la cima de los acantilados gritando, y a veces hiriéndose con piedras. Era peligroso pasar por allí. En las noches dormía en las tumbas.

Es horrible estar bajo el poder de Satanás. La providencia de Dios dejó que en aquellos días Satanás ejerciera su poder en esta forma. El caso de este endemoniado no era un caso de locura, sino algo totalmente diferente. Dios había querido que sucediese en esta forma a fin de que Cristo pudiera manifestar su poder sobre Satanás. Sin embargo, a este hombre se le había quitado el control de sus sentidos y voluntad. Es mucho más horrible aún someterse al poder de Satanás voluntario y gustosamente, como muchos lo hacen hoy en día. Somos guiados por el Espíritu de Dios o por Satanás.

Aquel que tiene poder. Cuando el endemoniado vio de lejos a Jesús, corrió a encontrarlo y se puso de rodillas delante de él. Satanás dirigía todo lo que este hombre hacía. Satanás reconocía aquí ya que en Cristo se había encontrado con su superior y que tenía que inclinarse delante de él, delante del Enviado de Dios. El hombre gritó con gran voz: "¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?" Satanás no quería saber nada con Jesús, porque en él se había revelado la plenitud de la gracia de Dios. En esta gracia Dios, como el Altísimo, gobierna sobre todas las cosas y aun usa a Satanás contra su voluntad.

¿Qué haría con él ahora *el Cristo*, el Ungido de Dios? Satanás sabía que estaba completamente a la merced del poder de Cristo. Ahora ya oía que Cristo le ordenaba salir del hombre. ¿Qué le pasaría entonces? ¿Sería atado ya y para siempre? Esto significaría que en ese mismo momento entraría en sus tormentos eternos. Satanás se divierte destruyendo y corrompiendo.

La tierra de los gadarenos era territorio pagano. Hasta ese entonces Satanás había hecho como le venía la gana, porque en aquel tiempo Dios permitió que los gentiles anduviesen en sus propios caminos. Dios no buscaría a los gentiles nuevamente sino hasta después del derramamiento del Espíritu Santo. Cristo ahora había aparecido en este territorio pagano. ¿Qué había venido a hacer allí? ¿Ataría a Satanás antes de tiempo? Es por esto que Satanás le conjuraba por Dios que no lo atormentara.

Cristo apareció aquí en el poder de su gracia, teniendo a Satanás en sus manos. Esto lo dejó muy claro. Le preguntó al demonio su nombre, porque quiso poner de manifiesto el carácter tremendamente siniestro de todo ese asunto. Por fuerza Satanás respondió que su nombre era *legión*, porque por lo menos esa cantidad de demonios poblaba al hombre. De esta forma se hizo público lo que había hecho que este hombre llegase a ser tan horrible.

Los demonios estaban por completo bajo el poder de la gracia de Cristo. Pero, por supuesto, vale lo mismo hoy en día. Es cierto que Satanás todavía tiene cierto poder sobre las naciones y la vida, pero Cristo desenmascara a este dominio haciendo que todos conozcan su horror espantoso. Por sí mismo esto rompe su dominio, y entonces Cristo puede rescatar la vida de su poder. Algún día Cristo arrebatará toda la tierra del poder de Satanás. ¿Acaso no derramó su sangre para la remisión de los pecados del hombre, logrando así el derecho a quebrantar el gobierno de Satanás? Nosotros también somos libres en principio por medio de la fe.

Destrucción por Satanás. Cerca de allí había un gran hato de cerdos paciendo sobre una colina. Eran como unos dos mil cerdos. Los demonios le pidieron permiso para entrar en los cerdos. En presencia de Cristo nada podían hacer sin su permiso.

Los demonios sabían muy bien lo que estaban pidiendo. Querían destruir todo el hato de cerdos. ¿Qué diría entonces la gente del lugar? Le echarían la culpa al Señor y estimarían la pérdida de los cerdos de mucho más valor que la restauración de aquel hombre endemoniado. No eran el tipo de gente que daría más valor a una persona que a una oveja. ¡Y Satanás conoce a su gente! A causa de esta pérdida todos se rebelarían en contra del Señor Jesús, rehusando reconocerle en el poder de su gracia. Fue así que Satanás preservó su reino en aquel lugar.

Por supuesto que Jesús sabía las intenciones de Satanás. Aun así, le concedió su pedido. El juicio de la pérdida de los cerdos caería sobre aquella región. Cristo quería que viesen que estaban todos bajo el poder de

la corrupción. La maldición del gobierno de Satanás descansa sobre este mundo, en particular sobre el mundo gentil. Si ellos llegaban a entender esto, entonces conocerían a Aquel que es capaz de libertar al pueblo de esa maldición. De esta manera, aun en el juicio que esta pérdida representaba, la gracia de Cristo que busca al pecador estaba operante. Jesús estaba invitando a los gadarenos a tener fe.

Satanás llevó a cabo sus intenciones. De manera disparatada bajó corriendo todo el hato, precipitándose descontroladamente por un despeñadero y ahogándose en el mar. Esta es la forma tan destructiva en la que Satanás opera.

Una vez que los demonios salieron de los cerdos lejos de la presencia del Señor, debieron haberse desparramado por la región de nuevo en busca de otras víctimas. Todavía no había llegado el tiempo en que serían atados. No sería sino hasta después del derramamiento del Espíritu Santo que Cristo desbarataría los planes de Satanás en todas las áreas de la vida. Ahora ya había mostrado su poder sobre él.

Los gadarenos. Cuando los que apacentaban los cerdos se dieron cuenta de lo que había pasado, huyeron a contarlo en la ciudad y en las aldeas. Entonces toda la región salió a ver lo que estaba pasando. Lo que vieron fue al endemoniado sentado, vestido y en su juicio cabal. Los que estaban con el Señor les contaron exactamente lo que había pasado.

¡Cuán felices debieron haberse puesto! Allí estaba el hombre sentado, completamente sano. Ya no era más un endemoniado, sino un templo del Espíritu Santo, porque creyó en el Señor Jesús y en el poder de su gracia. El Espíritu Santo no nos ata como Satanás había atado a aquel hombre. Ser guiado por el Espíritu Santo no es lo mismo que estar poseído. El Espíritu de Cristo nos guía a servir al Señor voluntariamente.

¡Cuán felices deberían haber estado los gadarenos! En cambio, sólo tenían miedo. No se atrevieron a levantarse en contra del Señor, pero pensaron que él había sido enviado a ellos para juicio. ¡Cuán lejos estamos de él si lo estimamos en esta forma! Y entonces, a causa de nuestra incredulidad él realmente viene a ser nuestro juicio. Llenos de temor, ellos le pidieron que abandonara el país. Esto es ciertamente la peor cosa que pudiéramos hacer, pedirle al Señor que se vaya de nosotros. ¡Y cuántos no hay que hacen exactamente la misma cosa hoy en día!

Aunque se fue, no dejó la tierra de los gadarenos a sus propios recursos y bajo el dominio de Satanás. El que fuera un endemoniado le pidió permiso

ir con él. El Señor no se lo permitió. El hombre debía permanecer en su tierra y dar testimonio de Cristo. Debería contar a sus familiares y amigos acerca de la misericordia de Dios revelada en Cristo Jesús.

Esta no fue tarea fácil para el hombre, pero era una maravillosa vocación. Evidentemente el Señor Jesús ya tuvo confianza en él para seguir esta ministerio. Este hombre había visto mucho de Cristo y llegó a ser un evangelista en todo ese territorio.

La semilla fue sembrada allí. Más tarde llegó a esa región el mensaje del sufrimiento y la resurrección de Cristo, como también el mensaje del derramamiento del Espíritu Santo. De manera que la semilla que una vez fuera plantada llevó fruto.

35: El restaurador de la vida

Marcos 5:21–43

Jairo vino a Jesús y le pidió que pusiera sus manos sobre su pequeña hija para que fuese sana. Evidentemente estaba pidiendo algún tipo de poder mágico que se suponía saldría de Cristo. Este principal de la sinagoga no había avanzado más allá de una fe en tales poderes mágicos. Muchas veces había escuchado a Cristo predicar en la sinagoga, pero todavía no se había decidido por él. Sólo en medio de su aflicción se acercó a Cristo.

Por cierto, Cristo había sanado a la gente sólo con el toque de las manos (Mr. 6:5). Con frecuencia tocaba a los enfermos, pero su propósito en esto era llegar a tener un contacto de persona a persona con ellos. La gente no debía pensar en términos de un poder mágico que operaría aparte de su fe en Jesús. De manera que es notable que tomara a la hija de Jairo de la mano y le hablara. Esto mostró que buscó dicho contacto personal. Antes de esto, echó fuera a toda la gente que había en la casa, ya que todo el alboroto y el lloriqueo que estaban haciendo impediría una manifestación de un contacto personal.

Vemos lo mismo con la curación de la mujer con flujo de sangre. Ella también sólo buscaba tocar sus vestidos, a fin de que saliera poder de él. Después ella desaparecería sin que nadie lo notase. Pero Cristo no quería que fuese así; él quería conocerla.

Es evidente que la fe de esta mujer desde el principio estuvo dirigida en forma distinta, aun cuando ella misma no estuvo totalmente consciente de este hecho. Ella no hacía una separación entre el poder de Cristo y Cristo mismo. Nunca se imaginó cuánto quería a Jesús mismo, aun cuando lo que buscaba era la sanidad. Las palabras de Cristo dejan bien en claro que en el fondo ella lo buscaba a *El*; "Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz". No obstante, salió poder de él aun antes de que él pudiera conocerle y hablarle.

Pero esto no ocurrió involuntariamente, sin querer. De Cristo nunca salen poderes mágicos. El sabía que alguien le buscaba. En obediencia a su Padre efectuó esta curación con la intención de buscar a esta mujer que había sido sanada. Esto no está en conflicto con las palabras: "Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él" (v. 30). Aun cuando este poder no salió de él involuntaria-

mente o contra su voluntad, ahora le daba toda su atención, a fin de relacionarlo con sus consecuencias. Tenía que encontrar a la persona que había sido sanada. Esta demora en el camino debía haber indicado a Jairo lo que podía esperar de Cristo.

En este encuentro personal Cristo quiere realmente poner la vida en libertad, redimirla del pecado y la muerte, para que pueda servir a Dios en libertad. Dado que él iba a hacer expiación bido poder sobre todas las cosas, tenía las vidas de los hombres en su mano. Jesús pudo hablarle a la hija de Jairo y tomarla de la mano como si estuviese viva, y también decir que dormía. Para Jesús ella estaba durmiendo, porque él tenía su vida en sus manos y se la devolvió. Así como él reina sobre la vida, también lo hace sobre las enfermedades y la salud. Es así como también pudo curar a aquella mujer.

Pensamiento clave: *Cristo se revela como el restaurador de la vida.*

Pon las manos sobre ella. Después de haber estado en la tierra de los gadarenos, el Señor y sus discípulos volvieron otra vez al lado oeste del mar de Galilea. De inmediato se juntó a su alrededor una gran multitud allí en la orilla. Se le acercó uno de los principales de la sinagoga de aquella ciudad, un hombre llamado Jairo. Cuando vio a Jesús, cayó a sus pies. Este principal todavía no se había decidido por Jesús, pero al parecer ahora estaba profundamente conturbado y en una gran aflicción. No era de esperarse otra cosa, porque su pequeña hija de doce años moría. El cayó a los pies de Jesús y le rogó que fuera a su casa para sanarla.

Jairo creía que Jesús podía hacer esto, pero lo creía en término de un poder mágico que saldría de Jesús. Así que pidió a Jesús poner las manos sobre su hija para sanarla. No veía el hecho de que Jesús haría expiación por el pecado, recibiendo por ello poder del Padre, poder sobre las consecuencias del pecado, y así sobre la enfermedad y la muerte.

Es verdad que en ese tiempo todavía nadie entendía esto claramente, ni aun sus discípulos. Pero los creyentes sí podían ver que él había sido enviado por el Padre para redimir la vida y restaurarla para que pueda servir a Dios en libertad. Los creyentes no buscaban en él poderes mágicos, sino que un contacto personal con él a través de la fe.

Pero esto no es lo que Jairo buscaba. A pesar de todo Jesús estaba listo para acompañarlo en el momento. Tenía mucho que enseñarle a Jairo todavía; le mostraría lo que él quería ser para el pueblo.

Al igual que Jairo, a todos nosotros nos gustaría recibir muchas cosas del Señor Jesús, y todos buscamos algo especial en él. Pero muchas veces falta

la fe, una fe en el Cristo que redime la vida, una fe en Aquel a quien estamos unidos para siempre. No obstante, Jesús continúa teniendo compasión de este mundo. Nos quiere enseñar los caminos de Dios.

Si tocare tan solamente su manto. Cuando Jesús partió con Jairo, la multitud lo siguió. La multitud lo apretaba porque querían ver otro milagro especial de curación. La multitud iba en busca de lo sensacional.

Pero en el camino ocurrió algo que ni Jesús ni Jairo habían previsto, algo que Jesús podía usar para enseñarle a Jairo lo que él quería ser para el pueblo. Una mujer se abrió paso a través de la multitud y tocó la punta de su manto. Esta mujer había sufrido de hemorragias por ya doce años y había gastado todo lo que tenía en médicos, sin alcanzar ningún resultado. Pero ahora pensaba: "Si tocare tan solamente su manto, seré salva. Y después desapareceré nuevamente sin que nadie lo note". La mujer tenía miedo de pedir abiertamente que la sanara.

La mujer tenía fe. Pero otra vez era una fe en algún poder mágico de Jesús que ella pensaba emanaba de él. Ella también debía aprender que las cosas eran de otro modo. Con todo, ella tenía fe. Esto explica por qué, en el mismo momento que tocó a Jesús, salió poder de él y ella fue sana. Ella pudo sentirlo dentro de su cuerpo y ya se preparaba para desaparecer entre la multitud.

Tu fe te ha salvado. Pero Jesús no quería que las cosas fuesen así. El poder no salió sin que él lo notara. El se dio cuenta de que alguien lo buscaba, y en obediencia al Padre efectuó la curación. Pero él deseaba tener un contacto personal a fin de que la mujer pudiera saber que él fue enviado por el Padre. También era mejor para la mujer que ella estuviese consciente de sí misma. Por cierto ella tuvo vergüenza de dar a conocer su enfermedad, pero sentía un verdadero afecto por el Señor y deseaba su bendición.

Por lo tanto, lo que había hecho no podía quedar sin respuesta. El Señor se volvió y preguntó quién lo había tocado. Los discípulos pensaban que esta era una pregunta tonta, en vista de que toda la multitud lo apretaba alrededor. Pero él insistió en que sabía bien de lo que hablaba, ya que había salido poder de él. Alguien lo había necesitado como Redentor. Entonces a la mujer no le quedó otra cosa que pasar adelante y decirle todo. *Nosotros* también podemos hacer esto delante de sus ojos. La mujer cayó a sus pies y le contó todo.

Ahora él quería darse a conocer a ella en su amor, amor que redime por toda la eternidad. Así que le dijo: "Hija, tu fe te ha hecho salva; vé en paz, y queda sana de tu azote". Con esto no sólo le dijo que quedaría sana para siempre, sino que también le dio su paz. En ella se había despertado una fe que hizo que buscar a Jesús en la forma correcta. Llegó a conocer la gracia de Dios revelada en el Señor Jesús.

Talita cumi. Mientras Jesús todavía estaba hablando, llegaron algunas personas desde la casa de Jairo diciendo que su pequeña hija había muerto. Algunos sintieron que ya era demasiado tarde, y que Jairo no debía seguir molestando al Maestro. pero el Señor Jesús oyó sus palabras, y dijo a Jairo: "No temas, cree solamente". No le estaba pidiendo que creyese en sus poderes milagrosos, sino que creyese en él como el conquistador de la muerte. Ahora por lo que había pasado con esta mujer Jesús podía más fácilmente pedirle esto. Le acababa de mostrar lo que él quería ser para el pueblo. Debemos someternos a él en todas las cosas, en la vida y en la muerte.

Una vez llegado a la casa de Jairo, Jesús no permitió que nadie lo acompañase, ni siquiera sus discípulos, con la excepción de Pedro, Santiago, y Juan. Esto debió haber sido desilusionante, especialmente para los otros discípulos. Pero debían aprender a someterse a su voluntad, que es también la voluntad del Padre. El milagro que estaba por ocurrir no debería ser difundido mucho, sino que debía interpretarse como el producto de la gracia de Dios revelada en Cristo, una gracia que conquista el pecado y la muerte. Por lo tanto, sólo se permitió la presencia de los padres y de los tres discípulos. Era necesario que estos tres discípulos estuviesen presentes a fin de que después pudieran predicar la gracia de Cristo.

Cuando Jesús entró en la casa de Jairo, ya habían llegado las mujeres y las plañideras, porque en el Cercano Oriente un funeral debe realizarse pronto. Pero el Soberano de la vida no podía soportar semejantes testigos de la muerte. Los echó a todos afuera, diciendo que la niña no estaba muerta sino que dormía. Se rieron de él, pero él sabía lo que realmente estaba pasando. Por cierto la niña había muerto, pero Jesús tiene autoridad sobre la muerte a causa de su expiación por el pecado y la volvería a la vida. Para él ella sólo dormía.

Entró a la habitación donde estaba la niña junto con los padres y los tres discípulos. No puso sus manos sobre la niña, como Jairo se lo había pedido. En Jesús no hay poderes mágicos, sino que él busca el contacto personal.

Tomó la mano de la niña y le habló. Hizo todo esto como si ella estuviera viva. Así de poderoso es él. Después de todo, él conquistó la muerte haciendo expiación por nuestros pecados. Así que dijo: "¡Talita cumi!", esto es "Niña, a ti te digo, levántate". De inmediato la niña despertó del sueño de la muerte y empezó a andar.

Los que estaban allí presentes quedaron maravillados. Pero él les ordenó no decir nada a nadie, y dijo que le dieran de comer a la niña. En *ese* momento no debían contar lo que había pasado, a fin de evitar que la gente lo buscara como un obrador de milagros. Pero más adelante los discípulos que presenciaron este milagro deberían proclamarle como el conquistador de la muerte, a fin de que pudiésemos creer en él.

Por fe en él nuestras vidas también serán restauradas por toda la eternidad. Jesús restaura nuestras vidas al hacernos entrar ahora en comunión con Dios. Pero algún día restaurará nuestras vidas en gloria en la resurrección de los muertos.

36: El Señor del cielo

Marcos 6:7–32

Cristo es el Señor que ha venido del cielo; es tanto Dios como hombre. Como tal pudo expiar nuestros pecados y recibir poder para perseverar en su obra redentora y para vencer a sus enemigos. Así conquistó las enfermedades, la muerte y Satanás.

Como el Señor del cielo envió a sus discípulos como apóstoles o embajadores. Sus apóstoles recorrieron todo el país (Marcos usa la palabra *apóstol* solamente en Marcos 6:30). En su oficio de embajadores podían pedir que alguno los recibiese en su hogar y se preocupase de ellos. Como portadores de ese oficio tenían derecho a eso. Si una ciudad o un hogar no los recibiese como aquellos que vienen en el nombre del Señor venido del cielo, deberán entonces sacudir el polvo de sus pies. Con esta acción estaban excomulgando a aquella ciudad de su comunión, declarándola una ciudad igual al mundo pagano.

Las multitudes no tomaron al Señor como al Señor venido del cielo. Con todo, vieron la autoridad con la que actuaban sus discípulos. Así que trataron de explicarlo como alguien que había resucitado de los muertos. Algunos decían que él sería Juan el Bautista (quizás el versículo 14 debiera decir: "Y dijeron: Juan, que bautizaba allí, ha resucitado de los muertos"). Cuando otros contradecían esto, ya que Jesús y Juan habían trabajado juntos, entonces decían: "Debe ser alguien que resucitó de los muertos, quizás Elías o alguno de los profetas". La carne no puede conocerle como el Señor venido del cielo. Herodes tampoco pudo conocerle. La idea de que Jesús podría ser Juan el Bautista encontró pronto asilo en su mente, pues su conciencia le molestaba. Esta superstición hizo que Herodes tuviera miedo. No conocía a Cristo, ni tampoco le reconoció como el Señor del cielo, que también podría quitar sus pecados. Como idumeo rechazó la salvación que aparecería en Israel.

Cuando, por un lado, se mira a Cristo como a alguien que resucitó de los muertos, lo estamos subestimando mucho. El es Dios venido en carne. Por otro lado, tampoco se reconoce que él se hizo como uno de nosotros y que llevó nuestro yugo.

Los discípulos no debían entusiasmarse demasiado a causa del éxito que

tenían ni tampoco por la idea que tenía la gente. Por lo tanto Jesús les dijo: "Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco". ¡Ahora todo había vuelto a la normalidad cuando zarparon otra vez en el bote!

Pensamiento clave: *El Señor se revela como el Señor venido del cielo.*

Enviando a sus embajadores. El Señor Jesús ya no podía realizar el trabajo solo. Por cierto, grandes multitudes venían a escucharle, pero también era necesario que toda Galilea escuchara el evangelio de la salvación. Debía tratar de ganar a todo el país para su Padre. Es así, pues, que ahora enviaba a sus discípulos a que llevaran el mensaje a todo el país.

Los envió como sus embajadores, de dos en dos. El es el Señor venido del cielo y ellos debían actuar con autoridad en su nombre. Nada debían llevar para su viaje, a excepción de su ropa, sandalias y bordón. Pero no debían llevar pan ni alforja, ni dinero. Tenían derecho a ser recibidos y cuidados por aquellos a quienes llevaban el mensaje del Rey. Los que los recibían a ellos, recibían al Rey mismo. En consecuencia, no deberían andar de casa en casa en una ciudad, sino que debían permanecer en la primera casa que los recibió.

Si en algún lugar no los recibían, deberían sacudirse el polvo de sus pies. En esta forma estaban dando una señal de que no había comunión alguna entre ellos y aquel lugar; es decir, que no había ninguna comunión entre el Rey y la gente de ese lugar. Esto también significaba que habían rechazado el mensaje del Rey. Entonces vendría un terrible juicio sobre aquella gente. El castigo sería más tolerable para los habitantes de Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad en el día del juicio. ¡Cuán glorioso es el Rey que tiene tanto que dar, pero cuyo juicio es por eso mismo tan terrible!

Así que los discípulos salieron de dos en dos con el mensaje que el reino de Dios había llegado y que el pueblo debía abandonar las expectaciones que tenían en sí mismos, para volverse a la gracia que gratuitamente se les ofrecía en aquel reino. Como sus embajadores también recibieron poder para echar fuera demonios y para sanar a los enfermos. A su palabra los demonios obedecían, dejando a sus víctimas. También ungieron a los enfermos con aceite. El aceite representaba el poder del Espíritu Santo por el cual eran sanados. Por medio de esta señal los discípulos provocaban fe en los enfermos, fe que serían sanados por el poder dado por Jesús. Así pues, el evangelio glorioso salió a muchas partes de Galilea y la gente allí veía el poder salvador de la gracia de Dios.

La multitud carece de entendimiento. Mientras los discípulos viajaban por Galilea, el Señor Jesús continuó también con su obra. Por todas partes se hacían grandes milagros y señales. Por esto la gente no podía más que preguntarse: "¿Quién es él, después de todo? ¡Excede por mucho todo patrón humano!"

¿Llegaron *ahora* a la conclusión correcta, esto es, que él es Dios venido en carne, el Señor del cielo? No podían llegar a esta conclusión a causa de su incredulidad. Ya no podían entender el pacto y el íntimo lazo que este pacto efectúa entre Dios y su pueblo. ¿Cómo podrían, entonces, entender la unidad de Dios y hombre en el Señor Jesús? Por cierto, Dios había preparado a su pueblo para aquella preciosa revelación en Cristo por medio de su pacto y por medio de la revelación de su gloria en el templo, pero ellos habían cerrado sus corazones en incredulidad. ¿Cómo podrían ahora reconocer al Cristo?

A causa de esto, cada uno tenía su propia idea de lo que era Cristo, pero todas no eran más que una mentira. Algunos decían: "El es Juan el Bautista, que murió y ahora ha resucitado". Otros contradecían: "Eso no puede ser, porque los dos trabajaron juntos. Pero él tiene que ser algún otro que resucitó de los muertos, quizás Elías o alguno de los profetas. De otra manera, no sería capaz de hacer milagros tan grandes". De esta manera las mentes erradas y pecaminosas trataban de explicar lo que estaban experimentando, pero no llegaban a la conclusión correcta, esto es, que él es el Cristo, el enviado de Dios, que él es el Señor que ha venido del cielo. Sólo podremos adorarle como tal por la fe.

El idumeo. El gobernador de aquel país era Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande. Su padre le legó el dominio sobre Galilea y Perea y se complacía en llamarse rey. Los Herodes no eran judíos, sino edomitas. Así que su antecedencia era pagana, aunque habían sido incorporados a la nación judía.

Este Herodes se enteró de los milagros que Jesús estaba realizando, y también oyó los rumores que corrían entre el pueblo que él posiblemente era Juan el Bautista resucitado de los muertos. Esto asustó a Herodes porque él había matado a Juan. El sabía que lo que había hecho era injusto, y su conciencia le estaba molestando, y debido a la superstición creyó que Juan había resucitado. Entonces el ministerio de Jesús llegó a obsesionarlo.

El asesinato de Juan ocurrió de la siguiente manera. Juan había reprendido repetidamente a Herodes porque éste había tomado como mujer a

Herodías, la esposa de su hermano Felipe. Juan protestó en el nombre del Dios de Israel contra la abominación que se había llevado a cabo en la familia que gobernaba a Israel. Herodes no prestó atención a esta reprensión y tampoco estaba preparado para tolerarla por mucho tiempo. Así que arrojó a Juan a la cárcel para callarlo.

Pero esto no fue suficiente para Herodías, que quería la muerte de Juan, pues sabía bien que Herodes estaba muy impresionado por las palabras de Juan. Así que lo odiaba a muerte. Y hasta donde Herodes tenía que ver, ella tenía razón. Una y otra vez Herodes hizo traer a Juan a su presencia, y cada vez quedaba más impresionado. ¡Cómo se habría burlado Herodías de Herodes y cómo habría tratado de borrar esa impresión de la mente de Herodes! Con todo, no pudo convencer a Herodes de que matara a Juan. Herodes vaciló constantemente entre las palabras de Juan y la burla de Herodías.

Herodías esperó que llegara su oportunidad, y llegó. El día de su cumpleaños Herodes ofreció una gran fiesta para sus oficiales, cortesanos y los hombres más importantes de Galilea. Herodías tenía una hija de su primer marido. Cuando la fiesta estaba en todo su apogeo y Herodes bajo la influencia del vino, Herodías le dijo a su hija que bailara para el rey y sus invitados. Esto era degradante: una princesa nunca haría algo semejante. Pero la joven cautivó al rey y a sus invitados. En su borrachera Herodes le prometió a la joven que le concedería cualquier cosa que ella pidiera, hasta la mitad de su reino.

Esta era la oportunidad que Herodías estaba esperando. La joven, que conspiraba con su madre, se le acercó para preguntarle qué debía pedirle al rey. La madre le dijo que le pidiera la cabeza de Juan el Bautista. La hija era tan degenerada que, sin pensarlo más, hizo lo que su madre le dijo.

En este momento Herodes se dio cuenta que había sido inducido a una trampa. El pensaba que no tenía salida, ¡como si no debiera haber negado a semejante petición! Una promesa pecaminosa nunca debe cumplirse. Pero tenía vergüenza a causa de sus invitados, porque había declarado su promesa con juramento. Además, no quería desilusionar a la joven. El encanto de ella seguía trabajando. De manera que dio la orden de que decapitaran a Juan en la prisión y que su cabeza le fuese traída en un plato a la joven. Se dio permiso a los discípulos de Juan para que enterrasen el cuerpo de su maestro.

Esta culpa de sangre pesó fuertemente sobre la corte. De seguro que a Herodías no le molestó el asunto, pero a Herodes lo angustió. Y ahora escuchaba acerca de los milagros del Señor Jesús y de los rumores que

corrían entre el pueblo. No pudo encontrar consuelo por medio de la fe en la revelación de gracia del Señor Jesús El ministerio de Cristo le causaba temor, y a causa de su superstición y su turbada conciencia pensaba ver en él a Juan el Bautista.

Más adelante, cuando fue prisionero el Señor Jesús, Herodes pudo verlo cara a cara y lo presionó severamente que le resolviera este enigma (véase Lc. 23:8–9). Pero no recibió respuesta. Este pagano, que cometió cosas horripilantes en Israel y que rechazó la gracia de Dios, tendría que cargar con su propio juico. Herodes repitió el pecado de Esaú, que un vez rechazara la promesa de Dios.

Solo en un lugar solitairo. Una vez terminado el viaje y en medio de una ola de rumores en Galilea acerca de Jesús, los apóstoles se juntaron nuevamente con él, probablemente en algún lugar preestablecido. Le contaron con emoción todo lo que habían hecho y aprendido. Habían sanado enfermos y resucitado muertos. Y hasta los demonios les obedecían.

Al parecer la efervescencia que había en Galilea también afectó a los discípulos. Pero en ese estado no podrían ver a Jesús tal como era realmente, es decir, como al Señor venido del cielo. Por un lado, él era verdadero Dios, pero por el otro, él era también hombre, realmente uno de ellos. Allí mismo se encontraba la inmensa gracia que Dios reveló en él. Era sumamente necesario que los discípulos volvieran a la fe sencilla que puede empezar a ver estas cosas con claridad. Así que quiso estar a solas con ellos por un tiempo en un lugar solitario. Donde ahora estaban no tendrían descanso. Mucha gente iba y venía, al punto que no tenían ni tiempo para comer.

Se fueron juntos en un bote para ir a la otra orilla. Al parecer no fueron muy lejos ni tampoco muy rápido, ya que la multitud que dejaron en la orilla no los perdió de vista y caminaron alrededor del lago para encontrarlos otra vez. Así que tampoco encontrarían descanso al otro lado.

¡Pero cuánta paz gozarían con el Señor Jesús en su tan querido bote y en el lago que les era tan conocido! Allí estaba, Aquel en quien Dios había revelado toda su gracia, acompañándolos en el bote. ¡Qué cosa más preciosa que la gracia de Dios estuviese siempre tan cerca de su vida diaria! La gracia de Dios en Cristo también restaura nuestras vidas diarias, a fin de que podamos servir y temer al Señor en ellas. En aquel bote los discípulos encontraron descanso mediante la fe.

Marcos:
El conflicto
aumenta

37: La pureza en el reino de Dios

Marcos 7:1–23

Es bastante claro por las explicaciones que Marcos hace en 7:3–4 que él escribió para los romanos. Nos muestra allí la actitud que Cristo tenía hacia los mandamientos de los rabíes. Al mismo tiempo, nos muestra también el creciente conflicto entre Cristo y los líderes del pueblo.

El problema aquí no es en primer lugar la ley de Moisés, sino más bien las tradiciones de los ancianos, esto es, los rabíes. Y particularmente sus mandamientos en cuanto a la purificación. Decían: es posible que te hayas contaminado en la calle al entrar en contacto con algo ceremonialmente inmundo; si es así, tienes que lavarte por lo menos las manos antes de comer. La gente evitaba contaminarse, y especialmente evitaban el contacto con gentiles. Así que aparecían ser muy fieles a la ley, haciendo más de lo que ella pedía.

Pero las leyes ceremoniales acerca de lo que es limpio y lo que es inmundo habían sido dadas para mostrar a los israelitas su culpa y su falta de santidad, la que había entrado en el mundo como resultado del pecado; esta culpa también pegaba a Israel. Pero Israel no se hizo humilde ni tampoco confesó su pecado, sino que más bien se enorgulleció de ser ceremonialmente limpio, añadiéndose muchas leyes más de hechura humana. Tenía que llegar el momento en que la ley ceremonial entrara en conflicto con la ley moral o ética. Como resultado de esta actitud, la vida llegó a ser tan superficial que si una persona abusaba las leyes ceremoniales para escapar de sus responsabilidades éticas o morales, los fariseos no lo criticarían. Por ejemplo, alguien podía retener la contribución al templo para supuestamente ayudar a sus padres y, sin embargo, eludir la responsabilidad de sostener a sus padres. En este caso la ley moral había sido puesta a un lado por lo que *parecía* ser el cumplimiento de la ley ceremonial.

Desde este momento el Señor fue mucho más allá al hablar a las multitudes y a sus discípulos. Mostró que en su reino, que viene por el derramamiento del Espíritu Santo, sólo la ley moral tiene valor. El significado de la ley ceremonial pertenece al pasado. Lo que contamina a una persona no es lo que entra la boca sino lo que sale de ella. Pero en este momento de la historia, cuando el reino todavía no había lle-

gado plenamente, la gente no podía captar completamente esta forma de pensar. Cristo actuó en conformidad con la ley de Moisés. Pero es cierto que su idea de la importancia de la ley moral se oponía ya a la forma en que los rabíes veían la ley ceremonial como siendo un fin en sí mismo.

En el original griego, la segunda parte del versículo 19 dice así: "Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos". Esto significa que lo dicho en el versículo 18 está conectado con lo que acabamos de leer en el versículo 19. Lo que Jesús declara en el versículo 18 es que todos los alimentos son limpios. Hechos 10:15 dice lo mismo: "Lo que Dios limpió, no lo llames tú común". Estas palabras fueron dirigidas a Pedro cuando tuvo la visión del gran lienzo que descendía del cielo. Se recordará que Marcos escribió el evangelio que Pedro predicara, así que debe haber dado gozo a Marcos poder mostrar que la actitud que Pedro tomó después hacia la impureza ceremonial (en particular la de los gentiles) tenía su fundamento en las palabras que Cristo hablara durante su ministerio terrenal.

Pensamiento clave: *El reino de Dios exige la pureza.*

Lo ceremonial y lo ético. El Señor Jesús se estaba haciendo increíblemente popular. Pero los líderes del pueblo, los escribas y fariseos, miraban con envidia su creciente popularidad. Se dieron cuenta claramente que a Jesús no lo motivaba el mismo espíritu que a ellos. Por tanto, se le opusieron y trataron de pillarlo quebrantando la ley de Moisés.

Una vez sucedió que los fariseos se juntaron a su alrededor para observarlo. Hasta habían escribas de Jerusalén. En seguida encontraron algo que criticarle: se dieron cuenta que algunos de los discípulos de Jesús no se lavaban las manos antes de comer.

Israel tenía la regla de lavarse las manos antes de comer. Esto no era un mandamiento de la ley de Moisés. Esta ley sí decía que no se debía comer ningún animal inmundo y también afirmaba que no se debía tocar nada que fuese inmundo (como por ejemplo, un cuerpo muerto), sin lavarse después. ¿Por qué daría el Señor este mandamiento? Quería enseñarle al pueblo que toda la creación había llegado a ser inmunda a causa del pecado. La ley de Moisés debería haber llevado a Israel a un conocimiento del pecado, de tal manera que anhelaría la reconciliación de su pecado a través del Señor Jesucristo, cuya expiación limpiaría el mundo.

Pero en lugar de reconocer su pecado, Israel empezó a enorgullecerse a causa de que se mantenía alejado de toda contaminación ceremonial, de tal manera que se consideraba muy limpio. Además, los rabíes en sus escuelas

habían inventado muchas reglas más que añadieron a la ley de Moisés. Sin ni siquiera saberlo, decían, tú podrías haber tocado algo inmundo. Así que siempre deberás lavarte las manos antes de comer, porque si tú tocas esa comida con manos inmundas, la comida también se volverá inmunda; y si tú la comes, entonces tú también serás inmundo. De manera que uno podía perder la pureza de la cual tanto se enorgullecían los fariseos. Despreciaban todo lo inmundo en el mundo, particularmente a los gentiles quienes eran totalmente inmundos. ¡Qué tremenda ceguera! ¡No se daban cuenta de que Dios quería que por medio de la ley ceremonial Israel descubriera su pecado!

Así, pues, los fariseos criticaron el proceder de los discípulos. El Señor Jesús no defendió a sus discípulos, sino que atacó directamente a los fariseos: Ustedes se jactan tanto de la pureza exterior, pero todo esto no es más que un simulacro de servicio a Dios. En su orgullo sólo buscan servirse a sí mismos. Sólo viven para agradarse a sí mismos, mientras su corazón está lejos del Señor. Sólo podemos acercarnos al Señor confesando nuestros pecados. Ya lo dijo el profeta Isaías acerca de ustedes que son unos hipócritas y que todo el servicio que dan a Dios no es más que pura apariencia. La forma en que viven es igual a la de sus padres.

Jesús agregó: Además, aun cuando se jactan tanto de su pureza externa, permiten y hasta cometen al mismo tiempo los peores pecados. Para ilustrar lo que dijo, Jesús agregó: Sucede, por ejemplo, que alguien tenía que sostener a sus padres, pero entonces decía, "He dedicado mis bienes al servicio del templo". Esto no es más que una excusa, ya que no entregó sus posesiones al templo. Esto no es más que una forma de evadir su responsabilidad, pero ustedes no lo critican. ¿Acaso la ley no dice, "Honra a tu padre y a tu madre"; y: "el que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente"? Por su tradición han invalidado la ley de Dios. De esta forma ustedes hacen que la persona cree que puede ser excusada. Y así no se dará cuenta cabal de su pecado, ni tampoco mejorará su vida. Sus tradiciones impiden que un hombre tenga una verdadera santidad delante de Dios y que viva justamente según la ley. Han conservado la apariencia de la santidad, mientras que verdaderamente viven en la injusticia. El Señor Jesús condenó esta hipocresía de los fariseos que estaban dando un mal ejemplo para el pueblo. Y debemos recordar que también condena nuestra hipocresía, no importa la forma que tome.

Declarando limpios todos los alimentos. Jesús no podía detenerse allí, sino que se sintió empujado a decir algo más a la multitud sobre este tema.

Así que llamó a la gente otra vez para instruirla. Les dijo que semejante hipocresía estaba en conflicto con el reino de gracia. Tal arrogancia no puede existir en el reino, porque los ciudadanos del reino viven por la gracia de Dios. Somos perdonados por gracia, y por gracia también se nos capacita para vivir en pureza de corazón con el Señor.

Además, las leyes sobre lo limpio y lo inmundo no tendrán validez en el reino, ya que estuvieron en vigencia sólo por un tiempo. De hecho, lo que contamina a un hombre no es lo que come, ya que la comida no puede afectar su alma. Si Dios dio leyes sobre lo inmundo, sólo era para apuntar a la inmundicia de nuestros corazones. El corazón es inmundo por el pecado y es ensuciado una y otra vez, por todo lo malo que sale de él, los malos pensamientos y deseos que se expresan en palabras y acciones pecaminosas. Pero lo importante es conocer y confesar esta impureza del corazón.

En el reino ya no serán necesarias las leyes sobre alimentos inmundos, las que en un tiempo sirvieron para mostrarnos nuestra falta de santidad. Ahora se nos da a conocer nuestro pecado de otra manera; nos es revelado, a través del sufrimiento que Jesús padeció en la cruz por nuestros pecados. Por tanto ya no necesitamos más leyes sobre alimentos inmundos, que sólo sirvieron como ilustraciones.

Toda la creación será santificada mediante la expiación de la cruz y así se quitará la maldición que pende sobre el mundo. Ahora podemos hacer uso de toda clase de alimentos, siempre y cuando demos gracias al Señor, quien, a pesar de nuestros pecados, nos ha provisto nuevamento de todos los alimentos. Igualmente, los gentiles ya no son inmundos, porque Dios redimirá a todas las naciones y las invitará a su reino.

Ni siquiera sus discípulos pudieron entender estas palabras, porque aún vivían bajo la ley de Moisés. Fue necesario, entonces, que Jesús les explicase el asunto otra vez. Les explicó nuevamente que lo que importa es la pureza del corazón. Esta es una pureza que obtenemos confesando nuestros pecados delante de Dios, recibiendo perdón, para entonces caminar en justicia delante del Señor y apartarnos del pecado. Esta es la verdadera vida en el reino.

Fue así como el Señor Jesús entró en pugna con los líderes del pueblo. ¿A dónde llevaría todo esto? Ellos no abandonarían su forma de pensar y Jesús no cedería a sus mentiras. Lo único que podía pasar era que el conflicto se hiciera cada vez más intenso. ¡Jamás entremos en conflicto con Jesús y su Palabra, confundiendo la apariencia con lo real!

38: Una luz a los gentiles

Marcos 7:24–30

Cristo le pidió a la mujer sirofenicia que reconociera el pacto de Dios con Israel. Sólo cuando ella admitió que, en palabras de la parábola, los judíos eran los hijos y que los gentiles eran los perrillos, Jesús estuvo dispuesto a ayudarla. Dios no anda tirando sus beneficios a la ventura, sino que los comunica siempre a través de su pacto. A menos que se reconozca este pacto, no puede haber conocimiento de él ni esperanza de su bendición.

No debemos decir que esta mujer creía por su hija. Su hija endemoniada no podía creer por sí misma. En fe la mujer oró para que Dios bendiciera su casa, lo cual se mostraría en la sanidad de su hija. La mujer sabía que esta calamidad había caído sobre ella y su hogar. La maldición había caído sobre ella y ella luchaba para que fuese quitada.

Pensamiento clave: *Cristo es una luz a los gentiles.*

El pan de los hijos. Muchas multitudes siguieron a Jesús en Galilea, pero la mayoría sólo por los milagros que hacía. La gente realmente no creía que Dios lo había enviado para revelar su gracia. Los líderes del pueblo estaban en su contra por los conflictos que ya habían tenido con él, conflictos como el del lavamiento de las manos. ¿Sería toda su obra en vano? ¿No iba a poder ganar al pueblo para su Padre? Jesús debe haberse apenado mucho cuando la gente lo siguiera sólo por sus milagros, porque esto quería decir que no llegaban a ver el verdadero propósito de su venida.

Por esto se alejó de Israel. Quizás Israel recapacitara y aprendiera a escoger. Con sus discípulos cruzó la frontera norte del país, entrando al territorio de Tiro y Sidón. Quiso permanecer allí oculto por un tiempo.

Jesús no quería que la decisión de la gente fuese hecha en medio de un remolino de emoción, cuando los sentimientos bullían por lo que veían y oían. Una decisión hecha así a la ligera no vendría del corazón. Así que el Señor Jesús se fue a quedar por un tiempo en el norte, posiblemente en la casa de algún conocido.

Pero aun allí no pudo permanecer oculto. Una mujer no judía del lugar oyó acerca de Jesús. Llevaba una vida miserable a causa de que su hija estaba terriblemente posesionada por un demonio. Era evidente que la condición de esta pobre niña era malísima, puesto que el demonio hizo con ella a su antojo. La madre interpretó esto como una maldición que había caído sobre su familia. Entonces oyó acerca del ministerio que Jesús estaba desarrollando en Israel y pudo percibir algo de la gracia de Dios. A la luz de esta gracia, el poder que este demonio tenía sobre su hija se hizo cada vez más insoportable.

Ahora se enteraba de que Jesús estaba en los alrededores. Así que fue a la casa donde alojaba Jesús y se postró a sus pies, rogándole que echase fuera al demonio de su hija.

Al principio recibió una respuesta que parecía bastante negativa. Jesús le dijo que no estaba bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Por "hijos" quiso decir el pueblo de Israel, el pueblo del pacto, para quienes había venido en ese tiempo la gracia del Señor. Sólo después de que Israel hubiese hecho su decisión acerca de la gracia que se le estaba revelando, podría llegar la salvación a todas las naciones.

Es cierto que el Señor Jesús se escondió de Israel por un tiempo, pero esto no significaba que estaba renunciando a su pueblo. No podía hacer esto porque no podía negar el pacto que Dios tenía con su pueblo. Dios tenía primero que cumplir su promesa a Israel. Dios es eternamente fiel a su pacto y concede su salvación a través de este pacto.

Reconociendo el pacto. La mujer comprendió inmediatamente lo que el Señor Jesús quiso decir, pero exhibió un entendimiento sorprendente. Lo que es más, no se ofendió por la comparación que se hizo entre los gentiles y los perrillos. Reconoció que Israel era el pueblo privilegiado de Dios y se sometió humildemente a la elección que Dios había hecho de Israel.

Pero aunque hizo esto, en fe su esperanza no se dio por vencida. Creía que Dios también quería dar su bendición a los gentiles, ya que había dado a conocer su gracia a Israel. Expresó su fe diciendo que hasta los perros comen de las migajas que caen de la mesa de los hijos.

Jesús fue confrontado aquí con un milagro, con la obra del Padre. Semejante entendimiento, semejante humildad y semejante fe no podían venir sino sólo del Padre. El Padre había realizado esto tan sólo con los rumores que se habían esparcido acerca del Señor Jesús mas allá de los límites de Canaán.

¡Cuánto debe haberse regocijado! Se dio cuenta que era la voluntad de su Padre que le ayudara. Y por cierto podía ayudarla, porque ella había reconocido el pacto de Dios. Cuando la gente desprecia y pasa por alto este pacto, no hay salvación posible para ellos, porque Dios siempre da su salvación a través de su pacto.

El número completo de los gentiles. A causa de esta señal que le dio su Padre, Jesús dijo a la mujer que podía irse a su casa porque su hija estaba sana. El demonio fue echado fuera porque Jesús pronunció estas palabras con autoridad. La mujer creyó y no lo apremió a que la acompañara, sino que se fue a su casa y encontró a su hija sana.

Lo que había pasado tenía un significado aun más profundo para el Señor. Su pueblo Israel tendría que hacer su decisión. Cuando lo hicieran, muchos de ellos lo rechazarían. La obra que el Padre estaba haciendo entre los gentiles y la bendición que ya había tenido el privilegio de darle a la mujer, era para él una profecía de lo que ocurriría muy pronto.

El evangelio saldría a todas las naciones y se despertaría en muchos la fe para el perdón de sus pecados y la redención de la vida de la esclavitud a Satanás. Es así como se llegaría a completar el número total de los gentiles (véase Ro. 11:25).

Esta señal de seguro consoló y regocijó mucho al Señor. Esta señal también debió haber instruido a los discípulos sobre la gran tarea que sería suya más adelante.

39: Toda la vida es un milagro

Marcos 7:31—8:26

Todos los milagros de Cristo tienen significado simbólico. Pero debemos tener cuidado al decir esto, porque no debemos tratar de convertir estos milagros en alegorías, diciendo, por ejemplo, que cuando se habla de un "ojo ciego" o una "pierna lisiada" se está refiriendo a una "alma ciega" o una "alma lisiada". Si lo hacemos así, estaremos empezando desde la perspectiva equivocada de una división entre "lo natural" y "lo espiritual", entre "lo temporal" y "lo eterno". Entones estaremos inclinados a decir, "Este milagro se aplica 'sólo' a lo material y temporal, mientras que lo espiritual y eterno está en un plano mucho más elevado".

No podemos hacer esto. Cristo redimió *la vida*. Cuando el Señor sanó a un sordomudo, es decir, a un hombre alienado de su medio ambiente, le restauró la comunión a la vida. Esto era el resultado de la gracia de Dios sobre la vida tal como se presentaba en Cristo. Dios dio a Cristo este poder a causa de la reconciliación que efectuaría.

Un incrédulo no puede entender un milagro como este. Para los reprobados e incrédulos, un milagro no es una bendición eterna, es algo "solamente temporal". Pero para el creyente este acto de sanidad es la revelación de la gracia eterna de Dios en Cristo. El creyente puede ver también la gracia que está presente en el milagro. Para él esta restauración no es sólo algo temporal, sino que tiene un significado eterno. Ahora puede servir a Dios nuevamente en una comunión restaurada, que da fruto eterno. Cierto, la vida del creyente y todo lo que posee perecerá por un tiempo cuando muera, pero todo será restaurado en estado santificado y glorificado cuando venga la resurrección. Hasta donde este milagro de sanidad sea una revelación de aquella gracia eterna, podremos también hablar del significado simbólico de los milagros. Los milagros revelan la gracia eterna que restaura la vida completa, y esta gracia debe reconocerse como presente en el milagro.

Por lo tanto, el propósito de los milagros es decirnos que toda la vida es el fruto de la gracia de Dios en Cristo, el fruto de aquella gracia que hace milagros. Entonces *la vida como un todo llega a ser un milagro*. Realmente no hay nada en la vida que no sea milagroso. Es por esto que no tiene sentido

para el creyente hacer una diferencia entre lo *temporal* y lo *eterno*.

(Para evitar malos entendidos, debo observar nuevamente que, aunque la gracia eterna de Dios en Cristo es para todo el mundo y para la vida entera, los incrédulos no sacan ningún provecho de este milagro de gracia. Hay que admitir, sin embargo, que hasta los incrédulos reciben beneficios de esta gracia eterna pero para ellos esto es algo pasajero.)

Sólo por la fe es posible creer que toda la vida—cada día y en todas sus formas—es un milagro. Creer que la vida en su totalidad es un milagro es lo opuesto a vivir en el miedo y la ansiedad, a vivir en la incredulidad. Esto fue lo que Cristo les hizo ver a sus discípulos cuando ellos estaban preocupados por haberse olvidado de traer alimentos consigo.

Les dijo que debían guardarse de la levadura de los fariseos y de Herodes. No importa cuánto se diferenciaran los fariseos de Herodes, en una cosa sí eran iguales: la fuente de sus vidas era la incredulidad, porque ambos eran incapaces y desinclinados a vivir en virtud del milagro de la gracia. Fue especialmente por la alimentación milagrosa de la multitud que Cristo enseñó a sus discípulos que la vida era un milagro. Ahora llamaba su atención a este hecho.

Pensamiento clave: *Cristo nos enseña que la vida es un milagro y que vivimos por un milagro.*

¡Efata! Jesús todavía no quería dejar las regiones norteños para volver a Galilea. Quería imprimir bien en la mente de la gente lo que ya había revelado. Debían aprender a anhelarlo y a preguntarse qué es lo que realmente veían en él.

Por lo tanto, salió fuera de los límites del norte de Israel e hizo un largo viaje por tierra gentil, donde no se dio a conocer. Viajó por Tiro y por la costa de Sidón, donde pudo ver el mar Mediterráneo, a través del cual algunos años más tarde el evangelio sería llevado hasta los pueblos del occidente. ¡Qué pensamientos habrán cruzado por su mente! Desde Sidón salió rumbo al este, pasó por el Líbano y después viajó hacia el sur. Todavía estaba fuera de Galilea, que era la tierra de Herodes. Finalmente llegó al lado este del mar de Galilea, en la tierra donde sólo había pasado de vez en cuando.

Fue precisamente allí, en la tierra de los gadarenos, donde le habían rogado que se fuera de su país. Pero esto no impidió que fuese conocido, porque el endemoniado que había sido sanado contó a la gente por toda la región de Decápolis lo que el Señor había hecho por él.

Ahora le traían un sordomudo, y le pidieron a Jesús que le impusiera los manos. Aparentemente lo que buscaban era alguna prueba de sus poderes mágicos, pero bajo tales circunstancias él no realizaría ninguna curación.

Tomó al sordo aparte. ¿Cómo le comunicaría al hombre lo que le iba a ocurrir? De alguna forma debía levantarse en él la expectativa de la fe. Dado que el Señor Jesús no podía comunicarse con el hombre hablándole, colocó sus dedos en sus orejas. Mojó después sus dedos con saliva y tocó la lengua del hombre. Esta fue la forma de levantar expectación en él. Después Jesús miró hacia el cielo y gimió, indicándole de esta manera que la curación debía venir del Padre a través de la oración. Habiendo, pues, levantado la expectación de la fe en este hombre, Jesús le dijo: "Efata", lo que quiere decir: "se abierto". De inmediato sus oídos fueron abiertos y pudo hablar.

Hasta ese día aquel hombre había sido como una ciudad con sus puertas cerradas, sin que nadie saliera o entrara. Pero ahora las puertas se abrían para que pudiera entrar en contacto con su medio ambiente. Se le había restaurado la capacidad para oír y hablar. ¿Pero cómo habría llegado este hombre a entender? ¿Entendió que el milagro se había realizado para que él pudiera servir a Dios en su comunidad? En ese caso el beneficio de la gracia vino a ser para él una bendición eterna. Entonces conoció la eterna gracia de Dios que se revelara en Cristo, y toda su vida llegó a ser una prueba de la gracia de Dios que hace milagros. El milagro no fue en vano.

¿Cómo reaccionó la multitud cuando vio volver a este hombre sano y bueno? Nuevamente Jesús les mandó que no dijeran a nadie este asunto, pues no quería ser conocido como un obrador de milagros. Pero ellos lo proclamaron mucho más aún. Estaban sorprendidos grandemente, así que dijeron: "Bien lo ha hecho todo. Aun hace que los sordos oigan y los mudos hablen. Esto es increíble. Es como un cuento de hadas. ¡Es como si el paraíso hubiese vuelto! Jesús quita todas las enfermedades".

Pero para la mayor parte de la multitud no fue más que eso, un cuento de hadas. No vieron en él la gracia eterna de Dios, una gracia que podía darles descanso y restaurar sus vidas a la comunión con Dios. No obstante, no es un cuento de hadas sino la realidad de la gracia de Dios lo que convierte la vida en un milagro. Muy pocos se dieron cuenta de esto, y aun hoy en día no hay muchos que se den cuenta de ello.

La gracia de Dios provee para la vida. El Señor Jesús permaneció un tiempo más en la región de Transjordania. Ya era el tercer día que una

multitud lo venía siguiendo. Ya no les quedaba comida y él tuvo compasión de ellos. No podía despedirlos sin que comieran algo, porque entonces se desmayarían en el camino a casa. Consideró el problema con sus discípulos, quienes le dijeron que era sencillamente imposible alimentar a una multitud de cuatro mil personas.

Los discípulos debieron haber dicho esto con dudas, porque ya habían visto como anteriormente alimentó milagrosamente a una gran multitud. En consecuencia, le escucharon con atención e hicieron lo que él dijo. Respondieron dudosos que tan sólo tenían siete panes, lo que ni siquiera era suficiente para ellos.

Entonces le dijo a la multitud que se sentara en tierra. Tomó los siete panes, dio gracias, los partió y los entregó a los discípulos para que los repartiesen. Los discípulos seguían repartiéndolos, y hubo lo suficiente para todos. El pan simplemente se multiplicaba en sus manos. Lo mismo sucedió con los pocos pececillos que también repartió, habiendo dado gracias a Dios por ellos.

¡Qué revelación más maravillosa tenemos aquí! Es Cristo, la Palabra de gracia, quien tiene poder sobre todas las cosas. Es por él que el grano crece en el campo. Esta es también la obra de su milagrosa gracia. En esta oportunidad hizo que el pan y los peces se multiplicaran en una forma verdaderamente milagrosa. ¿Habría algo demasiado maravilloso para él? Aun el así llamado crecimiento natural del grano en el campo es un milagro que él opera por el poder de su gracia.

Los discípulos, la multitud y también nosotros debiéramos ver en esta milagrosa alimentación una ilustración de como toda la vida la mantiene y nutre la gracia de Dios. Entonces nuestra vida diaria será un milagro y usaremos toda nuestra vida para el Señor. ¡Nuestra vida no es en vano y no tenemos por qué estar ansiosos por nada!

¿Lo habrá entendido así toda la multitud? Mucha gente se habría ido a sus casas agradecida por la comida y maravillada por el milagro, pero sin haber captado la gracia de Dios en Cristo. Con todo, el milagro habló claramente: no sólo sucedió que todos fueron alimentados, sino que también sobró comida. Al parecer esto sucedió en la costa del mar de Galilea, donde había un bote esperándolos para volver a Galilea otra vez. En ese bote había unas canastas que llenaron con la comida que sobró.

Si no vemos la eterna gracia de Dios en sus misericordias que diariamente nos regala, podremos por un tiempo gozar de sus bendiciones, pero esta ceguera indica que no hemos sido verdaderamente redimidos y nuestra

vida será en vano. Pero si en fe vemos la gracia de Dios, sabremos que él cuida de nuestra vida en todo.

La levadura de los fariseos y de Herodes. Después de alimentar a la multitud, Jesús despidió a la gente. De inmediato subió al bote con sus discípulos y cruzó a la orilla occidental del lago. Después de una larga ausencia, llegó otra vez a Galilea. ¿Cómo le recibiría la gente?

El primer encuentro estuvo poco agradable. Los fariseos vinieron a discutir con él. Le preguntaban qué derecho tendría él para dárselas de profeta y colocarse como líderes reconocidos del pueblo? Ellos temían que él les quitara su liderazgo. Admitieron que él hacía muchos milagros, pero esta vez exigían una señal del cielo, una señal en la que Dios diera prueba que lo había enviado. Sin una prueba como esta, todos los otros milagros no tenían valor alguno para ellos. ¡Estos líderes lo atacaban fieramente!

¿Tendría que pensar Jesús que esta oposición indicaba que todo el pueblo estaba en su contra? ¿Le estaban siguiendo por sus milagros, sin reconocerlo como el Enviado de la gracia de Dios para redimir la vida? Gimió profundamente. ¡Qué sufrimiento debió haber causado en él este rechazo! Se dio cuenta que tendría que hacer expiación por los pecados de este pueblo descarriado, para poder salvar al núcleo del pueblo, es decir, a su remanente.

En su incredulidad los fariseos exigían una señal—¡como si alguna vez alguien hubiese sido llevado a la verdadera fe como resultado de una señal! Dios siempre pide que tengamos fe en su Palabra, y una vez que hemos creído nos da una señal para confirmar nuestra fe. Pero nunca se le darán señales a los incrédulos. Por tanto, el Señor Jesús dijo que no se daría señal a aquella generación. Usó la palabra "generación", porque vio en estos fariseos un reflejo del espíritu de todo el pueblo. Además, su petición tentaba a Cristo a forzar a Dios a que diese desde el cielo una prueba de su favor. Si Cristo hubiese accedido, habría sucumbido a la tentación de Satanás. Para él esto no era más que una tentación de Satanás y por eso les volvió la espalda y se fue.

Este primer encuentro estando otra vez en Galilea fue realmente decepcionante. Así que se alejó de la gente otra vez. Entrando en una barca, se fue a la otra ribera.

Durante el viaje los discípulos se acordaron de que habían olvidado a comprar comida. Sólo les quedaba un pan. ¿Qué harían? Entonces intervino Jesús. Les dijo que debían guardarse de la levadura de los fariseos y de

Herodes. Pero los discípulos no le entendieron. ¿No sabía acaso que no tenían pan? ¿Quería decir que ellos no deberían recibir ningún tipo de pan que les fuera ofrecido por fariseos o herodianos?

Pero Jesús quería decir algo completamente distinto. La levadura es un fermento que penetra todo el pan. Igualmente, también hay un principio que penetra toda la vida. Es el principio de la fe o el principio de la incredulidad. Lo que controlaba la vida de los fariseos y Herodes era el principio de la incredulidad. Los discípulos tendrían que guardarse de este principio. ¿Y no estaría este principio ya operando en sus vidas, si se preocupaban por el pan material? ¿No creían que él era capaz de cuidar de ellos? ¿No era la gracia de Dios lo que sustentaba sus vidas? ¿Todavía no lo habían aprendido? ¿Estaban sus ojos tan cegados y sus oídos tan sordos? ¿Estaban tan endurecidos sus corazones que no podían darse cuenta de ello? Jesús les preguntó: "Cuando repartí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis?" Respondieron avergonzados, "doce". "Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de pedazos recogisteis?" Respondieron, "siete". Entonces les preguntó, ¿"cómo es que aún no entendéis que vuestra vida es sostenida por un milagro de la gracia de Dios? El milagro de la gracia de Dios se revelará en toda vuestra vida. ¡Vivid por este milagro!" El Señor nos dice lo mismo a nosotros. Debemos vivir por un milagro de la gracia de Dios, la cual sostiene toda nuestra vida.

Un ciego es sanado milagrosamente. Poco después aconteció otro milagro, que tenía como fin confirmar la fe de los discípulos. No cruzaron hasta el otro lado del lago sino que más bien se dirigieron hacia la orilla norte, donde está situada la ciudad de Betsaida, y donde el río Jordán desemboca en el mar de Galilea.

Allí le trajeron un ciego a Jesús, y le rogaron que lo tocase. Al parecer estas personas también pensaron que él sanaba en virtud de algún tipo de poder mágico.

Jesús tomó al hombre de la mano y lo llevó fuera de la aldea. Quiso despertar la fe del ciego. Colocando saliva en sus ojos, le impuso las manos y le preguntó si veía algo. Por cierto algo pudo ver, pero borrosamente. La gente le parecía árboles que andaban. ¡Qué gozo debió haber sentido ya este hombre ciego! Al mismo tiempo, ¡cuánto debió haber anhelado que el Señor lo sanara por completo! Luego Jesús le puso otra vez las manos

sobre los ojos. Cuando el hombre miró otra vez, vio de lejos y claramente a todos.

Ahora podría trabajar otra vez en la sociedad. Ahora podría tabajar con sus manos y ayudar a otros. ¿Se daría cuenta este hombre de que su curación era la expresión de la gracia de Dios para consagrar su vida y trabajo para el Señor? Si así lo hizo, su sanidad restauró su vida por toda la eternidad.

El Señor también quería salvarlo de un chismorreo superficial, a fin de que reflexionara en la gracia de Dios. Por esto le envió a casa, encargándole que no regresara a la aldea. No debía decir a nadie lo que le había pasado.

¿Verían los discípulos el milagro que gobierna y lleva nuestra vida a su plenitud? ¿Lo vemos *nosotros*?

40: La transfiguración

Marcos 9:2–13

Por unos momentos Cristo experimentó la exaltación que obtendría para sí mismo y los suyos mediante su obediencia. Lucas dice que había ido a la montaña a orar. Al rendirse en oración a su vocación, fue transfigurado. Era como si la culpa y el yugo del pecado fuesen ya cosa del pasado. Pero esto no era más que un anticipo temporal de lo que vendría al final de su sufrimiento obediente. Pedro no pudo entenderlo.

(Posiblemente Marcos 9:12 contenga el siguiente mal entendido que todos los escribas tenían: si es necesario que Elías venga primero a restaurar todas las cosas, ¿por qué está escrito que el Hijo del Hombre tendrá que padecer mucho y ser despreciado? La pregunta refleja el punto de vista que sostenían los escribas sobre que Elías mismo tendría que venir a preparar el reino del Mesías, sin que hubiese ninguna humillación para Elías. No es sorprendente que no pudieran ver el cumplimiento de la profecía sobre Elías en la vida de Juan el Bautista, la cual terminó en humillación.)

Pensamiento clave: *Cristo obtuvo la gloria por su obediencia en humillación.*

La exaltación. La tensión entre Jesús y el pueblo se hacía cada vez más grande, especialmente con sus líderes. Esto hizo que él se diera cuenta que su sufrimiento se estaba acercando. Se retiró, entonces, con sus discípulos a la región de Cesarea de Filipo para prepararlos para su sufrimiento. Les dijo claramente que él sería entregado, moriría y resucitaría otra vez. Pero ellos no entendieron ni una palabra de lo que les dijo: sus mentes no querían aceptarlo; simplemente desatendieron sus palabras.

No obstante, en aquellos días Jesús pensaba bastante en su sufrimiento. Un día tomó sólo a tres de sus discípulos y los llevó a un monte. Eran los mismos tres discípulos que estuvieron presentes cuando Jesús resucitó a la hija de Jairo. Es claro que sabía que algo especial iba a suceder en aquella montaña.

Jesús oró en aquel monte, luchando delante de Dios ante la perspectiva de su sufrimiento. Le pedía a su Padre que le diera la fortaleza suficiente para poder obedecer su voluntad, especialmente ahora que el sufrimiento se acercaba. Dios respondió a su oración, porque él era uno con el Padre—estaban tan completamente unidos que Jesús pudo ver cómo terminaría el sufrimiento y pudo ver la gloria que le traería su sufrimiento obediente. En espíritu ya participaba de esta gloria. Entonces esta gloria empezó a manifestarse en su apariencia física. Su rostro resplandeció y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve. Sus discípulos estaban asombrados.

¡Qué gozo más grande para el Señor Jesús! Estaba experimentando por un momento la gloria que obtendría. La culpa y la angustia de nuestro pecado todavía le oprimían y él tenía la apariencia de un esclavo, tal como nosotros aparecemos en cautiverio bajo el yugo de nuestra miseria. Pero por un momento Jesús transcendió todo sufrimiento. Esto lo fortaleció para la tarea que se acercaba.

Los discípulos vieron a un hombre transfigurado. De esta manera es posible transfigurar en gloria a un hombre que está en un estado de humillación. Esto levantó muchas esperanzas en los discípulos, esperanzas justificadas. Por medio de la fe nosotros podemos ver también aquella gloria y abrigar las mismas expectaciones.

Como nuestra cabeza. Su glorificación no fue sólo para sí mismo. Su transfiguración predecía la transfiguración en gloria de todo su pueblo. Esta transfiguración momentánea anunció la gloria en la que todos los creyentes participaremos.

El hecho que fuera glorificado como Cabeza de su pueblo puede verse en que de repente ya no estaba más solo. Los discípulos pudieron ver en la misma luz que irradiaba de él a otras dos figuras que también estaban llenas de gloria. Los discípulos sabían quienes eran. Los discípulos tenían una idea de cómo eran los hombres más prominentes de la historia de Israel y el Espíritu les reveló que estos dos eran Moisés y Elías. Elías fue traspuesto al cielo corporalmente. Moisés murió y su cuerpo fue enterrado por Dios

mismo, pero es muy probable que Dios lo hubiera resucitado de los muertos. Y ahora los dos le aparecieron ante Jesús corporalmente.

Conversaron con él sobre su sufrimiento y sobre el camino de sufrimiento que lleva a la gloria. Le reconocieron como su Mediador y Cabeza. Ellos mismos habían sido dos de los líderes más prominentes del Israel del Antiguo Testamento.

¿Qué le habrán dicho estos hombres a él? Probablemente fue algo así: "A nosotros se nos permitío, como líderes del pueblo, completar nuestro trabajo, aunque lo hicimos en debilidad. Tuvimos el privilegio de sufrir y conquistar, y hemos sido glorificados. Pero todo lo que hemos tenido el privilegio de hacer y todo lo que hemos recibido era por causa tuya, porque tú vas a terminar tu obra en obediencia, siendo después glorificado. Tú expiarás el pecado y darás la victoria a la vida".

Nosotros también debemos mirar a Jesús de este modo. Porque también fue por nosotros que él estuvo dispuesto a sufrir. Por medio de la fe en él nosotros también podremos terminar nuestra obra siendo fieles al Señor y a su llamamiento. Algún día el Señor nos glorificará. Esto sucederá de seguro, aunque nosotros también tendremos que ser humillados.

¡A él oíd! Pero la transfiguración sólo fue temporal. Por un momento fue como si él ya hubiese ganado la victoria, pero la verdad era que todavía estaba enfrentándose al sufrimiento. Por sólo un momento fue elevado por sobre la culpa y el yugo de nuestros pecados, los cuales había tomado sobre sí mismo. Por un tiempo muy breve tuvo comunión con aquellos que habían alcanzado la bendición celestial. En la tierra no hay gloria que perdura, poque la maldición por el pecado todavía permanece.

Los discípulos no podían entender que este momento tan glorioso tenía que pasar. Estaban maravillados y extasiados, pero al mismo tiempo estaban recelosos por esta gloria celestial, que era tan extraña para ellos todavía. La tensión que se produjo era casi insoportable. De alguna manera tenían que expresar sus sentimientos, especialmente Pedro.

Sin entender, Pedro dijo a Jesús que era bueno para los tres estar allí, y sugirió hacer tres enramadas para continuar esta comunión sobre la tierra. Por cierto, esto es exactamente lo que sucederá cuando la gloria de Dios descienda en forma permanente a la tierra. Pero la tierra debe primero ser redimida de la maldición. Al presente esto no es posible. Por lo que respecta a este tiempo sólo podemos guardar esta gloria en el corazón en la

forma de esperanza. Pero llegará el tiempo cuando la vida del hombre será glorificada.

Pedro no recibió una respuesta directa, sino que la respuesta vino en la forma de una nube que los cubrió. Era la nube de la gloria de la gracia de Dios, la cual una vez guiara a Israel en el desierto y llenara en su oportunidad el tabernáculo o el templo. La gloria de Dios se manifestó en una forma única durante la transfiguración en el monte. ¡Qué experiencia habría sido para los discípulos! Pedro recibió su respuesta en la presencia misma de Dios. Sólo el favor de Dios puede glorificar la vida humana en esta tierra, y es Jesús el que debería conseguir primero este favor por medio de su sufrimiento.

Con todo, Jesús estaba completamente listo para padecer este sufrimiento. Era por esto que el Padre estaba tan cerca de él allí. Como prueba de su amor, el Padre dijo: "Este es mi hijo amado; a él oíd". Reconfortó mucho a Jesús poder oír esto. Pero estas palabras también indicaban a los discípulos y a nosotros ahora que la vida en la tierra todavía no puede ser una vida glorificada, porque todavía es una vida de fe en la Palabra que nos trajo Jesús.

Muy pronto los discípulos tuvieron que experimentar la amargura de esta verdad, porque la nube desapareció, la gloria los dejó, Moisés y Elías se fueron, sólo vieron al Señor Jesús tal como era antes de la transfiguración. Tenían que vivir por fe, no por vista.

El estado de humillación. La señal que los fariseos habían pedido anteriormente ocurrió en aquel monte. Pidieron una señal del cielo. Pero una señal no se concede a la incredulidad, sino a la fe. Los que recibieron la señal no fueron los fariseos, sino los discípulos.

Sin embargo, sólo tres de los discípulos vieron la gloria descender del cielo. En el grupo de los discípulos todavía había un incrédulo, por lo que no se podía compartir esta señal. ¿Quién creería sin haber visto? Aun los tres discípulos estaban perplejos. No lo pudieron entender hasta que el Señor había completado su sufrimiento y entrado en gloria. Por esto, mientras descendían del monte Cristo les encargó que a nadie dijeran lo que habían visto, hasta que él resucitara de los muertos (v. 9).

Aunque no entendieron lo que quería decir cuando habló de resucitar de los muertos, guardaron dentro de sí todo lo que había pasado. En su desconcierto discutían entre ellos qué quería decir Jesús con esto de resucitar de los muertos.

Pero todavía había otra pregunta que los torturaba. Acababan de ver a Elías. Tenía que ver esto con el punto de vista de los escribas, a saber, que antes de la venida del Mesías, Elías tendría que venir a restaurar la libertad de Israel. ¿Qué tenía esto que ver con la aparición de Elías? ¿No tendría que *permanecer* en la tierra para restaurar el reino de Israel otra vez?

Finalmente se atrevieron a preguntárselo a Jesús. Pero él les mostró lo absurdo de la opinión de los escribas. Si es el Elías glorificado el que traerá la libertad y la gloria a Israel, ¿qué quiso decir la Escritura cuando dijo que para poder redimir a su pueblo el Hijo del Hombre debía sufrir primero?

Según la Escritura debía venir alguien con el espíritu y poder de Elías, pero su vida aquí en la tierra, al igual que la del Señor Jesús, tenía que ser un camino de sufrimiento y humillación. Como está escrito, este hombre ya había venido, y la gente lo había despreciado y rechazado. Los discípulos se dieron cuenta que Jesús se refería a Juan el Bautista.

Para el Señor Jesús el camino hacia la gloria era un camino de humillación, porque cargó con nuestra culpa para poder expiarla. Aunque él logró la reconciliación para su pueblo, para ellos el camino a la gloria también es un camino de humillación y aflicción. Al seguir esta ruta, morirá la confianza en sí mismos y vivirán por la fe sola. Este fue el camino que Juan el Bautista tuvo que recorrer, y si queremos tener el privilegio de servir al Señor, nosotros también debemos seguir el mismo camino.

41: Los que luchan por la vida

Marcos 9:14–29

Cuando Cristo dijo: "¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?", no estaba acusando a sus discípulos, sino a la multitud, a los escribas y al padre del muchacho. Cierto, la fe de los discípulos fue afectada por el ambiente de incredulidad que los rodeaba. Es por esto que Cristo dijo al final que este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno. Al enfrentar la incredulidad que los rodeaba, los discípulos deberían luchar para mantener su fe incólume mediante la oración y el ayuno.

Pensamiento clave: *Cristo y su iglesia son los que luchan por la vida.*

La falta de poder de los discípulos. Cuando Jesús y sus tres discípulos descendieron del monte de la transfiguración, encontraron al resto de sus discípulos rodeados de una gran multitud y discutiendo con los escribas. Al verlo llegar, la gente lo recibió entusiasmada. Jesús sospechó de inmediato que los escribas estaban atacando la fe de los discípulos. Así que se volvió hacia los escribas y les preguntó por qué discutían con ellos. Quería intervenir en favor de sus discípulos, esto es, en favor del reino de Dios, que se revelaba en su fe.

Pero la respuesta le vino de un lugar muy distinto. Alguien de entre la multitud le dijo lo que estaba pasando. Esta persona tenía un hijo endemoniado. El demonio lo había hecho sordomudo. A veces el demonio sacudía al muchacho dejándolo después rígido en el suelo, echando espumarajos y crujiendo los dientes. El padre había traído a su hijo para que los discípulos echasen fuera al demonio, pero ellos no habían podido.

Esto le mostró al Señor lo débil que eran sus discípulos, a quienes, después de todo, él había dado poder para echar fuera demonios. Jesús entendió muy bien como se había producido esta situación. No era que no creían en él, sino que estaban rodeados por una multitud incrédula y criticona.

El padre del niño quizás se había desilusionado al no encontrar allí al Señor Jesús mismo. Ahora tendría que tratar el asunto con los discípulos. Pero no confiaba mucho en ellos. Además, también estaban presentes los escribas, y a ellos les encantaría ganarles una batalla a los discípulos. Armados con su incredulidad, deliberadamente obstruyeron la fe de los discípulos. Estaban ansiosos de ver si sus discípulos podrían hacer algo ahora que su Maestro no estaba. Y la multitud estaba allí para ver quién sería el ganador. Pero la multitud siempre se inclina a tomar partido con la incredulidad.

Fue así como la incredulidad que los rodeaba quebró el poder de la fe de los discípulos. No pudieron, con la sencilla fe de un niño, esperar que el poder del Señor Jesús hiciera grandes cosas. Ordenaron al demonio que saliera, pero el demonio no les hizo caso. La orden que le dieron no fue la palabra que emitía el poder del Señor Jesús y por eso no pudo atar al demonio.

La fe de los discípulos no podía contender con la incredulidad que los rodeaba. Desafortunadamente, esto sucede a menudo con la iglesia y los creyentes. También hoy el pueblo de Dios debe dar testimonio al Señor Jesús. Si creen en su nombre, sus vidas estarán libres del pecado y del control de Satanás. El problema está en que los creyentes de hoy también viven rodeados de incredulidad, lo que muchas veces paraliza el poder de su fe. Aun así, es un pecado para los creyentes si no puedan resistir la incredulidad.

¡Oh generación incrédula! El Señor venía descendiendo del monte donde había triunfado su fe. Como resultado de esto fue transfigurado. Ahora se encontraba en medio de la incredulidad que rodeaba a sus discípulos.

Sus labios pronunciaron palabras amargas en cuanto a dicha incredulidad, porque aborrecía toda incredulidad que rechazara a su Padre. Así que dijo: "¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?" Con esto no quiso decir que estaba harto de permanecer en este mundo incrédulo y que quería abandonar su obra de

redención. Lo que quería hacer era contrastar la incredulidad del mundo con la fe perfecta por la que *El* vivía. De esta manera estaba desenmascarando esta incredulidad, condenándola como culpable delante de Dios.

Jesús estaba dispuesto a ayudar, pero primero debía poner de manifiesto la incredulidad circundante, en especial la del padre del niño. Mandó traer al niño; y tan pronto vio a Jesús, el demonio le provocó convulsiones y el niño se revolcaba en el suelo, echando espumarajos. Era evidente para todos el estado miserable del muchacho. Jesús entonces preguntó al padre por cuánto tiempo había estado así. A lo que el hombre contestó: "Desde niño". Esto le hacía mucho más difícil creer que algún día su hijo sería restaurado.

Aterrorizado otra vez por este cuadro tan terrible, el padre le contó a Jesús que parecía que el demonio quería matar a su hijo, porque a veces le echaba al fuego o al agua. ¡Qué terribles son las intenciones de Satanás! Ha venido a destruir. El padre, entonces, le rogó a Jesús: "Pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros y ayúdanos". Notemos que el padre preguntó, "Si puedes hacer algo . . ." Esto mostraba su incredulidad. Estaba dispuesto a hacer un intento para ver si algo bueno resultaba con el Señor Jesús, pero la sanidad parecía imposible para él. Esto hizo que no sólo su incredulidad fuese descubierta, sino que también la causa de ella, es decir, el hecho de que el muchacho haya estado endemoniado desde niño. El Señor Jesús no excusó a nadie aquí, sino que primero desenmascaró la incredulidad, mostrándola en toda su profundidad. Una y otra vez nosotros también somos avergonzados y turbados delante de él y no tenemos excusa alguna.

La curación por medio de la fe. Jesús entonces despertó la fe de este hombre. Rechazó el "si puedes", y dijo en cambio, "Al que cree todo le es posible". Jesús nos dará por medio de la fe todas las cosas, esto es, todas las cosas que estén conformes a su voluntad y todo lo que esté en consonancia con su reino. Otras cosas jamás podremos desear en fe.

El padre se dio cuenta que ahora se le estaba exigiendo fe. También se dio cuenta de la actitud tan incrédula que tuvo hacia el Señor Jesús hasta ahora. Lo que produjo fe en él fue la forma en que Cristo lo trató.

No obstante, era un hombre honesto. No fingió que su condición espiritual fuese mejor de lo que realmente era. Así que dijo: "Creo; ayuda mi incredulidad". Esto era por cierto una entrega al Señor Jesús y Jesús dará la

fe y el poder necesarios en la batalla contra la incredulidad. Fue así como la fe surgió en este hombre.

Mientras tanto, la multitud se aglomeraba más y más, ansiosa de una nueva sensación. Este deseo de la multitud seguramente obstaculizaba la fe. Por esto Jesús no quiso demorar más la curación. Ordenó al espíritu de sordera y ceguera que saliera del muchacho. Se volvió a dirigir al demonio y nombró las calamidades que causó.

El Señor Jesús siempre saca a la luz los turbios negocios de Satanás. Este no era un caso ordinario de epilepsia, sino que un genuino caso de posesión demoníaca. Los síntomas epilépticos se debían a la influencia de Satanás. A la orden de Cristo, el demonio salió con un fuerte grito, consternado que había sido vencido. Pero al dejar al muchacho lo sacudió con tal violencia que lo dejó como muerto en el suelo. Jesús lo tomó de la mano y lo levantó.

Otra vez más Satanás había sido vencido. Algún día el Señor aplastará al demonio bajo sus pies. Con todo, el demonio había sido conquistado por medio de la fe que el Señor despertó. ¿Hace su Palabra que creamos en Aquel que lucha por la vida y que algún día la libertará del dominio de la muerte?

Oración y ayuno. Cuando entró en la casa, sus discípulos le preguntaron por qué ellos no pudieron echar fuera al demonio. El demonio que había controlado al niño también había encendido la incredulidad en la multitud, puso a los escribas en oposición a los discípulos, y levantó dudas en el corazón del padre. De esta forma Satanás se puso completamente en control. La fe de los discípulos no pudo hacer frente a semejante incredulidad.

Si querían ser lo suficientemente fuertes como para enfrentarse con la incredulidad desatada por Satanás, tendrían que ayunar a fin de confesar delante de Dios su indignidad. En esta forma se sacaría de raíz toda confianza en sí mismos. Entonces podrían orar en fe y el poder de Dios se manifestaría en sus palabras.

Por medio de el ayuno tendrían que ejercer su fe. Pero aun este ejercicio se realiza en fe. No se puede producir fe sólo por el ejercicio. Por la fe vamos al Señor en busca de su comunión, y finalmente confesamos nuestra indignidad por medio de la fe. Por tanto, podemos vencer al Malo sólo en comunión con Cristo, sólo en su presencia.

Aunque Satanás no se manifiesta de esta forma hoy en día, su reino sigue estando alrededor y en nosotros. Pero junto al Señor Jesús seremos luchadores en favor de la vida.

Marcos:
Su partida desde Jerusalén

42: Vino a servir

Marcos 10:32–45

El Hijo del Hombre no sólo sirvió, sino que ahora gobierna en el cielo. En los gobiernos de las naciones irradia algo de la gloria de su reino. Por esto no hay nada malo o ilegítimo en que los gobernantes tengan autoridad sobre los pueblos. Hasta en la autoridad del gobierno eclesiástico se revela el reino de Cristo, aunque en este caso no hablemos de reinar.

El servicio del Hijo del Hombre tiene que ver con su estado de humillación. Es un servicio que comprende la entrega total de uno mismo. Jesús mismo lo explicó cuando agregó las palabras, "y para dar su vida en rescate por muchos".

Los que son su pueblo también han sido llamados a un servicio en abnegación y humillación. Por cierto, debemos explicar que el servicio no tiene como fin hacer expiación, sino la redención, la liberación de nuestra vida del reino del pecado. Vemos, pues, que los creyentes deben servir de verdad no sólo dentro de la iglesia institucionalizada, sino en toda là vida. Servir en abnegación a fin de redimir la vida es el camino a la grandeza, porque sirviendo llevaremos mucho fruto. El grano de trigo que cae en la tierra y muere es el que lleva mucho fruto.

Un creyente que, por una parte, esté llamado a servir con abnegación, podrá también, por otra parte, tener un puesto de autoridad en el gobierno o bien en la iglesia para supervisar y disciplinar. No obstante, no existe tal cosa como una ética personal y una ética para el trabajo u oficio que se desempeña. Esta distinción la hizo Lutero. Esto se ve claramente del hecho de que la distinción que Lutero hacía entre los dos tipos de ética coincidía con la distinción que hacía entre dos esferas, es decir, el estado y la iglesia. Pero se hace mucho más claro si enfatizamos fuertemente que, si se entiende correctamente, servir al pueblo es realmente servir a Dios. El Hijo del Hombre también sirvió a Dios cuando dio su vida en rescate por muchos. Si en ambas esferas servimos a Dios, este servicio trae unidad entre nuestro deber de negarnos a nosotros mismos en el servicio al pueblo y el ejercicio de nuestra autoridad sobre el pueblo. En todo lo que hagamos estamos en nuestro oficio delante de Dios. Llevamos la imagen de Cristo, tanto en su humillación como en su exaltación.

Este punto de vista está implícito en la afirmación de Cristo sobre que los lugares a su derecha o izquierda serán dados a aquellos para quienes el Padre los preparó. Durante su humillación, Cristo no es otra cosa que el Siervo de Dios. Es el Padre el que decide acerca de los lugares de honor. Nosotros también debemos servir de la misma forma.

Pensamiento clave: *El Hijo del Hombre vino para servir.*

Dispuesto a ser sacrificado. Jesús viajó desde Galilea a Judea y Jerusalén. Los discípulos le acompañaron junto con otros, tales como las mujeres que le servían. En esta vida pasó algún tiempo en Transjordania, y de allí se preparó para ir a Jerusalén. Sabía bien que este viaje lo llevaría a su sufrimiento y muerte.

Al subir a Jerusalén se estaba entregando deliberadamente a ese sufrimiento. Sin duda que esta decisión lo conmovió profundamente. El Señor Jesús iba delante de sus discípulos, firmemente resuelto a entregarse. Los discípulos estaban asombrados por su emoción y los demás que lo seguían iban asustados.

Nuevamente tomó a sus discípulos a un lado y les repitió, pero ahora con más detalles, lo que le pasaría en Jerusalén. Les dijo que sería entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, quienes le condenarían a muerte y lo entregarían a los gentiles. Sería escarnecido, azotado y escupido. Lo matarían, mas al tercer día resucitaría. Sabía que pasaría todo esto, y sin embargo iba. Debía redimir a su pueblo por medio de su sufrimiento. Al hacerlo estaría sirviendo al Padre, a fin de reconciliar a su pueblo otra vez con su Padre.

¿Entendieron los discípulos lo que decía? Otra vez más sus palabras les entraron por un oído y salieron por el otro. No podían imaginarse a un Mesías que tenía que sufrir. En este punto todavía no podían entender las Escrituras. Lo único que esperaban era la gloria. Todavía tenían que aprender a necesitar *al Cristo* en su sufrimiento. Esto lo aprenderían cuando vieran su sufrimiento como una expiación por sus pecados. Pero en sus corazones ya estaban fuertemente ligados a él.

Amor mezclado con egoísmo. Un poco más aldeante en el camino dos de sus discípulos, Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron a preguntarle algo. Ellos tampoco habían prestado atención a las palabras

que dijo sobre su sufrimiento. Lo único que sabían es que iban subiendo a Jerusalén y que el Señor estaba profundamente conmovido por ello. Era posible que en Jerusalén se levantaran tensiones y conflictos, pero el reino del Mesías ya iba a comenzar. ¿No acababan de ver su transfiguración en el monte?

Se preguntaban si *ellos* tendrían un lugar especial en el reino. Eran primos del Señor Jesús; su madre era la hermana de la madre del Señor. Además, varias veces el Señor les había mostrado preferencia al llevarlos sólo a ellos con él, junto con Pedro.

Esta pregunta era la expresión del amor que tenían por Jesús. Querían estar cerca de él en su reino y participar en su gloria. Realmente creían en él. La pregunta, sin embargo, mostraba que estaban velando también por sus propios intereses. Querían algo especial para ellos, algo que tenía que ver con el egoísmo. Es muy fácil que el amor deje de centrarse en Jesús, para centrarse en uno mismo. Entonces el amor se ha desviado del buen camino.

No se atrevían a presentar el asunto. Al principio sólo le dijeron que querían que él les hiciese un favor. Titubeaban y estaban tratando de ganarse su compasión. Cuando les preguntó qué es lo que querían, entonces le dijeron—o más bien le pidieron a su madre que se lo dijera (véase Mt. 20:20–21). Querían sentarse uno a su derecha y el otro a su izquierda en su reino.

Jesús entendió el egoísmo que había detrás de su pregunta. Más tarde los reprendría, pero también reconoció el amor y la fe que había en esa pregunta. Por esto elaboró el asunto con ellos. Primero les dijo que ellos no sabían lo que pedían, porque el camino que lleva a la gloria en su reino es uno lleno de sufrimiento y abnegación. *El* mismo iba a viajar por ese camino. *El* mismo iba a beber el vaso de sufrimiento y ser sumergido en el juicio, tal como lo fue por las aguas en su bautismo. ¿Serían capaces *ellos* de ir por ese camino de sufrimiento con él?

Sin saber lo que decían, contestaron con un firme sí. Creían que podían hacer cualquier cosa. Esta sobreestimación de sí mismos iba de la mano con el egoísmo de su amor.

Pero cuando lo miramos a él, cuando él es la única cosa que nos importa, entonces todo lo esperamos de él, reconociendo que dependemos de él totalmente. Pero tan pronto que miremos a nuestros propios intereses, confiamos en nuestro propio poder y pensamos que podemos sustentarnos a nosotros mismos. Entonces ya no conocemos al Señor Jesús, porque su vida fue una vida de servicio. El no se preocupaba por sí mismo, sino que

estaba al servicio de la voluntad de su Padre. Y nosotros lo conoceremos sólo cuando queremos nada más que servir al Padre. Esto es lo que Jesús ahora tenía que decirles.

Sumisión al Padre. Les respondió que por cierto compartirían su sufrimiento. Por supuesto que su sufrimiento sería algo totalmente único, puesto que era para hacer expiación por nuestros pecados. Ningún otro sufrimiento humano es como aquel. No obstante, todos lo que le pertenecen participan en el escarnio y la aflicción queJesús sufrió, porque tuvo que vivir en un mundo lleno de miseria y pecado. ¡Cuánto dolor trae el pecado a los creyentes! ¡Cuánto sufrimiento tienen que soportar! Especialmente aquellos que conocen el amor de Dios son los que sufren profundamente al escarnio y la aflicción.

A pesar de todo, en sus vidas los creyentes no pueden hacer otra cosa que servir al Padre. Esto es lo que el Señor Jesús hizo también. Sólo el Padre decide cual lugar dará a cada uno de sus siervos en su reino. El Señor Jesús en la tierra se conocía únicamente como el Siervo del Señor. Un día recibiría autoridad el Padre, pero por el presente todavía tenía que servir en humillación. Así que no le correspondía a él decidir quién se sentaría a su derecha o a su izquierda. Es el Padre en su divina soberanía que decide tales cosas. A nosotros sólo nos queda esperar su decisión, como siervos que se someten a él. Esto es lo que el Señor Jesús dijo a los hijos de Zebedeo.

Siervo de todos. Cuando los otros discípulos se enteraron de lo que Jacobo y Juan habían preguntado, se disgustaron mucho. Era como si estos dos discípulos hubieran querido aventajarlos a fin de conseguirse los mejores puestos para sí. Pero el hecho de que esto molestara tanto a los otros discípulos mostraba que todos tenían el mismo deseo en sus corazones.

¡Cuán poco habían entendido realmente acerca del servicio a Dios en su reino! Y cuán poco habían entendido que lo que es necesario aquí en la tierra es servir unos a otros en humillación y abnegación. La vida de todos los humanos todavía permanece atrapada por el pecado y debemos tratar de liberarnos los unos a los otros negándose a nosotros mismos y sirviendo unos a otros.

Esto es lo que Jesús quería decirles ahora. Así que los juntó a todos y les enseñó. Los gobernantes de las naciones y la gente prominente de la tierra ejercen una autoridad dada por Dios. Esta es la razón por la que gobiernan con poder y demandan sujeción. Algo de la soberanía divina ha sido colocada sobre sus hombros.

Pero suyo es un llamamiento especial. No todos tienen esta autoridad y nadie la tiene en todas las esferas de la vida. Si somos de Cristo, debemos estar dispuestos a ocupar el último lugar, a ser siervo de todos por amor a Dios. Debemos servir a Dios de tal forma que seamos bendición unos para con otros. Y aquí en la tierra esto no se puede lograr de otra manera sino por la abnegación. Entonces llevaremos mucho fruto y seremos grandes en el reino de los cielos. Pero Dios mismo nos mostrará el camino y decidirá cual será nuestro lugar en el reino.

Jesús mismo es nuestro ejemplo en este camino de abnegación. El no vino a este mundo para ser servido. Dentro de poco tiempo, después de su sufrimiento, tendría autoridad. Vino al mundo a servir y a redimir las vidas de los que le pertenecen.

Esto lo lograría dando su vida por los suyos. Su vida fue como un rescate, un rescate que se paga por la libertad de los esclavos. La justicia de Dios nos entregó al poder del Malo, pero el sacrificio del Señor Jesucristo en su muerte nos ha liberado. Si en fe le conocemos en su obra redentora, ¿no nos entregaremos gozosamente unos a otros?

43: La respuesta a las preguntas

Marcos 12:13–44

Debemos guardarnos de la idea de que lo único que nos quiere mostrar este pasaje de la Escritura es la gran habilidad de Jesús al refutar a sus opositores. Todo lo que él decía es revelación, es decir, autorrevelación, la revelación de la gracia de Dios en él.

Los fariseos y herodianos y la cuestión del tributo. No hay ninguna contradicción en las palabras: "Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios". Sólo si damos a Dios lo que le pertenece, podremos dar al César y a nuestros gobernantes terrenales lo que les pertenece. Cuando, por medio de Cristo, entregamos a Dios todo el amor de nuestros corazones, podemos conducirnos correctamente en nuestras relaciones terrenales.

Los saduceos y la resurrección. El hecho de que Dios, que se llama a sí mismo el Dios de los patriarcas, es el Dios de los vivos implica la revelación de la resurrección de los muertos. Los patriarcas murieron y estaban en la región de los muertos, esto es, pertenecían a los muertos. Así la Escritura lo presenta. Con esto no se quiere negar que hayan sido salvados, sino que sólo cuando resuciten pertenecerán a los vivos otra vez. De esta manera, el hecho de que Dios es Dios de los vivos requiere su resurrección. Sólo entonces será restaurada su vida terrenal.

Pensamiento clave: *Cristo mismo es la respuesta a las preguntas.*

Impuestos para César. El Señor Jesús estaba en Jerusalén. Con júbilo el pueblo le recibió en la ciudad. Le habían dado honores como el Mesías, como el Hijo de David. El Señor lo había permitido, aun cuando la veneración de muchos no era genuina. El honor a él debía ser la proclama-

ción de su realeza y soberanía. Pero ahora estaba en Jerusalén, el centro de la oposición en contra suya.

Los líderes del pueblo estaban poco contentos con los honores que recibía. Lo asechaban por todas partes, esperando pillarlo transgrediendo la ley de Moisés o esperando encontrar alguna cosa que fuese inaceptable para el pueblo. Cristo permaneció en medio del peligro y continuó predicando aunque sabía cual sería el fin de tgodo esto.

Los líderes del pueblo enviaron algunos fariseos y herodianos para ponerle una trampa. Pensaron que tenían una muy buena. Empezaron adulándolo, diciéndole que él era un hombre veraz que no se cuidaba de nadie. En esta forma ciertamente caería en la trampa. Entonces le hicieron la pregunta: "¿Es lícito dar tributo a César, o no?" Si Jesús decía que sera una obligación pagar los impuestos, el pueblo le odiaría, ya que aborrecían el dominio romano. Pero si decía que no debían pagar impuesto, entonces podrían ir a los romanos y acusarlo de insurrección.

Pero Jesús descubrió de inmediato sus intenciones. Les reprochó airadamente por su hipocresía, por aparecer como amigos mientras que realmente deseaban atraparle. Con todo, quiso contestar su pregunta. Y otra vez más su respuesta fue instructiva.

Les pidió una moneda de plata (un denario). Era una moneda romana de circulación común. La moneda tenía la imagen de César. Se las mostró y les hizo decir que la imagen que la moneda llevaba era la de César. Con esto les mostró que al usar esta moneda ellos de verdad habían aceptado el gobierno de César, que traía consigo la obligación de pagar impuestos. En esta forma les respondió que dieran a César lo que es de César.

¿Podría combinarse esto con el servicio al Dios de Israel? ¿No deberían sólo servir al Señor y estar libres de gobernantes extranjeros? ¿Acaso no vendría el día en que ellos serían goberna dos por la casa de David, a saber, por el Mesías? ¿No deberían asirse en fe de esta promesa y resistir toda dominación extranjera?

Es verdad que sólo debían servir a Jehová y esperar el cumplimiento de su promesa. Dios los gobernaría en su gracia a través del Mesías. Pero si realmente creían eso, entonces aceptarían que habían pecado contra el Señor y reconocerían que el gobierno romano era una castigo. Ellos podrían gemir bajo la dominación romana y pensar en la posibilidad de ser liberados de este yugo, pero esto debía suceder por medio de volver al Señor con una confesión de pecado. De modo que deberían dar a Dios lo que es de Dios, es decir deberían darle sus corazones en la espera de su salvación.

Si entregamos nuestro corazón al Señor y reconocemos el reinado soberano del Señor Jesucristo, también sabremos cómo conducirnos en nuestras relaciones terrenales. Entonces no seremos revolucionarios, sino que reconoceremos la mano de Dios dirigiendo la historia y también aceptaremos el gobierno que nos ha impuesto. Por otro lado, esto no significa que permitiremos todo o que esperaremos pasivamente que las cosas mejoren. También tenemos que luchar contra todo lo que no esté en armonía con el reino de Dios. Pero esto sólo lo podemos hacer según su voluntad y su Palabra.

La resurrección de los muertos. Los fariseos y herodianos que los líderes del pueblo enviaron habían sufrido una derrota humillante. La gente se maravillaba de Jesús. Ahora se le acercaba gente de otra partido, a saber, los saduceos. Los saduceos no creían ni en ángeles ni en la resurrección del cuerpo. Pensaban que sólo tenían que aceptar lo que pudieran entender y lo que sus mentes pudieran sugerirles. No era gente abierta a la maravillosa gracia de Dios, la que conquista el pecado y la mueerte.

Los saduceos confeccionaron una historia que demostraría la imposibilidad de la resurrección de los muertos. Partieron de una medida dada por la ley de Moisés, la cual establecía que si un hombre moría sin dejar hijos, su hermano tendría que casarse con la viuda. El primer hijo de este nuevo matrimonio sería considerado como hijo del esposo fallecido. En esta forma su nombre no sería borrado de Israel (véase Dt. 25:5–6). Asi que dijeron que hubo una vez siete hermanos que tuvieron la misma esposa en esta forma. Luego le preguntaron al Señor con quién estaría casada esta mujer cuando los muertos resucitasen.

Al hacer esta pregunta, dieron por sentado que si resucitemos a vida en nuestros cuerpos, la vida continuará tal como es ahora, esto es, con el matrimonio ocupando el lugar que tiene ahora. Primero el Señor tuvo que reprenderlos por su falta de entendimiento. Dentro de poco vendrá el reino de Dios. Esto no sólo incluye la restauración de la vida presente, con excepción del pecado. Más bien toda la vida, junto con todas sus relaciones de ahora, entrarán en una gloria más excelsa. Ya no existirá el matrimonio, porque el desarrollo y crecimiento de la raza humana habrá terminado. En aquel reino de gloria habrá un eterno florecer. Dios será todo en todos, así como sucede con sus ángeles.

Además, el Señor también quería mostrarles a los saduceos su incredulidad. ¿No dice la Escritura que Dios es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob?

Pero esto no tendría ningún significado si los patriarcas estuviesen considerados como pertenecientes a los muertos para siempre, porque Dios no es el Dios de los muertos sino de los vivos. El honor de Dios, su Dios, demanda que algún día sean restaurados a la tierra como seres vivos.

Los saduceos no conocían el poder de la gracia que restaurará completamente nuestra vida. Si a causa de Cristo creemos en el poder de la gracia de Dios, estas preguntas serán resueltas. Lo que parece imposible, viene a ser posible. En principio, la respuesta a todas las preguntas radica en la fe en el Señor Jesús, simplemente porque él nos dará la restauración completa de nuestra vida.

El gran mandamiento. Uno de los escribas (los eruditos en la ley de Moisés) estuvo presente y había esuchado la conversación. Parecía buscar la verdad sinceramente. El estuvo gozoso con la respuesta que Cristo dio a los saduceos. Entonces quiso hacerle otra pregunta al Señor, pero no para ponerle una trampa. La suya era una pregunta que realmente le inquietaba. Le preguntó cuál era el primer mandamiento, es decir, el más importante, el que debía cumplirse por sobre todos los demás.

Esta era una pregunta que se esperaba de un escriba. Ellos pensaban que los hombres debían ganarse el cielo cumpliendo los mandamientos. Ellos pensaban en una multitud de mandamientos independientes que a veces podían llegar a estar en conflicto unos con otros. De manera que la pregunta era cuál de todos precedía a los demás. El escriba quería saber si primero estaban las leyes sobre los sacrificios, por ejemplo, o las leyes sobre purificación o las leyes sobre el día de reposo. Este hombre estaba realmente preocupado por esta pregunta porque quería conducirse concienzudamente.

El Señor Jesús tuvo que rechazar toda esta forma de razonamiento. El primer mandamiento es que hay un solo Dios, en quien debemos creer con todo nuestro corazón. En esta fe también hay amor. Por esto debemos amar a Dios con todo nuestro corazón. Entonces será este amor lo que gobernará todas nuestras acciones. Por amor a Dios, también amaremos a nuestro prójimo, que es el segundo mandamiento. Pero este segundo mandamiento es dado inmediatamente con el primero; es dado junto con el primero, porque debemos amarnos el uno al otro por amor a Dios. De esta manera no es que hayan muchos mandamientos, que en algún momento pudieran entrar en conflicto unos con otros, sino que realmente hay sólo uno. Aquel

mandamiento, que debe gobernar toda nuestra vida, es que debemos amar a Dios.

El escriba quedó gozoso con la respuesta de Jesús. Así tenía que ser, esto era lo correcto: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Esta era la forma en que el Antiguo Testamento lo decía y también la forma que a él le gustaba, aunque todavía no había llegado a estar plenamente consciente de ello. Se dio cuenta que de esta forma se quitaba de encima la confusión de los muchos mandamientos. También pudo percibir algo de la gloria del gran mandamiento que gobierna a todos los mandamientos, aun los de los sacrificios.

Jesús se regocijó por el entendimiento de este escriba. No obstante, esta percepción no era suficiente, porque el escriba todavía veía al amor como algo que tenemos que hacer para obtener el favor de Dios. Pero el amor a Dios que gobierna todas las cosas también es un regalo; es la respuesta al amor con que Dos nos amó primero.

Este amor se nos concede en el reino por medio de la fe en el amor que Dios ha revelado en su hijo Jesucristo. De manera que la fe en el Señor Jesús es la clave que resuelve la pregunta sobre cual mandamiento es el primero. El escriba todavía no podía ver esto. Pero era más serio que los demás. Por esta razón el Señor le dijo: "No estás lejos del reino de Dios". Le faltaba ver por la fe la gloria de la gracia de Dios en su reino.

El Señor de David. El Señor Jesús había respondido a todas las preguntas de tal forma que nadie se atrevía a preguntarle más. Entonces él empezó a hacer preguntas. Los escribas dicen que el Cristo es el Hijo de David. ¿Cómo puede decir David—y nótense que lo dice bajo la inspiración del Espíritu Santo—que el Mesías es su Señor? En el Salmo 110 dice: "Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies".

Los escribas no pudieron responder esa pregunta. Nunca se habían hecho esta pregunta, aunque ciertamente muchas veces habían leído estas palabras de David. Si no leemos las Escrituras en fe, nunca seremos confrontados con el milagro de la graccia. Dios se revela en las Escrituras a aquellos que se someten en fe. Si no lo hacemos así, leeremos pero no entenderemos lo que dice.

El milagro es este: el eterno Hijo de Dios, el Señor de David, también llegó a ser Hijo de David, es decir, la Palabra eterna se hizo carne. Dios mismo se nos llegó en Cristo para redimirnos. Los escribas no entendieron

nada de esta milagrosa condescendencia de Dios en Cristo para salvarnos. Ellos querían llegar a Dios por sus propias obras.

Jesús no respondió su propia pregunta, sino los obligó a pensar. ¿Enfrentarían el milagro de la Escritura, hallándolo por la fe? Sea como fuere, habló mucho del gran milagro de la misericordia condescendiente de Dios. El pueblo le escucho gozosamente. ¿Entendieron lo que dijo en fe? Quizás en algunos casos sus corazones estuvieron abiertos.

Sirviendo al Señor por apariencia o en verdad. ¿Cómo hemos de servir al Señor? Esta debe haber sido otra pregunta candente entre el pueblo. ¿Debería hacerse como lo prescribían los escribas?

Jesús advirtió en contra del proceder de los escribas. Los escribas servían a Dios en las apariencias sólo. En sus corazones no había más que el egoísmo. Esto era evidente porque les encantaba pavonearse por las calles con largas ropas para parecer gente importante y muy pía, y les encantaba que la gente los saludara respetuosamente. También les gustaba tener las primeras sillas en la sinagoga y los primeros asientos en las cenas. Aun demandaban que las viudas pobres pagaran la suma completa de la cuota que se daba por el servicio del templo. También tenían mucho cuidado de mostrar su piedad en las largas oraciones que hacían en público; esto lo hacían principalmente para ganarse la admiración de los hombres. Los escribas recibirán mayor condenación a causa de su piedad aparente. No podemos ser egoístas en el servicio sincero al Señor. Siempre debemos recordar esto.

El Señor Jesús tuvo una excelente oportunidad para ilustrar lo que quería decir. Estaba sentado con sus discípulos en el atrio de las mujeres, donde estaba ubicada el arca de la ofrenda. Ricos y pobres depositaban allí sus ofrendas.

Jesus vio que una viuda pobre echó en el arca dos monedas de cobre. Esto era todo lo que tenía. Entonces dijo: "Todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento". Sin duda ella había hecho un voto y ahora estaba pagando su voto al Señor.

Nosotros podremos ofrecer todo lo que tenemos sólo cuando nos demos cuenta que todo lo que poseemos lo hemos recibido de Dios gratuitamente. No es necesario que entreguemos todo lo que tenemos, pero al usuarlo tendrá que ser siempre para servir al Señor. Entonces sabremos dar la porción correcta para el servicio de la iglesia. Todo se volverá en un don de amor agradecido.

Por amor a Cristo Dios nos lo ha dado todo por gracia. Nosotros en cambio sólo le damos lo que le pertenece. El problema era que muchos de los que daban su ofrenda lo hacían de lo que les sobraba, pensando que habían hecho algo muy grande por el Señor, de tal manera que ahora el Señor estaba endeudado con ellos. Esto se debía a que los escribas habías enseñado al pueblo que uno podía comprar el favor de Dios.

Cuando los escribas ofrendaban, lo hacían para ganarse el favor de Dios. Nada entendían de su gracia que lo entrega todo libremente. Nosotros debemos aceptar esta gracia en fe.

El servicio de los escribas era superficial, un servicio cosmético, porque no entendían nada de la gracia de Dios. No tenían fe en Cristo. Sólo por la fe en el Señor Jesucristo y en la gracia que él nos concede podremos aprender a servir a Dios en espíritu y en verdad.

44: Aprendiendo obediencia

Marcos 14:32–42

En Hebreos 5:8 se nos dice que a pesar de que Cristo era el Hijo de Dios, aprendió obediencia por lo que padeció en Getsemaní. El Señor logró la obediencia perfecta después de pasar por una prueba severa. Como el segundo Adán, en Getsemaní el Señor pagó y expió el pecado del primer Adán y el pecado que nosotros cometimos a través de él. Por su obediencia restauró el pacto que estaba roto por nuestra desobediencia.

No obstante, su sufrimiento en Getsemaní no era más que un preludio al verdadero sufrimiento en la cruz. En Getsemaní el Padre lo confrontó con su sufrimiento y Jesús lo vio cara a cara. Esto hizo que su alma se llenara de profundo pesar, tanto que todos sus sentimientos y toda su sensibilidad fueron afectados terriblemente por el pensamiento del sufrimiento y la muerte.

Ya en Getsemaní el horror completo del sufrimiento que se acercaba sobrecogió a Jesús. Esto pasó para que estuviera totalmente consciente de antemano del peso que se cargaba. Estaba siendo probado para ver si todavía estaba dispuesto a ofrecerse en sacrificio, así como en los antiguos servicios ceremoniales los corderos eran examinados por los sacerdotes antes de ser sacrificados para ver que no tenían tacha alguna.

Las primeras palabras que Jesús pronunciara en su oración tenían que ver con obediencia y victoria. No pensó en renunciar a la copa, pero se preguntaba si el Padre estaría dispuesto a quitarla. Para él lo decisivo era la voluntad de su Padre.

La relación de Jesús en cuanto a su sufrimiento se ve claramente por lo que les dijo a sus discípulos: "El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil". La palabra "carne" aquí no apunta al hombre en su estado pecaminoso, porque Jesús no tenía pecado, sino que al hombre en su debilidad. Por supuesto que esta debilidad es causada por el pecado, pero no es el pecado mismo. Sabemos que el Verbo se hizo carne y Hebreos 5 habla de los días de su carne, los días de su humillación.

La palabra "espíritu" se refiere al hombre en su estado de comunión con Dios por haber sido engendrado por el Espíritu, (Juan 3:6). En esta comunión-con Dios el hombre debe controlar la

debilidad de su carne. Los discípulos estaban dispuestos a velar y orar en la medida que ellos tenían comunión con Dios. Pero también eran carne y como tales sujetos al sufrimiento y a la muerte. En esta medida también eran débiles, incapaces de controlar la inmensa pena y emoción que Cristo les transmitía. Lucas nos dice que se durmieron "vencidos por la tristeza" (Lc. 22:45VM). Su espíritu o vida en comunión con Dios no pudo gobernar la debilidad de la carne. En el momento en que sus espíritus no pudieron triunfar sobre la carne, su debilidad se convirtió en pecado.

Cristo les pidió que velaran con él, aun cuando todo su pueblo debería haberse juntado para apoyarlo en ese momento. Su pueblo lo habría apoyado si hubiesen sido uno con él, lo cual, por supuesto, era imposible. El a solas ganó la victoria y él solo pudo padecer el sufrimiento necesario.

También Cristo era carne; era susceptible a todo tipo de sufrimiento. Todo tipo de emoción y horror podía inundar su alma. En Getsemaní lo asaltaron los temores del elemento violento e innatural de la muerte, el juicio en la muerte, el abandono en la muerte. ¡Como habría rehuido de la idea de la muerte!

Su carne también era débil. Tuvo que sufrir esta debilidad de la carne en toda su extensión en el estremecimiento y temor de lo que se acercaba. En su temor *tenía* que orar que esta copa pasase de él. No hubiera sido humano si no hubiese orado de este modo; no habría bajado a las profundidades de nuestra debilidad.

Sin embargo, en él el espíritu gobernaba a la carne de tal manera que ni por un momento su debilidad se convirtía en pecado. Y por medio del dominio de su espíritu sobre su carne, él pudo orar durante aquella noche en la cual ya nadie pudo seguir orando. El hecho de que Jesús pudo orar ya señalaba la victoria. Se aferró a sus lazos con el cielo. Al orar pudo vencer completamente su temor y capacitarse para rendirse en una disposición completa a aquellos que le tomaron prisionero. Es por esto que Hebreos 5 puede decir que su oración fue oída a causa de su temor reverente. Para él la victoria sobre el temor también fue una respuesta a sus oraciones.

Las palabras "Dormid ya, y descansad" probablemente no tenían un tono irónico, sino que más bien fueron una pregunta: "¿Todavía duermen y descansan?"

Pensamiento clave: *Cristo aprende obediencia por su sufrimiento en Getsemaní.*

El cordero que fue examinado. La tensión siguió creciendo entre el Señor Jesús y los ancianos del pueblo en Jerusalén. Los ancianos ya habían decidido matarlo. Recibieron ayuda de una fuente inesperada: uno de los discípulos, Judas, se les había acerado en secreto y se ofreció para entregarlo en sus manos de tal manera que no se produjesee un alboroto. El

Señor Jesús sabía qué tipo de complot estaban tramando. Con todo, se quedó en Jerusalén, entregándose voluntariamente a la muerte.

Las primeras noches de la semana de la pasión las pasó en Betania, una aldea cercana a Jerusalén. Al parecer el ir y venir llegó a ser demasiado cansador al pasar la semana. Sea como sea, la última noche no volvió a Betania, sino que pasó la noche con sus discípulos al aire libre en un huerto de olivos en la falda del monte de los Olivos. Este lugar se llamaba *Getsemaní*.

Cuando llegó al huerto ya sabía que el Sanedrín enviaría un grupo de soldados a prenderle, y que le encontrarían allí. Entonces el Padre lo entregaría en las manos de pecadores que le matarían. Al entrar al huerto le vino encima el terror de ese sufrimiento. Sabía que en aquella noche tendría que luchar para vencer el terror. Así que dejó a ocho de sus discípulos a la entrada y sólo se adentró en el huerto con Pedro, Santiago y Juan.

A ellos les confesó lo que estaba pasando en su interior. Estaba asombrado y muy triste. Dios le había mostrado lo que le pasaría y él lo había aceptado totalmente. Sería abandonado por Dios y la muerte caería sobre él. Sobre él caería el terrible castigo por el pecado. Si alguna vez hubo un hombre que realmente tenía sed por la vida, por lazos con todo el mundo, por un poquito de afecto de parte de Dios, era él. La muerte con sus tinieblas y abandono era algo tan extraño a él que estaba horrorizado y muy triste con tan terrible terror. Les dijo a sus tres discípulos: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte". Sus sentimientos y percepción interna estaban penosamente afectados por todo lo terrible que hay en la muerte. Su tristeza era tan grande que estaba en peligro de morir a causa de ella.

¿Por qué permitía Dios que le pasara esto? Porque él tenía que experimentar primero este horror completamente. Si no conocía este sufrimiento, ¿como quedería claro que él estaba preparado de antemano para cargarlo y para ser obediente hasta la muerte? Primero tenía que luchar para vencer este horror, a fin de ser un sacrificio voluntario en su sufrimiento. Tenía que establecerse definitivamente y con anterioridad que su obediencia no tenía ningún defecto. De otra manera su sacrificio no tendría valor. En forma similar, durante el período del Antiguo Testamento un sacerdote tenía que examinar de antemano al cordero del sacrificio para ver que no tenía defecto. De otra manera, no podía ser sacrificado.

El espíritu y la carne. Jesús tenía que luchar con este horror a fin de conquistarlo completamente. Por tanto, dejó a sus tres discípulos atrás para

poder luchar a solas en oración. No se fue muy lejos; todavía podrían ver y oír lo que decía. Era necesario que ellos fuesen testigos de esta lucha que él sufrió por nosotros como nuestra Cabeza. El también quería que lo conociesen en este conflicto, para que pudieran entender algo de ello. Por cierto, todo su pueblo debe participar en esta lucha. Así que les pidió que velaran con él.

¡Cuán genuinamente humano era el Señor! Aborrecía ese sufrimiento y esa muerte con todo su ser. No podía hacer otra cosa que orar para que fuese librado de él. No solamente podía, sino que también *debía* orar hasta el final que este sufrimiento le fuese quitado. Esto lo capacitó para que cuando viniese el sufrimiento él pudiera soportarle voluntariamente para que así fuese un sacrificio de obediencia. Esta es la razón por la que pidió que su copa le fuese quitada si era posible.

El "si es posible" no era una expresión de incredulidad. Por el contrario, empezó diciendo, "Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti", esto es, todo lo que está en consonancia con tu nombre y con tu honor, todo lo que sirve a que se cumpla tu palabra. El Señor quería decir que si su petición estaba de acuerdo con la voluntad de su Padre, entonces que fuese quitada esta copa.

Jesús también era un ser humano débil. Al igual que nosotros, Jesús era un ser humano débil que naturalmente sufriría horrores al pensar que le estaba por llegar la muerte. Al igual que nosotros, él era carne. Pero también era espíritu y conocía la vida en comunión con Dios.

En aquella comunión tenía que ser fuerte, vencer el horror y estar completamente dispuesto para ser sacrificado. Su espíritu tendría que vencer completamente a su carne. Así luchó contra el horror y controló la debilidad de su carne. Ni por un solo momento la carne pudo dominarlo. No huyó del sufrimiento, sino que habló con su Padre acerca de ello. El solo hecho de orar ya era una victoria. Y en particular era un victoria que orara que se hiciera la voluntad de Dios para la redención de pecadores. Concordaba completamente con su Padre en que el mundo debía ser redimido.

Controló su carne por medio de la oración. Se detuvo un momento para ir donde estaban los tres discípulos. Sus discípulos no habían velado con él; no lo habían conocido en su conflicto. Por el contrario, se habían dormido. La emoción y tristeza del Señor se habían comunicado a ellos. Ellos también eran carne; temían la terrible cosa que iba a suceder. Claro que ellos también eran espíritu y conocían la vida en comunión con Dios, pero la debilidad de la carne y el horror vencieron en el caso de ellos. Fueron vencidos por la tristeza y la desesperación y entonces no pudieron orar. En

un momento como ese no había lugar para la oración. Se durmieron de tristeza y de desesperación.

Deberían haber velado junto con él. Hubieran podido hacerlo solamente si hubieran centrado su fe en la fuerza de aquel que luchaba por ellos. Por sí mismos jamás podrían conquistar semejante horror. Sólo Jesús podía hacerlo. El Señor oró de noche, en aquella hora de tinieblas cuando nadie pudo orar. Al hacerlo pudo conquistar la debilidad de su carne. Mediante la fe y en comunión con él, sus discípulos podrían haber velado y orado, y deberían haberlo hecho.

Los reprendió por haberse dormido, y esto tenía que ver especialmente con Pedro que tanto alarde hacía de que estaba listo para cualquier cosa. Les exhortó a que velaran y oraran para que no cayesen en una tentación de la cual no habría escape, porque entonces el horror los vencería sin estar preparados y no tendrían esperanza de vencer. Sin lugar a dudas, eran hijos de Dios. Su espíritu estaba dispuesto, pero la debilidad de su carne ya dominaba y pronto tendría la victoria.

El Señor Jesús sí pudo controlar su carne, pero esto no quiere decir que el horror dejara de atacarlo repetidamente con nuevas fuerzas o que la carne no amenazara de hacerse más fuerte que él. Una y otra vez experimentó esta terrible angustia. Así que volvió a luchar a solas. Oró las mismas palabras y con la oración controló su carne.

Cuando regresó, encontró a los tres discípulos durmiendo otra vez. Habían sido completamente vencidos por la debilidad de la carne. No pudieron seguir aferrándose a él por medio de la fe en su fortaleza. Cuando los despertó, estaban completamente confusos y sentían vergüenza ante él. No sabían qué responderlo—tan alejados de él estaban.

Otra vez el Señor fue para orar. El conflicto era espantoso. La carne se levantó con más fuerza, ya que luchaba contra el espíritu. La agonía era difícilmente soportable. Jesús empezó a transpirar sangre. Y si no hubiera sido por un ángel que vino del cielo a darle fuerzas, hubiera muerto allí mismo en su agonía. El ángel no quitó nada del horror, sino que fortaleció a Cristo para que no muriera. El Señor tuvo que soportar un conflicto terrible en su agonía, pero se aferró a su Padre en oración. Era uno con su Padre en su propósito redentor, y esta unidad predominó.

Oído a causa de su temor reverente. Por medio de la oración venció el horror. Llegó el momento en que pudo desterrar de su alma toda la ansiedad y aceptar su sufrimiento de buena voluntad. Esta prontitud fue la

respuesta que su Padre le diera a su oración. Ningún otro ha sido jamás capaz de seguir orando en un momento de tormento como este y nadie ha jamás recibido tal prontitud. Sólo Jesús ha podido hacer esto.

En Adán nos apartamos de Dios en circunstancias totalmente diferentes. En esa oportunidad no había ningún problema de horror, sino sólo de favor y gloria. Como nuestra Cabeza, Cristo cubrió y expió nuestro pecado por medio de la lucha en oración para obtener aquella perfecta obediencia en la cual se entregó a sí mismo para la redención del mundo. Esta fue una obediencia en la cual estuvo en completa armonía con la voluntad del Padre.

Después volvió a sus discípulos y les preguntó si seguirían durmiendo. La hora ya había pasado. Había llegado el momento en que Dios lo entregaría en manos de pecadores para que pudiera redimir al mundo por su sufrimiento. Los discípulos debían levantarse pronto, porque el traidor estaba cerca.

¡Cuán voluntaria y conscientemente se entregó! El estaba listo, ¿pero lo estarían sus discípulos? Ellos no estaban controlando su carne. Debido a esto caerían en una tentación que no podrían resistir.

La carne siempre es débil, pero él la venció. Teniendo fe en él, uniéndonos a él, al Vencedor, ahora es posible velar y orar aun en circunstancias en que nos parezca imposible. Hay veces en que la ansiedad aleja la oración de nosotros, porque nuestra carne es débil. Pero al mirar a él, podremos orar sin caer en una tentación que sea demasiado poderosa para nosotros.

45: Como un asesino

Marcos 14:43–72

Para un análisis mucho más detallado del juicio ante el Sanedrín, véase la sección correspondiente en Mateo. El asunto del desamparo de Jesús lo dejaremos para el estudio del Evangelio de Lucas. Lo que aquí resalta es su arresto.

Como rey de Israel, Cristo también era su pastor. De los ancianos del pueblo Cristo dijo que eran ladrones y asesinos que se habían introducido por otro medio. Pero ahora los papeles habían cambiado cuando arrestaron a Jesús como a un criminal y lo trataron como a un enemigo del estado.

Esto sucedió para que se cumpliese la escritura. Las Escrituras nos revelan el plan de salvación de Dios. Este plan se cumple cuando a Jesús lo arrestan como a un asesino. Fue en esta calidad que sufrió e hizo expiación por los pecados del pueblo, pueblo que repetidamente lo rechazó como su rey y pastor, escogiéndose otros líderes para sí. Por ejemplo, David fue rechazado en favor de Absalom. La carne siempre rechaza a Cristo como su pastor, eligiéndose líderes que confirmen el orgullo de la carne.

Hay mucho que decir en favor de la suposición que el joven que huyó desnudo era Juan Marcos mismo. Es notable que sólo Marcos relata esta historia. Si es así, también tendríamos que aceptar la hipótesis que Cristo y sus discípulos tuvieron la última cena en la casa de María, la madre de Marcos.

Podemos imaginarnos el orden de los acontecimientos de la siguiente manera. Cuando Judas juntó a los soldados del Sanedrín, primero fue a la casa de María para ver si Jesús todavía estaba allí. Cuando encontró que ya se había ido, fue a Getsemaní, donde estaba seguro que le hallaría. Esto advirtió a Marcos de que se estaba armando lío. Debe haberse levantado de su cama apurado para ir a avisarle a Cristo.

Es verdad que todo esto es probable, pero no podemos estar seguros de que así fue. Sea como fuere, no podremos afirmar que este hecho sea insignificante, porque no hay nada así en la Escritura. Aun este breve relato nos ilustra la sinceridad y el apego que sentían hacia él los seguidores de Cristo. Este hecho nos muestra fuertemente cuan ultrajante fue salir en contra de Jesús con una cuadrilla de soldados, como si él fuese un criminal y un enemigo del estado.

Pensamiento clave: *Cristo es tomado prisionero y condenado como asesino.*

Cristo se entrega a sí mismo. Ni bien había acabado el Señor Jesús su lucha de ganar la victoria en Getsemaní y dicho a sus discípulos que debían ponerse en pie porque el traidor se acercaba, cuando de pronto llegó una cuadrilla de soldados, armados con espadas y palos. Fue el Sanedrín el que envió a este grupo. A la cabezas iba Judas, el que había decidido traicionarlo. Durante la noche Judas había dicho al Sanedrín que ahora era la oportunidad para aprender a Jesús sin llamar la atención de nadie. Sabía que probablemente el Señor pasaría la noche en Getsemaní.

Pero no estaba seguro de cual sería la reacción de los otros discípulos. ¿Pelearían para evitar que lo arrestaran? Debían, entonces, ser tomados por sorpresa. Así que hizo un acuerdo con la bandilla armada. Nada sabían los discípulos de su traición; así que Judas se acercaría al Señor y lo besaría, al parecer para saludarlo ya que había estado ausente. Entonces la brigada de soldados lo arrestaría de inmediato y lo separaría de sus discípulos. No tendría oportunidad de escapar en medio de la confusión.

¡Cuán poco había entendido Judas a su antiguo Maestro! Después de todo, el Señor Jesús es el Hijo de Dios, la revelación plena de la gracia de Dios. Aquí podía pasar una de dos cosas, o bien la majestad de aquella gracia consumiría a Judas y a su séquito, o bien Cristo se entregaría voluntariamente. Pero, ¿qué podían hacer las espadas y los palos contra semejante gracia? ¡Judas tampoco conocía a los discípulos a cuyo círculo una vez perteneció! Aunque hubiesen querido defender a su Maestro a su manera, ¿no los habría controlado el espíritu de Jesús? Judas nunca conoció la gracia del Señor Jesucristo.

Se le acercó, lo besó, y dijo, "¡Maestro, Maestro!" Jesús sabía exactamente de qué se trataba y esto no lo tomó por sorpresa. Por el contrario, se entregó voluntariamente a los que lo arrestaban. ¿No debería beber la copa? ¿No acababa de vencer a la canre? Se entregaría a sí mismo para reconciliar al mundo con Dios. Así que no ofreció resistencia a los soldados que lo agarraron cuando Judas les dio la señal.

Pero a los discípulos los tomaron por sorpresa, a pesar de que Jesús se los había advertido. Pedro llevaba una espada porque realmente pensaba que podría producirse una batalla física. ¡Esto muestra que ni él ni los demás discípulos entendían cosa alguna de la disposición que Cristo tenía para entregarse como expiación del mundo!

Pedro desenvainó su espada y atacó al enemigo. Pero el Espíritu del Señor Jesús controló a los discípulos e hizo que Pedro se detuviera. El Señor no deseaba una defensa como esta, sino que se entregó a sí mismo por nosotros.

Para que se cumpla la Escritura. Le afectó profundamente que fuese arrestado por una cuadrilla armada con espadas y palos. Hasta dijo que habían salido contra él como si fuera asesino. ¡El pastor y rey de Israel fue arrestado como si fuese asesino! No había venido para perturbar a Israel, sino para gobernarlo por gracia en el nombre de su Padre y así juntar sus ovejas. Los ladrones y asesinos eran más bien los líderes del pueblo, quienes descarriaban al pueblo, haciéndoles daño eterno con su falsa doctrina.

Esto entristeció mucho al Señor Jesús. Y cuánto sufrió cuando le pusieron las manos encima. ¿No podrían haberlo arrestado en el templo, cuando hablaba de la gracia de Dios? ¿Por qué no le habían arrestado entonces y por qué tenía que suceder en esta forma ahora?

Entendió por qué tenía que sufrir todo esto. ¿No había profetizado la Escritura que sería contado con los transgresores? (Is. 53:12). A través de sus líderes el pueblo rechazó la gracia como algo criminal y peligroso para el estado.

Así es como la gracia en él debe parecer a todos aquellos que quieren ser ellos mismos los señores y amos de sus vidas, y que quieren ganarse su propia salvación. Con esto Cristo sufrió y expió el rechazo total que la humanidad hace de la gracia de Dios. Fue arrestado como un criminal, a fin de que algún día muchos lo honren en fe como su Rey y Libertador. ¿No debemos mirar nosotros a lo que él sufrió voluntariamente?

Los inocentes. El hecho de que el Señor se entregara voluntariamente causó una tremenda confusión entre los discípulos. ¿Qué sería ahora de su reinado? No podían entender que el camino hacia su glorioso reinado en gracia estaba en sufrir y expiar nuestros pecados.

Ellos habrían peleado por él, pero ahora que él se los prohibía, ya no sabían cómo reaccionar respecto a él. Ellos no entendían cuán tremenda era la enemistad ni la manera en que él expiaría esta enemistad sufriendo voluntariamente. Tampoco entendieron que ellos sólo podrían estar de su parte al someterse voluntariamente junto con él.

Aunque Pedro cargaba una espada, el grupo todavía era bastante sencillo e inocente. No comprendían la enemistad que había, ni tampoco comprendían el deseo de su Señor. Así que todos huyeron confundidos. No estaban listos para darse a sí mismos. No habían luchado en Gestsemaní como él luchó, y ahora habían caído en una tentación que no sabían manejar. Siempre debemos estar listos para sufrir por Cristo, aun cuando no siempre se nos requiere que nos rindamos sin defendernos, tal como ahora deberían haber hecho los discípulos.

Aquel círculo de discípulos no era del tipo que defendería a Cristo hasta la muerte con la espada. Por cierto, el espíritu del Señor los controló de manera diferente. Esto se podía ver claramente respecto a otro seguidor de Jesús, un seguidor que todavía era muy joven.

Evidentemente este joven sospechaba lo que estaba ocurriendo. De un salto salió de la cama, se vistió con sólo una sábana y salió corriendo en la noche a la calle para avisarle al Señor en Getsemaní. ¡Cuán ingenuo era este joven! Su amor lo impulsó a salir, pero no llevó nada con qué defenderse. Los soldados quisieron arrestarlo, pero él los dejó con la sábana en las manos y huyó a su casa desnudo. El también abandonó al Señor.

Al final el Señor Jesús estuvo solo en su sufrimiento. Libró la batalla solo e hizo expiación por nosotros. Aun cuando lo tomaron prisionero como si fuera un asesino, juntaría a su pueblo como verdadero rey mediante su sufrimiento.

Digno de muerte. Fue llevado atado a la sesión del Sanedrín que se reunía de noche. Pagaron a testigos falsos para que testificaran en su contra, y se le hicieron muchas acusaciones: se oponía a la ley de Moisés, era un hombre que perturbaba al pueblo, era un ladrón, un asesino, un enemigo del estado. Tuvo que soportar ser acusado de esta manera, aunque no se pudo probar ninguna de estas acusaciones.

Dado que no podían lograr ningún fallo condenatorio, el sumo sacerdote se puso de pie y le preguntó si él de veras era el Cristo, el Hijo del Dios bendito. El sumo sacerdote le hizo la pregunta bajo juramento. El Señor Jesús afirmó que él era verdaderamente *el Cristo*, en quien había llegado toda la gracia de Dios y que algún día reinaría en su gracia.

Para el sumo sacerdote y el Sanedrín Jesús no podría haber pronunciado peor blasfemia. ¿No eran *ellos* los verdaderos líderes del pueblo? ¿Y cómo se proponía ahora hacerse cargo él en el nombre de Dios? ¿Se hacía pasar

este perturbador del pueblo por el Cristo? No había más que un veredicto: es digno de muerte.

Se mofaron de él, le escupieron y le dieron de puñetazos. Los miembros del Sanedrín también se burlaron de él. ¿No era un criminal? ¿Cuán difícil era el camino que el Señor Jesús tuvo que andar para alcanzar su verdadero reinado de gracia!

No conozco al hombre! El hecho de que uno de sus discípulos lo negara hizo que su camino fuese aun más penoso. Pedro, el que se había arremetido en Getsemaní para después huir, ahora había vuelto. Estaba avergonzado. Como todavía no entendía por qué Cristo se había entregado, sólo estaba avergonzado de haber huido. Todavía confiaba en sí mismo.

Pudo entrar al patio de la casa por medio de un conocido. Pero temblaba por dentro, pues no estaba preparado para entregarse a sí mismo con el Señor. No estaba en el mismo espíritu.

Finalmente sucedió lo que temía. Una persona tras otra lo reconocía como un discípulo del Señor. Era de esperarse que lo reconocieran porque Pedro no estuvo en segundo plano todo el tiempo que estuvo con Jesús en Jerusalén. Ahora negó tres veces que era su discípulo. Hasta dijo no conocer al hombre. Actuó como si no quisiera que se mencionara su nombre junto al de ese criminal.

Aun su discípulo se avergonzaba de él. Al negar a Jesús Pedro contribuyó al juicio que iba cayendo sobre el Señor. ¡Qué horrible! El Señor también tenía que sufrir esto. ¡El camino de la expiación de nuestros pecados era realmente horrendo!

Jesús le había dicho a Pedro que lo negaría tres veces antes que el gallo cantara dos veces. Después de su tercera negación Pedro oyó cantar al gallo. ¡Esto fue chocante para Pedro! Salió rápidamente del lugar y lloró amargamente. Ya no estaba avergonzado sólo de sí mismo. Había negado a su Señor y lo había ofendido terriblemente en su gracia y amor. ¿Dónde encontraría un lugar para esconderse?

A pesar de todo, Pedro conocía a su Señor; de alguna forma sabía que algún día la gracia lo conquistaría todo. Por eso no desesperó hasta la muerte, aunque le costó mucho sobreponerse a esto y creer que su transgresión había sido perdonada. Jesús también sufrió la negación de Pedro para hacer expiación por nuestra infidelidad.

46: Tenido en nada

Marcos 15:1–20

Al tratar el juicio delante de Pilato, nos concentraremos en la elección que se tuvo que hacer entre Jesús y Barrabás. Al mismo tiempo, no perderemos de vista al juez que puso al pueblo frente a esta disyuntiva. Pilato nunca se habría tomado con Barrabás las libertades que se tomó con Cristo, tratándolo como un hombre condenado aun antes de que fuera pronunciada la sentencia. Con Cristo era mucho menos necesario, ya que para Pilato, el pueblo, Barrabás mismo y los soldados, todos tuvieron en nada a Jesús.

Pensamiento clave: *Cristo es tenido en nada.*

Por Pilato. Temprano por la mañana el Sanedrín se juntó otra vez. Se pusieron de acuerdo en una acusación oficial. En base a la acusación que inventaron podrían entregarlo a Pilato. Se había hecho llamar rey de los judíos, con lo cual estaba incitando a una rebelión contra la autoridad del emperador romano.

Lo ataron y lo llevaron a Pilato, quien le llevó adentro y le preguntó si él era el rey de los judíos. Jesús no pudo responder directamente a esa pregunta. Por cierto él era el rey de los judíos, pero no en el sentido en que los judíos entendieron el término o en el sentido en que Pilato podría entenderlo. Entonces respondió: "Tú lo dices".

Pilato lo siguió interrogando. Estaba realmente confundido porque no entendía el reinado de Cristo. Pero lo que sí le quedó claro fue que este hombre no era un peligro para el estado y esto se lo dijo a los ancianos del pueblo. Entonces ellos empezaron a acusarlo de muchas otras cosas, pero

Jesús no respondió a ninguno de los cargos. Esto hizo pensar a Pilato y lo convenció aun más de que Jesús no planteaba ninguna amenaza a su autoridad.

Mientras tanto, la gente de Jerusalén había llegado al palacio para elegir al prisionero que sería libertado. Los romanos habían concedido a los judíos este privilegio; en cada fiesta de la Pascua podían elegir a un prisionero para que fuese puesto en libertad. Con esto los romanos hacían creer a los judíos que tenían algo de independencia. Esta es tal vez la razón por la que fue escogida la fiesta de la Pascua; en esta fiesta los judíos celebraban su liberación de Egipto.

Cuando Pilato vio que la gente llegaba, pensó que podría presentar a Jesús al pueblo como el prisionero que debía ser liberado. Al razonar en esta forma estaba cometiendo la injusticia más grande. Sucedía que Cristo todavía no había sido condenado, pero Pilato lo estaba tratando como si ya se hubiese probado su culpabilidad. Además, Pilato lo estaba comparando con Barrabás, un hombre que había sido arrestado en una revuelta, en la que había matado a alguien. Pilato colocó a este asesino revolucionario junto a Jesús, convencido que el pueblo elegiría sin duda a Jesús. Tenía buenas intenciones, pero su proceder violaba toda norma de justicia.

Pero ¿qué importaba, si sólo se trataba de Jesús? La gente pensó que en su caso cualquier cosa estaba permitida; no tenía ningún valor y su muerte no tenía ningún significado. Quizás con Barrabás Pilato debería tener más cuidado, pero, ¿quién era Jesús?

¡Cómo habría sufrido el Señor Jesús por todo esto! Nadie lo conocía o se daba cuenta del valor de su vida. Fue considerado como menos que un criminal. ¡Si tan sólo hubiese sabido Pilato que su vida y su sangre era el precio con el cual el mundo sería rescatado! Pero eso fue completamente pasado por alto.

Por el pueblo. Los ancianos del pueblo se dieron cuenta que era muy posible que el pueblo de veras demandara la libertad del Señor Jesús. Así que se movieron entre la multitud, incitándola a que demandaran la libertad de Barrabás. El pueblo se permitió que lo guiaran a cometer esta parodía de justicia. ¿Qué significado tenía para el pueblo la justicia y la vida humana?

Jesús los había desilusionado. Como Jesús no los había libertado del yugo romano, el pueblo estaba desilusionado; su desilusión tenía más peso que todo lo que Cristo había hecho en su misericordia para revelar la gracia de Dios. Su desilusión era más grande que todas sus curaciones, su ayuda y

liberación y también la forma en que se había dado a sí mismo. El pueblo realmente no quería la redención de la vida y su restauración delante de Dios; lo que querían era la independencia, la libertad del dominio extranjero, y la libertad del yugo de la gracia del Señor.

Esto es lo que la gente todavía quiere hoy en día, a menos que el Señor los venza por su Espíritu y Palabra. Idealizamos a un hombre como Barrabás, el revolucionaro antes que sometemos al gobierno de la gracia de Cristo.

El pueblo gritó a Pilato que liberara a Barrabás. Cuando Pilato preguntó qué debía hacer con el rey de los judíos, el odio del pueblo irrumpió descontroladamente a causa de la desilusión causada por Jesús. Gritaron, "¡Crucifícale!" Cuando Pilato les preguntó qué mal había hecho, gritaron con más fuerza, "¡Crucifícale!"

Cristo tenía que experimentar la vergüenza de la crucifixión, para que nadie pudiera jamás pensar en él sin menospreciarlo. Sería quitado del pueblo por medio de la crucifixión, un castigo típicamente romano. Nadie quería saber más de él. Pero la gente todavía tenía muchas esperanzas en Barrabás. Cuando fue puesto en libertad, muy bien podrían haberlo llevado sobre sus hombros.

Su propio pueblo rechazó y despreció a Jesús. Y sin embargo, él era su verdadera Cabeza, más de lo que fueron David o Salomón. El era la Cabeza quien por su obediencia hasta la muerte juntaría al pueblo y lo traería de vuelta a Dios.

Algún día su verdadero pueblo se arrodillará delante de él para bendecirlo. ¡Pero cómo habría sufrido Cristo cuando el pueblo lo rechazó y se puso de parte de Barrabás! Fue sólo a través de este camino de sufrimiento que llegó a ser la verdadera Cabeza de su pueblo.

Por Barrabás. ¡Barrabás debió haber estado encantado cuando lo soltaron! ¡Quizás ni lo soño! Su muerte era segura, pero ahora lo ponían en libertad, ¡y todo por ese fanático Jesús de Nazaret! ¡Cómo se habrá reído de él, despreciándolo! Barrabás, el que había quebrantado las leyes del estado salía libre y era recibido como un héroe, mientras que Jesús, que realmente se había entregado a Dios, era condenado a la muerte. Pero esto sucede con mucha frecuencia en la vida de las naciones y entre los hombres. Son los egoístas los que llegan al poder.

¡Qué bendición que Cristo también sufriera por todo esto! Pero llegará el día de la restauración de todas las cosas, y entonces Dios despreciaría a

todos los que despreciaron a Jesús y honrará a todos los que le buscaron, no porque lo merezcan, sino porque Jesús los movió a buscar a Dios. Los que participen de su rechazo, algún día participarán de su honor.

Por los soldados. Pilato entregó a Jesús para que fuese crucificado. Los soldados encargados de llevar a cabo la sentencia lo llevaron dentro del palacio. Todos se juntaron para burlarse de él. Le dieron la apariencia de un rey, colocándole la capa roja de un soldado, una corona de espinas y una caña como cetro. ¿Qué podía haber más ridículo que un hombre que había ido a lo largo de toda la tierra haciendo el bien, llamándose rey de los judíos, y que sin embargo nunca arrebató el poder? Uno podía tomarse todas las libertades que quisiera con este descabellado pretencioso. Los soldados tenían más respeto por un rebelde como Barrabás que por un tonto como Jesús. Se gozaban en ridiculizarlo.

El mundo todavía se burla de la crucifixión de Cristo como una tontería. La gente se pregunta, ¿pero qué se puede lograr verdaderamente con la redención? La cruz se opone a la fibra misma de nuestras mentes orgullosas y pecaminosas. De que Cristo vino y se entregó a la maldición, viniendo a ser así una bendición para el mundo es algo que simplemente no encaja en ninguna parte de nuestros designios orgullosos. Pero a pesar de todo, nuestros designios deben convertirse, a fin de hacer de la cruz de Cristo la piedra angular de todo nuestro pensamiento.

Jesús sufrió el escarnio de ser vituperado como un tonto. Pero como resultado ahora muchos le miran a él en adoración, admirando la sabiduría de Dios que lo entregó para nuestra salvación.

47: Impotencia

Marcos 15:21–47

A pesar de que Jesús dio su vida voluntariamente, ya que nadie se la quitó contra su voluntad, todavía podemos hablar de su impotencia. Se sometió voluntariamente a esta impotencia. Al hacerlo, manifestó su poder sobre la carne. Este poder se mostró repetidamente, como cuando clamó en alta voz al momento de morir.

Su impotencia se debía a que había sido abandonado por Dios. Se había entregado a este abandono. Su muerte física se debió precisamente a que fuera abandonado por Dios. Con la palabra "física" nos referimos a la vida en su debilidad, que es el resultado del pecado, el elemento mortal de la vida que debe ser destruido. Este elemento mortal o debilidad de la carne hizo posible que fuese abandonado por Dios, para finalmente morir.

Aunque Cristo no tenía pecado, sufrió la muerte en la forma más plena, porque le fue imputado nuestro pecado. Como resultado de su muerte, el elemento mortal en nosotros ya ha sido conquistado al punto que los creyentes ya no serán más abandonados por Dios.

Cristo no pudo tener más control sobre la vida porque fue abandonado por Dios. Por su sufrimiento consiguió la comunión eterna con Dios para su pueblo y en esta comunión el derecho de comer del árbol de la vida, el poder sobre la vida.

Pensamiento clave: *El Cristo sufre la impotencia en su muerte.*

Impotente en su sufrimiento. Desde la casa de Pilato los soldados llevaron a Jesús fuera de la ciudad. Los criminales siempre eran ejecutados fuera de la ciudad. Nuestro Señor también fue echado de la comunidad. Aquel que es nuestra Cabeza y que cargó sobre sí mismo nuestros pecados ya no era considerado apropiado para la sociedad humana.

Fue crucificado fuera de la ciudad en un monte llamado *Gólgota*. Primero quisieron darle de beber vino a manera de sedativo, pero él lo rehusó. Se estaba entregando voluntariamente a su sufrimiento. ¿No había vencido a la carne? Como ya lo consideraban como muerto, empezaron a echar suerte sobre sus ropas.

Sobre su cabeza Pilato había colocado una inscripción que establecía el cargo contra él: "El Rey de los judíos". De esta forma Pilato usó la oportunidad para asustar a cualquiera que quisiera resistir la autoridad del emperador. Ni Pilato ni los judíos entendieron el tipo de reino del que había hablado Jesús. En todo caso, la gloria de su reinado fue temporalmente opacado por el poder del emperador romano.

A su derecha e izquierda crucificaron a dos asesinos. Hasta en su muerte fue contado con los transgresores. Fue avergonzado por nuestros pecados, fue hecho un espectáculo público por nuestros pecados.

Por muchas horas tuvo que soportar este amargo sufrimiento y vergüenza. El, *el Cristo*, el que había sido enviado a redimir al mundo y que algún día por su poder traería a este mundo la redención completa, colgaba impotente sobre la cruz. Se había entregado voluntariamente a su destino y voluntariamente fue despojado de todo poder. No podía ni siquiera moverse en la cruz y todo poder destructivo hizo presa de él. Así sufrió por nosotros. Con todo, por nuestros pecados nosotros merecemos ser entregados a los poderes de la destrucción.

Burlado debido a su impotencia. Mucha gente pasó por ese espantoso lugar. Se detuvieron, movieron la cabeza en un falso sentido de compasión y miraron con desprecio su impotencia. Le dijeron: "Sálvate a ti mismo y desciende de la cruz". Los ancianos del pueblo siguieron el juego haciendo bromas cínicas. Decían que había sido capaz de salvar a otros, pero que obviamente no pudo salvarse a sí mismo. Le decían también que si les daría una señal ahora y descendería de la cruz, entonces creerían en él. Es así como pensaban que habían triunfado sobre Jesús, a quien nunca pudieron ganarle con palabras. Hasta los homicidas que estaban crucificados con él le injuriaban.

Los ancianos tenían razón: Jesús salvó a muchos, pero no podía salvarse a sí mismo. Si quería salvar a otros, no le estaba permitido salvarse él mismo. Pudo salvar a otros haciendo expiación por sus pecados a través de su sufrimiento. Cristo obtuvo para nosotros la gracia de Dios para la salvación.

¡Este escarnio habrá sido una experiencia penosa para Cristo! No obstante, la soportó. Ya había ganado la victoria en Getsemaní y así estaba plenamente preparado para sufrir, aun hasta la muerte.

Impotencia a causa del abandono. Jesús sufrió en la cruz desde las nueve de la mañana hasta medio día. ¿Cómo fue posible que fuese entregado a un sufrimiento tan grande, entregado a las fuerzas de la destrucción y hasta entregado a la muerte misma? Todo sucedió porque Dios lo abandonó. Si un hombre está en comunión con Dios, también tendrá poder para vivir, pero si Dios le abandona, está sujeto a la destrucción.

Dios abandonó a Jesús más y más. Esta debió haber sido para él una experiencia sin paralelo, pues lo que más quería era estar en comunión con Dios. Nadie jamás podrá penetrar en este misterio. Cuando se rompió el hilo de comunión con Dios, Jesús murió mil muertes. Fue sumido en la oscuridad total y en el mismo infierno. Sufrió la muerte eterna.

Jesucristo es la Luz del mundo. La gracia y la luz sólo vienen por él. El es la Cabeza del mundo. Si él fuera abandonado a la oscuridad total, llegará el día en que todo el mundo sería sumido en la oscuridad total. Esto se dejó ver cuando se oscureció el sol a medio día. Si Jesús no hubiese soportado el sufrimiento de la soledad completa, la oscuridad eterna hubiese algún día venido sobre este mundo.

Oculto de todo ojo, sufrió en dicha oscuridad por tres largas horas. Su sufrimiento fue extremo. Se fue hundiendo más y más. La miseria que viene por ser abandonado por Dios lo fue consternando más y más, hasta que gritó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" "¿Qué *es* el pecado y cuán profunda *es* su miseria? ¿Llegaré alguna vez a tocar el fondo de esta miseria?" Jesús tenía que experimentar las profundidades del pecado y los efectos que causa en Dios. Hasta esa profundidad lo echó Dios. Se hundió más y más profundo, sufriendo un horror inexplicable y una completa impotencia. Este fue el precio de nuestra expiación.

Cuando Cristo gritó esas palabras, había penetrado en lo más profundo del pecado. De este modo quitó el juicio que pendía sobre nosotros. La prueba de que quitó el juicio se vio en que la luz volvió. Una vez que se aclaraba, empezó de nuevo la burla en el Gólgota. La burla nerviosa servía para disipar la terrible impresión que había dejado la oscuridad.

Por haber clamado Jesús, "Eloi, Eloi", la gente se burlaba, diciendo que había llamado a Elías para que lo salvara. Cuando uno de ellos quiso mojar

sus labios con una esponja empapada en vinagre, lo detuvieron. Pero insistió, diciendo que quería ver si Elías vendría a salvarle (véase Mt. 27:48–49). No le dejarían morir todavía.

Impotente en la muerte. Pero Dios tenía decidida otra cosa. Cristo ya había logrado la expiación por nuestros pecados y ahora se le permitió morir. Esto no era sólo para *terminar* con su humillación. Había sido abandonado por Dios; ahora se le entregaba a la muerte por un tiempo. Era necesario que también la muerte se enseñoreara de él.

La muerte temporal entró al mundo porque nosotros rompimos el vínculo con Dios. Por tanto, la muerte también vencería a Jesús. Tuvo que soportar el violento dominio de la muerte como si fuera con cadenas.

No obstante, se había entregado voluntariamente a toda esa desesperación, incluyendo la muerte. Aun en el momento mismo de su muerte Cristo era una víctima voluntaria. El poder de todos sus enemigos fue destruido, porque él se entregó voluntariamente a su sufrimiento por amor a Dios, a fin de reconciliar al mundo con Dios.

El sacrificio de Jesús llegó a ser un sacrificio expiatorio porque él fue una víctima voluntaria. Esta disposición y victoria la expresó cuando clamó a gran voz al morir. Hasta el centurión que estaba de guardia pudo ver esta victoria al momento de su muerte. Por esto proclamó: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios".

Su sufrimiento y muerte llegaron a ser una bendición eterna porque fueron un sacrificio ofrecido a Dios. Su muerte produciría la perfecta comunión entre Dios y el hombre. Dios reveló esto en ese preciso momento, ya que cuando Cristo murió el velo del templo se rompió en dos de arriba abajo. Hasta ese día Dios había morado oculto tras el velo, pero ahora su pueblo tendría el privilegio de andar en plena comunión ante el rostro de Dios.

Impotente en la tumba. De todos los seguidores de Cristo, sólo algunos pocos discípulos y algunas mujeres fueron testigos de su muerte. Era necesario que lo enterrasen pronto, antes de que empezara el día de reposo al ponerse el sol.

Dios mismo se ocupó del entierro. Había un miembro del Sanedrín que en fe había visto el reino de gracia por medio de las palabras y obras del Señor Jesús. Pero no había dado a conocer sus convicciones por miedo a

los judíos. Este hombre ahora fue a Pilato a pedirle permiso para encargarse de su sepultura. La fe de este hombre, José de Arimatea, era una fe genuina, pues cuando ya parecía que el Señor había muerto, su fe no decayó. Por el contrario, la declaró públicamente al colocar el cuerpo del Señor para que descansara en su tumba, una tumba que jamás había sido usada.

Allí yacía Jesús, impotente. Hicieron con él como quisieron. Lo bajaron de la cruz y lo cargaron hasta el sepulcro. Jesús también entró al reino de los muertos, al mundo de los olvidados. Pero él así lo quiso, porque fue de esta forma que soportó el juicio por nuestros pecados. Somos *nosotros* los que merecemos ser olvidados para siempre. A causa de su pronta disposición Dios no entregó su cuerpo a la corrupción en el sepulcro. Por el contrario, su sufrimiento fue el sacrificio que cumplió con la justicia de Dios.

Pronto resucitaría. Y por amor a él, Dios no entregará a los suyos al olvido. Con Cristo algún día triunfaremos sobre la muerte y el sepulcro, para recibir el poder de la vida.

48: La palabra del Rey

Marcos 16:1–20

Este no es el tipo de libro como para entrar en detalle sobre el problema de si los versículos 9–20 del capítulo 16 de Marcos son o no genuinos, es decir, si provienen en realidad de Marcos. La iglesia los ha aceptado como canónicos. Estos versículos nos dan una conclusión que está verdaderamente en armonía con el propósito de todo el Evangelio de Marcos. Según Marcos 1:1, su intención era describir el principio del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios, el principio del evangelio tal como fue difundido a todo el mundo romano. Este último capítulo concluye declarando que sus discípulos predicaban por todas partes, y que el Señor obraba junto con ellos, confirmando su mensaje con señales.

El énfasis de este último capítulo, entonces, está en la palabra que sería predicada en el nombre del Señor resucitado. La palabra del Rey demandaba fe y sumisión. Es por esto que dice que está salvo el que crea y sea bautizado, pero el que no crea será condenado.

Muy poco se habla de las apariciones del Señor, las que sirvieron para confirmar la palabra de la resurrección. En este respecto estos versículos hablan de la incredulidad de los discípulos en conexión con esa palabra.

La incredulidad de los discípulos no está en conflicto con lo que nos informa Lucas, a saber, que los discípulos recibieron con gozo a los dos hombres de Emaús, diciendo: "Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón" (Lc. 24:34). Pero Lucas mismo nos dice que estaban tan maravillados que no lo podían creer (Lc. 24:41). Esto expresa muy bien qué es lo que está implicado en creer en la resurrección: o no creemos en la resurrección o si bien creemos somos librados del pecado y de la muerte y un nuevo mundo se abre para nosotros. Por eso los discípulos gritaron de gozo al recibir el anuncio, pero cuando realmente se les confrontó con el hecho y todas sus consecuencias, no pudieron hacerlo frente.

Pensamiento clave: *La palabra del Rey sale con poder, porque él vive.*

La palabra de la resurrección. Las mujeres que habían presenciado la sepultura no podían descansar tranquilas en Jerusalén. Sabían que el entierro fue realizado precipitadamente. Así que compraron más especias para embalsamar el cuerpo. Pero esta no era la única razón por la que iban al sepulcro. Simplemente no resistían estar lejos del Señor. Allí estaba enterrada la esperanza de sus vidas. Para ellas la vida no existía sin Jesús y sin la palabra de su gracia. ¿A dónde se había ido ahora la sanidad y la redención de la vida efectuadas por el reino de gracia? Jesús había perecido.

En el camino se acordaron de que el sepulcro había sido sellado con una enorme piedra. ¿Quién se la movería? Pero cuando se acercaban se dieron cuenta para su gozo que alguien la había removido ya. Evidentemente el sepulcro era toda una gruta.

Entraron, pero no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. De hecho, lo primero que les saltó a la vista fue la figura de un hombre joven sentado a la derecha, vestido con una larga túnica blanca. Le miraron asombradas.

El joven les habló de inmediato. Sin duda se dieron cuenta de que era un ángel. El les dijo que no debían tener miedo. Les dijo también que su búsqueda era en vano, porque Jesús ya no estaba más bajo la maldición de la cruz o la muerte. Había conquistado el pecado que fue la causa de su sufrimiento y muerte. Estaba vivo otra vez y nuevamente tenía poder, pero ahora para jamás poner su vida otra vez. Había conseguido este derecho con su muerte. Sólo debían mirar el lugar donde había sido puesto. Si creían lo que el ángel les decía, entonces el ver la tumba vacía confirmaría su fe.

El ángel también les dio instrucciones de ir a los discípulos y decirles que tal como Jesús lo había dicho, se les aparecería en Galilea. Allí escucharían la palabra del Rey. Al hablar de los discípulos el ángel mencionó especialmente a Pedro. Esto era porque Pedro no debía pensar que por haberlo negado estaba excluido del círculo de los discípulos. Para él también había gracia. ¡Cuánto se habría consolado Pedro con estas palabras cuando las escuchó después!

Sin embargo, los discípulos no recibieron el mensaje inmediatamente, pues las mujeres huyeron de la tumba sin decir nada a nadie, porque estaban atontadas y con miedo. No podían asimilar lo que habían oído y visto.

Nosotros también podemos gozar de una perfecta paz con Dios, gracias a la resurrección del Señor Jesús. Entonces la gloria del cielo, la gloria de los ángeles, ya no nos será algo extraño. Pero esto era algo tan tremendo

que todavía estaba fuera del entendimiento de esas mujeres. ¡Y cuántas veces tampoco nosotros podemos asimilarlo!

Fe en la palabra de la resurrección. Ese mismo día el Señor Jesús apareció a varias personas para confirmar la palabra de la resurrección que el ángel había hablado, y que él mismo también había proclamado anteriormente. Primero le apareció a María Magdalena, la que sentía un gran apego a él por haber sido una vez liberada de siete demonios. María dijo la buena nueva a los discípulos que estaban llorando y lamentando, pero no le creyeron. Más tarde el mismo mensaje fue confirmado por otros dos hombres, seguidores de Jesús, a quienes Cristo había aparecido en el camino a Emaús, aunque en tal forma que al principio no le reconocieron. Pero los discípulos tampoco creyeron a estos hombres.

Era tan maravilloso que era realmente algo increíble. Ellos le habían visto resucitar muertos varias veces, y hasta ellos mismos lo habían hecho. El era el Señor de la muerte. Pero de ningún modo lo comprendieron. Si todo lo que habían visto era cierto, entonces también el pecado, la causa de la muerte, y la muerte estaban vencidos por siempre. Dios es perfecta paz y hay vida eterna. Las bendiciones eternas de Dios están allí frente a nosotros. Los discípulos no pudieron captar todo eso.

Entonces Jesús mismo se les apareció, cuando estaban comiendo al atardecer ese día. Les reprendió por su incredulidad y dureza de corazón. Estamos tan encerrados dentro de nuestro pecado e incredulidad, como una cárcel, que no podemos creer que ha llegado la libertad.

El Señor Jesús dejó bien en claro que los conocía en la profundidad de su pecado de incredulidad. Como resultado se dieron cuenta de su pecado y fueron salvos. La luz de la gracia vencedora entró ahora en sus corazones.

Siempre se debe castigar la incredulidad, porque su presencia muestra que mantenemos cerrados nuestros corazones a la luz de la verdad. Pero si escuchamos el castigo y reconocemos su justicia, entonces somos salvos.

El llamado del Rey. Tan pronto como creyeron y reconocieron el reino de gracia y se sometieron a Cristo como el Rey en gracia, el Señor los llamó a predicar el evangelio a toda criatura. "A toda criatura" significa a personas que gobernarán en su nombre sobre toda la creación si creen en Jesús y se someten a su reinado. Toda la creación será redimida por medio del gobierno de ellos.

La palabra que los discípulos llevarían era, entonces, la palabra del Rey. Esta palabra sale con poder y el hombre debe someterse a ella en fe. Después de creer en ella recibirían el bautismo como señal de que ahora son parte del pueblo de Dios. El bautismo les asegura que han muerto y que han dejado su culpa atrás. El que creyere y fuere bautizado, será salvo y no vendrá a condenación. Pero el que no cree sufrirá el castigo eterno.

La forma en que el Señor cuidaría de sus discípulos, al igual que las señales que haría a través de ellos, todo esto confirmaría claramente que ésta era la palabra del Rey, la palabra de poder. Tal como Jehová una vez envió a Moisés con milagros al faraón, así ahora los discípulos se presentaban al mundo con milagros que confirmaron su testimonio.

Aquí había una demostración del poder del Rey sobre la vida y todo lo que la amenaza. Pero ahora el evangelio ha salido al mundo y ha expuesto su derecho a la vida una vez por todas. Por lo tanto, todas aquellas cosas que amenazan la vida, cosas como la culpa y la muerte, han llegado a su fin. Pero el poder del evangelio está tan presente hoy en día como lo estaba antes y reclama que nos sometamos en fe, porque el evangelio es la palabra del Rey.

La marcha del evangelio. La resurrección no fue el fin para el Señor Jesús, sino sólo el comienzo de su exaltación. Después ascendió al cielo, donde se sentó a la diestra de Dios. Esto quiere decir que comparte con el Padre el gobierno de la gracia, el cual llevó a cabo en su nombre.

El reina para siempre en gracia. Pero especialmente en este tiempo de conflicto se le ha dado poder por sobre todos los enemigos de Dios y de la vida que Dios creó. Estos enemigos son el pecado, la muerte y el diablo.

Jesús ejercita su poder especialmente a través del Espíritu Santo que da fuerza a la palabra predicada. Así Jesús obró con sus discípulos desde el mismo momento que ellos dieron comienzo a su ministerio. También los apoyó en el período inicial con muchos milagros.

Jesús todavía está obrando en el día de hoy. Es a causa del poder milagroso de su gracia que una persona presa en sus pecados puede creer y ser liberada. Así fue en el mundo romano al cual Marcos escribió, y así es hoy.

Lucas:
La venida
del Santo

49: El Señor nos da su gracia

Lucas 1:1–25, 57–80

Una de las características del Evangelio de Lucas es que la genealogía se remonta hasta el mismo Adán, hijo de Dios. Con esto nos quiere decir que la salvación no es sólo para Israel, sino para toda la humanidad. Y la salvación consiste en esto, que por Cristo los hombres han sido adoptados otra vez como hijos de Dios y son santificados. Es en conexión con esto que Lucas describe el amor de Dios y la misericordia en Cristo para la vida humana, la cual él vuelve a plena salud por su Espíritu.

El nombre *Juan* significa: *el Señor da gracia*, es decir, Dios muestra su gracia para toda la vida de la humanidad en *el Cristo* como el segundo Adán, la Cabeza del pacto. Este pacto algún día abarcará a todos los pueblos.

Por lo que hemos dicho, entonces, es evidente que no debemos tratar los hechos que examinaremos en esta sección como si fuesen una historia familiar privada que sólo tiene que ver con Zacarías y Elisabet. Es cierto que el nacimiento de su hijo fue una muestra de gracia y causa de gozo para ellos, pero lo que más se subraya en el anuncio del nacimiento de este niño es la venida de Aquel para quien Juan debería preparar el camino. Más adelante Zacarías cantaría de esto sobre todo.

Zacarías se equivocó cuando le pareció imposible que la promesa del ángel fuera cierta. Sólo tenía sus ojos puestos en el nacimiento del niño, cosa que era bastante pequeña en comparación con las tremendas noticias que el ángel le acababa de anunciar. A menos que vea lo pequeño a la luz de lo grande, no podría creerlo. Si hubiese creído en el milagro de Dios venido en *el Cristo*, ¿habría sido demasiado difícil para creer el nacimiento de su niño? De la misma forma nuestra propia salvación será demasiado milagrosa para nosotros si no mantenemos la mirada fija en el milagro que Dios haya venido en *el Cristo*.

Pensamiento clave: *Dios demuestra su gracia a su pueblo enviando a aquel que ha de preparar el camino delante de su faz.*

El cumplimiento sobrepasará la expectación. Por siglos Dios se había dado a conocer al pueblo de Israel, porque en su pacto los había adoptado como a su pueblo. La salvación de Dios en su pacto no era sólo para Israel, sino para todo el mundo. A través del Redentor, Dios en su misericordia sanaría la vida que había sido tan terriblemente magullada y herida entre todas las naciones.

Pero el Redentor nacería en Israel. ¡Por siglos Israel esperaba a su Redentor! Pero no llegaba. Ahora el Señor había estado callado por varios siglos. No se había revelado otra vez a su pueblo por medio de algún profeta o de algún otro modo. La esperanza estaba por morir en Israel. A pesar de todo, todavía había algunos que en fe vivían con el Señor en su pacto, esperando el cumplimiento de su promesa.

Finalmente llegó el momento que Dios tenía determinado. Israel todavía estaba sujeto al imperio romano, pero se le habían dado algunas libertades al pueblo. Por ejemplo, Roma aprobó el ascenso de Herodes como rey en el trono de Jerusalén. Así que Herodes estaba reinando sobre Israel.

Por aquellos días vivían en Judea un hombre y su esposa, Zacarías y Elisabet. El era un sacerdote y ella también era de la familia de Aarón, esto es, era de una familia sacerdotal. Esta pareja vivían con el Señor en su pacto, teniendo puestas sus esperanzas en su gracia. Pero no tenían hijos. Ellos deben haber orado muchas veces por este problema, y no sólo por un niño, sino por la manifestación de la gracia de Dios en el nacimiento de un niño. Cuando vivimos con el Señor, no sólo oramos por sus dones, sino que le pedimos que nos muestre su amor *en* sus dones.

Pero no habían tenido hijo. Ya habían dejado de orar, porque ya se habían hecho ancianos. Ahora ya era imposible que pudieran tener un bebé. Esto debe haber opacado su vida de fe. ¿Qué era el Señor para ellos? ¿Era acaso un Dios de lejos?

Sólo podían deducir que sus oraciones no habían sido escuchadas. En su esperanza desengañada estos dos ancianos representaban bien a Israel, cuya esperanza por el Mesías también había sido frustrada. ¿Vendría realmente?

Pero nosotros no debemos decir que alguna vez Dios desatienda la oración hecha en fe. El Señor a veces responde en forma extraña. Hay oraciones que hace mucho que ya olvidamos, pero el Señor no las ha olvidado.

El Señor tampoco olvidó las oraciones de Zacarías y Elisabet. Les respondería en una forma totalmente milagrosa, porque no había destinado para ellos un niño con una vocación común en la vida. Les daría un niño

que tendría un solo propósito en la vida: anunciar y señalar al Mesías. Este niño nacería milagrosamente, y este hecho en sí fue ya un anuncio del gran milagro que Dios mismo nos iba a venir en el Redentor. Zacarías y Elisabet nunca habrían esperado eso. Lo que Dios hace es por cierto maravilloso, sobrepasando todas nuestras expectaciones. Sólo debemos estar quietos y esperar en Dios.

El anuncio de la venida de Dios. Había tantos sacerdotes en Israel que las varias órdenes se turnaban para servir en el templo. Todas las mañanas y todas las tardes un sacerdote tenía que entrar al Lugar Santo para quemar incienso en el altar de oro y ofrecer oraciones por el pueblo. Cuando el sacerdote entraba al Lugar Santo estaba en la presencia del Señor. Por esto, al salir, bendecía al pueblo en el nombre del Señor. Los sacerdotes echaban suertes para este aspecto del servicio.

La semana en que la orden de Zacarías estuvo en Jerusalén, la suerte cayó en él. Entró al templo con incienso. Quizás este servicio le fue difícil, porque tenía que aparecer delante de Dios para adorarle por todo el pueblo y para orar por ellos. ¿Pero cómo estaba él en su relación con el Señor? Todavía tenía un deseo frustrado que carcomía su corazón. En el templo todo brillaba con la gloria de Dios, ¿pero era Dios realmente un Dios de gracia?

Entonces vino la respuesta. Mientras que Zacarías cumplía su labor, se le apareció en el lado derecho del altar del incienso un ángel del Señor. En el esplendor de aquel ángel pudo ver la gloria de la gracia del Señor. Se llenó de miedo. El ángel le dijo que no tenía nada que temer, porque la gracia de Dios estaba con él. Que esto era cierto se haría evidente en que ahora sus oraciones serían escuchadas y tendría un hijo. Debería ponerle como nombre *Juan*, esto es, *el Señor da gracia*.

No obstante, la gracia que venía en este niño no era sólo para Zacarías y su esposa, porque el niño sería llamado para preparar al pueblo para la venida del Señor como Redentor. Para llevar a cabo esta labor el niño sería lleno del Espíritu Santo desde el mismo momento de su concepción. Por esto no bebería vino ni ninguna bebida fuerte como señal de que su fuerza no venía de ninguna cosa aquí en la tierra, sino del espíritu de Dios. Su ministerio sería como el que una vez tuvo Elías y lucharía para que el pueblo regresase otra vez al Señor. Después de todo, el Señor no era un extraño al pueblo de Israel, sino que su Dios.

El pueblo debía aprender a confiar en su Dios otra vez. Al volver otra vez al Señor, los padres y los hijos ya no estarían más separados unos de otros, sino que ahora serían familias unidas. El pecado separa a los padres de los hijos, pero este niño lucharía para llevar a cabo una conversión en Israel, porque el Señor venía como Redentor.

Así que el gozo no era sólo para Zacarías y Elisabet. Muchos se regocijarían por el nacimiento de este niño. La salvación debía ser vista por Zacarías y Elisabet a la luz de la gran salvación que sería el gozo del mundo.

Incredulidad. Pero Zacarías no veía las cosas de esta manera. Había oído, por cierto, que un niño nacería, pero el anuncio de esta gran salvación se le había escapado. Así que no podía creer lo que estaba oyendo. Lo que sí tenía muy en cuenta era que él y su esposa Eliizabet ya estaban viejos. ¡Sería imposible! Pero si en fe hubiese visto el milagro de que Dios mismo se encarnaría, entonces también podría haber creído que Dios le daría un hijo aunque sea por un milagro. Ahora no podía creerlo y en su incredulidad pidió una señal. ¡Pero si hemos visto la plena gracia de Dios en el Cristo, no hay casi nada que no podamos esperar del Señor!

La fe puede pedir una señal para ser confirmada, pero buscar una señal en incredulidad es un pecado. Es rechazar la palabra del Señor. Así que el ángel le dijo: "Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y he sido enviado a hablarte, y darte estas buenas nuevas. Dios está hablando por mi intermedio".

Zacarías no había escuchado la palabra de Dios en fe como verdadera palabra de Dios. Dios le castigaría por su incredulidad: estaría mudo hasta que naciera el niño. El Señor no deja pasar por alto las dudas y la incredulidad, sino que muestra su ira contra ellas para castigarlas.

Zacarías pudo darse cuenta en ese terrible silencio que su pecado fue malo. Pero Dios levantó fe en su corazón al hacer morir la incredulidad. De manera que la tortura de su mudez vino a ser una diaria confirmación de su fe. "Lo que el ángel dijo de seguro pasará, porque estoy mudo. No tengo derecho de hablar, porque no creí en el Señor". Toda nuestra conversación debe ser un hablar en fe.

La gente que esperaba afuera empezó a preguntarse por qué era que Zacarías se demoraba tanto. Finalmente salió, pero no pudo bendecir al pueblo, porque estaba mudo. Además, estaba muy consternado y hasta anonadado por todo lo que le había pasado. La gente pensó que había

sucedido algo inusitado cuando él sólo movió las manos. Debió haber visto una visión. Obviamente este pensamiento revivió otra vez en la gente. Evidentemente Dios ya se estaba acercando.

El cumplimiento. Cuando llegó a casa Zacarías debió haber comunicado a Elisabet por escrito lo que el ángel le había dicho. Ambos creyeron, aunque también estaban avergonzados por la permanente señal de mudez. El cumplimiento se produjo por medio de su fe. Dios siempre cumple su palabra mediante la fe que él mismo despierta. Por meses guardaron su secreto entre sí. Finalmente, nació el niño.

Todo el vecindario hablaba de lo ocurrido. Era todo un milagro que gente tuviera niños a esa edad. Era un milagro de la gracia de Dios. ¿Se revelaría Dios otra vez? ¿Estaba cerca su salvación?

Al octavo día muchos amigos y parientes vinieron a la casa de Zacarías y Elisabet. El niño sería circuncidado ese día, con lo cual recibiría la señal de su incorporación al pacto de Dios. En esta oportunidad también se le daría un nombre. Todos querían que el niño se llamase *Zacarías*, igual que el padre; pero Elisabet dijo que su nombre debía ser *Juan*. Entonces le dijeron, "Pero en toda tu familia no hay nadie con ese nombre". Con todo, Zacarías escribió en una tablilla que su nombre sería Juan. Todos estaban sorprendidos.

Dios reclamaba para sí la vida completa del niño para el llamado especial que se había propuesto y por esto le dio un nombre que concordaba a su vocación, un nombre que se apartaba de la tradición familiar. Dios actúa según su beneplácito y tiene todo derecho de reclamar lo que está de acuerdo a sus propósitos.

La promesa ya se había cumplido. Al darle ese nombre al niño Zacarías demostró que había aceptado en fe y obediencia la palabra del Señor respecto al llamamiento y la vocación de su niño. Ahora entonces podía desaparecer la señal de la mudez. Se soltó su lengua y su corazón se abrió en una canción de alabanza.

En esta canción, que ha sido llamada "Benedictus", fue evidente que Zacarías ya no pasaba por alto esa gran salvación para Israel y la vida. De esto cantó primero que todo y más que otra cosa. Dios traía honra a su pueblo al restaurar la casa de David.

El pueblo servía a Dios otra vez en libertad al vivir bajo este despliegue de gracia conforme a la promesa. La gloria del pacto de Dios se revelaría en su nueva Cabeza. Después Zacarías cantó sobre su hijo, pero lo hizo a la luz

de esta gran salvación. Cantó sobre la vocación y el trabajo que este niño tendría, a saber, anunciar que el Señor venía quien daría el perdón de los pecados y la paz, y alumbraría como una luz sobre Israel, estableciendo así su vida. El Señor en su gracia, sólo el Señor, era grande para Zacarías.

¿Podemos nosotros ver todo lo que recibimos del Señor de la misma manera? Todo debe verse dentro de la perspectiva del gran milagro que Dios ha aparecido. Debemos, pues, verlo todo en fe. Si Dios no se nos hubiera venido en el Señor Jesús, no habría ninguna salvación ni ninguna dádiva. Pero ahora toda nuestra vida puede permanecer en la luz y ser bañada en el brillo de la maravillosa gracia de Dios.

¡Cuán maravillados debieron haber estado todos por lo acontecido! ¿Qué sería este niño? De veras, mucho más de lo que la gente esperaba, y también mucho menos. La vida de Juan pronto llegó a su fin. Pero a causa de la tarea a la cual Dios le había llamado, Juan tuvo una importancia que pocos imaginaron. ¡Le tocó señalar *al Cristo*!

Muy joven empezó a prepararse para su llamamiento. Se retiró de la vida familiar para buscar comunión con Dios en el desierto. Allí descubrió que sin Dios la vida es un desierto solitario. También aprendió que Dios ofrece su comunión de pura gracia. Esto es lo que más adelante predicaría a Israel.

50: Santo es su nombre

Lucas 1:26–56

Como el Santo, Dios se busca a sí mismo y es él el centro de todo lo que hace. Como el Santo se mantiene en contra de toda criatura que no desea pertenecerle, sino que más bien busca su independencia de él. El Señor mantiene su juicio y castigo. Pero también como el Santo, Dios busca a su criatura caída, la convierte hacia sí, salvándola por medio del llamamiento a su servicio. Aquel que es santo también muestra gracia.

Dios se santifica en esta redención, porque sólo él (nadie fue su consejero) es el origen de esta redención, y sólo él la lleva a cabo. Esto es verdad especialmente en cuanto al milagro central de la encarnación de la Palabra, cuyo nacimiento no provino de voluntad de carne. Dios deja en nada todas las expectaciones y el orgullo de los hombres al llevar a cabo sus obras; quita de sus tronos a los poderosos y exalta a los humildes.

El Cristo es Hijo de Dios en tres sentidos. Primero, es el Hijo eterno del Padre. Segundo, como hombre fue concebido por el Espíritu Santo. Tercero, como *el Cristo*, el que lleva este oficio y es la Cabeza del pacto, fue nombrado Hijo. De este modo, detrás de este nombramiento a ser el Hijo que realiza la obra de Dios aquí en la tierra, están las otras dos relaciones filiales. Como *el Cristo* es el Santo, el consagrado solamente a Dios.

María no cayó presa de la incredulidad como lo hizo Zacarías. Ella vio inmediatamente que en el nacimiento del Redentor había un gran milagro de gracia. Por esto pudo creer. En esa fe fue santa al Señor y Dios se santificó a sí mismo en ella. Sólo cuando nos sometemos a su Palabra somos santos al Señor. Cuando María preguntó: "Cómo será esto?", esta no era una pregunta de incredulidad de parte de ella, sino una pregunta que realmente indagaba cómo obraría Dios este milagro. En fe ella buscó entendimiento.

Dios se santificó a sí mismo en estas dos mujeres cuando se encontraron María y Elisabet. Dios ungió a Juan, aún no nacido, con su Espíritu Santo, con lo cual lo consagró para sí mismo y convirtió a la madre Elisabet en profetisa. En ninguna parte leemos que María le dijera primero a Elisabet lo que le había pasado. Elisabet ya lo sabía por iluminación profética.

En este encuentro María también llegó a ser profetisa. Lo que dijo Elisabet la tomó por sorpresa, tal como siempre se nos adelante y sorprende la gracia de Dios. Fue entonces que ella irrumpió con su canción de alabanza. La dinámica que hasta ahora había llenado su alma, al punto casi de oprimirla, ahora pudo desahogarse en palabras.

No debemos jamás estudiar este encuentro entre María y Elisabet como si fuera una encantadora escena familiar. Dios es grande y poderoso en esta historia.

Pensamiento clave: *Dios se santifica en la concepción del Redentor en la carne.*

Bendita entre las mujeres. Retrocedamos algunos meses en la historia, cuando todavía no había nacido el hijo de Zacarías y Elisabet. Seis meses después de que el ángel profetizara el nacimiento milagroso del hijo de Zacarías, el Señor volvió a enviar al mismo ángel, Gabriel. Esta vez había que anunciar el gran milagro del nacimiento del Redentor.

Este milagro de la redención, a saber, que Dios mismo, el propio Hijo de Dios, viniera al mundo y naciera como un hijo de hombre sólo venía de Dios. A ningún hombre se le hubiera ocurrido. Al cumplir su promesa Dios buscó formas propias de hacerlo que eran completamente diferentes a lo que nosotros hubiéramos esperado.

El ángel fue enviado a una sencilla joven, pero no de Judea sino de la menospreciada provincia de Galilea, de la pequeña y humilde aldea de Nazaret. El nombre de la joven era María, la que estaba comprometida con un joven, de nombre José. Aunque era de la casa de David, José no era una persona importante o pudiente, al igual que María. José era simplemente un carpintero.

El Redentor nacería de María. Dios buscó para esto a la familia de David, porque se le había dado a David la promesa de que *el Cristo* nacería de su estirpe. No obstante, Dios no buscó a alguien importante, más bien buscó a gente muy sencilla, sin ninguna reputación en el país.

Cuando el ángel se le apareció a María y la saludó, se dirigió a ella como a la más favorecida, diciéndole que el Señor estaba con ella y que era bendita entre las mujeres. El Señor estaba por concederle un extraordinario don de su gracia. La había escogido, no porque fuera algo especial o mejor que otras, sino porque Dios lo quería así.

Si el Señor así lo quiere, él obra la fe en nosotros directamente con su Palabra. Esto es lo que pasó con María. De inmediato ella entendió lo que

significaban las buenas nuevas y reflexionó en ellas. Por cierto, fue demasiado para ella. Ella vio algo de la santidad de la gracia de Dios que tomaría posesión de ella, y le dio miedo.

Por esto el ángel le dijo que no debía temer. Le repitió otra vez que el favor de Dios era con ella. Entonces le explicó un poco más lo que querían decir sus palabras: tendría un hijo, al que llamaría *Jesús*, porque él sería el Redentor. En él se cumplirían las promesas hechas a David. Gobernaría sobre su pueblo tal como una vez lo hizo David, pero con mucha más gloria. Lo libraría de todos sus enemigos, esto es, del pecado y la muerte y el diablo. Como Rey sería llamado el Hijo de Dios, pero esto sólo sería posible porque ante todo era Hijo de Dios en un sentido más alto. Debido a que era el Hijo propio de Dios, su reino podría ser eterno.

La fe recibe más revelación. María escuchó y creyó. La gloria de Dios se reflejaba en la fe de María. De todos modos ella se sentía confusa. ¿Cómo tendría un hijo si ni siquiera estaba casada? En fe preguntó al ángel, a fin de entender mejor la voluntad de Dios para ella. Si nosotros preguntamos en fe, el Señor también nos responderá.

El ángel le dijo que el niño nacería por un milagro. Este nacimiento milagroso sería obra exclusiva del Señor. El sería el Santo y se santificaría en el nacimiento de su Hijo. Dios y nadie más tendría el honor de redimir al mundo.

Dado que el niño sería concebido solamente por la obra milagrosa de Dios, sería entonces el Hijo de Dios aun cuando fuese humano. El niño sería Santo. Mientras que todos los demás niños son concebidos y nacidos en pecado, Jesús sería Santo desde el mismo momento de su concepción. Con él vendría un nuevo comienzo. Se daría comienzo a un nuevo capítulo en la vida de la raza humana. Jesús sería digno de cargar con la culpa de los hombres y hacer expiación por ella. A lo largo de toda su labor Jesús estaría consagrado a su Padre.

María entendió y preguntó en fe. Ella recibió una señal para confirmar su fe. Se le dijo que a Zacarías y Elisabet también les nacería un niño por otro milagro. Cuando viese el cumplimiento del nacimiento de este niño, sería confirmada su fe de que en ella sucedería un milagro aún más grande.

Sometiéndose en fe. María inclinó la cabeza y dijo: "He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra". Lo que el ángel le dijo

debe haber estado más allá de su entendimiento. ¿Cuándo podremos comprender la plenitud de la gracia de Dios en el Señor Jesucristo?

Esto debe haberla dejado perpleja y confusa, pero a la vez surgió en ella un gozo inexplicable que Dios quisiera usarla para dar al mundo un Redentor. Dios podía hacer con su vida según sus propósitos. Ella sería su sierva en todo, ¡si tan sólo su nombre fuera santificado y glorificado! Por ello se daría completamente.

Por supuesto, a María se le dio un privilegio muy especial. Dios la capacitaba para su gracia en una forma muy especial como la madre del Redentor. Pero al Señor también le agrega glorificar su gracia a través de nosotros a fin de santificarse por medio nuestro. Todos debiéramos creer esto. Entonces nos entregaremos a él en fe y desearemos ser sus siervos en la forma que a él le plazca.

Elisabet como profetisa. María no pudo encontrar descanso en Nazaret después que el ángel se fuera. Deseaba tener esa señal prometida a su fe. Quería escuchar del milagro que había ocurrido en la vida de Elisabet. Apresuradamente viajó de Galilea al área montañosa de Judea, donde vivían Zacarías y Elisabet.

La visita también fue un milagro de gracia para Elisabet. El Espíritu Santo le reveló de inmediato a Elisabet lo que le había pasado a María. En el Espíritu Elisabet vio la gran salvación que venía. En ella también había ocurrido un milagro, pero ¡qué era eso en comparación con lo que estaba pasando en María?

Elisabet se dio cuenta por la fe que el milagro en su vida debía contemplarse a la luz del gran milagro que le había acontecido a María. El saludo de María y la iluminación que recibió la tomaron completamente por sorpresa. Al mismo tiempo también fue animada. Su regocijo se intensificó cuando interpretó su gozo a la luz del gozo que llenaría todo el mundo. El Señor mismo vino sobre ella mediante su Espíritu Santo.

Como resultado su hijo fue santificado y capacitado para su llamamiento aun antes de nacer. Hasta Elisabet misma llegó a ser profetisa. Bendijo a María y al niño que le nacería. Expresó su perplejidad y deleite en este encuentro. Era casi demasiado para ella. Le aseguró a María que lo que había sido profetizado se cumpliría de seguro.

La señal que Elisabet dio a María para confirmar su fe no mentía. Elisabet, la mayor, bendijo a María con el gozo de la fe.

Claro que Elisabet ya había visto bastante de los milagros de Dios antes de este encuentro. Con todo, cuando Dios se acerca a nosotros con la plenitud de su gracia milagrosa, nos sorprende y deleita, nos toma desprevenidos una y otra vez. El es mucho más grande de lo que jamás podemos imaginar.

María como profetisa. María tuvo una experiencia similar. Su vida había sido llena de fe y expectación. Por medio de la fe el milagro había llegado a ser una realidad en ella. Pero cuando escuchó a Elisabet pronunciando la bendición y cantando en alabanza, se impresionó y gozó mucho.

Todo este tiempo ella había estado llena de fe y gozo, pero no había podido expresarlo. Sus reprimidas emociones habían llegado a ser casi opresivas sobre ella. Pero al oír el saludo y bendición de Elisabet, su lengua se soltó y prorrumpió en una canción de alabanza.

Alabó al Señor que la había escogido para ser una sierva de su gracia en una forma tan especial que por todos los siglos sería llamada bendita. María exaltó la riqueza de su misericordia, que ahora estaría por siempre a la mano de todos aquellos que le temen. Se dio cuenta que sólo Dios estaba realizando esto y que se estaba glorificando en ello y que se glorificaría por la eternidad. Así que exclamó: "Santo es tu nombre".

Dado que era el Hijo de Dios el que nacería, Dios escogió las formas de su propia elección. Eligió a María, una humilde virgen. Dios en su gracia siempre pone en vergüenza las esperanzas orgullosas de los hombres. El Señor sostiene a su humilde pueblo y lo enriquece, pero envía vacíos a todos los que estaban satisfechos y ricos en sí mismos. Dios hizo todo esto según la promesa que una vez diera a Abraham.

María se quedó por tres meses con Elisabet. Hablaban de las maravillas que Dios llevaría a cabo, glorificando así. Es muy fácil que nosotros abusemos pecaminosamente a los dones milagrosos de Dios. Esto se debe a que con frecuencia creemos que nosotros mismos los hemos producido, en lugar de pensar que son dones de Dios para sostener nuestras vidas.

Estas dos mujeres eran profetisas, habiendo visto al Señor y su grandeza. Nosotros también podemos ser profetas. A través del Espíritu Santo Dios reveló su santidad en estas dos mujeres.

María volvió a su hogar antes de que el niño de Elisabet naciera, pero sus experiencias tuvieron un significado duradero para ellas, porque reconocieron la soberanía de Dios en sus vidas.

51: Cristo el Señor

Lucas 2:1–20

El ángel dijo a los pastores, "os ha nacido hoy . . . Cristo el Señor", esto es, ha nacido Aquel que el Dios del pacto envió, Aquel que ha sido nombrado *Señor.* Y Cristo mismo es también el Dios que por su pacto se une al mundo en gracia y amor.

La unión más íntima se estableció cuando la Palabra se hizo carne. La promesa dada en el pacto fue cumplida con el nacimiento de Cristo. Es cierto que esta unión de Dios y hombre en *Cristo* transciende por mucho la comunión del pacto, pero también es cierto que la comunión del pacto queda bien asegurada en esta unión.

El nacimiento de Cristo obró un nuevo comienzo, un nuevo punto de partida. Ahora fue destruida la cadena fatal indicada por las palabras, "¿Quién hará limpio lo inmundo?" (Job. 14:4). Esto fue posible en el caso de Cristo por haber sido concebido por el Espíritu. Lo que sucedió fue una obra de Dios y nadie más; fue un perfecto milagro de su gracia.

En cierto sentido no hubo puntos de contacto con la vida aquí en la tierra. Esto lo decimos en el sentido de que aparte de la gracia nada armonizaría con ni buscaría a Dios. Hasta donde tiene que ver con la dirección de la vida, existe una antítesis u oposición completa entre el Espíritu y la vida de la carne.

A pesar de todo, fue posible que Dios naciera en carne. Esto se debe a que el propósito de la creación estaba anclado a la comunión del hombre con Dios. En su pacto Dios deseaba darse a su pueblo. Quiso ser glorificado en esa comunión del pacto. Por esto creó al hombre y al mundo entero. Así que la creación de los cielos y la tierra se produjo por el Espíritu de comunión. En aquel tiempo esta comunión era todavía provisional; el hombre todavía podía alejarse de ella, tal como, por cierto, lo hizo. A causa de la caída, la vida en la carne forma ahora un contraste con la vida en el Espíritu, pero no se ha perdido la disposición original a una comunión del Espíritu. En su obra de redención Dios podía ligar sus esfuerzos a esta disposición. Esta nuestra vida puede conocer otra vez la comunión del Espíritu y así llegar a ser espíritu, y no en forma provisional sino que para siempre porque se hizo espíritu. Dado que esta disposición original a la comunión

del Espíritu no se perdió, fue posible que Dios naciera en carne.

El propósito de toda la creación del cielo y de la tierra es la comunión entre Dios y el hombre. Por consiguiente, es en esa comunión que el hombre es señor de cielo y tierra y así también de los ángeles. Ahora que se ha establecido esta comunión más íntima entre Dios y el hombre por medio de Cristo, Cristo es también Señor. Puesto que el propósito de la creación era esta comunión entre Dios y el hombre, la existencia del mundo y también de los ángeles dependía de esta comunión. Por esto la Escritura puede decir en Colosenses 1:20 que en Cristo todas las cosas han sido reconciliadas, sea en el cielo o en la tierra.

Mediante la restauración de la comunión entre Dios y el hombre en Cristo, los ángeles han sido devueltos también a una relación correcta con Dios. El propósito de su existencia también radica en la comunión entre Dios y el hombre. No debemos considerar a los ángeles que cantaron en los campos de Efrata como espectadores desinteresados del nacimiento de Cristo. También ellos estaban muy interesados en el nacimiento de Jesús. Dado que la comunión entre Dios y el hombre se había restablecido, el cielo y la tierra se juntan otra vez en uno en Cristo, los hombres y ángeles ahora pueden entenderse de nuevo.

Al hacerse hombre, Cristo también entró en la historia de esta vida. Así que la historia del mundo ya no está enajenado de Dios, sino que se convierte en la historia del pacto. Es notable que Lucas, quien hace tanto énfasis en que el nacimiento de Cristo fue por el Espíritu, ponga de relieve el hecho que Cristo nació en Belén, la ciudad de David. Al informarnos de esto, Lucas nos habla en términos de la historia del pacto. El nacimiento de Jesús está conectado con todo lo que sucedió anteriormente en el pacto. En otras palabras, todo lo que pasó antes y que pasará después está conectado a este acontecimiento en Belén. Este acontecimiento gobierna toda la historia, cuando uno dice *pacto*, está diciendo *historia*.

David fue señor, tal como lo fue Salomón. El pacto les dio el lazo de unión entre ellos y Dios, y era precisamente esta unión la que los hizo dueños de la tierra. Pero lo que eran lo fueron a través de Cristo.

Pensamiento clave: *Cristo nace como Señor.*

A Belén. Después de visitar a Elisabet, María volvió a Nazaret. ¿A quién le contaría todo lo que había pasado en casa de Elisabet? Sólo podía confiarlo a José, su novio, a quien el ángel de Dios también había revelado el gran milagro. Pero entre ellos el mensaje del ángel siguió siendo un secreto que no contarían a nadie.

Por lo general el mundo toma una actitud extraña hacia la gracia de Dios. La gracia de Dios por cierto ha venido al mundo, pero ¿quién sabe de ella y

quién vive por esta gracia? ¿Quién vive por el milagro? (Véase el Capítulo 39 arriba.)

Pero el remolino que arrazaba a todo el mundo en aquellos días también alcanzó a José y María. El emperador de Roma había decretado que todo el mundo debía empadronarse. Se debía registrar a cada persona del imperio junto con sus propiedades. De esta manera el emperador es podría hacer una idea del poder que controlaba. Cuán extraña es la vida en la que la gente se jacta de su propio poder. ¡Muy extraña cuando la comparamos al otro mundo en que se vive por el milagro de la gracia, el mundo en que los hombres se glorían sólo en la misericordia de Dios!

Este censo del imperio romano debió haber incomodado mucho a José y María, ya que los obligaba a salir fuera de su pueblo y los sacaba de la rutina diaria. José no era natural de Nazaret. Su parentela era de Belén, ya que él era descendiente de David. Se requirió que cada persona se empadronara en la ciudad donde se originó la familia. Así que José tuvo que ir a Belén. Pero no se atrevió dejar sola a María ya que se acercaba el nacimiento del niño. ¿Qué sabía el pueblo de Nazaret sobre este maravilloso secreto de este nacimiento? Así que viajaron juntos de Nazaret a Belén.

¡A ellos ni se les pasaba por la mente que la gracia de Dios estaba gobernando los acontecimientos de la historia del imperio romano y de sus propias vidas! Dios había decidido que el Redentor naciera en Belén, en la ciudad de David, donde vivió la familia de David. En su gobierno providencial de la historia, Dios se aprovechó de esta conexión. ¿No libró una vez a su pueblo con David?

David vivió en comunión con Dios y Dios en comunión con él. Es esto lo que hizo a David señor de su pueblo y su tierra. Con David el pueblo tuvo el privilegio de poseer su tierra. A David se le prometió de que de su familia nacería *el Cristo*. En *el Cristo* se obtendría una comunión mucho más íntima entre Dios y el hombre, ya que él mismo era Dios y hombre a la vez. Por consiguiente, no sólo sería Señor de Israel y Canaán sino de todos los pueblos, del cielo y de la tierra. Su pueblo obtendría con él otra vez la posesión de los cielos y la tierra. La promesa que se le dio a David se cumpliría en una forma mucho más maravillosa que jamás nadie haya pensado. Con todo, sería el cumplimiento de la promesa hecha a *David*. Por esto Cristo tenía que nacer en Belén, y Dios dirigía todo para que así sucediese.

Nacido de la carne. José y María no pudieron encontrar alojamiento cuando llegaron a Belén. A causa de este censo general mucha gente había

llegado al pueblo y el mesón estaba repleto. Finalmente encontraron lugar en un establo. ¡Cuán extraños deben haberse sentido allí! Sus corazones rebozaban de un regocijo casi incontrolable. Mas no tenían a nadie con quien compartirlo. Por cierto, un extraño podría haber pensado que Dios los había abandonado, porque había permitido que fueran a parar en semejante lugar.

Allí nació el niño. María misma lo envolvió y lo acostó en el pesebre. ¡Qué maravilla de gozo para María! El amor de la madre iluminaba todo el lugar. Pero allí operaba algo más que un amor materno. La fe de José y María ha de haber visto la grandeza de este acontecimiento. Este pequeño niño era el Hijo de Dios, el Redentor del mundo. Al mismo tiempo era también el pequeño bebé de ella, su propia carne y sangre. ¿No era asombroso? Era algo que sobrepasaba el entendimiento de ambos.

Cuando María envolvió al niño, ellos deben haber quedado como mudos de emoción. José también tomó al niño en sus brazos. ¿Estaba Dios tan cercano a ellos, y en su propia carne? Por cierto, así de cerano se ha hecho a nosotros. Ay de nosotros si no lo reconocemos en su amor y si no deseamos conocerle. ¿Podría Dios haberse hecho más cercano a nosotros que nacer de nuestra propia carne? ¿No echaremos mano a él ahora, diciendo: "Tú eres mío"?

No obstante, José y María también debieron haber estado un poco confusos. Ese pequeñito era el Hijo de Dios en nuestra carne. ¿Por qué, entonces, tuvo que nacer bajo tales circunstancias? María debió haber tenido sus sueños también. Las circunstancias que ahora enfrentaba deben haberla desilusionado mucho.

Es seguro que más adelante lo entendió mejor. Ese niño era el Hijo de Dios, nacido por un milagro del Espíritu Santo. ¿Era esto posible? ¿Era posible que Dios pudiese nacer en nuestra carne, que estaba tan cargada de culpa y tan corrompida por nuestro pecado? Si era así, tenía que nacer para expiar esta culpa, tenía que nacer para el sufrir. Esta humillación al momento del nacimiento de Jesús era ya una profecía de su sufrimiento.

María habrá visto más adelante en ese establo y en ese pesebre una profecía de la cruz. Pero tenía que nacer para santificar nuestra carne. Nació santo en nuestra carne. Si creemos en Aquel que vino para expiar nuestros pecados, él nos santificará a nosotros también y nosotros seremos participantes de su santidad. Entonces nacemos de nuevo. Para nosotros también este nacimiento es del Espíritu. Debemos quedar anonadados que fue posible que Dios naciera en nuestra carne.

¡Gloria a Dios en las alturas! No sólo la tierra, sino también el cielo fue afectado por el nacimiento de Dios. Cristo también es el Señor de los ángeles. Si un hombre está en comunión con Dios, es entonces el señor de todas las cosas del cielo y de la tierra en el nombre de Dios. Y es del todo cierto que Aquel que es Dios y hombre es también Señor de los ángeles. Así que los cielos y los ángeles se regocijaron en su nacimiento. Esa misma noche sucedió otra cosa más: se nos reveló la alabanza de los ángeles.

Aquella noche hubo pastores en los campos cerca de Jerusalén cuidando sus ovejas. Los pastores no estaban pensando en los ángeles. ¿Pensamos mucho en ellos? Como que tenemos la idea que los ángeles no pertenecen a esta tierra. ¿Podrán los ángeles mezclarse con esta vida oscura y pecaminosa? Hablar de ángeles suena como un cuento de hadas. ¿Realmente creemos que existen? ¿Pueden estos ángeles, que son pura luz, entrar en comunión con esta vida tan oscura que tenemos? Son algo totalmente ajeno a nosotros. Y por naturaleza estamos preparados para cualquier otra cosa que una aparición de ángeles.

Esos pastores tampoco estaban preparados. Y, sin embargo, ¡de repente allí estaban! Primero se apareció sólo un ángel con el brillo de la gloria de la gracia de Dios. No debemos temer esta gloria, ya que nos muestra que Dios desea vestirnos de ella. Pero muchas veces no lo creemos. Nuestra incredulidad nos aleja a menudo de dicha gloria. Es por esto que esta gloria resulta en temor. Después de todo, no somos más que gente pecaminosa que no podemos ver la gloria. Así que los pastores se llenaron de temor.

El ángel dijo que no debían temer, porque les traía nuevas de gran gozo, a saber, que el miedo que la gente tiene al cielo había sido removido, porque Cristo el Salvador había nacido. Cristo obtendría para Dios cielo y tierra por medio de su sangre. Por su sangre Cristo reconciliaría cielo y tierra, ángeles y hombres, unos con otros. El había nacido en Belén, en la ciudad de David. La promesa hecha a David sería cumplida en él en una forma mucho más gloriosa de la que se cumplió en los días de David. Todo el pueblo de Dios se regocijaría en él.

Su fe también recibiría una señal. Se irían a Belén, encontrarían al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. ¡Qué señal más rara! Ellos debieron haberse imaginado al Señor de los cielos y la tierra en circunstancias totalmente distintas. Por otro lado, si encontrarían al niño tal como el ángel lo había dicho, entonces su fe sería confirmada.

La fe que acepta lo milagroso, también recibe señales milagrosas. Y por cierto esta señal en particular ha llegado a tener un significado muy especial para nuestra fe. El Señor estaba al alcance de todos en este estado

humilde, en esos pañales y en aquel pesebre. Habiendo nacido en un establo, el Señor del cielo y de la tierra no estaba alejado ni siquiera de los más pobres de la tierra.

De repente los pastores vieron toda una multitud de ángeles con gloria celestial. También oían palabras que sonaban como música. También entendieron lo que cantaban. Oían que los ángeles alababan a Dios, diciendo: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres con quienes El se complace!" Los ángeles cantaban de la armonía que ahora había entre el cielo donde se glorifica a Dios y la tierra donde los hombres tienen paz al participar de la complacencia de Dios. Al parecer, los hombres, aun cuando estuviesen conscientes de la buena voluntad de Dios, no tienen mucha paz consigo mismos, con los demás y con el resto de la creación. A pesar de todo, los ángeles en su canción señalaban al camino de la paz. Si somos uno con los ángeles que alaban a Dios por el milagro de la salvación, entonces esta paz está en nosotros.

Los pastores nunca habían experimentado algo como esto, y nunca nadie ha experimentado algo semejante en la tierra. Los ángeles volvieron al cielo otra vez. En su alabanza a Dios se remontaron a alturas aun más grandes. Con todo, por fe nosotros vamos con ellos.

Si alabamos a Dios por el milagro de su gracia manifestado en Cristo, nos encumbraremos tan alto como los ángeles. Ya no habrá más oposición entre la vida de los ángeles y nuestra vida de fe. Los ángeles ya no serán más un cuento de hadas, sino que pertenecerán a nuestra vida aquí en la tierra, aunque no los veamos con nuestros ojos.

Los pastores adoran. Por un momento los pastores habrán visto el contraste que había entre los ángeles y ellos mismos. Habían visto la luz celestial y habían escuchado la música celestial. Pero de repente todo había desaparecido. Allí estaban otra vez, con los pies en la tierra. Todo estaba oscuro a su alrededor. Y el mundo también estaba oscuro como boca de lobo a causa del pecado. ¿Habían estado alucinando o, después de todo, era cierto lo que habían visto? No podía ser posible. Su fe todavía luchaba con las tinieblas del mundo.

Pero habían recibido una señal, de la cual podían obtener la prueba en Belén. Así que corrieron a Belén, donde encontraron a José y a María con el niño en el pesebre, tal como lo había dicho el ángel. Su fe revivió, porque allí estaba el Salvdor que quitaría la oposición que había entre cielo y

tierra—Cristo el Señor, el Dueño de cielo y tierra. En él estaba con ellos la plenitud del favor de Dios.

¿Podían creerlo realmente? ¡Era cierto! Este era el niño esperado. Se acercaban dándose codasos y empellones para poder lograr ver mejor. Quizá hasta lo tocaron, tomando su manito en las toscas manos que tenían. ¡Aquel era su Salvador! Creyeron y querían ser parte de él. El les pertenecía a ellos, porque Dios se los había dado, y ellos le pertenecían a él.

Nosotros también debemos creer, porque Aquel que es Dios, Aquel que es la plenitud de la gracia de Dios, ha tomado nuestra carne y sangre. Nos pertenece a nosotros, Dios nos lo ha entregado. ¡Ay de nosotros si menospreciamos esta acción de Dios!

Finalmente los pastores tuvieron que retirarse, aunque no contenían el gozo. No podían callar lo que habían visto. Contaron a todo el que se interesaba lo que el ángel les había dicho, a saber, que aquel pequeño niño era el Salvador, el Señor. Toda la gente que se alojaba en Belén, muchos de ellos del linaje de David, escuchó junto a los aldeanos las buenas nuevas. Dios se las arregló para que las buenas nuevas llegaran primero a la casa de David. ¿Qué hicieron con esta noticia? Nada oímos de su respuesta.

José y María oyeron todo lo que los pastores les contaron. María todavía no pudo expresar sus sentimientos. Esta salvación, este milagro, vino a ser para ella cada vez más grande. Su pequeño niño había abierto el cielo y la gloria celestial estaba destinada para el mundo. No podía meditar demasiado en ello. Las posibilidades que se imaginaba no tenían fin. Es cierto que no podía prever ni entenderlo todo, pero creyó de verdad, y eso fue causa de un gozo sin medida. Mucha gente no quiere creer lo que no peude entender del todo, pero María creyó.

Los pastores tuvieron que volver a sus rebaños, pero lo hicieron con una canción en sus corazones, llevando en ellos el gozo de la adoración. Sintieron que podían seguir cuidando sus rebaños porque la alabanza de Dios ya no estaba en conflicto con sus ocupaciones terrenales.

Es por este lazo con el cielo que somos apartados para el Señor en todas las cosas. Esto es lo que nos capacita para llevar a cabo nuestras tareas aquí en la tierra. Gracias al Cristo toda nuestra vida y trabajo pueden tomarse a la luz del cielo.

52: La consolación de Israel

Lucas 2:21–39

La presentación de Jesús en el templo debe haber sucedido antes que los magos del oriente llegaran a Jerusalén. No habría sido seguro para el niño en Jerusalén después de la venida de los magos.

A través de Simeón y Ana se dio a conocer la presentación del niño entre aquellos que esperaban la consolación de Israel. Con todo, por el tiempo cuando llegaron los magos, parecía que nadie sabía nada de ello. ¡Es evidente que este círculo vivía muy separado de la Jerualén oficial! Como en Belén, en Jerualén también se rompieron los hilos de conexión.

Cristo fue dado a conocer más adelante en Nazaret. Lucas nada nos dice sobre la venida de los magos o de la huida a Egipto. José y María habrán vuelto a Belén, que quedaba a sólo ocho kilómetros de Jerusalén.

Cristo nació bajo la ley (Gá. 4:4). Tanto su circuncisión como su bautismo profetizaron sus sufrimientos. Soportó ese sufrimiento como aquel que llevaba nuestros pecados. El hecho de que su madre fuese ceremonialmente inmunda cuando él nació (cf. Lv. 12:2) era prueba de que él era aquel que llevaba nuestros pecados. Su presentación en el templo también era una señal evidente de que llevaría nuestros pecados. Como se recordará, esta presentación tenía que ver con la maldición que Dios pronunció sobre el pueblo en el Sinaí, lo que significaba que los hijos mayores no podían ser sacerdotes. La tribu de Leví tomó el papel de los primogénitos (véanse Ex. 13:2, 11–15; Nm. 3:11–12; 18:15; Lv. 12). Aun Cristo participó de ese rechazo. Llevó los pecados del pueblo.

No debemos pensar en Simeón como alguien que estaba cansado de vivir y que quería morir. Este deseo de morir es contrario a las Escrituras. No es la característica de los creyentes.

Simeón ahora podía morir porque al fin había visto la salvación que Dios había preparado para todos los pueblos. Simeón sabía que por medio del Mesías vendrían la resurrección de los muertos y la restauración de la vida ante Dios. Por tanto, podía entregarse a la muerte por un tiempo. En consecuencia, es curioso que haya usado una palabra para *Señor* que subraya fuertemente la relación entre amo y esclavo. Sabía que su vida pertenecía al Señor. También

sabía que el Señor restauraría esta vida para su servicio a su tiempo.

En conexión con las palabras, "y para señal que será contradicha", debemos entender la expresión, "para caída y levantamiento de muchos en Israel", de la siguiente manera: para la caída de algunos y el levantamiento de otros.

Ana, la profetisa, "glorificaba" a Dios. La palabra del original quiere decir que ella "respondió a lo que Dios le había revelado". Ella dio a conocer a todos los que esperaban la redención en Jerusalén que la consolación de Israel había llegado.

Pensamiento clave: *Cristo es revelado en el templo como la consolación de Israel.*

Nacido bajo la ley. A pesar de que gran parte de Israel dejó de esperar al Mesías, esperándolo sólo en apariencia mientras que de hecho sólo confiaba en sí misma, todavía había judíos piadosos que esperaban su venida. Este círculo se encontraba especialmente en Jerusalén. Dios quiso comunicar a aquel círculo también que el Salvador había llegado. Para ser consolador ellos tendrían que mirar al niño. El Señor usó la obediencia a la ley que demostraron José y María para dar a conocer el Señor Jesús a este círculo de Jerusalén.

José y María guardaban la ley fielmente. Para empezar, el niño había sido circuncidado en Belén al octavo día. Como todo niño israelita, recbió la señal de que el pecado debía morir. Esta señal tenía significado en él sólo porque él llevaba nuestros pecados. Su sufrimiento en la cruz quitaría esos pecados de él. Así que su circuncisión ya profetizaba su sufrimiento en la cruz. Cuando fue circuncidado recibió el nombre del que había hablado el ángel: fue llamado *Jesús*, esto es, *Salvador*.

Cuando nacía un niño, la madre tenía que traer al templo en Jerusalén un sacrificio de purificación después de cuarenta días del nacimiento. José y María fácilmente podrían hacerlo, ya que Belén quedaba sólo a ocho kilómetros de Jerusalén. Pero algo más tenía que pasarle al niño. Todo Israel era un pueblo de sacerdotes. La intención de Dios había sido que cada primogénito fuese sacerdote, pero Israel perdió este honor por su pecado en el Sinaí. Fue entonces cuando la tribu de Leví fue llamada en lugar de todo el pueblo de Israel, representado en sus primogénitos.

No obstante, cuando el primogénito cumplía los treinta días, tenía que ser presentado al Señor en el templo para ser redimido de su servicio

sacerdotal especial. Esto también tenía que ocurrir con el Señor Jesús. El también fue rechazado del sacerdocio.

En esto recibió la burla de todo su pueblo. Pero por su obediencia obtendría el derecho de ofrecerse a Dios en lugar de su pueblo como ofrenda expiatoria. De este modo llegó a ser sacerdote y cordero sacrificial al mismo tiempo.

Con su sacrificio Cristo cumpliría el significado total del servicio sacerdotal del templo. Su sacrificio pondría fin a este servicio, como también a la ley de las sombras. Entonces la gente ya no serviría a Dios en sombras o tipos, que en tiempos del Antiguo Testamento habían representado el verdadero servicio a Dios. Ahora tendría el privilegio de servir a Dios en espíritu y en verdad. En ese momento nadie entendió que el Señor Jesús, aun como niño, todavía estaba sujeto a todas esas leyes o sombras, para que pudiera liberar a su pueblo de ellas y llevar la gente al servicio espiritual al Señor. En esta forma el pueblo pasaría de la niñez a la edad adulta.

Lo que vio Simeón. Cuando José y María vinieron al templo a presentar a su niño al Señor, se le acercó Simeón, una de esas personas que esperaban la consolación de Israel. El Espíritu Santo le reveló que ese niño era el Redentor. Inspirado por el Espíritu, vino al templo precisamente en aquella ocasión. El Espíritu muchas veces obraba en él, de tal manera que tuviese una iluminación profética. He ahí la prueba que el Señor estaba otra vez hablando a su pueblo después de cuatrocientos años.

Simeón vivía en el pacto con su Señor. Tenía comunión con el Señor en oración y demostraba en su vida que era siervo de Dios. Esperaba ansiosamente el cumplimiento de la promesa. La gracia de Dios obró maravillosamente en él: Dios le reveló que viviría para ver el cumplimiento de la promesa. Esto era para él y para todos los que esperaban con él toda una consolación.

El Señor quería mucho levantar esperanza en esta gente, la esperanza en la venida del Redentor, de tal forma que lo recibieran con gozo. Pero esta promesa que recibió Simeón no había penetrdo mucho. El corazón del pueblo estaba cerrado a la gracia que Dios mostraba en el Redentor y así también a su Espíritu y Palabra.

Ahora Simeón llegaba al clímax de su vida. El Espíritu le reveló que ese niño era el Redentor. Por el Espíritu pudo ver toda la salvación, la redención entera, la perfecta bendición que vendría. Así que alabó al Señor.

Simeón fue el primero que dejó en claro que la salvación no era sólo para Israel, sino también para todos los pueblos. La luz de la gracia que brillaba en el Redentor iluminaría la tenebrosa y pecaminosa vida de los paganos. Junto con todas las naciones, el verdadero Israel que creía en el Redentor se regocijaría y sería glorificado.

¡Cómo saltaba de gozo el corazón de Simeón! Los muertos serían resucitados algún día por el Redentor. Entonces su pueblo, ahora ya sin pecado, tendría el privilegio de servir al Padre en la gloria. Después de haber visto todo esto, Simeón ya no temía a la muerte. Había visto la salvación de Dios y algún día él, como un siervo de Dios, serviría al Señor en gloria. Por ahora podía bien partir y dejar su vida por un tiempo.

Simeón tomó al pequeño en sus brazos, a la vez que alababa al Señor. El regocijo de Simeón confrontaba a José y María nuevamente con la revelación de Dios. Ya se les habían revelado tantas cosas y ellos mismos ya habían experimentado gran bendición y regocijo. Con todo, cuando se dieron cuenta de esto se volvieron a maravillar. Si vemos la salvación del Señor, nos dejará anonadados una y otra vez.

Una señal que será contradicha. ¿Pero cómo sería recibido el Redentor en Israel? Simeón pudo ver esto también, porque el Espíritu lo iluminaba. Muchos rechazarían a Cristo, negando a Aquel que era señal y revelación de la gracia de Dios. Así que no sólo sería una bendición y esperanza para Israel, sino que también sería la caída de muchos. Al rechazarlo, Jesús llegaría a ser una maldición para ellos. ¡El levantaría amor, deseo y fe en su pueblo, pero también oposición, incredulidad y odio! Cristo hace que las cosas escondidas en el corazón humano queden expuestas delante de Dios.

¡Cuánto tendría que soportar Cristo! ¿Cómo afectaría todo eso a José y especialmente a María? Simeón los bendijo. En este niño recibieron una bendición inexplicable. ¡Pero cuánto tendría que sufrir María cuando el niño fuese rechazado por Israel! Una espada partiría su alma. Simeón también predijo esto. Afortunadamente la bendición traía algo más: María también viviría por la fe y daría gloria a su Redentor en su niño. Por esa fe sería restaurada.

Por cierto, María sufriría en un modo muy especial porque era la madre del Redentor. Todo aquel que ama al Señor Jesús sufre el rechazo, y esto todavía sucede en nuestro tiempo. Vivir con él en este mundo siempre implicará sufrimiento. Hay mucho en nosotros que todavía tiene que morir,

pero la moneda también tiene otra cara: por medio de la fe somos vencedores en medio de nuestro sufrimiento. Por la fe podemos ver la salvación de Dios para todas las naciones y para toda la vida.

Confesando al Señor. Entonces apareció otra persona de aquellas que esperaban al Señor en Jerusalén—una mujer muy anciana llamada Ana. Estuvo casada siete años y vivió otros ochenta y cuatro después de la muerte de su esposo. Era, pues, muy anciana, pero a pesar de todo iba todos los días al templo.

Llegaba temprano por la mañana antes del sacrificio matutino y también venía para el sacrificio de la tarde. Nunca pensó que su servicio le traía méritos de alguna clase, sino que más bien vio en todos esos sacrificios y en el templo el perdón misericordioso de Dios. Sintió muy de cerca la gracia de Dios. Ansiaba la presencia del Señor y se maravillaba de su gracia. Ella también era profetisa. El Señor también se reveló a ella mediante su Espíritu.

Ella también reconoció al Redentor en aquel pequeño niño. Confesó su fe en el Señor, al igual que Simeón. Confesó que el Padre es fiel en el cumplimiento de sus promesa y explicó cuál era el significado del nacimiento de Cristo a todos aquellos que estaban esperando la redención en Jerusalén. Era evidente que ella tenía una posición especial en este círculo.

Dios reveló a ellos que el Redentor había venido. Desafortunadamente esta información permaneció dentro de aquel círculo. Israel no abrió su corazón para recibir las buenas nuevas. Con el paso de los años ese círculo desapareció.

José y María se fueron de Jerusalén para volver a Nazaret. Después de esto fue imposible mantener el contacto con ellos, así que los lazos que los unieron a los creyentes en Jerualén fueron rompiéndose, al grado que cuando el Señor Jesús empezó su ministerio a los treinta años, era todo un desconocido.

¡Cuán poco preparado está el mundo para recibir el mensaje de la salvación! ¡Pero llega de todas maneras y Dios vence al mundo con el mensaje!

53: En los negocios de su Padre

Lucas 2:40–52

Jesús es *el Cristo*, el Ungido, el Mediador. En cuanto él es *el Cristo*, le reconocemos como verdadero Dios y un verdadero y justo hombre (véanse el Domingo 5 y 6 del Catecismo de Heidelberg).

Como tal, Cristo debe haberse conocido a sí mismo desde niño. Se conoció a sí mismo en su unidad y comunión con el Padre. Ya desde niño debe haberse dado cuenta del contraste que había entre su comunión con el Padre y la vida que se desenvolvía a su alrededor. Poco a poco, pero ya desde una edad muy temprana, fue entendiendo que era llamado a libertar esa vida.

Desde el principio la carga de nuestro pecado fue sobre él. ¿No es ésta nuestra confesión; que él cargó con el peso de la ira de Dios a favor nuestro desde el principio de su encarnación? Lucas 2:40 también lo afirma, cuando dice que se fortalecía en espíritu. En su vida de comunión con Dios se fortalecía de tal forma que pudiera llevar el peso de la culpa.

Aun cuando Jesús era todavía niño, sabía que él era el Redentor. Lo que su madre le contó sobre las circunstancias que acompañaron su nacimiento habría contribuido a este conocimiento de sí mismo. Puesto que su madre tenía el deber de preparalo para su llamado especial (hasta donde esto puede ser realizado por un ser humano), ella no pudo esconderle todo lo que pasó cuando él nació. Debido al hecho que Jesús se llenaba de sabiduría, a María le fue mucho más fácil hablarle de estas cosas. Y cuando llegó a ser consciente de su llamado especial, también su nacimiento milagroso se habrá hecho más claro para él.

Dado que Jesús reconocía su llamado especial, hizo la obra de su Padre todos los días de su vida y no sólo cuando estaba en el templo en Jerusalén. En otras palabras, él estaba ocupado en los negocios de su vocación, y allí conoció la comunión con su Padre. La gracia de Dios descansaba sobre él en esta comunión.

El estar en los negocios de su Padre no era algo que estuviese en conflicto con la obediencia que debía a sus padres. Por el contrario, al someterse a sus padres estaba cumpliendo con el llamamiento de Dios en favor nuestro. Como Aquel que fuera llamado en una forma muy especial llegó a ser como nosotros *en todo*.

Cuando consideramos lo que ocurrió en el templo, no podemos decir que Jesús desobedeció a sus padres porque se sintió más obligado a su Padre en los cielos. La autoridad de los padres nunca es absoluta; la autoridad de los padres no tiene otro fin que el de entrenar a los niños para que puedan cumplir con el llamamiento que reciben de Dios. Y especialmente por tratarse de Jesús, José y María debieron tener esto siempre presente. Cuando él los reprochó, les recordó que no estaban considerando esto en ese momento. Deberían haber estado siempre preparados para recibir la revelación de aquel elemento especial de su llamamiento. El que Jesús no avisara a sus padres que se quedaría un tiempo más en el templo no fue una falta de consideración hacia sus padres; no fue una irresponsabilidad pecaminosa. Podríamos hablar más bien de una negligencia de parte de José y María. Lo dejaron solo como a alguien que era en cierto sentido independiente. Pero por sobre todo deberían haber tomado en cuenta el carácter único de su llamamiento.

Pensamiento clave: *Cristo siempre está ocupado en los negocios de su Padre.*

Fortalecido en el espíritu. José y María volvieron a Nazaret con su niño. Jesús se crió en aquel pueblito tranquilo y humilde. No sabemos casi nada de su juventud en Nazaret y es muy dudoso que nuestra imaginación pueda ayudarnos en algo. Dios no nos reveló las cosas que acontecieron en ese período porque no contenía nada que necesitamos saber.

Lo que sí sabemos es que se fortalecía en su espíritu, esto es, en su comunión con Dios. Esto es lo que necesitaba más que cualquier otra cosa. El vivió en este mundo de una manera muy distinta a la que nosotros vivimos, porque era santo. Todo pecado le era extraño, le era una abominación. Muchas veces nosotros nos llegamos a percibir el pecado que hay en nosotros y en los demás porque, da pena decirlo, el pecado ha llegado a penetrar nuestro ambiente como el aire que respiramos. No nos parece particularmente doloroso tener que vivir en medio del pecado.

¡Cuánto habrá sufrido Cristo al ver el pecado que había a su alrededor y el pecado de aquellos que tanto amaba! Como niño debe haberse preguntado sobre este mundo y su lugar en él. En su casa pudo escuchar lo que sus padres le enseñaron acerca del pacto de Dios y sus promesas, y en la sinagoga también escuchó la lectura de las Escrituras. De esta forma llegó a entender que él era el Redentor que libertaría a este mundo del pecado. Ya en ese entonces él cargó sobre sí mismo el yugo de la culpa por nuestros pecados. ¡Qué peso tan grande tuvo que cargar, aun como niño, y cuánto

dolor le causó! Por cierto, necesitaba ser fortalecido en espíritu más que cualquier otra cosa.

Debe haber sido muy difícil para él determinar su lugar en este mundo y su relación con los demás, en forma particular con sus padres. Veía a sus padres llenos de pecado, y sin embargo, también los veía como a sus padres a quienes debía obediencia. Con todo, Dios le dio la sabiduría que necesitaba. Obedeció en todo a su Padre celestial, de manera que le fue natural saber el camino a seguir. Por su obediencia el favor de Dios reposaba sobre él y la paz de Dios llenaba su corazón.

Cuando pensamos en lo que el Señor Jesús hizo por nosotros, a menudo pensamos sólo en la última parte de su vida. Pero debemos entender que él sufrió por nosotros desde el comienzo mismo. A lo largo de toda su vida fue obediente en lugar nuestro. *Nosotros* hemos arruinado nuestras vidas desde el principio, pero toda su vida de obediencia y sufrimiento es el sustituto por ello. Por su vida nos libró de la ira de Dios.

Consciente de su llamamiento. Ya desde muy pequeño Jesús fue con sus padres a las principales fiestas en Jerusalén. Cuando cumplió los doce años entró en la etapa en la que estaba obligado por la ley a asistir. Desde el principio estuvo sujeto a la ley, a fin de librar a su pueblo de la esclavitud de la ley. La ley del Antiguo Testamento todavía llevaba consigo cierta esclavitud, ya que todavía no se había hecho expiación por el pecado y el Espíritu Santo todavía no había sido derramado. Se le tenía que instruir al pueblo del Antiguo Testamento en la ley, a fin de esperar la gloriosa redención de Dios. El Señor libró a su pueblo de la esclavitud de la ley, porque él mismo cumplió esa ley en obediencia.

Ya a los doce años Jesús aceptó su propia responsabilidad frente a la ley. Evidentemente sus padres tomaron esto en cuenta. Cuando fue con sus padres a celebrar la Pascua a Jerusalén aquel año, ellos le dieron cierta libertad. El servicio del templo debió haber fascinado a Jesús aunque todo ese servicio sacerdotal sería consumado y cumplido por él como el verdadero sumo sacerdote. Además, él mismo iba a ser el cordero que expiaría el pecado. Debido a su sacrificio Dios ya no moraría escondido detrás de las cortinas del templo. Más bien ahora habría un libre acceso a Dios. Jesús debió haber asimilado con alegría la revelación que le fuera mostrada en el templo.

Una vez que la fiesta terminó y sus padres volvían en una compañía de muchos otros asistentes, Jesús se quedó en Jerusalén sólo. Sus padres no se

dieron cuenta que él no viajaba con ellos en el grupo hasta el fin del primer día de viaje. Al otro día regresaron, preguntando por él en todo el camino. Jesús tampoco venía con los otros grupos que regresaban. Al tercer día buscaron por toda Jerusalén. Finalmente le encontraron sentado en el patio principal del templo, escuchando las enseñanzas de los escribas y haciendo preguntas.

Todos los que allí estaban sentados se maravillaban del entendimiento que tenía de las Escrituras, lo cual era evidente por las preguntas que hacía. El tenía un entendimiento único de las Escrituras porque era el Mesías de quien hablaban las Escrituras. Por él vendría la salvación plena.

La preocupación de María la inquietó al grado que le reprendió: "Hijo, ¿por qué nos has hecho así? ¿Por qué nos has hecho buscarte preocupados?" Pero esto sorprendió a Jesús, quien tuvo que corregir a su madre por su preocupación. ¿Acaso no sabía ella que él había recibido del Padre un llamamiento especial y que debía estar siempre ocupado en realizar la obra de su Padre? ¡Por cierto, ella sabía que él caminaba en la senda de su Padre y que nunca les daría una preocupación innecesaria! ¡Ellos podían estar seguros de esto! Dios le había indicado su camino en la tierra.

El tiempo que pasó en Jerusalén fue muy significativo, especialmente para Jesús, porque fue fortalecido en su conciencia de su llamamiento. Desde ese día la vida para él en Nazaret fue diferente.

También se encontró con la doctrina de los escribas y con su ceguera en cuanto a las Escrituras. A pesar de todo su conocimiento, no vieron la gracia de Dios. En el futuro surgiría un gran conflicto entre él y los escribas. Pero este primer contacto también fue importante para los escribas. Se les confrontó con una sabiduría celestial, una sabiduría que sí entendía la gracia de Dios.

María debe haber estado mucho más preparada para respetar el llamamiento especial de su hijo. Ante todo él era el Redentor, la Cabeza de su pueblo. Por ese llamamiento diariamente estaba ocupado en la obra de su Padre.

Bajo la autoridad de sus padres. Jesús volvió a Nazaret con sus padres. Como antes, se sujetó a la autoridad de ellos, pero ahora su obediencia era distinta. Puesto que como nunca antes pudo ver claramente cual era su llamamiento, ahora sabía bien que esta obediencia la rendía a favor *nuestro*. Al sujetarse a sus padres, Jesús también mostraba obediencia a su Padre celestial y estaba cumpliendo su llamamiento especial en favor

nuestro. Aunque era el Señor de toda criatura, se sometía voluntariamente a las demandas que Dios le ponía en su vida. Con su obediencia estaba expiando nuestra desobediencia en una amplia variedad de relaciones.

José y María no entendieron el alcance de las palabras que él les dijo en Jerusalén. Pero María las recordaba, lo mismo que todo lo demás que había sucedido. Ella meditaba en todas las cosas, esperando que el Señor les iluminara plenamente.

A medida que el Señor crecía, también crecía en sabiduría, y la gente se maravillaba por él. Aunque participaba por completo en nuestra vida, era especial en todo sentido. Jesús no se retraía de la vida común. ¿No había venido a hacer expiación por esta vida y redimirla? Cada día se daba más cuenta de que el favor de Dios descansaba sobre él. También gozó del favor del pueblo de Nazaret. Jesús se entregó al pueblo, entrando en sus vidas con un cariño que nunca antes habían experimentado. Desde el mismo principio él llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores.

Lucas:
El misericordioso sumo sacerdote

54: El éxodo

Lucas 3:1–20

La profecía de Isaías que aquí se cita nos trae a la memoria el regreso (o éxodo) del cautiverio en Babilonia. Como otro Josué, Juan el Bautista llevó al pueblo fuera de la tierra de servidumbre. Pero en este caso los sacó de la esclavitud de buscar su propia justicia a la libertad de la gracia de Dios. Juan anunciaría que Dios mismo venía a redimir a su pueblo. Debía, pues, llevar al pueblo a que encuentre a su Señor.

El que Dios haya advertido que era capaz de darle hijos a Abraham hasta de las piedras, no debe llevarnos a pensar que mientras en el Antiguo Testamento se subrayaba la comunidad del pacto, en el Nuevo Testamento se hace énfasis en la responsabilidad *personal*. Pensar de esa manera conlleva el error de pasar por alto el hecho que Dios levanta esos hijos *a Abraham* y que por tanto los incorpora a la comunidad del pacto. (Véanse las observaciones del primer bosquejo de este tomo.) Podemos darnos cuenta que ya en ese tiempo se tenía a veces una idea mágica de los sacramentos, ya que muchos de los que buscaban ser bautizados por Juan creían que con sólo eso podrían escapar de la ira venidera. Esa gente tampoco entendía el pacto con sus promesas y demandas. Juan protestó contra estas cosas.

Pensamiento clave: *Juan el Bautista lleva al pueblo a un encuentro con el Señor.*

Toda carne verá la gloria del Señor. El hiijo de Zacarías y Elizabet había crecido y ahora ya tenía treinta años de edad. Había llegado la hora de que él empezase su ministerio público en Israel. Dios le habló en el desierto donde vivía, probablemente por inspiración interna. Tenía que llamar al pueblo a que volvieran al Señor. La gracia de Dios se mostraría gloriosa-

mente en el Mesías. El pueblo debía abandonar su pecado y la confianza en sí mismos para acercarse a Dios en fe. Sólo entonces el Señor se revelaría a ellos como el Dios que perdona el pecado.

La gente debía bautizarse como señal de arrepentimiento. Debían bajar a las aguas del Jordán como señal de que habían muerto a su vida de pecado, y después salir de las aguas como señal de que había empezado en ellos una nueva vida con el Señor. Dios quería dar a su pueblo este beneficio en su pacto. El lavamiento con agua simbolizaba el lavamiento de sus pecados. Obediente a la palabra de Dios, Juan empezó su ministerio. Lo hizo en el desierto, cerca de los vados del río Jordán, donde encontraría a mucha gente.

El momento en que empezó su ministerio parecía poco favorable para su llamado al arrepentimiento y a la fe en la gracia de Dios. Israel estaba dominado por los romanos, quienes gobernaban una buena parte del país bajo el gobernador, Poncio Pilato. Los romanos eran del todo extraños a las promesas de Israel. Otra parte del país al norte estaba gobernada por Herodes Antipas el tetrarca, que gobernaba bajo la supervisión romana. La vida corrupta de Herodes lo hacía enemigo de la idea de Israel como el pueblo elegido por Dios y de la gracia de Dios en su pacto con Israel.

Lo que era peor, los líderes del pueblo, el sumo sacerdote Caifás y su suegro Anás, odiaban el evangelio. No aguantaban las buenas nuevas que en su gracia Dios quería ser todo para su pueblo. Estos hombres creían que ellos podían ganarse la salvación por su propia religiosidad.

No obstante, Dios sabía lo que hacía. El evangelio de la gracia, tal como Juan lo predicó y como Jesús lo iba a seguir, tendría que luchar contra todos estos poderes hostiles. Dios no quería abandonar a su pueblo a sus pecados.

Dios ya había prometido en el Antiguo Testamento este ministerio de Juan por medio del cual el pueblo iba a encontrarse con su Señor. En aquel tiempo Dios dijo que una voz aparecería en el desierto proclamando que Dios vendría en su gracia. Sobre la suposición de que el pueblo creería el mensaje de gracia, tenían que preparar el camino delante de El, esto es, tendrían que quitar todo aquello que sería un impedimento para la venida de Dios. Debían confesar sus pecados y quitárselos en virtud del poder de la fe en la gracia de Dios. La venida del Señor vería la salvación que Dios proveía a toda carne, viejos y jóvenes, libres y esclavos, judíos y gentiles. La salvación no estaba limitada y nadie sería rechazado de antemano.

Sacándolos de su falsa confianza. Juan ministró en el desierto, predicando ese precioso mensaje. También bautizó. Mucha gente de los alrededores vino para ser bautizada. El ministerio de Juan causó una profunda impresión en ellos. Juan decía que el reinado del Mesías estaba por llegar y todos sabían que el Mesías vendría a ejecutar juicio. Juan hizo un retrato vivo del juicio venidero para que la gente pudiese ver bien sus pecados y así confesarlos.

Pero muchos no confesaron fielmente sus pecados delante de la gracia de Dios. Muchos sólo se asustaron. Sólo querían bautizarse por temor al juicio y la ira sobre sus pecados, como si el bautismo los fuese a proteger de la venida de esa ira. Así interpretaban el bautismo como un rito mágico.

Muchas veces la gente actúa de esta manera. Ven la iglesia y su "religión" como un medio de protegerse del juicio. Juan se dirigió con ira a esta gente, preguntándoles quién les había enseñado a interpretar el bautismo de esa forma. Habían convertido este precioso signo de la gracia de Dios para su pueblo en un rito mágico, como lo hace tan a menudo la gente. Pero la verdad era que el bautismo no les estaba dando protección alguna, sino que más bien su castigo sería doble. Con todo, esta gente creía tener buenas probabilidades de escapar del juicio. ¿Acaso no pertenecían, después de todo, al pueblo de Dios? De manera que ellos pensaban que tenían *derecho* a la bendición de Dios.

Por cierto, el pueblo del pacto tiene derecho a la bendición de Dios, pero sólo porque Dios se la ha prometido en su gracia. ¿Pero cómo podrá un hombre recibir esta bendición si no quiere conocer al Dios que la prometió o si no cree en la gracia de Dios o si no confiesa y aborrece su propio pecado? El ser hijos de Abraham según la carne de ninguna forma era una protección. Tenían que ser uno con Abraham en la *fe*. Sólo entonces serían verdaderos hijos de Abraham.

Dios crearía tales hijos de Abraham de los gentiles. Serían injertados en el pacto y heredarían la promesa hecha a Abraham. Dios lo haría según su elección y beneplácito. ¿Sería algo demasiado maravilloso para Dios? No, Dios podía hacer hijos de Abraham aun de las piedras, si así lo quisiera. Los israelitas no debían jactarse de ser descendientes de Abraham o de su posición en el pacto. Más bien debían gloriarse en la gracia de Dios que los ha puesto en el pacto.

Era imposible escapar del juicio. El Mesías ya tenía el hacha en su mano y ya estaba por usarla. Todo árbol que no diera fruto sería cortado, esto es, separado del pueblo del pacto y echado al fuego.

Sacándolos de sus pecados. Entonces le preguntaron a Juan, ¿cuáles son los frutos que se esperan de la fe? ¿Qué desea el Señor de nosotros? Entre la gente que preguntaba estas cosas habían personas de fe genuina en la gracia de Dios. Querían que Juan les enseñara. ¿Qué respuesta les daría Juan? ¿Les pediría que vivieran una vida en el desierto tal como él lo hacía? ¿Era esa la naturaleza de la vida en el reino de Dios?

Para su sorpresa Juan dio una respuesta muy distinta. Deberían permanecer en el medio de la vida diaria y conocerse y amarse en fe en todas las circunstancias y relaciones de la vida. Su amor se evidenciaría al compartir de lo suyo con los que padecían necesidad.

Además, la justicia del reino de Dios debía dominar sus vidas. No les dijo a los publicanos, cobradores de tributo que se habían puesto al servicio del tirano extranjero, que robara a la gente. Tampoco dijo a los soldados romanos que dejaran su servicio militar, sino que no extorsionaran, no calumniaran y que estuvieran contentos con su sueldo.

La vida en el reino de Dios es realmente bastante sencilla. Es cierto que a través del reino tendrán que cambiarse las condiciones de vida en el mundo, pero nosotros debemos empezar a conocernos unos a otros en amor y entregarnos al prójimo por amor a Dios.

El Todopoderoso viene. El ministerio de Juan causó tal impresión en el pueblo que la gente empezó a preguntarse si él era el Mesías. Juan entendió sus inquietudes y les dijo que él también había sido enviado por Dios. Con todo, su bautismo no era más que una *señal* de la gracia de Dios en su pacto. El que venía después, el Mesías, impartiría la gracia misma. Aquel que da nueva vida bautizaría con el Espíritu Santo y fuego que purifica del pecado y que produce una batalla entre aquellos que temen al Señor y los que no le temen. El Mesías sería mucho más grande que Juan. El Mesías es el Señor del cielo. Juan, tan sólo un hombre pecador, no era digno de desatar la correa de su sandalia. ¿Cómo podrían pensar que él era el Mesías? Cuando Jesús viniese (y su venida era inminente), empezaría a cerner o aventar al pueblo tal como se avienta el trigo para separarlo de la paja. Jesús quemaría la paja con un fuego que no se apaga. Grande es la gracia que el Mesías trae, pero terrible también es su juicio.

Enemistad. Era natural que en la gente se levantara enemistad contra Juan y su mensaje. Los líderes le temían. Temían perder el control del

pueblo. Pero Juan no perdonó a nadie. Ni siquiera hizo concesiones con Herodes el tetrarca, a quien reprendió en el nombre del Señor por la vida corrupta que llevaba. Pero Herodes no entró en razón y finalmente lo puso en la cárcel.

De esta manera Juan sufrió la vergüenza del evangelio, y al hacerlo cargó con algo del sufrimiento del Señor Jesús. Esta fue una tremenda prueba para él. Todos los que confiesan a Jesucristo experimentarán algo de este sufrimiento, lo cual los purificará. Por medio del sufrimiento vendrá la victoria del evangelio de la gracia. También Juan tenía que hacer lugar para el Señor y su ministerio en Israel. Es Cristo sólo, y no su siervo Juan, el que salva a su pueblo.

55: El Ungido de Dios

Lucas 3:21—4:30

Para la tentación y el bautismo de Cristo, véanse las secciones respectivas en Mateo y Marcos. Lucas apenas menciona su bautismo. Todo el énfasis lo coloca en su ungimiento.

Es probable que Lucas 3:23 deba traducirse: "Era hijo de José, quien se pensaba haber sido hijo de Elí". En este caso Lucas da la genealogía de María, la que debió haber sido hija de Elí. La genealogía se remonta hasta Adán para mostrar que el Cristo no sólo pertenece a Israel, sino que a toda la raza humana.

Hay un conocimiento de Cristo según la carne. Este conocimiento se presenta cada vez que los hombres quieren gloriarse en él sin reconocer su gracia por la fe. Así fue en Galilea, donde la gente alabó sus grandes obras. Este peligro existió particularmente en Nazaret, el lugar donde se crió.

Hoy también es posible que la gente se una a organizaciones o partidos cristianos, universidades y otras entidades de este estilo, especialmente cuando estas organizaciones estén prosperando, pero sin creer en Cristo para el perdón de sus pecados, esto es, sin conocerle según el Espíritu. Este conocimiento según la carne es un obstáculo para el conocimento según el Espíritu.

Así fue especialmente en Nazaret donde Cristo tuvo que batallar con ese conocimento que es según la carne. Allí se presentó como el Ungido de Dios, según la profecía. ¡Qué oposición muy grande iba a encontrar aquella profecía en Nazaret!

Pensamiento clave: *El Cristo se da a conocer como el Ungido de Dios.*

El ungimiento. Mientras Juan bautizaba, el Señor Jesús, siendo unos pocos meses menor que Juan, cumplió sus treinta años. Así que también había llegado para él el tiempo de darse a conocer al pueblo como el Redentor. Viajó de Nazaret a Judea, y llegó al desierto donde Juan estaba

bautizando y le pidió a Juan que lo bautizara. Juan estaba juntando el pueblo del Mesías, así que Jesús también debía estar allí. Siendo uno con su pueblo en el bautismo, Cristo también era uno con ellos en su pecado. Así actuó como cabeza de su pueblo.

Entonces oró. Ahora el Padre podía confirmarle su vocación y llenarlo del Espíritu Santo para poder desarrollar su tarea. En respuesta a su oración vio al Espíritu Santo descendiendo como paloma, un hecho del que sólo Juan fue testigo. Este acontecimiento significaba su ungimiento para entrar en su oficio. En Israel se ungían profetas, sacerdotes y reyes con aceite. Era así como Dios los nombraba en su oficio y les daba la señal que los capacitaría por su Espíritu Santo. El Espíritu haría florecer todos sus dones y poderes, de tal manera que pudieran entregarse a la obra de Dios. El Señor Jesús recibió de la misma forma su ungimiento con el Espíritu Santo. Esto lo preparó para la obra de Dios. Todo lo que era se ajustó a la obra redentora para la cual había sido dedicado al servicio de Dios.

Además, la voz del Padre mismo declaró que él era el llamado a obrar la redención, porque él era el Hijo, en quien Dios dio a conocer todo su amor. Dios dijo: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia". Una vez Dios se había complacido en él cuando lo designó para esta obra. Pero ahora, a causa de su obediencia en esta obra, el beneplácito de Dios descansaba sobre él permanentemente.

El Espíritu que de continuo recibía le llevaba adelante en la obra. Primero el espíritu lo llevó al desierto donde se quedó por cuarenta días y fue tentado por el diablo. Al principio de su ministerio tuvo que conquistar al gran enemigo. Después el Espíritu le guió a Galilea donde empezó a predicar en las sinagogas de varias ciudades y aldeas. Predicó como nadie jamás había predicado, en una forma muy distinta a la de los escribas. Jesús no les enseñó lo que debían hacer para salvarse a sí mismos y así ser salvos, sino que siempre señaló la gracia de Dios, por la cual el Señor se acercaba a su pueblo. Más aun, mediante las muchas señales y milagros que hacía, confirmó que a través de él la gracia de Dios había vuelto otra vez a su pueblo.

Todo el mundo hablaba de él. Los rumores acerca de él traspasaron los límites de Canaán. De todos lados venían para que él los sanase y para escucharle. Todos le alababan. Nunca habían visto u oído algo semejante. ¿Por qué le alababan? ¿Se habían dado cuenta que en él había llegado la gracia de Dios? La gran mayoría no pensaba en esta forma. Su palabra no llevó fruto para vida eterna; sólo la encontraron estimulante. Sus hechos no

los libraron de la culpa y el poder del pecado; lo admiraban por los milagros que hacía. El no tenía acceso a sus corazones por esta dureza.

Conocimiento según la carne. El peligro de que lo alabaran sin creer en él para la salvación debe haber sido mucho mayor en Nazaret, donde Jesús se crió y jugó en sus calles. La gente de Nazaret oyó todo lo que él estaba haciendo en Galilea. ¿Por qué no venía a su propia ciudad para hacer las mismas cosas allí? ¡Qué orgullosos estaban que su ciudadano y paisano haya ganado tal fama! Jesús también debe haber pensado en Nazaret en aquellos días, y debe haberse dado cuenta del peligro de que sus corazones fuesen los más duros a la palabra de gracia. Esta dureza de corazón causaría conflictos y luchas en Nazaret. La posibilidad de tales conflictos lo habrá hecho sentir cierta indisposición a ir a Nazaret, aunque al mismo tiempo debe haber querido mucho darse a conocer como aquel en quien se revela la gracia de Dios. ¿Obtendría la victoria, de tal manera que Nazaret le reconociese como el Ungido de Dios para la obra de redención?

Al final llegó a tener la convicción de que debía ir. Entró en la ciudad antes del día de reposo. Por supuesto que todos se dieron cuenta de su llegada, pero no ocurrió lo que ellos esperaban. No sucedieron los muchos milagros de los que se hablaba tanto. En Nazaret también había mucha gente enferma, y el Padre le dio la oportunidad para hacer muchos milagros. Pero no se llevaron a cabo a causa de la incredulidad de ellos. Por cierto, él había realizado muchos milagros en Galilea, pero en este lugar él tan sólo era uno de ellos, un ciudadano ordinario de Nazaret. Pensaban ellos: ¡no debemos dejar que se le vayan los humos a la cabeza! La gente no sólo no creyó en él para su propia salvación, pero tampoco creyó en su poder para realizar milagros y por eso no los pudo sanar.

"Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros". El día de reposo ya se aproximaba. Como en los viejos tiempos, atravesó las calles que le eran tan familiares y pasó por la puerta de la sinagoga que tan bien conocía. Se sentó allí, como tantas veces lo hizo en el pasado. No obstante, ahora era diferente. Había una gran tensión entre la gente de la sinagoga. ¿También hablaría aquí? ¿Qué sería lo que iba a decir?

El encargado de la lectura leyó una porción seleccionada de los libros de Moisés. Después venía la lectura de una porción de los profetas. En este caso el pasaje a leer no estaba determinado de antemano y cualquiera podía

leerlo. En este momento Jesús se levantó, y avanzó para leer. El ayudante le dio el rollo de Isaías. Lo tomó y lo abrió en el capítulo 61 y empezó a leer que el Siervo de Dios dice que él ha sido ungido para predicar sobre el pecado y sus consecuencias. Se le daría libertad a aquellos que estaban presos por las cadenas del pecado. Los enfermos serían sanados. Se cumpliría lo que se había prometido como una señal en el Año del Jubileo, a saber, la liberación completa de la vida.

Cuando hubo terminado la lectura, devolvió el rollo al ayudante y se sentó a enseñar. Dijo, "Hoy vosotros estáis experimentando el cumplimiento de esta profecía, porque yo soy este Siervo de Dios, el Ungido, y yo he sido enviado a librarlos de su pecado y de sus consecuencias". Nada les ocultó, sino que más bien enfrentó de inmediato al pueblo de Nazaret con la demanda de creer en él como el Redentor prometido, como el Ungido, como el Siervo de Dios.

La gente quedó sin aliento mientras escuchaba. Cuando él se detuvo por un momento, la gente se empezó a decir, "¿Escuchaste alguna vez algo como esto?" Pensaron que era maravilloso. Nadie podía hablar de esta forma. Nunca se imaginaron que el niño que había jugado en sus calles y que habían visto tan a menudo en la carpintería de José pudiera hablar de esta forma. Estaban asombrados.

Pero su asombro sólo quería decir que mientras que estaban de verdad orgullosos de él, no habían oído realmente el contenido de sus palabras, puesto que no estaban dispuesto a someterse a él. No le reconocieron como el Siervo de Dios. Lo encontraron muy conmovedor e increíblemente asombroso, pero aun así lo rechazaron. ¡Cuán a menudo ocurre la misma cosa en nuestros días cuando se oye la Palabra de Dios!

El Israel incrédulo. El Señor se dio cuenta que a pesar de todo su asombro le estaban rechazando. ¿Le sería imposible entrar en sus corazones? Fue entonces cuando les empezó a hablar en un tono distinto. Ya no les anunció la gracia de Dios; quería que descubrieran su propia incredulidad en los días anteriores cuando él no había realizado muchos milagros y también su incredulidad actual en la sinagoga.

Les dijo: "Sin duda me diréis este refrán: 'Médico, cúrate a ti mismo; de cuántas cosas hemos oído que se han hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra. ¿Por qué no has podido hacer los mismos milagros aquí? Cúrate de esa falta de poder' ". Pero entonces agregó: "Pero esto se debe a que no creéis en mí; ningún profeta es acepto en su propia tierra. La ciudad

que lo vio crecer y que tan bien lo conoce, no lo honrará como profeta. Así que vosotros no os someteréis a mis palabras y no me reconoceréis como al Siervo ungido del Señor, que es enviado para vuestra redención".

"Pero cuidado, pues de esta forma la salvación os pasaría de largo a vosotros. Así sucedió en los días de Acab. Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en ese entonces, pero Israel no honró a Elías como a profeta. Así que fue enviado por Dios a una viuda gentil en Zarepta, en tierra de Sidón. Ella recibió salvación. De la misma forma, Eliseo no sanó muchos de los leprosos en Israel porque no fue reconocido como profeta de Dios. Sin embargo, la salvación llegó al extranjero Naamán de Siria, que obedeció en fe la palabra de gracia del profeta. De la misma forma, hoy la salvación os pasará de largo a vosotros".

La majestad de Cristo. Jesús les habló duro a fin de que se convirtieran y recibiesen la salvación. Pero ni siquiera esto los llevó al arrepentimiento. Lo único que logró con reprenderlos fue llenar sus corazones de ira. ¿Qué se cree éste, decían encolerizados, que nos puede decir estas cosas? ¿Acaso no era sólo uno de los niños de la ciudad? ¡Semejante presunción!

El conflicto llegó al grado que lo echaron de la sinagoga. Una vez afuera, lo empujaron hasta la cumbre de la colina sobre la que estaba edificada la ciudad, a fin de despeñarle. Pero al llegar arriba, él dio vuelta y pasó por en medio de la gente, que tuvo que retroceder a su paso. De repente su majestad apareció y ellos se llenaron de temor. Esta gloria abrió camino delante de él, y así se marchó.

Habían visto algo de la majestad de Cristo, aun cuando no quisieron reconocerle como el Ungido de Dios. Vendrá el día en que todos los hombres contemplarán la majestad de Cristo. Pero si no se han inclinado delante de la majestad de su gracia aquí en esta vida, llegará el día en que temblarán delante de su majestad en juicio.

56: Pescador de hombres

Lucas 5:1–11

No es necesario detenernos en la pregunta de si lo que aquí se relata es o no es lo mismo que leemos en Mateo 4 y Marcos 1. Sea como sea, hay una relación cercana. Vemos que en el primer período del ministerio de Cristo el oficio de discípulo tenía tres aspectos: a) en Judea le pidió a varios de los futuros discípulos que le siguieran cuando él volvía a Galilea (véase Jn. 1:35–51), hecho que todavía no era decisivo para su discipulado especial; b) después de esto vino el llamamiento de Pedro y Andrés y de los hijos de Zebedeo; c) después de esto los nombra apóstoles (Lc. 6:12, 13).

No obstante, en Lucas 5:1–11 el punto principal no es el llamamiento de los discípulos a ser pescadores de hombres, teniendo el milagro de la inmensa pesca sólo un carácter simbólico. Más bien, aquí tenemos otra vez la revelación de la gracia de Dios en Cristo. Cristo es el punto central del relato. El también controló esa pesca milagrosa. El milagro del reino de la gracia está presente en todas las cosas, en as cosas ordinarias de la vida diaria y en esta pesca extraordinaria. Esto es lo que debemos aprender a ver. Con este fin Cristo habló a la multitud en la orilla y ordenó a Pedro que bogara mar adentro. En todas estas cosas él se manifiesta como el Pescador de hombres que les mostrará el reino de Dios. Sólo cuando los discípulos vean el reino pueden ellos ser también pescadores de hombres en su servicio.

Cristo es el Pescador de hombres. Esto se hizo evidente para la multitud cuando Jesús mandó a Pedro a hacerse a la mar, cuando bendijo la red, cuando Pedro se maravilló y cuando Jesús llamó a sus discípulos.

Pensamiento clave: *Cristo se da a conocer como el Pescador de hombres.*

Predicando a la multitud. Después de su visita a Nazaret, Jesús volvió a predicar por Galilea. Pero el centro de sus actividades fue Capernaum,

cerca del Mar de Galilea, donde también vivió por un tiempo. No podía aparecerse en Capernaum, pues las multitudes lo apretaban.

Ahora estaba otra vez de regreso en Capernaum junto al mar. Una gran multitud quería escucharle. A la orilla estaban dos botes en los cuales habían estado pescando los pescadores durante la noche. Ahora estaban ocupados en lavar sus redes cerca de los botes. Uno de estos botes pertenecía a cierto Simón que ya había estado en contacto con Jesús y había creído en él. Habiéndose subido al bote, el Señor Jesús le pidió a Simón que empujara el bote un poco fuera de la orilla. Después se sentó en el bote y desde allí se puso a enseñar a la multitud. De esta forma no había peligro de que lo empujaran al agua y podía ser escuchado claramente.

La orilla del lago era un lugar raro para predicar. El Señor se sentó en el bote; los pescadores se pararon al lado suyo con sus ropas todavía mojadas; las olas lamían contra el bote; y la multitud se puso a lo largo de la orilla, no vestidos de domingo, sino con su ropa de trabajo.

El Señor Jesús les habló como solía hacerlo. Les hablaba acerca de los campos, de una familia, del pastor con sus ovejas o de la pesca. Pero sea como sea, siempre proclamaba el reino de la gracia de Dios. Podía hacer esto porque todo en este ancho mundo no es tan sólo el retrato de la gracia del reino, sino también su resultado. El hecho de que la bendición de Dios todavía descanse sobre los campos, los hogares, los rebaños y la pesca es simplemente el resultado de la gracia que Dios nos ha dado en Cristo. La gracia del reino se manifiesta en la vida diaria. Es allí donde la gente debe aprender a verla, y nosotros también. Es por esto que Jesús se las mostró. Entonces vemos que toda nuestra vida llega a ser un milagro de la gracia de Dios.

De esta manera él estaba ocupado en pescar hombres. El era el gran Pescador de hombres. Y como todo buen pescador, fue a buscarlos donde estaban, esto es, en los lugares de sus actividades cotidianas. Allí mismo les señaló el reino de Dios.

Haciéndose a las aguas profundas. Cuando hubo terminado de hablar, le pidió a Simón que se hiciera hacia lo hondo a fin de echar sus redes. Esto debe haberle sorprendido a Simón. Estaban acostumbrados a pescar de noche, no de día. Además, habían estado trabajando toda la noche sin conseguir nada. De tal forma que no había ninguna probabilidad de pescar ninguna cosa durante el día. Simón hubiera pensado: el Señor Jesús no sabe nada de la pesca; no sé por qué se mete. Pero Simón ya había conocido

al Señor y se había dado cuenta que la gracia que está en él gobierna todas las cosas. De manera que, aun cuando dijo que no habían podido pescar nada durante la noche, sin embargo, si el Señor lo ordenaba, inmediatamente echaría las redes.

Así que Simón se metió en el mar con su bote, sus redes y el Señor en el bote. Los pescadores experimentados deben haber sonreído al ver esta escena. ¿Se había vuelto loco Simón? Pero Simón debía aprender a someterse incondicionalmente y por fe a la palabra de la gracia que Jesús hablaba. Y el Señor lo llevó hasta ese punto. Así es como se nos revela la gloria del reino.

El Señor bendice las redes. Lejos de la orilla, Pedro echó sus redes al mar. Pero cuando trataron de sacarlas no pudieron. Las redes se rompían. Así de repletas estaban. De lejos hicieron señales a los pescadores del otro bote para que los ayudasen. Cuando Jacobo y Juan, los pescadores que estaban en el otro bote, se acercaron, sacaron la red con mucho cuidado, llenando ambos botes casi al punto de hundirse.

Esto era algo maravilloso. Pero en esto se reveló el poder de la gracia que también controla la pesca. No existe bendición alguna en la vida aparte de la gracia de Dios. Esta abundante pesca señalaba las riquezas de la gracia que están en Cristo Jesús. Es una abundancia abrumadora. Así se revelaba la gloria del reino.

Apártate de mí, porque soy hombre pecador. Es toda una bendición que Simón y los que le acompañaban, al igual que Juan y Jacobo, vieran este hecho desde este punto de vista. También podrían haber contemplado esta enorme pesca sin que sus ojos se abrieran a la gracia del Señor que se revelaba en ella. Por lo general vamos por la vida con los ojos cerrados. No vemos el reino de Dios en los milagros de la vida y después nos atrevemos a decir: "¡Miren el éxito que nosotros hemos logrado!"

Pero las cosas eran distintas con Simón. Fue a la popa donde estaba Jesús y cayó de rodillas, diciendo: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador". Junto a los demás en los botes estaba realmente anonadado. Sintió asombro por el poder de la gracia en el Señor Jesús. Dios mismo se les había acercado en la grandeza de su gracia. Como resultado Simón se dio cuenta de su pecaminosidad. Podremos temblar delante del poder de Dios, pero si vemos el poder de su gracia seremos impulsados a confesar

nuestros pecados. Simón y los que estaban con él fueron abrumados por el poder de la gracia de Dios.

El llamamiento de los discípulos. Pero el Señor Jesús le dijo: "No temas". No había nada que temer, ya que la gracia de Dios se le había acercado, la gracia que perdona la culpa y que nos adopta como hijos de Dios.

Habiendo visto la abundante gracia de Dios y habiendo sido conquistados por ella, ellos podían ahora ir a predicar y así pescar a otros. Jesús llamó a Simón y a su hermano Andrés y los hijos de Zebedeo para esta labor en forma especial. Debían seguirle siempre y pescar hombres para el reino de Dios.

Al hacer su labor siempre tendrían esta pesca milagrosa ante sus ojos. La labor de la predicación a veces parecería tan imposible como ir a pescar de pleno día. Pero en esta nueva labor el poder de Dios también se manifestaría igualmente grandiosa. Un día habrá una multitud de redimidos que no se puede contar.

57: El apostol de nuestra confesión

Lucas 6:12–49

Cristo llamó a doce de sus discípulos individualmente y les dio el nombre de apóstoles. *Nombrar* aquí significa simplemente que les dio *el cargo* de apóstoles. Así tenemos la *institución* del oficio apostólico. Y cuando nos damos cuenta que todos los oficios que vinieron más tarde en la iglesia se originaron de este oficio apostólico, podemos decir entonces que el nombramiento que Cristo hizo de los doce constituye el fundamento de la iglesia instituida del Nuevo Testamento. Cristo no procedió a hacer este paso sin haber antes orado toda la noche. Esto debe guardarnos de ser indiferentes a la iglesia como institución. A través de los apóstoles y la iglesia como institución, el Señor sigue trabajando a pesar de los pecados de esta institución. Cristo, el apóstol de nuestra confesión, es fiel sobre toda la casa de Dios (léase Heb. 3).

La multitud lo buscaba para tocarlo, porque salía poder de él, y él sanaba a todos. Esto era curación en gran escala, en la que no se daba el contacto personal ni la restauración personal que se vieron en curaciones anteriores (véase cap. 35 arriba). Pero no nos olvidemos que estas curaciones vienen seguidas del Sermón del Monte, en el cual Jesús llama benditos a todos los menesterosos. Con esto se quiere decir que son bienaventurados, no porque sean sanados sino porque soportaron los sufrimientos de la vida en comunión con Cristo.

Ya que tratamos el Sermón del Monte con cierta profundidad al estudiar el Evangelio de Mateo, no lo trataremos aquí. Aquí sólo veremos los temas que ya bosquejamos. Este no es el lugar para analizar si Lucas (que no habla de "los pobres en espíritu", sino sólo de los "pobres") tenía en mente a aquellos que son pobres en cosas materiales y a los hambrientos físicamente. No obstante, podría afirmarse que con esta expresión más general Lucas nos hace pensar en los "pobres según el mundo", aquellos que sólo a manera de excepción ocupan lugares de liderazgo en la vida y que en general son puestos a un lado por aquellos que se abren camino a empujones. Esto no sólo es lo que caracteriza al discipulado, sino lo que también provee la disciplina y purificación que el discípulo necesita en su vida.

Pensamiento clave: *El Apóstol de nuestra confesión es fiel sobre toda su casa.*

Nombrando a los apóstoles. Durante el tiempo que Jesús ministraba en Galilea, le seguían constantemente grandes cantidades de gente. Venía gente de todo país y aun de países extranjeros. Muchas veces se quedaban con él día y noche, pasando la noche a campo abierto. Una tarde Jesús fue rodeado otra vez por una muchedumbre. Pero al atardecer se retiró de ellos para ir a los montes solo. No durmió esa noche, sino que oró durante toda la noche. A menudo oraba por períodos largos. Buscaba y mantenía la comunión con su Padre por medio de la oración, para que así pudiera ser uno con su Padre en todo lo que hacía. Esto también lo hizo en favor nuestro. Por nosotros mantuvo la comunión con su Padre en este mundo pecaminoso.

Pero en esta noche en particular había una razón especial para orar. Ya había un grupo grande de discípulos que le seguía. Entre ellos había doce que ya había llamado para que le siguiesen diariamente, porque tenía una tarea especial para ellos. A estos doce discípulos él quería entregarles una tarea muy especial en el futuro. Jesús mismo era el embajador del Padre en este mundo. Estos doce serían los embajadores en nombre de Jesús para predicar su palabra con autoridad y así reunir a su pueblo, su iglesia. El Señor les impartiría algo del poder del oficio que él ocupaba. Deberían predicar su palabra y también escribirla para que fuese preservada para siempre y para que su pueblo pudiese ser salvo por la fe en aquella palabra. Cuando ellos murieran, otros también serían llamados para recibir una porción de la tarea y el poder de los apóstoles, a fin de esparcir la palabra por todas partes. Estos son los oficiales de la iglesia hoy en día.

Aquella noche Jesús oró por los doce y su palabra, así como por todos los que más adelante proclamarían aquella palabra en la iglesia. Oró por toda la labor que tendrían que hacer y por la reunión y dirección de la iglesia. Pidió que Dios bendijera a la iglesia, perdonándole todo lo pecaminoso que podría encontrarse en ella, ya que aun en la iglesia y sus oficiales habría mucho pecado.

La mañana siguiente llamó a doce de sus discípulos y los nombró sus apóstoles, sus embajadores. Eligió estos doce en conformidad con la voluntad del Padre. Sabía que su Padre se los había dado. Entre ellos había

diferentes tipos de personas. Estaban aquellos cuatro a quienes dijo, después de la pesca milagrosa, que los haría pescadores de hombres. También había un publicano entre ellos, uno que antes se había puesto de parte de la dictadura romana, por lo cual era odiado por la gente. También había un zelote, un apasionado ciudadano nacionalista, el extremo opuesto del publicano. Cristo podía usarlos a todos, con tal que creyesen en su gracia y se sometiesen a su palabra.

Ante todo deberían vivir por la fe en aquella palabra. Pero no todos lo hicieron. Hubo uno entre ellos que dijo aceptar su llamado, pero para quien nada significó el Señor Jesús y su palabra de gracia. Este hombre sólo buscaba su propia conveniencia. A la larga entraría en conflicto con su llamamiento. Más tarde llegó al punto de traicionar al Señor Jesús. El que una persona como esta estuviera entre los doce es una advertencia que servir al Señor Jesús demanda todo de nosotros y que no podemos vivir para nosotros mismos y al mismo tiempo imaginar que podemos servirle a él.

Sanando enfermos. Con estos doce bajó un poco del monte a un lugar llano. Allí estuvieron los doce junto a él, junto con una gran multitud de sus discípulos y con un grupo aun más grande de gente que había venido de todas partes del territorio nacional y de afuera, a fin de escucharle y ser sanados de sus enfermedades. El Señor mostró allí en forma plena la misericordia de Dios que en él se había aparecido. De una sola vez sanó allí a mucha gente. Se sanaban con sólo tocarle, ya que de él salía poder sanador.

Esto no lo hizo con frecuencia. Su costumbre era buscar un contacto personal con la gente para hacerlos llegar a la fe en la gracia de Dios. ¿No necesitaba esta gente este contacto personal? Por supuesto que sí, y por esto les habló a todos después. Pero primero quería mostrarles lo linda que sería la tierra como resultado de la gracia de Dios. Un día sería vencida toda enfermedad y todos los otros resultados del pecado. Un día mostrará la gloria de su gracia.

Bienaventurados vosotros los pobres. Pero no los dejó sin dirección. Les empezó a hablar de inmediato. Les dijo que si creían en él serían oprimidos por el mundo. Tendrían que ceder una y otra vez frente a aquellos que tienen otro propósito en la vida, esto es, ser los primeros en el

mundo y que, por tanto, están listos para aplastar a cualquiera que se ponga en el camino.

Pero los fieles de Cristo no deben tener ese espíritu. Su propósito en el mundo es servir a Dios. Es cierto que desean esforzarse al máximo y desarrollar del todo sus talentos, pero lo hacen por amor a Dios. Los creyentes no desean pisotear a los demás, pero esta actitud les traerá contratiempos y desprecio. Todo esto tendrán que aguantar por amor a su nombre. Entonces heredarán la gloria del reino de Dios. Pero ay de aquellos que son egoístas y que buscan ganar a todos los demás. Son ciegos guías de ciegos, que caerán juntos en el abismo. Al fin de sus vidas sufrirán la destrucción, porque no han edificado en terreno sólido. Sólo estaremos seguros cuando edifiquemos sobre la Palabra de su gracia. Así el Señor envía a los suyos al mundo, tal como él fue enviado por el Padre.

58: El llevó nuestras aflicciones

Lucas 7:11–17

La resurrección del hijo de la viuda de Naín ocurrió bajo circunstancias diferentes que la resurrección de la hija de Jairo. La diferencia está en que la primera resurrección no se llevó a cabo frente a unos pocos, sino que en la vía pública. Claro que no había un deseo de buscar lo sensacional, sino una genuina compasión con el dolor de esta viuda. "Y había con ella mucha gente de la ciudad". El Señor Jesucristo participó en esa aflicción. En las palabras del profeta Isaías, "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores" (53:4).

Hasta la reacción de la gente después del milagro fue más genuina que en otras oportunidades. Todos tuvieron temor y glorificaban a Dios, diciendo: "Un gran profeta se ha levantado entre nosotros", y "Dios ha visitado a su pueblo". Especialmente este último testimonio fue un reconocimiento agradecido de la fidelidad del Señor en su pacto.

Pensamiento clave: *Cristo llevó nuestras aflicciones.*

Se rompen los lazos. Otra vez el Señor viajaba por Galilea. Muchos de sus discípulos le acompañaban y también le seguía una gran multitud. Estaban por entrar en un pueblo llamado Naín. De repente vieron que se les acercaba una procesión funeraria. La cantidad de gente que venía en la procesión era más grande que lo normal, ya que lamentaban una pérdida excepcional. Una viuda había perdido a su único hijo, que era para ella su única esperanza y sostén. Toda la ciudad lamentaba por ella.

Así es la vida. Aun los lazos más fuertes de esta vida no están inmunes a la muerte. ¿Por qué no podría ser librado de la muerte este joven? Podría

haber ayudado tanto a su madre. ¿Y qué sería la vida de la madre sin su hijo? La muerte es algo muy cruel. No obstante, es el resultado de nuestro pecado. Así que no debemos rebelarnos contra Dios, sino que debemos más bien buscar entender la tremenda seriedad de nuestra culpa que nos hemos puesto encima por nuestro pecado.

Frente a esta pérdida inestimable, el único consuelo que podía tener la viuda era la compasión de la multitud. Una de las bendiciones de Dios es la compasión humana, pues nos ayuda a compartir con otros en sus aflicciones. Capacitó a la multitud para que participara en la aflicción de la madre que iba siguiendo el féretro de su hijo.

Se compadeció de ella. Con todo, la compasión de la gente es sólo un consuelo leve. La gente nunca podrá entrar del todo en nuestro corazón y entender nuestro dolor, ni tampoco podrá quitarlo. Pero con el Señor Jesús es diferente. Tan pronto como se acercó a la procesión y se enteró de esta tremenda pérdida, tuvo compasión de esta mujer. El conoció mucho más que cualquiera de nosotros las consecuencias del pecado y fue capaz de cargar con todo ese peso. Esto lo hizo una y otra vez. Pudo cargar con la cruz de nuestra aflicción porque tomó sobre sus hombros la causa de nuestra aflicción, a saber, nuestro pecado. Cristo expió nuestro pecado.

Esto tiene un significado tremendo. Por la fe podemos saber que hay alguien que comparte nuestras cargas y que sabe perfectamente cuán pesadas son. Nunca estamos solos en nuestra aflicción. En su obra mediadora Cristo toma nuestro yugo sobre sí. Esto también explica por qué nuestro prójimo puede tener compasión de nosotros. Cristo les ha impartido a los hombres algo de su espíritu compasivo. La compasión imperfecta que siente por nosotros nuestro prójimo debe convencernos de la perfecta compasión de Jesús. Con él podemos abrir por completo nuestro corazón. ¿Cómo hubiera sido nuestra vida si hubiésemos sido dejados solos en nuestra aflicción?

Quitando la aflicción. Pero Jesús hace mucho más que sólo compadecerse con nosotros en nuestra aflicción. También puede quitarla. Vendrá el día en que lo hará. Restaurará todos los lazos que fueron santificados en él. Un día, cuando restaure a su pueblo en su glorioso reino de la nueva tierra, enjugará toda lágrima de nuestros ojos. Entonces nos daremos cuenta que nuestros lazos terrenales no fueron meros lazos temporales carentes de

significado, sino que más bien descubriremos su significado santificado y glorificado.

Jesús quiso demostrar que él restaura y salva los lazos que hay entre la gente. Le dijo a la madre que no llorara y tocó el féretro. Los que cargaban el féretro se detuvieron y él dijo: "Joven, a ti te digo, levántate". Entonces el joven se sentó en el féretro. Entonces el Señor entregó al joven a su madre; restauró el lazo que se había roto.

Jesús podía hacer esto porque él iba a expiar el pecado y así conquistar la muerte, la consecuencia del pecado. Si esa madre y su hijo le reconocían como el Redentor, la restauración no sería sólo temporal. Habrán servido al Señor por toda la vida. Pero a esta restauración a la vida aquí le seguiría una restauración eterna. Esto es lo que el Señor profetizó al resucitar al único hijo de la viuda. En él podemos tener significado el uno para el otro y este lazo perdurará, porque algún día lo volveremos a encontrar. Cuando este día venga, todo lo pecaminoso e imperfecto será borrado de nuestras relaciones. Entonces nos olvidaremos de todo pecado e imperfección, porque Dios lo hundirá en el mar del olvido.

Dios ha visitado a su pueblo. Todos tuvieron miedo y glorificaron a Dios, diciendo: "Un gran profeta ha visitado a su pueblo". No sorprende que la multitud tuviera miedo. Habían visto la gloria de Dios, la gloria de su gracia que conquistó el pecado. Por esto no se trataba de un miedo debido a la timidez sino un temor que los impulsó a glorificar a Dios.

La fe estaba obrando en aquella gente, quizá no en todos, y no con toda claridad tampoco, pero muchos ojos fueron abiertos. La gente se acordó de Dios y su pacto. Por esto dijeron que Dios estaba visitando a su pueblo, les estaba buscando en su gracia, como en antaño. Creyeron que Jesús era un profeta enviado de Dios para decirles que la gracia de Dios estaba cerca, confirmando sus palabras con señales como esta.

Ciertamente Jesús reveló que Dios nos ha visitado con su gracia y nos ha dado el Espíritu Santo, por el cual siempre está cerca de nosotros. ¡Buscad al Señor mientras pueda ser hallado, llamadle mientras está cercano (Is. 55:6).

59: El perdón

Lucas 7:36–50

No es necesario dar por sentado que la mujer que Lucas describe era una prostituta común. También sería posible que haya sido una mujer que dejó a su marido para irse a vivir con otro o que hubiese cometido cualquier otro pecado.

No llegó a Cristo como una penitente en busca de perdón. Su adoración era más bien la expresión de un amor agradecido por el perdón que antes recibiera. Ella debe haber visto y recibido el perdón anteriormente. No es necesario que esto haya ocurrido en algún encuentro que ella podría haber tenido con Cristo anteriormente; no es necesario suponer algún encuentro anterior. Por el contrario, la historia nos deja la impresión que esta era la primera vez que se encontraba. Con todo, la palabra de Dios es una palabra viva. Ella bien podría haber escuchado la palabra de la reconciliación directamente de los labios de Jesús en la sinagoga o fuera de ella, o bien podría ser también que otros la predicaran. Sea como sea, la palabra de gracia la había liberado.

No contradice nuestro punto de vista el que Jesús le dijera al terminar este encuentro: "Tus pecados te son perdonados". Esto sólo es un sello sobre la fe que la había liberado. Lo que se dice en el versículo 47 no tiene por qué levantar malos entendidos. Sus muchos pecados le fueron perdonados, pero no porque amó mucho. Su amor es más bien la prueba de que se le había perdonado mucho. Primero vinieron el amor y perdón de Dios, a lo que ella reaccionó con amor y fe.

Pensamiento clave: *Al que mucho se le perdona, mucho ama.*

El invitado no bienvenido. En una ciudad de Galilea vivía un fariseo llamado Simón. Este hombre invitó a Jesús a que cenara en su casa. Esto mostraba que este hombre quería tener un criterio propio, ya que los demás

fariseos ya se habían puesto en contra de Jesús y no lo habrían invitado a sus hogares. Parece, pues, que Simón quería formarse su propia opinión sobre Jesús. Y ¿qué mejor que observarlo de cerca durante una comida en su propia casa?

Simón no tenía intenciones de someterse a Jesús. Desde su propia perspectiva sólo quería observarlo. ¿Pero es posible conocer a Jesús de esta manera? No es posible, ya que sólo lo pueden conocer los que quieren recibir de él la gracia. Aunque Jesús sabía en qué espíritu se le invitaba, aceptó. El aprovechaba toda oportunidad que se le presentara para sembrar la semilla del evangelio.

No obstante, Simón estaba medio en aprietos con su invitación. Era necesario evitar cualquier cosa que pudiera sugerirle a Jesús que él le daba honores. Así que Simón fue muy reservado y lo mantuvo a distancia. Le haría saber que el sentarse a la mesa de un fariseo era un favor que se le estaba concediendo. Así que Simón ni siquiera le mostró la cortesía más básica de ese entonces. No puso agua para que Jesús se lavara los pies. Tampoco le dio un beso al recibirlo, como señal de bienvenida. Y por supuesto que no ungió su cabeza con aceite, que era la costumbre cuando se recibía a un invitado importante. Jesús vio esta conducta y entendió el mensaje. Pero aguantó todo en silencio. Quizá también podría librar una vida del orgullo.

La adoración que el amor produce. En la ciudad también vivía una mujer que era conocida como una pecadora infame. No sabemos de qué pecado era culpable, pero había escuchado la palabra de redención que el Señor predicaba. Así que había llegado a ver su pecado a la luz de la gracia de Dios, estando consciente de su culpa frente a Dios. También llegó a creer que había perdón en Dios para ella, aun cuando la gente la mirara con desprecio. ¡Con adoración agradecida pensó en el Señor Jesús que trajo la palabra de redención de tal manera que hizo que las Escrituras del Antiguo Testamento recobraran vida en su corazón!

Cuando se enteró que Jesús estaba en la ciudad cenando en la casa de Simón, simplemente no pudo controlarse. Estaba ansiosa de mostrarle su adoración. No le importó lo que pudiera decir la gente, ni cómo la recibirían Simón y los otros fariseos en la cena. Ella le mostraría su amor. No lo pudo hacer con palabras, pero sí lo mostraría con una señal.

Sin invitación entró en la casa de Simón. Había traído consigo un frasco de alabastro con un costoso perfume que ella deseaba derramar sobre los

pies de Cristo. Pero cuando vino por detrás de él, a sus pies, no pudo más y rompió en llanto. Sus lágrimas regaron los pies de Jesús. Cuando se dio cuenta de ello, se desató el cabello y enjugó los pies de Jesús. Entonces también derramó el perfume sobre sus pies.

¡Cómo se atrevió a hacer esto! No sólo se arriesgaba a que la pusieran en vergüenza delante de todos, sino que Jesús también quizás sabía su reputación y pecado. Pero nada de esto la detuvo. Ella sabía que el Enviado de Dios juzgaba diferente que los hombres, porque en Dios hay mucho perdón. Ella podía mostrarle que creía en el perdón que él predicaba. ¿Qué podía agradarle más a él que semejante fe en la palabra de la gracia de Dios? Ella realmente conoció al Señor Jesús porque se rindió a él, mientras que Simón no le conocería.

La confrontación. Simón pensó que tenía atrapado a Jesús. Había estado observando a Jesús y había concluido que no era profeta. Si hubiese sido profeta, de seguro habría sabido qué clase de mujer era esta y no habría querido saber nada con ella.

Jesús sabía qué pasaba en la mente de Simón, pero todavía deseaba hacer un esfuerzo a fin de que este fariseo descubriese quién era realmente. Contó una parábola sobre dos deudores, y al final preguntó cuál de los dos amaría más, aquel a quien se le había perdonado mucho o aquel a quien se le había perdonado poco. Con arrogancia Simón respondió que a su parecer sería aquel al que se le había perdonado mucho.

Fue entonces que Jesús confrontó a Simón con esta mujer. Simón no le había demostrado ninguna atención ni amor, pero la mujer se deshizo en gratitud y adoración. ¿No debió haber concluido entonces que a esta mujer mucho se le había perdonado? ¿Habrá sido perdonado Simón en algo siquiera, siendo que no demostró gratitud alguna? En su orgullo, Simón nunca había deseado ser perdonado. Simón no era objeto del misericordioso beneplácito de Dios. Por lo tanto, nada sabía él de aquel amor que se expresa en adoración. Nuestro amor será tan grande como nuestra percepción de la misericordia de Dios. De esta forma Jesús estaba tratando de que Simón y los otros se dieran cuenta. Pero ellos no dejaban que se les humillase; así que se mantuvieron en contra de Dios.

El sello de su perdón. Mientras que Jesús hablaba con Simón, se volvió hacia la mujer y señalándole, dijo: "Tus pecados te son perdonados". Ella

ya antes había creído la palabra del perdón. ¡Ella bien sabía lo que era luchar con ello! ¿Era cierto que podía haber perdón para ella? Pero ahora lo escuchaba de Sus propios labios. Así su fe estaba siendo confirmada.

Sin duda, fariseos quedaron irritados al oír que se le perdonaba. Dijeron entre sí, "¿Quién es éste, que también perdona pecados?" Rehusaron conocerle como el Enviado de Dios y no escucharon su palabra como palabra de Dios. Así que no podían reconocer que él tenía poder de Dios para perdonar los pecados. No le conocieron porque no se le sometieron.

El Señor mantuvo el poder de su palabra frente a esta duda e incredulidad, que siempre trató de borrar y acabar con el poder de la palabra de Dios. Nuevamente habló a la mujer: "Tu fe te ha salvado, ve en paz". La palabra de gracia prevaleció en la casa de Simón. Así también tendrá poder en el mundo contra toda incredulidad y duda, y liberará una y otra vez a hombres y mujeres, confirmándolos en la fe.

60: Gobernado por el reino

Lucas 9:49—10:24

Aunque el Evangelio de Lucas por lo general no sigue una línea cronológica, sin embargo vemos aquí un cambio en el ministerio de Cristo. La predicación en Galilea ha llegado a su fin. El versículo 51 nos dice que "se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba y que afirmó su rostro para ir a Jerusalén". En este período Jesús habló sobre todo sobre el discipulado. Ser ciudadano del reino significa también ser obrero en el reino. El reino debe gobernar toda nuestra vida.

El hombre que echaba fuera demonios en el nombre de Jesús era sin duda un creyente. Nada tiene que ver aquí el uso del nombre de Jesús como una fórmula mágica, como sucedió más tarde con los hijos de Esceva (Hch. 19:14). El hecho de que Juan y su condiscípulo tuvieran una idea equivocada de su ministerio los llevó a prohibírselo al hombre. Ellos pensaban que sólo ellos habían recibido el Espíritu para la salvación de la vida. La grandeza de su oficio les había afectado. No se dieron cuenta de la bendición que el Espíritu también otorga a otros para difundirla. Aquí tenemos una situación similar a lo que pasó en los días de Moisés, cuando era el deseo de Josué que nadie profetizara con excepción de los setenta que fueron apartados para ello (véase Nm. 11:16–30). Juan y su compañero todavía buscaban su propio interés no exclusivamente el del reino.

Al condenar el deseo de Juan y Santiago de que fuego consumiera a los samaritanos, Jesús no condenó lo que una vez hiciera Elías. Por cierto, algún día Cristo mismo hará descender fuego del cielo. La proclamación del reino es también el anuncio del juicio para aquellos que no creen. En este sentido ellos por cierto serían Boanerges, hijos del trueno. Pero lo que pasó aquí es que su orgullo había sido herido. Su preocupación no era sólo del reino y del evangelio del reino, de otra forma se hubieran dado cuenta que el tiempo del juicio todavía no había llegado, especialmente para los samaritanos que todavía no habían escuchado el evangelio y que estaban molestos con el espíritu nacionalista de los judíos.

Cuando, al final del pasaje, el Señor dice que los suyos no debieran regocijarse porque los espíritus se les sujeten, sino porque sus nombres están escritos en los cielos, él no estaba enseñando un

egoísmo espiritual, como si dijera que sólo debemos preocuparnos de nuestra propia salvación después de esta vida. Que nuestros nombres estén escritos en el cielo quiere decir que somos ciudadanos del reino. Como ciudadanos, podemos, en el nombre del Señor, usar otra vez la tierra y su plenitud en paz. Esta es la esencia del reino. Dado que este reino no ha llegado a su consumación total en la tierra, sino que tiene que abrirse paso a la fuerza, era necesario que se dieran este tipo de fenómenos extraordinarios, como el exorcismo. Pero los discípulos vieron estas señales especiales como si tuvieran más valor que aquello que es la esencia misma del reino, a saber, el uso que hacemos de esta tierra en el nombre del Señor. ¡Y tengamos cuidado, pues lo mismo ocurre hoy en día! Buscamos el reino en todo tipo de señales, y no en nuestra vida diaria en el temor de Dios.

Pensamiento clave: *El Espíritu del reino de Dios gobierna a sus obreros en todas las relaciones.*

El que no es contra nosotros, por nosotros es. El Señor Jesús no podía hacer la obra en Galilea por sí sólo. Así que envió a sus doce discípulos a que predicasen en su nombre por todas partes el evangelio del reino. Para este fin les dio poder para hacer muchas señales. Con mucho celo predicaron e hicieron muchos milagros. El Señor bendijo abundantemente su obra.

¿Hicieron toda esa labor exclusivamente para la gloria del Señor y su reino? No, sino que también buscaban su propio interés. Esto se ve claramente en que al volver a Jesús otra vez, empezaron a discutir sobre quién había logrado más cosas y quién sería el más grande en el reino. El Señor tuvo que humillarlos. Nuestra importancia radica no en nuestros logros, sino en nuestra adopción como hijos de Dios. Un hijo adoptado por Dios tiene un valor inmenso en el reino. Como hijos debemos ver nuestra adopción por Dios como la bendición más grande.

Cuando Jesús habló de hijos adoptados, Juan se acordó de lo que él y sus compañeros habían enfrentado en su misión. Vieron a un hombre echando fuera demonios en el nombre de Jesús. Y como no pertenecía al grupo de los doce, se lo prohibieron. Dado que Jesús hablaba de hijos adoptados que sirven en el reino exclusivamente, a Juan le entró la duda de si hicieron bien en prohibírselo. Así que le preguntó al Señor sobre ello.

Y por cierto, les dijo que hicieron mal. Aquel hombre había estado echando demonios en fe. No estaba tratando de competir con el Señor Jesús y sus discípulos. No estaba contra ellos o contra el reino de Dios. Y si no estaba contra ellos, estaba a su favor y a favor del reino. El poder del

Espíritu no está limitado al oficio o limitado a aquellos a quienes el Señor ha dado una posición especial en su reino. Si tan sólo se hubieran podido concentrar en el reino, se hubieran regocijado en lo que aquel hombre hacía. ¡Qué bendición de que la obra de Dios sea tan diversa!

Vino a salvar. El Señor Jesús y sus discípulos trabajaron mucho en Galilea, pero Galilea no les aceptó. El tiempo de su trabajo allí llegó a su término. Se veían venir los días de su sufrimiento. Durante aquel tiempo de crisis el Señor instruyó a sus discípulos especialmente sobre el significado del servicio en el reino.

De Galilea viajó a Jerusalén a sufrir allí. Pero todavía tenía mucho que hacer en el camino. Pasó por territorio samaritano. Al fin de un día de viaje envió a Juan y a Santiago adelante a la aldea más cercana para buscar alojamiento para él y la gran muchedumbre que le seguía.

Pero había problemas entre samaritanos y judíos. Los orgullosos judíos miraban con desprecio a los samaritanos, lo cual los irritaba. Además, los samaritanos habían oído del ministerio público de Jesús. Ahora él entraba a su territorio, pero no a predicar y hacer milagros, sino que sólo a pasar la noche, de camino a Jerusalén. Esto los irritó mucho más, de modo que rehusaban tajantemente darles alojamiento a Santiago y Juan.

Juan y Santiago volvieron molestos a Jesús y le preguntaron si debían llamar fuego del cielo para consumir a estos samaritanos, tal como una vez lo hiciera Elías. Esto no lo preguntaron debido a que el evangelio del reino fue rechazado. Si ellos hubiesen tenido el evangelio como punto central en sus pensamientos, se habrían dado cuenta cuán poco se había predicado el evangelio a los samaritanos y cómo los judíos habían irritado a los samaritanos con su orgullo. Lo que preguntaron se debía más bien a que su orgullo había sido herido. Pero esta no había sido la razón por la que Elías hizo bajar fuego del cielo . . . .

Por tanto, el Señor los reprendió, diciéndoles que no entendían el tipo de espíritu que les hacía hablar así. Era el espíritu de la carne y del maligno, el espíritu que sólo tiene en cuenta sus propios intereses. Este espíritu destruye todo. Pero el Hijo del Hombre no vino a destruir la vida del hombre, sino a salvarla, restaurándola a la comunión con Dios. Cristo traerá juicio sobre los hombres sólo despúes que estos hayan rechazado su evangelio en incredulidad. Pero aun en ese caso lo que motivará el juicio no será el orgullo carnal herido, sino el despreciado amor de Dios que se reveló en el reino.

El Señor Jesús iba a sufrir por la salvación del hombre. El tiempo del juicio todavía no había venido. Así que siguió a otra aldea para pasar allí la noche. ¡Cuán voluntariamente sufrió la burla! Con su sufrimiento expiaría este insulto recibido de los hombres de esta villa samaritana.

Siguiendo a Jesús. En el camino un hombre se le acercó a Jesús, diciéndole que le seguiría dondequiera que fuere. Este era uno que se ofrecía voluntariamente a su servicio. ¿No debería el Señor Jesús haberse puesto contento? Con todo el Señor vio que este hombre no se había dado cuenta de lo que implica ser discípulo. Así que lo puso a prueba, diciendo: "Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza". Cristo era un extraño aquí en la tierra donde el pecado reina. Por cierto, había venido a expiar el pecado y ver que la gracia prevalezca, abriendo la vida nuevamente por medio de su Espíritu para los suyos dándoles un lugar aquí en la tierra donde puedan servirle en libertad. No obstante, él mismo tuvo que vagar y andar errante a fin de obtener esa libertad para aquellos que le pertenecen. Todo aquel que quería seguirle en ese tiempo tenía que estar listo para compartir su vida de humillación. Además, hay tantas cosas hostiles en el mundo a causa del pecado que todo creyente debe en este respecto sentirse como un extranjero en la tierra. Debemos estar dispuestos a compartir esa alienación con el Señor Jesús. Y cualquiera que es verdaderamente su discípulo debe sentir que es un extraño para el reino del pecado en el presente siglo malo. Por consecuencia, el creyente debe sacrificar todo por el bien de su discipulado.

Jesús llamó a otro hombre a que le siguiera. Pero como el padre de este hombre acababa de morir, él pidió permiso para ir a enterrarlo primero. La sepultura debía hacerse con toda propiedad, según la costumbre. Este hombre aceptaba con calma el hecho de la muerte, sin darse cuenta que el reino de Dios, el reino de la vida, significa victoria sobre la muerte. En su corazón no había la menor protesta contra la muerte. Así es como los que están muertos espiritualmente aceptan la muerte, porque no consideran que la muerte es la paga por el pecado. Jesús pensaba que si el hombre no hubiese estado muerto espiritualmente, habría dejado el entierro en manos de los que sí estaban muertos.

Que esta era la forma en que él miraba a la muerte es evidente por el hecho de que primero pidió permiso para atender el entierro. El hombre consideraba el entierro como algo que debía llevarse a cabo primero, una parte de su vida antigua, y necesitaba encargarse de este asunto. En el reino

de Dios también damos sepultura a nuestros seres queridos, pero protestando vigorosamente en nuestros corazones contra la muerte como el resultado del pecado y con la certeza que nosotros venceremos sobre la muerte al final. De manera que aun en medio de una sepultura podemos estar ocupados en el reino de Dios.

Vino todavía otro hombre a Jesús, diciendo que deseaba seguirle. Pero pidió permiso para despedirse de su familia primero. Una vez Eliseo también se despidió de su familia cuando Elías lo había llamado. Pero la diferencia está en que *él* lo hizo proféticamente, con su corazón lleno de gozo por la labor que acababa de aceptar (véase 1 R. 19:19-21). Pero este hombre lo consideraba como un gran sacrificio y no tenía muchas ganas de hacerlo. Su corazón estaba mucho más atada a su vida en el hogar que a cumplir con su vocación en el reino.

El seguir al Señor Jesús se convierte, entonces, en un asunto de méritos, por los cuales se obtiene un lugar en la gloria. Este tipo de persona siempre está mirando atrás, a lo que ha dejado. Por tanto, no es una persona apta para el trabajo en el reino, tal como alguien no sirve para el arado si en lugar de mirar hacia adelante fijamente, siempre está mirando hacia atrás. Para servir en el reino no es necesario que lo abandonemos todo, a menos que lo hayamos obtenido originalmente aparte del Señor Jesús y su reino. Nos podemos gloriar de lo que poseemos sólo si nuestras pertenencias están al servicio del Señor.

Obreros en su mies. Jesús y sus discípulos habían trabajado duro en Galilea, pero en el resto de las provincias sólo habían estado esporádicamente. Pero Jesús todavía deseaba trabajar en algunos sectores de Judea y Transjordania. ¿Pero cómo lo lograría en tan poco tiempo, mientras viajaba por villas y aldeas? Por esta razón nombró a setenta de sus seguidores para que fueran de dos en dos a trabajar en las villas y ciudades a las cuales él estaba por llegar. Entonces él podría detenerse brevemente en esas aldeas.

A estos setenta les dio las mismas instrucciones y autoridad que anteriormente les diera a los doce cuando los envió a Galilea. No debían llevar nada para el viaje. Dado que el obrero es digno de su salario, los que creerían en el evangelio los recibirían en sus hogares, proveyéndoles lo necesario para la vida. No deberían dudar en aceptar la hospitalidad, porque venían en el nombre del Rey, quien tiene el derecho sobre todos los tesoros de la tierra. Tampoco deberían demorarse en el camino en mera conversación y chachara. La obra del reino no podía esperar y los obreros eran pocos. Un

saludo breve de paz bastaría, para después continuar con su trabajo de inmediato. Habría aquellos que aceptarían su paz en fe, pues era pronunciada en nombre del Señor. Si su paz no era acepta, entonces volvería a ellos, pero tendrían tranquilidad de conciencia porque sabían que estaban haciendo la obra del Rey y podrían dejar los resultados a él.

Jesús les dijo que encontrarían mucha hostilidad. Los estaba enviando como corderos en medio de lobos. La comunión con aquellos que rechazaban el evangelio tenía que romperse, y lo harían simbólicamente sacudiendo el polvo de sus pies. Pero a pesar de todo rechazo, deberían insistir diciendo que el reino de Dios estaba cerca. El juicio que vendría sobre aquel rechazo sería severo, más duro que el juicio contra Sodoma. También les recordó de las ciudades de Galilea, como Corazín, Betsaida y especialmente Capernaum, donde tanto él como sus discípulos habían trabajado mucho.

Así como Jesús buscaba a Israel, así ahora busca a todo el mundo. Extiende su misericordia a todas partes. Pero una cosa sí es segura, que el juicio vendrá sobre aquellos que rechazan su misericordia, porque el que rechaza a sus mensajeros, rechaza también a Jesús y al Padre que lo envió. Pero nosotros como sus mensajeros no debemos centrarnos en nuestra propia gloria, no sea que opaquemos la causa del reino.

Gozo en el reino. Los setenta regresaron gozosos, diciendo que hasta los demonios se sometieron a ellos. Lo que les llenaba de gozo era el éxito obtenido. No se daban cuenta que el éxito se debía al hecho que el poder de Satanás había sido quebrado. Había sido quebrado cuando Jesús tomó posesión de su oficio, cuando fue ungido por el Espíritu y había vencido a Satanás en el desierto. Esto Jesús se los dijo ahora. Les dijo que vio a Satanás caer como un rayo del cielo. Ellos debían prestar atención a *su* obra y no a su propio éxito.

El Señor Jesús admitió que en esos milagros el reino de Dios se abría paso, pero también dijo que ese no era el elemento esencial del reino. La esencia del reino está en que volvemos a vivir y hacer uso de los bienes de la tierra en el nombre de Dios, que en nuestro diario vivir somos ciudadanos del reino y que nuestros nombres están inscritos en los cielos como ciudadanos de aquel reino. En todo lo que tenemos y hacemos debemos regocijarnos más que todo en la comunión con nuestro Señor, así como el Señor Jesús se regocijó en la comunión con su Padre. Todas las cosas le han sido entregadas por el Padre, a fin de que él redima al mundo. Sólo el Padre

conoció a Cristo como redentor del mundo y nadie, salvo Jesús, conoció la voluntad del Padre para redimir al mundo. Sólo Cristo podía revelar al Padre. Sólo entonces los hombres verían la gloria del reino.

No son los sabios ni los entendidos de este mundo que tendrán el gozo de ver la gloria del reino, sino los niños y los humildes. A ellos se les reveló la gloria del reino. Los discípulos tuvieron la bendición de poder verla, y nosotros también. Los reyes y profetas del Antiguo Testamento desearon ver y oír la esencia del reino, pero no pudieron. No vieron la totalidad de la vida y la tierra entera abierta a disposición del pueblo de Dios, como nosotros ahora podemos. ¡Qué gozo debieran tener los creyentes el día de hoy!

61: Mi prójimo

Lucas 10:25–37

Un escriba le preguntó a Jesús: "¿Qué debo hacer para ganar la vida eterna?" El Señor Jesús le respondió: "Haz esto y vivirás". La respuesta de Jesús le dejó claro al escriba que el ganarse la salvación tal como él se imaginaba era imposible. Por cierto hay vida eterna en el cumplimiento de los mandamientos, pero sólo la fe en Cristo puede capacitarnos para cumplirlos. La fe que produce obediencia fortalecerá la comunión eterna con Dios.

La vida que sólo busca ganarse la salvación y las recompensas, como la veían los escribas, sólo termina en la soledad. Este tipo de gente sólo piensa en su propia salvación; no le intersa su prójimo. De ahí que la pregunta sobre quién es mi próimo era algo muy serio para el escriba. El hombre que vive por la fe es restaurado a la comunión con los demás. Este hombre ya no pregunta quién es su prójimo. Está ligado a su prójimo y se hace responsable por él.

Notemos como el samaritano se hizo responsable por todos los gastos que requería el cuidado de la víctima. Y observemos también las palabras del Señor Jesús al final. No dijo que la víctima era el prójimo del samaritano, sino que el samaritano era el prójimo de la víctima. El samaritano probó ser un prójimo, se conocía a si mismo como prójimo. Demostró saber lo que significa la comunión con otras personas.

No debemos convertir a este samaritano en un creyente, ni tampoco era la intención de Cristo recomendar la filantropía. Existe una caridad que se practica desde lejos, sin comunión personal. Pero este samaritano entendió lo que significa la comunión y la dedicación a otros. La bondad de Dios hace posible que algo de esta caridad se halle aun en los incrédulos. Pero en estos casos se ha arrancado la flor de sus raíces. La raíz de esta comunión es la fe en Cristo Jesús, en quien se restauró la comunión. Es así como la misericordia del samaritano apunta a la obra restauradora de Cristo. El es el Misericordioso. El restaura la comunión y lo practica. Nosotros podemos a través de él practicar otra vez esta comunión y caridad. En esta misericordia y comunión está la vida eterna, pero no en el sentido de que la vida eterna se puede ganar, tal como el escriba pensaba.

Pensamiento clave: *Por fe nos conocemos prójimos de quienquiera que sea puesto por Dios en nuestro camino.*

El camino a la vida. Mientras el Señor Jesús hablaba acerca de la gloria del reino de Dios, un escriba se le acercó y le interrumpió, diciendo: "Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?" Su intención era atrapar a Jesús en un desvío de la tradición. ¿No estaba acaso enseñando algo del todo distinto que los escribas? Los escribas enseñaban que un hombre debía guardar la ley y así ganar la vida eterna. ¿Pero qué era exactamente lo que Jesús enseñaba? Era algo totalmente distinto, pero hasta ahora nadie había logrado poder identificar una herejía. Ahora este escriba quería hacerlo caer en una trampa. ¿Qué respuesta daría Jesús a esta pregunta?

Jesús respondió con otra pregunta: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?" La respuesta del escriba estaba del todo correcta. No presentó una lista de mandamientos, sino que afirmó que la ley nos exige que amemos a Dios con todo nuestro corazón y acciones, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. El había aprendido el significado profundo de la ley. Así que el Señor Jesús le dijo que había respondido correctamente.

Entonces el Señor le dijo al escriba: "Haz esto y vivirás". ¡Cómo había quedado pasmado el escriba! Después de todo, esto era lo que ellos enseñaba. ¿Enseñaba Cristo la misma cosa? No obstante, no era la misma. Los escribas decían que los hombres debían ganarse la vida eterna observando la ley. Era como si el Señor quisiera atraparlo en sus propias palabras: ¡Adelante! ¡Ve si puedes! En lo profundo de su corazón el escriba debe haber sentido que no lo podía hacer y que nunca podría hacerse merecedor de la vida eterna. Pero si creemos en la gracia de Dios y él nos otorga su favor, nos enseñará cómo vivir según su voluntad. Entonces tendremos la comunión o una verdadera vida con Dios en obediencia a su voluntad. Esto es lo que Jesús quiso decir, cuando dijo: "Haz esto y vivirás". El camino a la vida es la fe, no el mérito.

¿Quién es mi prójimo? El escriba quedó apenado delante de toda esa multitud por la respuesta de Jesús. Había querido atrapar a Jesús, pero Jesús le aplicó su propia medicina al responderle con sus propias palabras. Sin embargo, se dio cuenta que las palabras de Jesús tenían otro significado. Habiendo quedado en ridículo, el escriba trató de salvar su imagen

frente a la multitud, tratando de demostrar que la pregunta que hizo no era tonta. Así que preguntó: "¿Quién es mi prójimo?"

Los escribas siempre discutían sobre si debían considerar sólo a sus compatriotas judíos como prójimos o si también debían incluir a los gentiles. Pero al hacer esta pregunta el escriba puso en evidencia un defecto aun más grande. Este hombre no sabía quién era su prójimo. Y realmente no tenía prójimo, no reconocía a nadie como su prójimo y no tenía comunión con otro.

¿Cómo es que llegó a estar tan solo en la vida? Su soledad vino de su deseo de ganarse su propia salvación. Al ser así, sólo pensamos en forma egoísta de nuestra salvación y no tenemos tiempo para los demás. Si vivimos por la fe y esperamos todo de la gracia de Dios, haremos lugar en nuestra vida para otros y nos consideramos uno con los demás. Sabemos que todos compartimos el pecado y la culpa juntos, pero también sabemos que a través de Cristo podemos ser salvos todos juntos.

La comunidad. Jesús quiso mostrarle al escriba lo que le faltaba aún, así que le contó una parábola. Le dijo que una vez un hombre iba viajando por el camino solitario que va de Jerusalén a Jericó, cuando de repente unos ladrones le atacaron, robándole y golpeándole. Lo dejaron medio muerto. Luego pasó un sacerdote por allí, habiendo terminado su servicio sacerdotal en el templo de Jerusalén. *Por qué* había hecho el sacerdote eso? Este sacerdote no consideraba su servicio como algo hecho por la fe, como una expresión de gratitud y alabanza. Para él todo el servicio era algo meritorio. Su egoísmo que buscaba méritos dominaba todo su quehacer. Vio a la víctima echada al lado del camino, pero le dio la espalda y se fue rápidamente. Un levita que más tarde pasaba por el lugar hizo lo mismo.

Un poco después un samaritano pasó por allí. Cuando *éste* vio al herido tirado allí, no se puso a pensar en sí mismo o en el peligro que también podría amenazarle. No discutió consigo mismo, sino que reconoció su unidad con aquel hombre y fue movido a misericordia. Cuidó del hombre, le llevó a un mesón y al otro día le dio al mesonero dos denarios, haciéndose además responsable de cualquier otro gasto extra. Cuidó de ese hombre como si hubiese sido su propio hermano. Sabía que estaba unido a aquel hombre y que tenía una responsabilidad para con él. Y sin embargo nunca se le ocurrió que podía estar realizando una obra meritoria. Quizá el sacerdote y el levita le hubieran ayudado, si hubieran pensado que aquella

obra podría haberles traído algo de mérito. Pero el samaritano se entregó espontáneamente, por un sentido de solidaridad.

Ve y haz tú lo mismo. Una vez terminada la parábola, Jesús le preguntó cuál de los tres se mostró un verdadero prójimo. Cuando el escriba respondió que fue el que mostró misericordia, el Señor respondió: "Ve y haz tú lo mismo". Afortunadamente todavía se puede encontrar en el mundo, por aquí y por allá, la misma misericordia que demostró el samaritano. Aun entre los incrédulos se puede encontrar cosas parecidas. Esto es un don de la bondad de Dios. Pero si el escriba, que había aprendido a pensar primero en sí mismo, hubiera empezado a practicar la misericordia, le hubiese significado su conversión. El Señor dejó bien en claro este punto al mostrar que los que no tuvieron misericordia fueron el sacerdote y el escriba. En cambio, el samaritano, que no había sido influido mucho por la idea que uno se hace merecedor de algo cuando realiza una buena obra, pudo todavía mostrar misericordia. ¡Cuán corrupto y equivocado era el punto de vista de la vida que tenían los fariseos y los escribas! Sólo la fe en la gracia de Dios podría convertirlos de su errada perspectiva, sólo esa gracia que nos da todo sin merecerlo. Cristo mismo es el Misericordioso; él restaura la comunión y se ha dado a sí mismo por otros. A través de él nos conocemos nuevamente como siendo uno con otros y aprendemos a practicar la comunión. Esta comunión es la revelación de la verdadera vida con Dios.

62: Sólo una cosa es necesaria

Lucas 10:38–42

El sentarse a los pies del Señor no es necesariamente mejor que servir en su reino. Esto no es lo que el pasaje quiere enseñar. Sea que estemos sentados a sus pies o sirviéndole en su reino de otra forma, lo único que necesitamos es que su Palabra more en nosotros y nosotros en él. Esto puede suceder en todas y cada una de las áreas del servicio en el reino. Por el contrario, es posible estar sentados a sus pies y estar orgullosos de ello, haciendo de esta manera que la comunión no sirva de nada porque falta que él more en nosotros.

Pensamiento clave: *La cosa necesaria es permanecer en Cristo.*

Estar demasiado atareado. Una vez Jesús estaba en los alrededores de Jerusalén. Vino a Betania, una pequeña aldea, a sólo tres kilómetros de Jerusalén. Allí vivía una familia que él conocía bien, una familia que estaba compuesta de dos hermanas, Marta y María, y un hermano, Lázaro. Sus seguidores deben haber pasado la noche cerca del lugar, pero Jesús con algunos discípulos se alojaron en casa de Marta.

Había mucho trabajo para poder servir a todos los huéspedes. Esto mantuvo a Marta muy ocupada, mientras que María se sentó cerca del Señor para oírle. Ella había tomado su lugar a sus pies en adoración.

Al principio Marta probablemente hacía sus labores por el amor que tenía al Señor, porque ella también le amaba. Así que a pesar de sus responsabilidades estaba cerca de él en espíritu. Pero después sus pensamientos empezaron a moverse en dirección equivocada. ¡Empezó a enorgullecerse de lo mucho que hacía por el Señor! ¿No era lo que ella hacía

mucho mejor que lo que hacía María? Una vez que sus ideas siguieron en esa dirección, empezaron a cambiar. Empezó a sentir lástima por sí misma, que estaba tan ocupada. Entonces no hacía sus deberes por amor a Jesús. Se enojó con su hermana que no había levantado un dedo para ayudarla.

No pudiendo contener más sus sentimientos, explotó enojada delante de Jesús y su hermana: "Señor, ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude". No sólo le regañó a su hermana, sino también al Señor.

Uno en muchos. El Señor le hizo a Marta ver su error. Ella estaba ansiosa y preocupada por muchas cosas. Es verdad que tenía que pensar en muchas cosas, pero si las realizaba por amor no la harían ansiosa y molesta. Debió haber sido capaz de permanecer con él en espíritu, haciendo sus labores fácil y gozosamente. Así no habría tenido celos de su hermana tampoco.

Jesús tuvo que defender a María de Marta. Lo que María estaba haciendo tampoco era algo mejor en sí. Si María hubiera pensado que estar escuchando era algo superior, también hubiera perdido el contacto con Jesús, aun estando a sus pies escuchando. Pero María estaba oyendo por amor a Cristo. Esto es lo que importa en la vida: permanecer cerca de él. Esta es la parte que María escogió, y nadie, ni siquiera la celosa Marta, podría quitárselo.

Nosotros también debemos buscar sólo una cosa, permanecer en él en el espíritu. Esto siempre es posible, no importa lo que estemos haciendo. El que estemos escuchando calladamente a su Palabra u ocupados en la vida sirviéndole, no hace ninguna diferencia. Aun cuando tengamos muchas cosas que hacer, todavía podemos estar con él en el espíritu. Ningún hombre podrá despojarnos de esto. Entonces también reconocemos el llamamiento de otros que desempeñan otra cosa; entonces echamos fuera los celos pero estamos uno con ellos en él.

63: Orando al Padre

Lucas 11:1–13

Sería un error sugerir que esta parábola promueve la oración impertinente. Por el contexto sabemos que la parábola enseña algo acerca de Dios el Dador que da. Por esto no debemos llamarla la parábola del amigo presuntuoso, sino la parábola del amigo que da porque está bajo la obligación de dar. El término "amigo" no es aquí un concepto pasivo, sino activo; no señala a aquel a quien se le demuestra amistad, sino a aquel que muestra la amistad.

Llevar el título de "amigo" trae responsabilidades. Aunque el amigo no daría espontáneamente por su amistad, de todos modos todavía tendría que dar porque lo obliga la amistad a la que apela el que le pide.

El que le pide puede hacerlo confiadamente y sin avergonzarse. No se permite que la poca voluntad de su amigo lo desanime. No dice: Si no ayuda es porque no es un verdadero amigo; la amistad no puede ser forzada. Por el contrario, él forzó al otro a mostrarse amigo.

Una característica de la paternidad de Dios es la obligación de ayudar. Mientras que en los hombres el deber y la espontaneidad no siempre son idénticos, en Dios no existe semejante conflicto entre los dos. Dios cumple de todo corazón por su amor divino la obligación que tomó en su pacto cuando se hizo nuestro Padre por amor a Cristo.

Pensamiento clave: *Dado que Dios es nuestro Padre, nosotros podemos orar con toda confianza.*

La vida de oración de Cristo. Muchas veces Jesús oró a solas por largo tiempo. Los discípulos estaban acostumbrados a esto. También ahora se había retirado a orar solo por un período extenso.

Lo necesitaba. Es allí donde encontraba la fuerza para su obra. Se sometía en oración a su Padre. La gracia de Dios debía ser exaltada, aun cuando esto le significara sufrimiento y muerte. Cuando se sometía a Dios de esta manera y se hizo uno con él, también podía orar que le supliera lo que necesitaba. Por medio de dicha oración él retomaría su tarea con fuerzas renovadas.

Pero también oró así como nuestra Cabeza. Orar de esta manera realmente es reconocer que Dios es nuestro Padre. Mientras que toda carne rechazó a Dios como Padre, él oró así. Jesús continuaría reconociendo a Dios como su Dios, aun cuando Dios lo rechazaba a causa de nuestros pecados. De esta forma él haría expiación por nuestros pecados, obteniendo nuevamente para nosotros el derecho de llamar a Dios nuestro Padre. Otra vez se nos permitiría hacerlo. Por su Espíritu seríamos capaces de entregarnos y someternos del todo a Dios nuevamente, y así orar confiadamente que Dios supla todas nuestras necesidades.

Nuestra comunión con él en oración. Por cierto los discípulos estaban ansiosos de entender el secreto de la forma en que él oraba. ¿No debían ellos tener comunión con él en oración? ¿No había Juan el Bautista también enseñado a sus discípulos a orar? Así que cuando Jesús volvió donde ellos, uno de sus discípulos le pidió que les enseñara a orar, tal como lo hizo Juan con sus discípulos.

¡Qué gozo debió haber causado en Jesús esta petición! Así que inmediatamente respondió a su deseo; de manera que compartió su vida de oración con ellos y les enseñó a orar como él oró. Ellos también debían primero que todo someterse al nombre y a la causa de Dios y decir: "Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra". Sólo entonces podrían con confianza pedir por todas sus necesidades. Primero por sus necesidades corporales: "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy". Esta era la petición más básica, aunque también era una prueba. Si ellos podían someter esta preocupación física a Dios en fe, también podrían orar por sus necesidades espirituales: "Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal".

A lo largo de toda la oración reconocían a Dios como Padre. Por esa razón debían llamarle Padre. Tenían la libertad de hacerlo porque Cristo conseguiría para ellos el derecho. Jesús también les dio la confianza de hacerlo por su Palabra y espíritu.

Amistad que obliga. Les instó a orar con toda confianza. La confianza debía venirles del hecho de que Dios había llegado a ser su Padre nuevamente a través de Jesús. No deberían rechazar esta paternidad por su falta de confianza. Esto lo ilustró con otra parábola.

Supongamos, dijo, que tarde por la noche le llega inesperadamente un amigo a pasar la noche y que usted no tiene pan en casa. Ya es muy tarde para salir a comprarlo. No quisiera usted pasar por alto las reglas de la hospitalidad y no atender a su amigo. Iría a la casa de su vecino, golpearía para despertarlo para poder pedirle tres panes: uno para el invitado, uno para ti, y otro "por si acaso". Imagínese que primero se resiste porque ya está en cama, por fin sus niños se han quedado dormidos y es imposible levantarse y despertar a toda la familia otra vez. Pero supongamos también que usted insiste de tal forma que al final le ayuda, aun cuando no haya sido por un gesto espontáneo de amistad, sino sólo porque usted siguió golpeando, recordándole con confianza de la obligación que trae la amistad.

Si bien es cierto que los deberes que vienen de la amistad empujarán a los hombres a ayudarse unos a otros, aun cuando no tienen ganas, ¿no nos ayudará Dios como resultado de la obligación que tomó sobre sí al llegar a ser nuestro Padre? Y no lo hará de mala gana porque no hay nada que le estorbe, sino que lo hará con todo el amor de su corazón. Debemos siempre atrevernos a pedir y acudir a su paternidad. El que Dios es otra vez nuestro Padre por amor a Cristo y que nos ha adoptado como hijos suyos, demanda de nosotros confianza y persistencia en la oración.

Como da el Padre. Entonces podemos estar seguros que Dios dará. Si oramos a Dios como Padre en el nombre de Cristo, Dios responderá. Jesús lo aseguró a sus discípulos, y nos lo asegura a nosotros. Orad y se os dará.

Si pedimos como niños entenderemos mucho mejor lo que debemos pedir. Así como un niño recibe de su padre lo que necesita y no es engañado por su padre, así también nosotros recibiremos lo que necesitamos. Muchas veces pareciera que Dios nos envía amarguras y problemas en lugar del bien que le pedimos, pero entonces no debemos pensar que Dios nos desilusiona en cuanto a nuestra oración. El nos da lo que es bueno para nosotros. Un padre no le dará a su hijo una piedra cuando éste le pide pan. Su primer don y nuestra necesidad más grande será su Espíritu Santo, a través de quien crecemos cada vez más en nuestra calidad de hijos. Debemos entregarnos a Dios y esperar toda buena dádiva de él. A través de su Espíritu Dios nos dará todas las cosas.

Lucas: La revelación de la necesidad de la vida

64: La seguridad

Lucas 12:13–21

Cristo vino a prediar el evangelio del reino, y así a impulsar a los hombres a la fe. No quiso tomar el lugar del gobierno. Esto no quiere decir que el Cristo exaltado no tenga toda la autoridad en todas las áreas de la vida y que los gobiernos no ejerzan su debida autoridad en su nombre. La justicia del reino de los cielos se aplica a toda área de la vida. Pero mientras caminó por la tierra Cristo se limitó estrictamente a su llamamiento de predicar el evangelio. Esto significa que la iglesia (como institución), que tiene como su llamado predicar la Palabra de Dios, no debiera tomar medidas en ningún área que no sea la de su propia jurisdicción.

Probablemente no estaba malo que el hombre del versículo 13 quisiera recibir una porción de la herencia. Pero el motivo de su deseo era la codicia del dinero, la búsqueda de la seguridad en la vida y el deseo de hacer valer sus derechos, no los derechos de Dios. Deseaba "usar" a Cristo y su influencia para sus propios fines.

Pensamiento clave: *La seguridad del hombre está en la gracia de Dios.*

Seguridad legal. Mientras que Jesús hablaba a la multitud, se levantó un hombre que le pedía le ordenara a su hermano dividir la herencia. Al parecer su hermano le había estafado. El hombre pensó que de seguro Jesús se indignaría por esta injusticia, ya que él ministraba en el nombre de Dios. Y si hablaba con su hermano, de seguro que su palabra tendría el resultado deseado.

La forma en que razonaba el hombre no estaba tan mala. ¿Pero qué lo impulsó a interrumpir al Señor? Sentía que había sido estafado. Su sentido de sus derechos personales había sido herido y eso le llevó a hacer esta

pregunta. No tenía preocupación de que su hermano estuviese violando la justicia divina, sino que sentía amargura porque sus derechos habían sido violados. Estos sentimientos lo llevaron a perder la perspectiva correcta. Por cierto, Cristo no había venido a resolver disputas legales entre personas. Dios puso al gobierno para eso. Por esto el Señor no accedió a este hombre. No permitía que nada oscureciera su llamado a predicar el evangelio del reino. Se mantuvo fiel a la misión que el Padre le había encomendado y rehusó la tentación para los individuos o la iglesia como institución de salirse de los límites de su competencia. Pero debemos ser obedientes al Padre en todas las cosas.

Pero aun si este hombre fuera a los tribunales de justicia, su motivación debería ser mantener el derecho soberano de Dios que asegura los intereses de todos los hombres y no simplemente preservar los derechos individuales de alguno. El gobierno ha sido llamado para mantener los derechos de Dios. Al llevar a cabo su tarea debe servir a Dios y a su reino. Nosotros también podemos acudir a los magistrados, pero por sobre todo debemos buscar que se mantengan los derechos divinos.

La seguridad de la vida. Este hombre actuaba de esta manera no sólo porque sus derechos personales habían sido violados. Si no lograba obtener la parte de la herencia que le correspondía, temía que su vida sería cualquier cosa menos segura en el futuro. Buscaba su seguridad en sus bienes y no en Dios. Esto va siempre de la mano con el defender sus propios derechos. El hombre no vivía por la fe sino por el temor. Deseaba tener muchas posesiones para sentirse seguro.

A toda la multitud que oyó la pregunta de este hombre, Jesús le advirtió contra el amor al dinero. No es cierto que el futuro de un hombre está asegurado sólo si tiene muchos bienes. Dios se lo puede quitar todo. Nunca lograremos un seguro de vida que lo cubra todo, a menos que confiemos en Dios que cuida de los suyos. La seguridad de nuestra vida descansa en el favor de Dios, y este favor viene a ser nuestra porción o heredad mediante Jesucristo.

La seguridad de las posesiones. Es cierto que para sentirse seguro en la vida el hombre quería bienes, pero también amaba el dinero. Su tesoro estaba en sus posesiones, no en el favor de Dios. ¿Cómo podremos tener tesoros aparte del favor de Dios? Aparte de Dios lo que tenemos no es

realmente un tesoro, porque no es nuestra herencia eterna, la promesa de la porción eterna, que tendremos en la nueva tierra. Ni tampoco podremos gozar de nuestro tesoro terrenal, porque nuestro verdadero tesoro es gozar del favor de Dios en todo lo que poseemos.

Nuevamente el Señor Jesús aclaró lo que quería decir usando una parábola. Había una vez, dijo Jesús, un hombre rico que tuvo una cosecha tan grande un año que no podía guardarla toda en sus graneros. Así que decidió echar abajo sus graneros y edificar unos más grandes todavía. Entonces, cuando estuviese allí guardada toda su cosecha, se diría a sí mismo que había logrado mucho, de tal forma que ahora podía gozar de una vida sin cuidados. Pero Dios le dijo: "Necio", y tomó su vida esa misma noche. ¿Qué le pasaría a toda esa cosecha y a todos sus bienes? Toda la vida de este hombre y todos sus tesoros más queridos habrían sido en vano, porque no tendría ninguna posesión eterna.

Esta advertencia de Jesús fue dirigida a todo aquel que pone su confianza en sus tesoros, sin reconocer que ellos son sólo una prueba del favor de Dios. El tal no es rico en Dios y no participa en el favor y amor de Dios. La única forma de estar seguros de lo que poseemos es ver todos nuestros bienes a la luz del favor de Dios, el favor que él obtuvo para nosotros a través de Cristo. Cristo santifica todas nuestras posesiones y nos hace ricos en Dios.

65: La revelación de la necesidad de la vida

Lucas 13:1–17

Cuando vivimos por nuestra propia justicia nos volvemos ciegos a la culpa colectiva. Esto nos lleva a tratar de encontrar culpas particulares en aquellos que han sido víctimas de catástrofes particulares. Sin embargo, los galileos murieron como una señal de la culpa general de todo Israel. No debemos preguntar si hubiera entre todos esos galileos algunos creyentes que fueron salvos por la eternidad. El desastre que cayó sobre ellos reveló el juicio que pende sobre todo Israel. Aquel juicio puede caer aquí o allá, según Dios lo tenga planeado. Así que también puede caer sobre los creyentes. Su fin era hacer que la gente volviera a su juicio cabal.

Por cierto, esto tenía que ver ante todo con el Israel de aquel entonces que había abandonado el pacto del Señor. Véase, por ejemplo, la parábola de la higuera estéril. Pero cuando no hay cuestión de un abandono general del pacto, no debemos decir que semejante calamidad no tiene el fin de hacer que la gente se arrepienta. Siempre, y en un sentido cada vez más profundo, debe haber la confesión de Pablo: "Miserable de mí".

Por otra parte, también tenemos la confesión de la redención. La redención también nos revela nuestra miseria en la forma más profunda. La curación de la mujer encorvada por su enfermedad nos revela, pues, la necesidad de la vida. Sorprende que se hable aquí de un espíritu de enfermedad y que Jesús diga que Satanás la había tenido atada por dieciocho años. Detrás de la enfermedad estaba la culpa, no la culpa personal, sino la culpa colectiva y el reinado de Satanás. La liberación de esta hija de Abraham, de esta hija del pacto, dio a conocer cual es la necesidad de Israel y la necesidad de toda la raza humana.

El gobernante de la sinagoga, que vivía por su propia justicia, no vio la necesidad de la vida ni tampoco experimentó la liberación y por eso tampoco tomaba el día de reposo como una señal de la redención en el pacto. El consideraba que guardar el día de reposo era una acción meritoria.

Pensamiento clave: *Cristo revela la necesidad de la vida.*

Culpa colectiva. Algunos contaron a Jesús que Pilato, el gobernador del territorio, mandó matar a unos galileos en el atrio del templo donde ellos estaban sacrificando, y que su sangre había sido mezclada con la sangre de los animales sacrificados. Estos galileos evidentemente eran zelotes nacionalistas que constantemente llenaban de ira a Pilato. Violando toda ley, sus soldados habían entrado al atrio de los sacerdotes, donde no estaba permitido entrar a los gentiles, y allí mataron a los galileos. A la gente le impresionó mucho que mezclaran su sangre con la de los animales. La gente vio en el hecho el castigo de Dios sobre ellos y sospecharon que estos galileos eran culpables de algún pecado en particular. Evidentemente los que vinieron a Jesús con la noticia querían saber qué diría Jesús al respecto.

Su respuesta fue totalmente inesperada. Por cierto, en esto se veía el juicio de Dios, pero en ningún momento debían pensar que estos hombres asesinados eran más pecadores que los otros galileos. Dios estaba manifestando en este castigo su ira contra todo Israel por haber abandonado el pacto y rechazado las palabras de Juan el Bautista y de Jesús. Si sus oyentes no dejaban de jactarse de su propia justicia y si no se arrepentían de sus pecados, esperando sólo en la gracia de Dios, todos perecerían igualmente.

Lo mismo ocurrió con el desastre de Jerusalén, que todavía recordaban bien. Una torre ubicada cerca del túnel de Siloe se había caído, matando así a dieciocho personas. Estos dieciocho no eran más pecadores que otros en Jerusalén. Dios reveló en ello su juicio contra todo Israel, y si el pueblo no se arrepentía, todos morirían.

No tenemos por qué sospechar de algún pecado especial en las víctimas cuando oímos de algún desastre en particular. Si lo hacemos, no conocemos lo que es el pecado colectivo, que también se muestra en nuestras vidas. Esto también significa que no hemos llegado a la redención del pecado, y entonces nuestra vida vuelve a ser una vida de ansiedad y miedo supersticioso. Toda vez que lleguen las calamidades, la ira de Dios se revela contra el pecado en general. Su ira puede caer aquí o allá según su soberana voluntad. Lo que Dios busca es que nos preguntemos cómo es que el pecado, que reina en todas partes, opera en nuestra vida. Nuestra confesión debe mostrar un entendimiento cada vez más profundo de la presencia y naturaleza del pecado. Pero también conocemos la gracia y la redención que nos liberan del temor y nos dejan libres.

Posponiendo el castigo. Si estos desastres no caen sobre nosotros o sobre todo Israel, no debemos concluir que no tenemos pecado, sea en

nosotros como individuos o en la nación como un todo. El pecado puede estar presente en nosotros, pero Dios está posponiendo su castigo. Esto es lo que hizo en aquellos días con Israel que siguió rechazando el pacto.

Jesús dejó en claro este punto por medio de una parábola. Una vez un hombre plantó una higuera. Como era la única que tenía, la observaba con mucho interés. Por tres años seguidos buscó fruto en ella los veranos, pero no encontró nada. Así que le dijo al viñador que la echara abajo. Pero el jardinero le pidió que esperase un año más. Cuidaría del árbol en forma especial, y le echaría fertilizantes. Si eso no daba resultado, entonces no quedaba más remedio que cortarlo.

Estas palabras se dirigían especialmente a Israel que por tres años había escuchado las palabras de Juan el Bautista y Jesús y todavía no se arrepentía. Pero nadie debe deducir que su vida está del todo en orden, porque el juicio *no* llega. Todos merecemos el juicio. Si nos damos cuenta de esto cada día más y si crece nuestra conciencia de esta verdad, aprenderemos a vivir por la fe en base a la gracia. Sólo entonces llevaremos fruto que a veces no vemos pero el Señor, sí, lo ve.

El poder de Satanás. Un día de resposo Jesús estaba enseñando en la sinagoga. Había allí una mujer encorvada por una enfermedad y no podía ponerse derecha. Ya había vivido en este cautiverio por dieciocho años. Era un poder que gobernaba su vida. Como en toda enfermedad, esta también era la manifestación del poder de Satanás. Satanás obtuvo el poder para destruir la vida debido a nuestro pecado. Es cierto que al usar este poder Satanás está bajo el control de Dios y Dios puede usar el azote de Satanás para santificar a sus hijos, pero aun así es el poder de Satanás que opera en nuestras enfermedades.

Esto se dejaba ver claramente en la mujer tan deformada que no podía ponerse derecha. Era como si la mano de Satanás la tuviera agachada. Su miseria tocó el corazón de Jesús y él reconoció a su enemigo. En su gracia Jesús de inmediato entró y le dijo que estaba libre de su enfermedad. Proclamó su victoria antes de hacer algo. Después le impuso las manos y de inmediato ella se enderezó y alabó a Dios. ¡Qué gozo sentiría Jesús al redimir la vida del poder de Satanás!

¿No deben todos regocijarse? Pero no fue así. Un principal de la sinagoga que se creía muy importante se enojó mucho que Jesús haya sanado en el día de reposo, pero no se atrevió a decírselo personalmente a Jesús. Así que dijo a la multitud que había seis días para trabajar, y que la

gente debería venir durante esos días para ser sanados y no en el día de reposo. Para este hombre, guardar el día de reposo era un asunto de méritos. Si guardamos la ley así, ella nos hará esclavos.

Justo cuando el Señor estaba dejando libre la vida, el principal venía arrastrando sus cadenas. ¿No se quejaría por ello? ¿Cómo es que gente como este principal pudo gozarse en reducir la vida a la esclavitud? Lo hacían porque no vieron las verdaderas cadenas que esclavizan la vidas, a saber, el poder de Satanás. De otra forma, hubieran querido ante todo ser liberados de esas cadenas para dejar que la vida corra libre, también en el día de reposo. ¿Acaso no soltaban a sus bueyes o asnos en el día de reposo para que pudieran beber agua? ¿No debía Jesús dejar libre a esta mujer también, una hija del pacto y miembro del pueblo del pacto, quien, según las promesas de Dios, tenía derecho a la vida, después de haber estado dieciocho años cautiva de Satanás? Pero el principal nunca había visto el poder de Satanás, aun cuando era algo tan evidente en esta mujer. Esto se debía a que él nunca se había puesto a meditar qué es el pecado realmente.

La respuesta de Jesús dejó en vergüenza a todos sus oponentes. Y todo el pueblo se regocijó de las maravillas que hacía. ¿Pero entendieron todos el fin que buscaba? ¿Se dieron cuenta todos del poder de Satanás, del cual los había liberado? ¿Confesaron todos sus pecados, a través de los cuales Satanás obtuvo su poder?

66: Espíritu y vida

Lucas 14:1–14

Jesús todavía iba "encaminándose a Jerusalén" (13:22). Como lo muestra Lucas 13:13, estaba en el territorio del rey Herodes, pero ya no en Galilea. De manera que tenemos que pensar en Perea, en Transjordania. Es muy probable que la comida de la que habla esta sección se llevara a cabo en este territorio. La hostilidad no era tan grande aquí como en Galilea. En muchos lugares la gente le venía a conocer por primera vez. Parece que fueron los escribas y fariseos los que pusieron delante de él a este hombre hidrópico para ser sanado. Esto se ve por el versículo 2 y por el hecho de que Jesús inmediatamente supo sus pensamientos. Le espiaban para ver si sanaba en el día de reposo. Cristo ya había dado a conocer cual era su posición sobre esta cuestión en Galilea, pero en Transjordania todavía era un problema de interés.

A lo largo de toda la comida Jesús mostró que la ley del Reino es espíritu y vida. En contraste con esto se coloca la vida materialista de los escribas y fariseos egocéntricos.

Pensamiento clave: *La ley del reino es espíritu y vida*

El llamamiento de la vida. En camino a Jerusalén, mientras que Jesús estaba en el país al otro lado del río Jordán, fue invitado un día de reposo para comer en casa de un fariseo prominente. Muchos fariseos y escribas estarían sentados a la mesa en esa oportunidad. Querían conocer a Jesús mejor, porque él no había estado mucho por esa región.

Antes de que sirvieran la comida de repente se presentó a Jesús un hombre hidrópico. El hombre había sido citado por los ancianos que deseaban ver si Jesús lo sanaría en un día de reposo. Pasarlo bien en una gran comida estaba permitido, pero sanar no lo estaba. ¿Cómo establecie-

ron criterios para aquello? Esto se lo puede explicar por la búsqueda de méritos, méritos para conseguir su propia justicia. Porque entonces la ley empieza a esclavizar la vida. Entonces los hombres ya no se dan cuenta de cómo la vida se halla encerrada por el pecado y la enfermedad y la muerte. No podrán ver como Dios en su reino liberta la vida de estos enemigos y como el día de reposo es una señal de esta liberación. Entonces los hombres ya no oyen los suspiros de la creación de Dios.

El Señor Jesús se dio cuenta de lo que estaban pensando, así que preguntó si era lícito sanar en el día de reposo. Quería saber cuál era la opinión de ellos. Pero ellos callaron; no querían que los atrapase. Entonces Jesús tomó al hombre enfermo, lo sacó de ese ambiente de la desconfianza y así dsepertó la fe en él, lo sanó y lo envió en paz, sacándolo del ambiente en la que ya no pertenecía, pues ahora era un creyente. ¡Cuán poderosa es la gracia del Señor Jesús! Sacó al hombre, quien se había dejado usar como experimento, de ese ambiente y le enseñó la redención de la vida.

Los espectadores tuvieron serias objeciones contra esta curación realizada en un día de reposo. Es por esto que ahora Jesús responde a su pregunta a su manera. Si su burro o buey se cae en un pozo en un día de reposo, ustedes lo sacarían. En tal caso todavía entienden el llamado de la vida en aflicción. Pero no entienden el llamado de la vida que está en necesidad a causa del pecado y la enfermedad y la muerte. Ustedes han llegado a ser tan insensibles a la miseria del mundo que hasta usarían a este hombre como un experimento para realizar sus propios propósitos. Ustedes ya no protestan contra el yugo que ha sido impuesto sobre la vida a causa del pecado.

Cristo quiere que redescubramos las aflicciones de la vida y quiere que aprendamos a escuchar los gemidos de sus criaturas. Logra esto redimiendo la vida. Después nos apunta al día de reposo como una señal de aquella redención, como una señal del pacto de vida.

Exaltación. Los escribas y fariseos no sabían responderle. Después de este acto se sentarían a la mesa. Jesús notó como todos corrían a tomar los primeros puestos, los más importantes. Todos deseaban un lugar de honor. Cada uno quería ser exaltado ante los ojos de los otros. Todos se buscaban a sí mismos. Querían sacar partido de todo, incluyendo una cena.

La vida está llena de mentiras y duplicidad. Esta gente asistió a una cena, y aun allí eran egocéntricos. No iban agradecidos por la invitación o para compartir con la alegría del que los invitaba. Jesús quiso, entonces, que se

dieran cuenta de la mentira que dominaba sus vidas. Les dijo que si a uno lo invitan a una cena, no debe sentarse en el lugar de honor. Podría ser que el anfitrión quiera dar honor a otro y te pida que te muevas de tu lugar. En ese caso serías avergonzado. ¿Por qué no ir y sentarte en el lugar más humilde? Tu meta no debe ser el recibir honor del prójimo. Tu meta deberá ser tener comunión con el anfitrión. Imagínate que el dueño de casa desee tener comunión contigo y que viéndote al final de la mesa te invite a un lugar mejor para mostrar con ello su favor. En este caso serías honrado delante de los otros comensales. Así por lo menos el honor tiene valor, porque no lo buscaste tú mismo, sino que será evidente para todos que el dueño de casa te ha favorecido. Siempre sucede que el que se exalta es humillado y el que se humilla es exaltado.

Una actitud de agradecimiento por la posición que tenemos en la vida y por la oportunidad de poder servir en algún lugar en particular será lo que vence la mentira de nuestra vida y que nos hace buscar nuestro propio yo y nuestra propia gloria. Esto es lo que sucede cuando hemos visto el reino de Dios, en el cual Dios gobierna todas las cosas bien. Sólo hay que esperar para ver donde nos llama. No buscamos nuestro propio honor, sino buscamos vivir en comunión con él en todas las cosas. El nos exaltará en su comunión. Este es el verdadero honor, porque es un honor que procede de un favor dado libremente. Por cierto, esta exaltación no siempre nos llega en esta vida, ¡pero Dios está preparado para darlo todo a aquellos que le sirven!

Hospitalidad. Pero Jesús vio claramente que no sólo los invitados eran culpables sino también el anfitrión. ¿Por qué había invitado a tantas personas como huéspedes de honor? El dueño de casa había invitado a esta gente sólo por conveniencia propia y no con el fin de dar de sí mismo o de hacer el bien y mostrar amabilidad. Aun al hacer la invitación el anfitrión tuvo en mente sus propios intereses. Tener sentado a su mesa una persona importante ya era un honor en sí. Además, esto podría resultar en que le devolvieran la invitación. Uno nunca sabe qué ventaja se puede sacar de este tipo de relaciones.

¡Cuán miserables hemos llegado a ser como resultado del pecado! Siempre estamos pensando en nuestros propios intereses, y nunca nos entregamos espontáneamente sin a la vez pensar en la recompensa que esto puede traer. Al abordar este problema, Jesús dijo: "Cuando hagas banquete, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a

vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado, porque ellos no te pueden recompensar". Jesús no quería prohibir la vida social y las amistades. Sólo quería promover la invitación de los pobres y desdichados porque es más fácil darse a sí mismo. Esta es la prueba ácida de la verdadera hospitalidad.

Podemos hacerlo si hemos visto a Dios y su reino. En su reino él se nos da sin que nosotros podamos darle algo en cambio que no sea lo que ya él primero nos dio. Si así hemos llegado a ser imitadores de Dios, recibiremos recompensa, mas no de los hombres. En su favor Dios nos exaltará en el día de la venida de Cristo, en la restauración de todas las cosas. Ese honor sí que es real, porque es el honor de su favor.

67: Ligado a los perdidos

Lucas 15

En estas parábolas debemos prestar mucha atención al tercer punto de comparación. Lo que aquí aparece en primer plano no es la misericordia o el amor de Dios por el cual busca a los perdidos. Esta misericordia no se puede detectar en la parábola de la mujer que buscaba la moneda perdida. Sólo buscaba algo que le pertenecía. Así el mundo y la humanidad, también lo perdido en ellos, pertenece a Dios según el pacto de su gracia en Cristo, en quien se incluyen el mundo y la raza humana. Mientras que las personas todavía estén en esta vida, el Señor hace sentir sus derechos sobre ellas. Por amor a su pacto no ha terminado con ellos todavía, aun cuando por un tiempo dejó que los paganos caminaran en sus propios caminos (Hch. 14:16).

Ante todo, estas parábolas tienen que ver con aquellos que han vagado lejos del pueblo del pacto, esto es, los publicanos y pecadores. Aquellos que aplican estas parábolas a los gentiles, lo hacen con cierto grado de razón. Siempre hay un vínculo o ligazón entre Dios y los perdidos, y esto se debe a su pacto. Cristo se mantiene buscando a los perdidos en el nombre del Padre, aun en contra de la opinión de los fariseos.

Con Dios este lazo siempre implica cierto amor. El pacto no es una transacción tipo negocio. Así que debemos hablar del amor de Dios, especialmente en el caso de la primera y tercera parábola. Con todo, sería un error hablar sólo del amor y la misericordia, olvidándonos del pacto que gobierna toda la situación. Dios busca aquello que le pertenece, lo que es por derecho suyo en virtud del pacto.

Por tanto, debemos tener cuidado de no meternos en especulaciones sobre la lástima que se siente por la oveja perdida ni de recalcar demasiado la condición de miseria de esta oveja. *Esta no es la parábola de la oveja perdida, sino del lazo que une a las ovejas con su pastor*, y en especial del lazo que el pastor tiene hacia la perdida. De que la parábola trata de esto, lo podemos ver en el énfasis que Cristo pone en el gozo que trae el encontrar la oveja nuevamente. El pastor ha recobrado lo que le pertenece. Esto es lo que motiva su gozo. Lo mismo sucede en la tercera parábola. El hijo del padre ha vuelto. También la familia está gobernada por

un pacto. En ella cada miembro tiene su propio lugar, aun los hijos mayores. Y el padre se entrega a su familia de todo corazón. El hijo mayor nunca entendió esto. Nunca fue un verdadero hijo, sino siempre un siervo, como es evidente de lo que dijo acerca de que nunca le habían dado un cabrito. Todo lo que el padre tenía era suyo; aun el corazón de su padre era suyo. Pero por una sola cosa pasó por alto todo lo que tenía. Todo el tiempo estuvo sirviendo por un salario y nunca pudo ver el pacto en que la gente se da a sí misma. En las relaciones de pacto nos pertenecemos unos a otros, antes de *hacer* algo uno por el otro.

Pensamiento clave: *Por causa de su pacto Dios todavía está ligado a los perdidos de este mundo.*

El lazo que une al pastor a la oveja perdida. Lo mismo que en Galilea, los escribas y fariseos de esta región donde ahora estaba el Señor Jesús, estaban amargados por la bondad que mostraba a los publicanos y otra gente desdichada de la sociedad. Hasta aceptó invitaciones para cenar con ellos. Los fariseos pensaban que Dios los había abandonado, así que los miraban con desprecio. Pero los fariseos nunca dudaban de que ellos mismos merecieran el favor de Dios.

Pero el Señor Jesús sabía lo que estaba haciendo al buscar a los perdidos. Lo hacía por mandato de su Padre, porque Dios no había roto todavía toda relación con los perdidos. Originalmente fueron parte del pueblo del pacto. Es cierto que por sus pecados públicos habían rechazado el pacto, pero Dios todavía los reclamaba en virtud de su pacto, y quería hacer valer este su derecho. Por esto Dios y el Señor Jesús buscaban a los perdidos.

Otra vez el Señor dejó esto bien en claro usando parábolas. Un pastor que apacienta cien ovejas y se le pierde una, no abandona la perdida a su propio destino. El sabe que es su oveja, parte del rebaño que él pastorea. Aun cuando esa oveja vague obstinadamente lejos del rebaño, el pastor todavía se siente atado a ella. Se siente responsable de ella y la reclama como suya. Así que no la dejará ser presa de los animales salvajes.

El pastor piensa mucho en la oveja perdida, más que en las noventa y nueve que están seguras con él. El lazo con ella es lo que siente más fuerte. Por esto deja el rebaño en el desierto para ir a buscar a la perdida hasta encontrarla. Entonces gozoso la toma sobre sus hombros y la trae de nuevo al rebaño. Cuando al atardecer regresa a casa, llama a sus vecinos y amigos para celebrar el haber encontrado a la que se había perdido.

De la misma forma hay gente que también anda perdida. Ya no quieren saber nada con el pacto de Dios y la iglesia. Han perdido todo contacto con el rebaño, con el pueblo de Dios y ya no escuchan la voz de Dios, su pastor. Este era el caso de los publicanos y los pecadores de aquellos días. Pero Dios no los abandona ni los olvida. Después de todo le pertenecen; él tiene derecho a ellos; él es su Pastor. Los busca por medio de la predicación de la Palabra y por muchas circunstancias de la vida por las cuales los lleva. El hace valer sus derechos. Esto es lo que el Señor Jesús estaba haciendo entonces, y es lo que Dios también hace ahora.

¡Cómo se regocija Dios cuando recobra a uno de estos perdidos y lo oye reconocer los derechos de Dios sobre él, el derecho de recibir su amor! El cielo está lleno de este regocijo. Y aquel que estaba perdido, pero que ahora es encontrado, también participa en este gozo. Sabe que Dios lo está sosteniendo, así como el pastor llevó en sus hombros a la oveja perdida. Dios recobra al pecador que estaba perdido y es atraído a él precisamente *porque* estaba perdido. Por esto, hay más gozo por el regreso de un pecador errante que por el resto que nunca se apartó del camino.

El lazo de la mujer con su moneda perdida. El Señor Jesús contó de un caso similar: era el de la mujer que tenía diez monedas y se le perdió una. Esa sola moneda tenía mucho valor para ella. Así que prendió las luces y barrió toda la casa hasta encontrarla. Entonces invitó a sus amigos y vecinos a celebrar, pues había recobrado parte de su tesoro. ¡Estaba maravillada de que su moneda perdida haya aparecido milagrosamente!

Dios se siente afectado de la misma manera cuando pierde su preciosa posesión. Cuando la gente se vuelve tan insensible que ya no quiere saber nada con publicanos y pecadores y todos los ignorantes del pacto de Dios, ya tampoco conoce a Dios, ya que Dios todavía mantiene sus derechos sobre los desdichados. Imagínese cómo se regocijarán los ángeles del cielo cuando Dios recobra lo suyo exitosamente. Los ángeles son uno con Dios en estas celebraciones, y nosotros también.

El lazo entre un padre y un hijo perdido. Jesús quería reforzar el valor de un pecador que vuelve, y así contó otra parábola más. Había una vez un padre que tenía dos hijos. Los amaba a los dos, aunque cada uno de ellos tenía un lugar especial en su corazón. Cada uno tenía su lugar y valor

aunque todos son uno en el amor del padre. La familia es un pacto en el cual todos están ligados unos a otros por ese solo amor.

El padre no tenía ninguna dificultad con el hijo mayor. Parecía ser obediente en todo. Pero el menor parecía ser inconstante. A veces anhelaba un cambio y lugares lejanos. Sabía que su hermano mayor recibiría, según costumbre judía, dos tercios de la herencia, inlcuyendo la casa y sus terrenos, mientras que él sólo recibiría un tercio. Así que quería establecer su independencia ahora con la parte que le correspondía, y a la vez ver algo del mundo.

Su deseo por independencia no era malo en sí, pero detrás de ello había un desprecio por la casa de su padre y por el lazo familiar. Semejante actitud siempre va por mal camino. Debemos esforzarnos por llegar a ser independientes apreciando los lazos familiares como un don de Dios. Cuando un joven da un portazo a la casa de sus padres con las palabras: "Jamás volveré a esta casa", de seguro se perderá en la vida. Esto es lo que le pasó a este joven. No logró ser independiente y malgastó todo su dinero.

Habiéndosele acabado el dinero, se desató el hambre en la región donde se encontraba. Finalmente terminó con un hombre que lo contrató para cuidar sus cerdos. Ganaba tan poco que estaba contento de comer la comida de los cerdos. ¡Qué humillación para un judío que consideraba a los cerdos inmundos!

En medio de su miseria se acordó de la casa de su padre y como allí trataban a los empleados. Su padre también tenía corazón para sus obreros. ¿No sería más grande su amor para con sus hijo? Pero él había menospreciado ese amor y había roto el lazo familiar. Sintió que ya no merecía ser llamado hijo; lo más que podía pedir sería que lo empleasen como obrero. Decidió regresar y reconocer todo esto frente a su padre. Dios era testigo de que había roto el corazón de su padre.

Hay mucha gente que ha abandonado el círculo del pacto de Dios en forma similar, la comunión de su amor. ¿Cómo podrán ver el error de sus caminos a menos que primero empiecen a ver la gloria del amor de Dios que nos encierra a todos en aquel pacto y en aquella comunión? Dios los puede guiar por caminos de miseria para que lleguen a un reconocimiento de ello.

Mientras tanto, el padre pensaba en su hijo todos los días. Todos los días lo buscó. Después de todo era *su* hijo. No importaba que hubiera hecho mal su hijo, todavía seguía siendo su hijo. Pero ahora lo había perdido y con él parte de su vida. Y ahora que había perdido a su hijo estaba aun más ensimismado en sus propios pensamientos. ¿Volvería alguna vez?

¿Tendría el gozo de recibirlo de nuevo? El padre estaba listo a pasar por alto todo lo que hizo y a perdonarlo todo.

La ansiedad del padre explica por qué pudo verlo desde lejos. Movido a misericordia, corrió a recibirle, lo abrazó y lo besó. Era *su* hijo y había vuelto. No había vuelto sólo porque le iba mal en otro lugar, sino porque se dio cuenta del valor de su hogar y del amor de su padre. Esto se ve claramente en la confesión de su pecado. Pero el padre no dejó ni que terminara de hablar. Cuando escuchó que el corazón de su hijo había regresado, de inmediato organizó un banquete en su honor. Porque dijo: este mi hijo era muerto, mas ahora ha resucitado; estaba perdido, y fue hallado. Había recobrado lo que le pertenecía.

De manera similar, Dios, en su amor paternal y en su pacto y por amor a Cristo, no ha terminado todavía con los perdidos en este mundo y con todos aquellos que viven fuera del círculo de su comunión. Hay muchos que han abandonado a Dios, o quizá lo hicieron sus padres. Muchas veces ni siquiera han sido bautizados. Con todo, él sigue en su busca. En ese entonces buscaba a los publicanos y a los pecadores porque los reclama como suyos, según el pacto de su gracia. Su amor tiene derechos sobre ellos y él desea hacer valer esos derechos.

¡Cuánto se goza Dios cuando un perdido es encontrado, cuando un muerto a Dios vuelve a la vida, cuando uno que anduvo errante vuelve! No hay reprensión, sino sólo perdón por sus pecados y la restauración en el pacto de Dios. El que regresa puede ahora gozar del amor paternal de Dios.

En el momento en que el hijo menor volvió, el mayor estaba en los campos. Cuando se acercaba a la casa oyó la celebración. Uno de los siervos le contó lo ocurrido. Le causó gran resentimiento y rehusó dar la bienvenida a su hermano y tomar parte en las festividades.

Su padre se enteró de ello, salió y le rogó que entrara a gozarse con él. Entonces el joven expresó todo lo que sentía. Tantos años que había servido a su padre y su padre nunca le había dejado hacer una fiesta con sus amigos. Pero cuando este hermano menor vuelve, se hace una gran fiesta para aquel que derrochó su fortuna.

El hijo mayor mostró una mala relación con su padre. Había trabajado como asalariado en la casa de su padre. Nunca había entendido el amor de su padre, ni el pacto espiritual que existe en una familia, a través del cual el padre se entrega a sus hijos y los hijos están unidos en el amor de su padre. En un pacto como este todos los miembros pertenecen completamente los unos a otros con todo lo que poseen. El hijo mayor había dado por alto este hecho, y se quejaba que nunca se le había dado un cabrito. ¡Cuán falta de

entendimiento de lo que es el amor! ¡Qué gran desilusión para el padre! He ahí su hijo mayor, el que nunca le dio problemas, pero que evidentemente nunca había entendido el corazón de su padre. "Hijo", le dijo el padre, "tú siempre has estado conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. ¿No hay, entonces, entre tú y yo una comunión perfecta? Tu hermano menor fue cortado de esta comunión, pero ahora ha vuelto a ella. ¿No deberías tú también regocijarte?"

Esta es la historia que contó Jesús. En esta última parte de la parábola él estaba pensando especialmente en los fariseos, que estaban muy disgustados porque los publicanos y pecadores volvieran a la comunión con el Padre. Al hacer esto demostraban que nunca habían entendido el amor del Padre, ni habían conocido el pacto en el cual Dios se da a sí mismo con todo lo demás. No habían sido hijos del Padre, sino que estuvieron trabajando por salario. Eran siervos que querían ganarse su propia salvación. Nunca gozaron del misterio del amor que Dios da en su pacto. Y cuantos hay que todavía no son hijos, sino siervos que trabajan por salario. Pero semejante actitud implica el rechazo del amor paternal de Dios en Cristo.

68: Edificando la comunidad eterna de los santos

Lucas 16:1–13

Esta parábola tiene relación con la anterior. El hijo mayor de la parábola anterior nunca fue un hijo verdadero, sino sólo un siervo. Así que sólo vivió para sí y para sus posesiones. Los discípulos no debían ser así. Más bien deberían edificar la comunidad eterna de los santos.

El amo alabó al mayordomo deshonesto, aun cuando había estado malgastando sus bienes. Pero lo entendió en su astucia. Valoró su acción sagaz. Los hijos de este mundo se entienden en este tipo de cosas.

Los hijos de este mundo (o como dice el original: los hijos de esta era) son los incrédulos. También los creyentes viven en esta era, pero viven aquí a la luz de la era venidera, que empezó con la venida de Cristo. No son "hijos" de esta era. Su vida no surge de ella ni la viven para ella.

Una persona no hace amigos con las riquezas injustas por medio de, digamos, entregar una ofrenda al fondo de la diaconía de la iglesia. Lo que debemos estar haciendo es edificar la nueva comunidad eterna de los santos en Cristo. Con este fin debemos usar también nuestro dinero. Cuando edificamos una comunidad como esta, también seremos sus integrantes eternos en la era venidera.

Cristo llama al dinero las riquezas de injusticia, porque por lo general la gente lo sirve y lo adora. Cuando un hombre sirve a riquezas es empujado a la injusticia. Pero para el creyente que vive por la fe, el dinero no es riqueza, por cierto no es la riqueza injusta.

Pensamiento clave: *La comunidad eterna de los santos está siendo edificada en esta era.*

Hijos de esta era. El hijo mayor de la parábola que Jesús acababa de contar vivía para sí mismo y para sus posesiones. Era un siervo del dinero.

Los discípulos no debían vivir de esa manera. Claro que también tendrían que hacer uso del dinero, pero para unos fines muy distintos que los que enriquecerse a sí mismos. Así que el Señor les explicó esto por medio de otra parábola.

Había una vez un hombre rico que tenía un administrador de sus bienes. Le informaron con evidencias que el mayordomo estaba malgastando los bienes de su amo, lo que había causado un deficit considerable. El amo le comunicó que estaba despedido y que debía entregar los libros de cuentas a fin de que otro tomase su lugar.

Este administrador se dio cuenta de que pronto estaría en la calle. Así que decidió hacer lo siguiente: llamó a los deudores de su amo y les entregó sus pagares y los hizo firmar otros, descontando el 20% o aun el 50%. El mayordomo pensaba que los deudores pronto lo recibirían a él en sus hogares y vendrían en su ayuda, pues se sentirían comprometidos con él.

Cuando el amo se enteró de como el administrador le había robado, aun así pudo apreciar su astucia en haberse hecho amigos que asegurarían su futuro.

Los hijos de luz. Jesús llamó a sus discípulos a poner atención en este mayordomo. No es que ellos deberían seguir su ejemplo de fraude, sino que deberían estar conscientes de su habilidad para hacerse amigos. Los discípulos y los creyentes en general debieran mostrar la misma previsión. Ellos también debieran hacerse amigos, pero en el sentido más sublime del término. Debieran edificar la comunidad de los santos. Deberían, entonces, usar su dinero y posesiones con ese fin. Los creyentes deben usar el dinero, que el mundo incrédulo adora como a un dios y con el cual se cometen tantas injusticias, para edificar la comunidad eterna de los santos. Y si en esta vida hayan trabajado para edificar esta comunidad eterna, entonces en la vida futura, cuando el Señor Jesús haya vuelto, serían recibidos con gozo como miembros de aquella comunidad.

Esta es la única forma correcta de usar el dinero. El dinero es lo que menos importa. Si no son capaces de usar el dinero correctamente, Dios de seguro no les podría entregar los dones más altos de los poderes espirituales. Porque también ellos sirvieron para edificar la comunidad eterna de los santos.

Si no pudieron usar su dinero en esta forma, entonces se volverán siervos del dinero; y el dinero vendría a ser el amo y señor de sus vidas, aquello en lo cual han puesto su confianza. El hombre no puede servir a dos señores, a Dios y a Mammón; tendrá que elegir entre uno u otro.

69: El hombre verdaderamente rico

Lucas 16:19–31

El hombre rico no se perdió porque era rico y Lázaro no fue salvo por ser pobre. Tampoco debemos presentar al rico como si hubiese sido un criminal brutal. De él leemos solamente que "hacía cada día banquete con esplendidez". Pero el rico era el tipo de hombre que, en su opinión, tenía derecho de hacer sus demandas a la vida como dueño legítimo de sus posesiones. En contraste con él está Lázaro, el desdichado, quien no tiene ninguna posesión material en esta vida. Esa era su aflicción, una aflicción que tenía sus raíces en la fe, ya que como un verdadero hijo de Abraham tenía el derecho (por gracia) a la comunión con su pueblo y a la posesión de vida y bienes. Pero en esta vida sufría privaciones. Es llamativo que a diferencia de otras parábolas, Cristo le pone nombre a este pobre. Aunque olvidado por los suyos, este pobre tiene un nombre con Dios.

Debemos recordar que esta es una parábola. No podemos sacar conclusiones de los detalles de esta parábola sobre como es la vida después de la muerte. Nuestro interés principal debiera estar en el punto principal de comparación (véase capítulo 67). Cristo pinta la vida después de la muerte con pinceladas sacadas de esta vida, a fin de que el punto que quiere comunicar sea claro. Por tanto, no debiéramos sacar conclusiones de la conversación que tuvo Abraham con el hombre rico, ni del hecho de que el perdido aun sienta pena por sus hermanos que están en la tierra.

Pensamiento clave: *Los creyentes son los verdaderos ricos*

El aparentemente rico. Jesús nos enseñó con la parábola del mayordomo injusto que nosotros debemos usar nuestro dinero a fin de edificar la comunidad eterna de los santos. Como los fariseos eran unos codiciosos, se

ofendieron. Ellos no usaban su dinero para eso, sino para sí mismos. Se creían dueños y señores aquí en la tierra. De manera que vivían lejos de Dios, aun cuando pertenecían al pueblo del pacto. Por supuesto que no aceptarían ningún consejo del Señor Jesús; por el contrario, se burlaban de él.

Pero el Señor quiso advertirles de nuevo y lo hizo con una parábola. Había una vez, dijo el Señor, un hombre rico que se vestía de púrpura y lino fino, haciendo cada día fiesta con esplendidez. No se entregaba a los excesos, pero sabía vivir bien y como era rico había toda una aura de grandeza a su alrededor. Se imaginaba dueño y señor de la vida. Con la gente de su clase él pensaba que era el hombre que realmente tenía todo derecho de reclamar para sí este mundo. Pero se había olvidado de Dios, a quien pertenecen todas las cosas. Nada sabía de la humildad de la fe que todo lo estima como un don de Dios. El mundo está lleno todavía de estos que se creen dueños en todo derecho.

A la puerta de su lujosa mansión yacía un hombre pobre, llamado Lázaro. Lázaro vivía de lo que sobraba en la casa del hombre rico. Pero el rico ni siquiera se daba cuenta de la existencia de Lázaro al ir y venir a su casa. Un hombre tan pobre como él no se toma en cuenta. Nadie reparó en él. Además, estaba demasiado cochino como para mirarlo, ya que estaba lleno de llagas. Sólo los perros de la calle se fijaban en él porque lamían sus llagas.

La vida sigue siendo la misma hoy en día. Todavía hay gente que cree que puede mandar a todos los que están a su alrededor. Hay otros que no cuentan para nada. Pero el juicio de Dios es distinto. Si aquellos que no cuentan para nada aquí reconocen a Dios como el único que tiene autoridad sobre la vida, entonces sí, cuentan para Dios. Esto es lo que ocurría con este Lázaro. El hombre rico también era descendiente de Abraham, pero no tenía idea de lo que es la fe, la expectación de la fe y de lo que es ser un extranjero en esta tierra. Lázaro, en cambio, era un verdadero hijo de Abraham porque tenía fe.

En el seno de Abraham. Lázaro murió completamente solo y abandonado. Pero no estaba solo. Dios estaba con él y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. En el banquete del amor de Dios tuvo el privilegio de sentarse a la mesa muy junto a Abraham. Allí tuvo comunión con su pueblo y con el padre de su pueblo, una comunión por la cual había anhelado en este mundo, pero en vano.

El rico murió también, rodeado de muchos. Su funeral fue magnífico, el ataud era seguido por una larga procesión. Pero este hombre rico estaba solo en su muerte y despertó en el infierno. Sus posesiones en la tierra eran sólo una ilusión. Sólo el hombre que posea lo que tiene como un don de Dios y goza del amor de Dios al tenerlo, realmente posee lo que tiene.

El rico vio a Lázaro en el seno de Abraham y le pidió a Abraham que enviara a Lázaro para que refrescara su lengua. Estaba atormentado al estar privado de todo. En él habían deseos ardientes que no podían ser satisfechos. Pero Abraham se negó. Todos los deseos de aquel hombre rico ya habían sido cumplidos en la tierra. No había deseado ninguna cosa que no fuera lo que él podía poseer temporalmente. Ahora tenía que sufrir agonía. Pero Lázaro no tuvo lo que deseó con tanto anhelo, a saber, ser parte de la vida y tener comunión con su pueblo por amor de Dios. Tal deseo será eternamente satisfecho. Además, es imposible que los salvos tengan comunión con los perdidos. Entre ellos está el abismo del juicio de Dios.

El Señor Jesús contó esta parábola a fin de que nosotros determinaríamos el propósito de nuestras posesiones. ¿Cuál es la mejor forma de usarlas?

La palabra de la resurrección. El rico preguntó si no sería acaso posible enviar a Lázaro a la tierra para que advirtiese a sus cinco hermanos, ya que ellos estaban viviendo el mismo tipo de vida que él vivió. Abraham le indicó que sus hermanos tenían la Palabra de Dios en las Escrituras del Antiguo Testamento. Ellos poseían la Palabra de gracia, la Palabra de promesa que los estaba llamando a arrepentirse de sus vidas apóstatas. Porque la Palabra de Dios nos llama a ser ricos por la fe en el amor de Dios. Esta es por cierto la resurrección.

El rico creía que si tan sólo alguien se levantara de los muertos, sus hermanos de seguro se arrepentirían y corregirían sus vidas. Pero Abraham respondió que si no creían la Palabra de Dios en las Escrituras, tampoco creerían si alguien se levantare de los muertos. Estaban sordos a la Palabra de vida. ¿No ha resucitado Cristo y no se está proclamando su Palabra? Pero, ¿cuántos oyen aquella Palabra de la resurrección y son ricos en Dios?

70: El temor a Dios

Lucas 17:1–19

En el versículo 5 los discípulos se llaman apóstoles. Evidentemente ellos estaban entregados a su llamamiento apostólico en conexión con lo que les había dicho el Señor. Teniendo en mente su llamamiento al apostolado, los discípulos pidieron que se les aumentase la fe.

Literalmente, lo que pidieron fue que a su fe se le añadiera algo. Pero es una opinión equivocada de la fe y Cristo la rechaza. La fe no consiste en cierta cantidad de esto o lo otro. La fe es despertada por su contenido, y depende de su contenido. Es por medio de la fe que le conocemos a Dios y que le conocemos como el Soberano Absoluto. ¿Qué podrá ser entonces imposible para nosotros? El poder de la fe no tiene límites.

Nuestra tarea o llamado es tan ilimitado como el poder de la fe. Es esto lo que Cristo quiere enseñar en la parábola del siervo que viene llegando del campo. Le pertenecemos en cuerpo y alma a Quien es el Soberano Absoluto que demanda todo lo que somos.

Los nueve leprosos que no volvieron para dar gracias, aceptaron su curación como algo a lo que ellos tenían derecho. Este es otro ejemplo de gente que está siempre reclamando sus derechos. Los leprosos eran judíos, pero no conocían el temor a Dios como al Soberano Absoluto. No pertenecían a los pequeños que el Señor proteje. Estos nueve leprosos son un ejemplo de la así llamada fe milagrosa, es decir, la fe que sólo confía en el poder del Señor para hacer milagros; pero la fe *en él* como Salvador del mundo es lo que falta.

Pensamiento clave: *La fe tiene que ver con Dios como Soberano Absoluto*

Los humildes de la tierra. Jesús también comenzó a dar sus advertencias en el círculo más íntimo de los discípulos. No sólo tenía cosas que decir a los fariseos, pero también a los discípulos. Creyentes son aquellos

que son humildes delante de Dios. Se interesan en Dios en su gloria y majestad. El es el único que tiene derechos y en todo ellos dependen de él. Por contraste, hay gente que se hace pasar por dueños y señores del mundo. Y no cabe duda que gente como esa también entrará en la congregación de los cristianos, entre los discípulos. Esta gente hará pecar a los creyentes, de modo que ellos también lleguen a pensar que tienen derechos en sí mismos. Estos creyentes después se arrepentirán, pero es algo terrible hacer que un cristiano caiga, llevarlo al punto de pecar contra su Dios. Dios juzgará a tal tentador. Le sería mejor que se colgase al cuello una piedra de molino y sea lanzado al mar.

Los creyentes deben cuidarse unos a otros para impedir que ninguno se vuelva arrogante. Si alguien cae en la tentación debieran reprenderle y perdonarle si se arrepiente. Y aun cuando pecare siete veces al día, debieran perdonarle. Pero si no le perdonen, sería prueba de que no son humildes ante Dios. Su falta de humildad se dejará ver por su orgullo hacia su hermano.

En esta manera el Señor advertía a sus discípulos. Si vivimos por fe, veremos al Señor en su grandeza y conoceremos el temor de Dios. Vendremos a ser pequeños y humildes ante el Señor y buscaremos ser los más pequeños entre nuestros hermanos.

El poder de la fe. Los discípulos entendieron algo de lo que el Señor les dijo. El tipo de vida que Jesús predicaba y demandaba de sus discípulos había de ser totalmente distinta de la que vive la mayoría de la gente. Sus principios se oponen diametralmente a los que gobiernan la vida en el mundo, donde cada uno desea ser el primero, abriéndose paso a codazos para adelantarse. En el mundo la gente pisotea al humilde e insignificante. Pero los discípulos tendrían que ser guías para enseñar cómo vivir según los principios de Jesús. Esta tarea los abrumaba. Es por esto que le pidieron a Jesús que les aumentara la fe.

La pregunta surgió por una falta de fe. El concepto que tenían de la fe estaba muy equivocado. Creían que era una especie de poder con diferentes grados de intensidad. Pero el poder de la fe no está en la fe misma sino en Dios, a quien conocemos por la fe. Si confiamos en Dios no hay cosa que no podamos hacer.

Por eso el Señor respondió que si tuvieran fe como una semillita de mostaza, podrían decirle a un sicómoro que se desarraigue, y sucedería. Por la fe harían cosas que para los hombres son imposibles. Dios, en quien

han puesto su confianza, haría lo imposible. Porque para Dios todo es posible.

La fe no puede entenderse en incredulidad. La fe nunca podrá carecer de poder, ya que Dios puede hacer todas las cosas. Si tan sólo hay fe y esperamos sólo en él, no estaremos esperando milagros, sino que simplemente haremos todo lo necesario para la venida de su reino. Y no tenemos por qué temer.

La tarea de la fe. Cuando vemos a Dios en fe, podremos hacerlo todo, pero también tenemos una tarea sin fin. Aquel que todo lo da, todo lo demanda. El tiene derecho a todo, porque nos creó y le pertenecemos en cuerpo y alma. Cuando hayamos hecho algo para él, no debemos enorgullecernos de ello, pues tan sólo hicimos lo que teníamos que hacer. No somos siervos indispensables.

Nuestra relación con Dios, dijo Jesús, es como la de un esclavo a su señor. El esclavo es completamente la propiedad de su amo. Jesús no condenó la esclavitud, sino que sólo usó una situación de la actualidad social para ilustrar nuestra relación con Dios.

Supongamos que un esclavo vuelve a casa de su amo después de haber trabajado en el campo. No tiene derecho de sentarse de inmediato a comer. Su amo todavía podría ordenarle que le sirva la comida. El amo tampoco estaría obligado a mostrarle gratitud por el servicio, porque es la obligación del esclavo hacer todo eso. De la misma forma, nosotros debemos entregarnos completamente a Dios, día tras día. El Señor no está obligado a agradecernos por nuestro servicio. ¡Su llamado no tiene límite, porque es el Señor!

La gratitud de la fe. El Señor siguió camino a Jerusalén. Tenía tanto que decir y hacer. Viajaba por los límites entre Galilea y Samaria. Recordemos que en Samaria la gente no le quiso dar alojamiento.

Al entrar en cierta aldea se encontró con diez leprosos. Estos pobres le gritaron desde lejos con fuerte voz: "Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros". Cuando los vio, lo único que les dijo fue que fueran a presentarse a los sacerdotes. Evidentemente quiso decir que serían sanados al llegar donde los sacerdotes.

Partieron de prisa, mostrando gran fe ya que al momento todavía eran leprosos. Todos creían en su poder milagroso. Si también creyeron o no en

Cristo como en el enviado de Dios para nuestra salvación, lo veremos más adelante. Mientras iban en camino fueron sanados, y cuando se dieron cuenta corrieron a los sacerdotes. Pero sólo uno regresó dando gloria a Dios en alta voz. Cayó a los pies de Jesús y le dio gracias. Y este hombre era samaritano.

Jesús le dijo, "Levántate, vete; tu fe te ha salvado". Es evidente que el samaritano no sólo creía en el poder milagroso del Señor Jesús, sino que también tuvo a Jesús como el enviado de Dios para salvación. Este hombre fue salvo por toda la eternidad. Fue sano y pudo reingresar a la sociedad donde sirvió al Señor. Esa fue la salvación de su vida.

¿Cómo reaccionaron los otros nueve a su curación? Su falta de gratitud pareciera mostrar que ellos creyeron que tenían derecho a ser sanados. Después de todo, ¿acaso no eran judíos? No se dieron cuenta que no sólo hemos perdido derecho a todo por nuestro pecado, sino que tampoco podemos reclamar ningún derecho para con Dios salvo el derecho de descansar en sus promesas. Dios es el Soberano, y nosotros obra de sus manos. De ninguna manera tiene obligación alguna hacia nosotros. Aquel que conoce a Dios de esta manera ha llegado a ser humilde frente a él, ve toda bendición como un don de su gracia, y estará agradecido.

71: El clamor por la justicia

Lucas 18:1–14

Nadie se atrevería a hacer lo que Cristo hace aquí, a saber, comparar lo que hace Dios con el acto de un juez injusto. Hay una dificultad que permanece sin resolver mientras concibamos de la relación entre Dios y el mundo presente en términos de un dualismo absoluto (esto es, como dos "mundos" totalmente distintos). Debe haber alguna semejanza entre Dios y este juez, de otra manera Jesús no habría hecho la comparación.

El cargo que tenía el juez lo obligó a hacer algo que al principio no quería hacer. Temió que al final la viuda terminara por cansarlo. Al final ella le ganaría porque él no podía faltar al deber de la demanda de justicia que se suponía él debía protejer. La justicia lo obligó, aun cuando no temía ni a Dios ni a los hombres.

Notemos el lenguaje peculiar que se usa. En conexión con Dios sólo se menciona el temor, el tener miedo, mientras que en conexión con los hombres se habla de tener respeto o de admirar a cierta majestad. Esto describe la actitud espiritual de este juez: jamás pensó en tener respeto por la majestad de Dios o en el hecho de que los hombres podrían temer el nombre de Dios. No obstante, le fue imposible mantener su posición. Al final hay siempre alguna reverencia por la justicia majestuosa de Dios, cierta vacilación de asombro reverente delante de tal justicia. El ruego constante de la viuda le recordó al juez esta justicia. La demanda por la justicia le llega por medio de los ruegos hechos por los hombres. Así que, después de todo, tuvo temor. Este respeto por la justicia, este ceder ante sus demandas, está todavía presente en los incrédulos, a pesar de ellos mismos. Es todavía un fruto del pacto de gracia. Y se aplica ante todo a su pueblo, aunque también se manifiesta en las vidas de los incrédulos.

Es en este respecto que puede darse una comparación entre el juez injusto y Dios. A causa de su justicia Dios ciertamente hará justicia a sus elegidos. Pero en el caso de Dios la justicia no es un poder de encima que le obligue y que esté por sobre él, sino que es más bien algo que procede de él mismo: es la justicia de su pacto. Esta justicia nunca está en conflicto con la voluntad de su amor, sino en armonía con ella.

Dios rápidamente hará justicia a sus

elegidos, aunque es paciente con ellos. Que sea paciente signfica que todavía está demorando la decisión. Dios no da su ayuda en todo inmediatamente. Por medio de esta demora quiere que se desarrolle la fe que ha puesto en ellos. La fe ha de expresarse plenamente por medio de estas pruebas. De este modo, mientras que, por un lado, él se demora en venir para ayudar, por el otro se apura a hacerlo. Les ayudará tan pronto como el desarrollo de sus vidas lo permita.

(El que él hará justicia a sus elegidos no debiera llevarnos a preguntar: "¿Soy yo un elegido?" Todo aquel que ve el honor del llamamiento de Dios en su vida y responde al llamamiento, es un elegido. No estoy sugiriendo una doctrina de la elección que esté basada en que Dios ve de antemano nuestra fe. Hay que dejar en claro que la elección es la causa, y la fe el resultado. Pero esta elección no se proclama como una teoría. La revelación de la elección tiene que sacarnos de nuestro lugar. Es un elegido todo aquel que clame a Dios día y noche, mostrando así que ha oído el llamado de Dios. El llamado de Dios es su llamado en su pacto.)

Es muy cierto que la parábola nos insta a orar siempre, sin desmayar. Pero sería un error enseñar esta exhortación sin subrayar la base de ella, es decir, que por la justicia de Dios él ciertamente nos oirá. Lo que Dios hace es el fundamento de lo que nosotros hacemos.

Podemos decir, entonces, que la siguiente parábola (la del fariseo y el publicano, que realmente es sólo un ejemplo) está conectada con ésta. El publicano rogaba a Dios por la justicia. Pero apelaba a la justicia de su pacto, a la justicia de su promesa. Porque Dios hará justicia a los suyos en contra de todo aquello que les oponga, porque él los ha elegido. Por eso, esta justicia no está basada en sus propias obras, tal como se imaginó el fariseo. En conexión con esto es notable que el publicano orara así: "Dios, sé propicio a mí, pecador", esto es, reconcíliate conmigo. Fue una oración en base a la palabra de reconciliación que el templo particularmente tipificaba. El publicano apelaba a la justicia del pacto. Esto significa que era uno de los elegidos.

Pensamiento clave: *Puesto que Dios obra justicia según su pacto, nosotros debemos apelar a ella incesantemente*

La obligación de un juez. El Señor Jesús había hablado (cap. 17) del fin del mundo y de la opresión que vendría. ¡Cuántas injusticias sufrirían los creyentes y cuántos ataques tendrían que resistir! En medio de ese conflicto deberían apelar a Dios constantemente. Deberían suplicar por la justicia. ¿No los eligió Dios en su pacto y los adoptó como su pueblo? Es allí donde descansa la promesa que él los libertaría y les daría la victoria. Tenían derecho a que esa promesa sea cumplida. ¿No hará Dios justicia?

Jesús usó una parábola para asegurarnos que ciertamente Dios obrará justicia. Había una vez un juez que descuidaba su oficio; tampoco le importaba mucho las consecuencias de su negligencia. No siendo uno de aquellos que tiemblan ante la majestad de Dios, de ninguna manera temía al juicio de Dios. Tampoco le molestaba el poder de las maldiciones de los hombres. Sucedió que en aquella misma ciudad vivía una viuda que estaba sufriendo injusticias. Vino al juez para pedirle que velara por sus derechos. Pero como él era caprichoso, no le importó un comino sus reclamos y la mandó irse. Pero ella persistía.

Fue entonces cuando le dio miedo al juez. Aunque no temía a Dios ni a los hombres, sin embargo, sintió que no podía desatenderla indefinidamente. Para empezar, los lloriqueos de la viuda le cansaron. Pero principalmente tuvo miedo de la justicia que la viuda exigía y que él estaba descuidando. Si no hacía algo para remediar la situación, el caso de esta mujer podría traerle la ruina. Por último sintió que no era posible dejar sin castigo a la injusticia, no sea que la justicia se fuera en contra suya. Por todo esto, finalmente la ayudó.

Si al final, dijo Jesús, las amenazas de la justicia obligaron al juez injusto ayudar a esta viuda, ¿no hará justicia Dios, de quien procede toda justicia? El ha dado sus promesas a su pueblo y con ello el derecho de esperar en él. De seguro él hará que se les haga justicia.

Por lo tanto, los creyentes deben acudir a él constantemente.

Dios hará demorar su liberación por un tiempo. Es posible que quiera hacerles pasar una prueba, a fin de que por ella la fe adquiera madurez. No obstante, correrá en su ayuda tan pronto como lo permita esta madurez. Los creyentes tienen derecho a esta ayuda según él la ha prometido. Dios ha puesto su sello sobre esa promesa hecha a su pueblo. Todo aquel que oye esa promesa en fe y clama a Dios que cumpla su Palabra apelando a su justicia, pertenece a su pueblo.

El fundamento de los "derechos" del pueblo de Dios. Siempre debemos recordar que tenemos derecho a la bendición de Dios sólo porque él nos lo ha permitido. La única base para este "derecho" radica en la promesa que Dios nos dio en el pacto de su gracia, y nada tienen que ver nuestras propias obras. Aun el círculo más íntimo de los discípulos estaba constantemente amenazado por el pecado de la autoconfianza. Es cierto que los discípulos nada querían tener que ver con los fariseos, pero aun así había en

ellos aquel pecado farisaico particular de confiar en sí mismos. Por lo tanto, el Señor Jesús les advirtió por medio de un ejemplo.

Una vez un fariseo y un publicano fueron a orar al templo. Los dos buscaban a Dios en oración. ¡Pero en qué formas tan diferentes le buscaban! El fariseo creía que había ganado el favor de Dios por sus obras, así que su oración reclamaba la recompensa por el tipo de vida que llevaba. El publicano, en cambio, sabía que había abandonado el pacto de su Dios y que era indigno del favor de Dios. Sabía que el favor de Dios era un don gratuito y que Dios lo entregaba con el perdón de los pecados. No obstante, aunque él había quebrantado el pacto de Dios, todavía osaba acercarse al templo a orar. Su oración se aferró a la palabra de gracia.

El fariseo agradecía a Dios en oración que él no era como otros hombres, como un pecador puíblico, o aun como aquel publicano que también había entrado al templo. Este hombre pasaba por alto totalmente el pecado de su corazón incrédulo, egoísta y duro. Aparentemente nada sabía de la palabra que promete gracia a los pecadores. Por el contrario, contaba cada una de sus buenas obras, y pensaba que había hecho más de lo que la ley le pedía. Ni siquiera se imaginaba que Dios no reconoce los méritos o que sólo podemos servirle si pertenecemos en cuerpo y alma a su pacto. Creía que había cumplido con lo que la ley exigía. Pero la ley es la voluntad del Padre, y él no conocía a Dios como Padre; ni siquiera había *empezado* a hacer la voluntad del Padre.

El publicano, en cambio, estaba a la distancia y ni siquiera se atrevía a alzar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía, "Dios, sé propicio (reconciliado) de mí, pecador". Dios podía perdonarle su pecado de haber quebrantado el pacto y reconciliarse con él otra vez. ¿No tenía el símbolo de la reconciliación delante de él en el templo? ¿No había Dios prometido en su Palabra la reconciliación? Por esto, la base de la oración del publicano no estaba en su vida, en su conversión, su sincero arrepentimiento, ni siquiera aun en su fe u oración, sino sólo en la Palabra de Dios. Así que él también apelaba a lo que era su derecho. Era el derecho que Dios en su gracia había dado a su pueblo, a todos los que ponen su esperanza en él.

Muy fácilmente nos desviamos de confiar en la Palabra de Dios para confiar en nosotros mismos. Jesús advertía a sus discípulos en contra de esto. El publicano regresó a casa justificado. Había sido reconciliado con Dios y gozaba del favor y la comunión con Dios. Nada de esto conocía el fariseo. Nada sabía de la gracia de Dios ni de la maravillosa comunión con

él, la cual viene a ser por su gracia nuestra porción. ¡Roguemos por la justicia también cuando pedimos el perdón de nuestros pecados, la justicia que él nos ha dado en su Palabra!

72: Recibir el reino

Lucas 18:31—19:27

Lucas coloca la curación de Bartimeo a la entrada de Jericó. Mateo y Marcos la ubican cuando Jesús dejaba la ciudad. La solución quizá esté en que Bartimeo se enteró de la presencia de Jesús cuando éste entró a la ciudad y por esto estuvo presente cuando Jesús dejó la ciudad.

La parábola de las diez minas es muy similar a la parábola de los talentos narrada en Mateo, así que hablaremos muy brevemente sobre ella. La primera parte, la que habla de irse lejos a recibir un reino, es bien diferente. Encontramos aquí la clave para entender toda la sección. Aunque Jesús iba a sufrir, también iba a heredar el reino. A la luz de esto, todavía tenía que darse a conocer a Israel. Esta revelación tuvo lugar en su entrada triunfante en medio de la entusiasta multitud, pero aquí podemos ver el preludio de esta revelación. Ya no lo encontraba peligroso que el ciego lo llamase Hijo de David. El ciego le siguió, glorificando a Dios. Y todo el pueblo daba gloria a Dios. El Cristo se permite aceptarlo.

En su poder también podía reclamar la casa de Zaqueo. Zaqueo le entregó a él, el rey de Israel, cuenta de su conducta e intenciones. La justicia del Rey, la justicia del reino de los cielos, le venció, dándole la libertad.

Pensamiento clave: *Cristo sube a Jersalén a recibir el reino*

El camino de la cruz. Poco a poco Jesús y sus discípulos iban acercándose a Jerusalén. Ya antes él les había dicho que iba a sufrir, morir, y resucitar allí. Ahora que todo esto estaba mucho más cerca, se los repitió con más detalles. Todo lo que los profetas escribieron acerca de él se cumpliría. Israel lo traicionaría y lo entregaría a los gentiles. No obstante,

¡él seguía siendo Rey de Israel! El debía sufrir la traición a fin de recibir el reino eterno. Sería escarnecido y muerto, pero al tercer día resucitaría.

Los discípulos entendieron tanto como la primera vez. No lo esperaban ni tampoco les gustaba. No entendían que el reino de gracia era lo mismo que el reino donde la justicia debía ser conquistada primero. El la conquistaría mediante su sufrimiento y muerte. Sólo después de esto podría reinar en justicia.

El comienzo del júbilo. Cerca de Jericó había un mendigo ciego que estaba sentado a un lado del camino. Cuando Jesús se acercó rodeado de una gran multitud, el ciego preguntó qué pasaba. Se enteró de la gente que pasaba que era Jesús el que venía. De inmediato vio la oportunidad de ser sanado, pues había oído de los milagros. ¿Envió Dios a Cristo específicamente por este camino para sanarlo? En este hombre obraba la fe. Con fuerte voz gritó: "¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!"

La gente de la muchedumbre le dijo que se callara. Ya había visto varios milagros, y ya no había nada de sensacional en ello. Además, todos sabían que lo importante ahora era llegar a Jerusalén. Había un ambiente de tensión sobre lo que pasaría al llegar a Jerusalén. Así que no querían demoras. Pero la misericordia del reino de Dios es diferente. El ciego no les hizo caso a ellos y siguió gritando, aún más fuerte. El Señor Jesús se detuvo y ordenó que le trajesen al ciego.

Le hizo repetir su petición para que así pudiera mostrar su fe. Debía olvidarse de todo y poner toda su fe sólo en Jesús. Esto fue lo que sucedió cuando dijo: "Señor, ¡que reciba la vista!" Lo que pedía no era un mero detalle. Probablemente deseaba la sanidad de su vida como una sanidad delante de Dios, a fin de que, teniendo vista otra vez y siendo reintegrado así a la plena comunión con la vida, pudiese servir a Dios en esa comunión.

Jesús vio la fe que el Padre había dado a este ciego. Así que dijo: "Recibe la vista, tu fe te ha sanado". Como rey él restauró su vida otra vez. Y el hombre, ahora sano, daba gloria a Dios. Como resultado de ese milagro y a causa del gozo de este hombre la multitud se conmovió grandemente y todos daban gloria a Dios. A estas alturas había todo un griterío que acompañaba a Jesús, pero él lo permitió, porque Israel tenía que ver quién era él antes de su sufrimiento. Debía revelarse como Rey. Con este milagro de curación la gente podría ver como su reino trae la restauración total de la vida. Viviremos bajo su cetro con los ojos abiertos a la plena comunión con la vida que él creó.

Hoy es necesario que pose yo en tu casa. En Jericó había una oficina de aduana grande. El oficial principal era un hombre llamado Zaqueo. Era un hombre rico. Pero no había adquirido toda su fortuna honestamente.

Cuando corrió el rumor que el Señor Jesús se acercaba a Jericó, toda la ciudad vino a verlo. Zaqueo también salió a la calle. Es posible que sus subordinados se burlaran de él. El Cristo vendría para los judíos y ellos, los publicanos, habían traicionado los intereses de la nación. Los fariseos, y casi todo el mundo los despreciaban. Además, estaban lejos de ser honestos en sus negocios. ¿Qué tenían que ver los publicanos con *el Cristo*?

Pero Zaqueo no permitió que este tipo de burla lo detuviera. También él había oído que el Cristo no toleraba la injusticia. Pero la justicia que él predicaba era muy distinta de la justicia por la que se enorgullecían los fariseos. Los fariseos despreciaban a Jesús y sus seguidores por su santurronería. El Cristo proclamaba una justicia que es un don de la gracia de Dios, un don que hay que aceptar por la fe y por tanto es un llamamiento. Su proclamación de justicia hacía promesas a la vez que hacía demandas. La predicación de justicia de los escribas había endurecido el corazón de Zaqueo; el desprecio de ellos había generado rencor en él. Pero la predicación de la justicia que Cristo anunciaba sí tocó su corazón. Así que no pudo quedarse en casa.

Por un tiempo caminaba con la multitud, esperando verle. Pero no pudo ver nada por ser pequeño de estatura. Después se le ocurrió adelantarse y subirse a una higuera. Estaba resuelto a ver a Jesús. Cuando Jesús llegó al lugar, lo vio sentado en el árbol. El padre le presentó a Zaqueo como alguien que debía ser salvado. Porque fue Dios el que hizo que todo ocurriera de esta manera.

Jesús se detuvo y le dijo a Zaqueo que bajara de prisa porque quería alojar en su casa ese día. ¡Zaqueo no lo podía creer! ¡Jesucristo en *su* casa! El Hombre de justicia venía a él, el injusto. Pero esto era posible dado que el Señor Jesús iba a sufrir a fin de obtener justicia para todos los injustos. La justicia había llegado a ser un regalo de tal carácter que nosotros, una vez reconciliados, podemos empezar a vivir en justicia otra vez.

Claro que Zaqueo no se daba cuenta de ninguna de estas cosas todavía, pero estaba avergonzado y anonadado por lo que le había dicho Jesús. Ni la multitud ni los fariseos creían tampoco lo que estaban oyendo. Porque si buscaba un lugar donde pasar la noche, ¿por qué elegir la casa de uno de los principales publicanos? Al hacer esto Jesús se comprometía en un momento en que las multitudes tenían las más altas expectaciones que él ahora iba a ser su rey. Aún no comprendieron que en su reino la justicia es un

regalo que Dios da a quienes le place, y que aquellos que están orgullosos por su propia justicia no podrán recibirlo.

Como un rey, Jesús hizo demanda a Zaqueo y su casa. No había recibido invitación de Zaqueo pero Jesús reclamaba su casa. Tenía mucho más que dar que recibir, aunque él también demandaba mucho. Todo lo da, pero también lo pide todo, toda la vida de Zaqueo. Esto quedó bien en claro por las palabras que dijo en casa de Zaqueo.

Las palabras de Jesús se apoderaron de Zaqueo. La justicia del reino de los cielos ganó la victoria en él, él lo reconoció públicamente a Jesús. Dijo que entregaría la mitad de sus bienes a los pobres. El que hasta ahora sólo había vivido para sí mismo, desde ahora se daría a los demás por amor a Dios. Además prometió devolver cualquier cosa que hubiese tomado de otros en forma fraudulenta y lo devolvería cuadruplicado. La ley en esos casos sólo pedía una devolución con el veinte por ciento de multa. Pero Zaqueo reconoció que sus pecados demandaban devolver cuatro veces lo que tomó. Públicamente reconoció que era un pecador. Así de fuerte fue asido por la justicia del reino. Sus palabras y hechos eran el producto de su corazón agradecido porque la gracia de Dios lo había redimido y él había recibido el perdón de sus pecados.

Jesús dijo, "Hoy ha venido la salvación a esta casa". Cristo se había apoderado de ella en su gracia. Esto ocurrió a causa del pacto, pues Zaqueo era también hijo de Abraham. El Hijo del Hombre vino a buscar lo que se había perdido. Dios siguió buscando lo que se había perdido y Cristo tenía el privilegio de restaurarlo a la comunión de su pacto y reino. Los ángeles se regocijaban.

El juicio del rey. El destino de muchos sería distinto que el de Zaqueo. El había reconocido a Cristo como el Rey de justicia y como su Rey. Muchos no lo harían, porque esperaban que el reino se estableciera de inmediato en Jerusalén. No esperaban un reino de justicia establecido por la muerte de Cristo que expía la injusticia. Por anidar falsas esperanzas le rechazarían.

A Jesús le pasaría lo que le ocurrió al noble que viajó a un país lejano a recibir poder real sobre su propio país. (Esa era la forma en que el emperador romano nombraba a los reyes de los países de su imperio.)

Este noble entregó una mina a cada uno de sus siervos para que ellos negociaran con ella en su ausencia. Sus conciudadanos que le odiaban,

enviaron embajadores al emperador para decirle que no querían que este noble gobernara sobre ellos.

Cuando el noble volvió como rey, pidió que sus diez siervos le rindieran cuentas. Premió a los que trabajaron fielmente y castigó a los que fueron infieles. Después hizo traer a sus enemigos a su presencia y mató allí mismo a quienes habían enviado los embajadores.

Así también Jesús iba a recibir el reino. Pero había muchos que no querían recibirle como el Rey de gracia, el Rey de justicia, aun cuando ahora mismo se apelotonaban a su alrededor. Un día él los condenará. Cristo recibió su reino en su resurrección y ascensión. Su reinado llegó en Pentecostés cuando el Espíritu fue derramado y vendrá en gloria cuando vuelva. Debemos vivir esperándole, mientras que trabajamos con justicia con lo que le pertenece, así como hicieron Zaqueo y los siervos fieles. Entonces también reinaremos en justicia.

73: El Rey de Israel

Lucas 19:28–48

Más de una vez el pueblo quiso proclamar a Cristo como su rey. Pero Jesús siempre lo evitó. Ahora aceptó su alabanza de buena gana. El preludio a esto había ocurrido ya durante su viaje por Jericó. Debía revelarse como el Rey de Israel. Esta es la proclamación de su victoria sobre toda necesidad humana.

La entrada a Jerusalén todavía está entre la realidad y las sombras. Por el lado de la realidad, Cristo es el cumplimiento de la profecía que estaba presente simbólicamente en la procesión de los reyes de Israel y del arca del pacto al monte de Jehová. Por el otro lado, su entrada es todavía una sombra: los hosannas de la multitud fueron en buena parte falsos. Con todo, Jesús pudo oír en ellos la alabanza que los suyos le darán eternamente. Así es que la entrada a Jerusalén es una profecía de su ascensión al trono celestial en medio de cánticos de alabanza entonados por los ángeles. Esta entrada también es una profecía de su entrada por su Espíritu en los corazones de su pueblo y de su venida a la gloria de su reino en su segunda venida.

Lucas nos narra que entró en Jerusalén llorando. El hecho de que Jerusalén, como sombra de lo venidero, sería reemplazada por el servicio a Dios en espíritu y en verdad, no era en sí algo para llorar. Pero Jerusalén sería destruida. Sería castigada a causa de sus pecados, particularmente por el pecado de glorificarse a sí misma. Se presenta a Jerusalén como una ciudad carnal. Pero él entró en Jerusalén para expiar los pecados que él mismo cargó sobre sí. De esta forma restauró el verdadero servicio de Dios.

La purificación del templo tiene que ver con esto. Esta purificación también es una profecía de la restauración del verdadero servicio de Dios. Así que el templo no sólo representa nuestros corazones o la iglesia, sino todo el mundo. El hará que toda la creación sea otra vez un templo de Dios.

Pensamiento clave: *Cristo se revela como Rey de Israel.*

En medio de los cánticos de alabanza de Israel. Jesús se acercaba a Jerusalén. Era el domingo por la mañana y estaba por entrar en la ciudad. Los caminos estaban llenos de gente, porque la fiesta de la pascua estaba por celebrarse y mucha gente entraba en la ciudad. Entre las multitudes había mucha gente de Galilea que le conocía a él y a sus milagros. El último milagro de Jericó también había levantado gran entusiasmo. Había mucha inquietud sobre lo que haría y lo que le pasaría.

Jesús sabía que este sería su último viaje a Jerusalén, y que ahora entraba a la ciudad para sufrir allí. Pero antes de que esto sucediera quería darle a conocer a Israel quién era realmente. El era el Rey de Israel, no importa cuán equivocados estuviesen las multitudes y aun sus discípulos en cuanto al carácter de su reinado. Pero la gente debía verle reclamar ese honor para sí mismo, aun cuando el camino a su trono fuese completamente diferente de lo que ellos imaginaban.

Así que cuando llegaron al monte de los Olivos (cerca de la aldea de Betfagé) ordenó a dos de sus discípulos que entraran a la aldea y trajesen a un pollino que encontrarían al lado del camino. El sabía esto porque el Espíritu de Dios lo iluminaba. Si alguien les preguntaba por qué se llevaban el pollino, deberían responder que el Señor lo necesitaba, y se lo entregarían inmediatamente. Es evidente que el dueño del animal también creía en Cristo. Los discípulos encontraron todo tal como el Señor había dicho y volvieron con el pollino.

Ahora los discípulos se dieron cuenta de lo que estaba haciendo. Por tanto tiempo habían esperado que se revelara como Rey. Ahora él mismo estaba alimentando ese deseo. El también quería lo mismo, aunque en una forma distinta a la de ellos. Echaron sus ropas sobre el animal y sentaron a Jesús encima. Después tendían ropas en el camino para que él pasara sobre ellas. En ese momento la multitud fue sacudida emocionalmente. Vieron lo que pasaba y se dieron cuenta que ahora él se proclamaría rey. Entonces la multitud también empezó a tender sus ropas o ramas de los árboles al camino delante de él, alabando a Dios por todas las maravillas que habían visto y diciendo "¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en los cielos y gloria en las alturas!" Era como si ahora estuviesen apoderándose del himno que los ángeles cantaron en su nacimiento. El nombre de Dios sería alabado en las alturas de los cielos y su pueblo tendría paz con Dios, porque había venido el Rey prometido. David, Salomón, y todos los que salvaron al pueblo anteriormente sólo eran tipos de él.

Por cierto, así lo quiso el Señor. Aquí era el cumplimiento de todas las promesas en la historia del Antiguo Testamento. Ahora llegaba el verda-

dero Rey. No obstante, este no era el cumplimiento final. Había muchos en la multitud que no lo conocían de veras. Sus gritos de gozo no eran más que excitación causada por los milagros y no eran un reconocimiento en fe del Redentor. Aun así, él permitió todo este júbilo. Para él esto era una profecía de todo el júbilo que habría a su alrededor en su ascensión, y cuando a través de los siglos, por su Espíritu viniese a morar en el corazón de los suyos, y volviese en gloria. A través de todos los siglos hay una procesión festiva alrededor de Cristo. ¿Estamos nosotros en *aquella* multitud que grita de gozo?

Jerusalén, Jerusalén. No todos se unieron a la alegría. Había algunos que estaban amargados y que permanecieron callados. Estos eran los fariseos. ¿Vendría Jesús a usurpar su poder? Si su reino, el reino de su gracia, llegara, esto significaría que el de ellos terminaba. Todavía querían impedirlo aprovechándose de que anteriormente Jesús había rechazado la alabanza de las multitudes. Así que le pidieron que reprimiera a sus discípulos. Pero el tiempo determinado por el Padre había llegado a su cumplimiento. Así que les dijo que si sus discípulos callaban aun las mismas piedras gritarían. De los labios de los hombres tenía que llegar a él la alabanza de toda la creación.

La petición de los fariseos era un reflejo de la hostilidad de Jerusalén. Cuando había llegado Jesús cerca de la ciudad, lloró sobre ella. Sus lágrimas cayeron sobre el pollino. Jerusalén estaba ciega a su verdadera salvación. La paz para ella sólo vendría a través de la fe en la gracia de Dios. Jerusalén se vanagloriaba ahora y rechazaba al Señor y su pacto de gracia. El juicio tenría de que venir. La ciudad sería sitiada y capturada y muertos sus habitantes. ¿No la había visitado Dios una vez más en su gracia? Sí, pero la ciudad no quiso reconocerlo.

Este era su lamento. Esta entrada también fue todo un sufrimiento para él. Pero con este sufrimiento se cargó con la culpa del pecado, a fin de hacer la expiación. Por medio de su expiación recibiría autoridad para crear un tipo de vida diferente, una vida en la cual los hombres servirían a Dios con verdad y buscarían su gracia. Este era el propósito de su venida y esto era lo que quería mostrarle al pueblo en esos días en Jerusalén.

La santidad de la casa de Dios. Cuando había entrado en el patio exterior del templo, en el atrio de los gentiles, vio que había allí mercaderes

y cambistas que vendían animales para los sacrificios. Por cierto, era necesario que los cambistas estuviesen cerca del templo, ya que los pagos que había que hacer al templo debían realizarse en cierto tipo de moneda. También debían estar cerca de los que vendían animales (o palomas para los pobres) para los sacrificios. Pero el hecho de que realizaran sus negocios dentro de los recintos del templo mostraba que no prestaban atención a la santidad de Dios, quien se daba a conocer en el templo. Sólo pensaban en sí mismos y en sus propios intereses. Este era el resultado del servicio a la autojusticia. En ese servicio cada uno sólo miraba por sí mismo. Esta gente no tomaba en cuenta a Dios ni atendían a la santidad de su gracia.

En santa indignación el Señor dio de latigazos. Echó fuera a los vendedores y volcó las mesas de los cambistas. Era celoso por la santidad de la casa de Dios. Ella debía ser una casa de oración, pero lo habían hecho una cueva de asesinos. Porque cuando los hombres sólo se preocupan de sí mismos, matan la verdadera vida, la que busca a Dios. Allí estuvo como el Rey de Israel, que limpió el templo. Nadie se atrevió a resistirle.

Este celo de Cristo todavía opera. El desea restaurar nuestros corazones junto con toda la vida y todo el mundo como un templo santo. (Véase tomo I, p. 307; tomo II, p. 189.)

El Padre le dio la autoridad para llevar a cabo esta restauración por haber expiado el pecado. Jesús no tolera la impiedad. su voluntad es que toda la vida se dedique a Dios. Llegará el día en que limpiará toda la creación. ¡Reconozcámosle en su autoridad por medio de la fe! Entonces también limpiará nuestras vidas.

Lucas:
El cordero
que fue inmolado

74: Indefenso

Lucas 22:35–53

Para un trato más completo de la agonía en Getsemaní, véase la exposición en el Evangelio de Marcos (cap. 44). Aquí se ve una relación distinta a la que se dio cuando Jesús envió a sus discípulos a predicar a Galilea. Ahora deben esperar la resistencia. Esto se aplica al tiempo en que tendrán que predicar el evangelio a Israel y a todo el mundo. Aunque nunca deberían defenderse a sí mismos, *deben* defender el Nombre y la Palabra del Señor. El consiguió para nosotros el derecho de defender su Palabra mediante su desamparo, mediante la entrega que hizo voluntariamente de expiar nuestros pecados.

Pensamiento clave: *A causa del estado indefenso de Cristo, nosotros ahora podemos estar espiritualmente a la ofensiva.*

El llamado a defender su palabra y nombre. Habiendo entrado en Jerusalén ese domingo, durante la semana Jesús habló todos los días en el templo, siendo atacado por todos lados por los ancianos del pueblo. El jueves por la tarde cenó con sus discípulos, sabiendo que esta sería la última cena con ellos antes de su sufrimiento. Durante aquella cena se despidió de ellos y los preparó para el encuentro que con él tendrían después de su resurrecicón.

Cuando estaban a punto de salir a la oscuridad de la noche, les dio una visión del futuro. Les dijo, "Recuerdan que los envié a Galilea a predicar. Debían ir sin bolsas de dinero o provisiones, porque les dije que la gente les recibiría y proveería para sus necesidades. Y debían aceptar esto porque venían en mi nombre. ¿Les faltó algo en aquel viaje?" Le respondieron que no. Dado que habían ido en nombre de Cristo, muchos le recibieron.

Les dijo, "Desde hoy las cosas van a ser distintas. Ahora tendrán que salir a un mundo hostil. Muchas veces la gente no los recibirá. Así que deben proveer que tengan todo lo que necesiten. Llévense provisión de dinero y equipaje; y si no tienen espada, vendan su ropa y cómprense una".

Así preparó a sus discípulos para la gran oposición que iban a encontrar en el mundo. Pero nunca deberían defenderse a sí mismos sino sólo su Nombre y Palabra. Esto determinaría también los medios que tendrían que usar en su lucha en el mundo. En cuanto a ellos mismos, él había dicho que no debían resistir al malo. Debían más bien defender su Nombre.

Aquella tensión en el mundo estaría determinada por lo que pronto sobrecogería a Cristo. Tal como se profetizó acerca de él, sería contado con los transgresores porque su vida presente llegaba a su fin. Sería conocido como el rechazado. Así que los hombres lo odiarían y se burlarían de él igual que a su evangelio.

Los discípulos le dijeron, "Señor, Señor, aquí hay dos espadas". Quizá se referían a unos cuchillos grandes que se llevaban para preparar la comida. Los discípulos otra vez lo malentendieron. Creían que debían armarse contra el peligro que lo amenazba. ¿Cuántas veces no les había dicho que era necesario que él sufriera según las Escrituras, a fin de que la gracia de Dios se nos pudiese impartir? Pero ahora ya no quería contradecir las equivocaciones de ellos. Los acontecimientos les enseñarían. Así que terminó la conversación con un "basta". Ellos no lo defenderían, pues él venía a ofrecer una expiación por nuestros pecados.

La victoria sobre sí mismo. Después de esta conversación salió con sus discípulos hacia el monte de los Olivos. ¡Cuántas veces había estado allí! Muchas veces se había apartado a ese lugar para estar a solas con sus discípulos o para orar.

Cuando llegó al lugar donde quería estar, dijo a sus discípulos que oraran para que no cayesen en una tentación que pudiera ser más fuerte que ellos. El fue más adelante a distancia como de un tiro de piedra. Quería orar por todo el sufrimiento que caería sobre él. El horror de la muerte bajo la ira de Dios cayó sobre él. Y más que ningún otro hombre, él, que ansiaba la vida y la comunión con Dios, retrocedía frente a tal muerte. Este sufrimiento era una lucha contra toda su naturaleza humana. Su naturaleza humana oraba para que el Padre removiese de él la copa del sufrimiento.

Pero él sabía que tenía que sufrir para poder hacer la expiación. En su obediencia de fe quería ser uno con el Padre. Así que añadió, "Pero no se

haga mi voluntad, sino la tuya". Con esa misma obediencia de fe tenía ahora que conquistar su propia naturaleza, para que ella también aceptara voluntariamente el sufrimiento. Jesús luchó en una oración que demandó tanto de él, que amenazaba hacerlo sucumbir. Un ángel apareció para fortalecerle, a fin de que no muriese. Esto no hizo que el conflicto fuese más fácil. Era un esfuerzo tan doloroso que su sudor cayó en la tierra como grandes gotas de sangre.

Fue allí donde Jesús luchó para aceptar voluntariamente con toda su naturaleza lo que su Padre había decretado. Allí hizo expiación por la desobediencia de Adán y la de nosotros en Adán. Después de una larga lucha ganó la victoria. Ahora estaba listo para entregarse a sus enemigos en una rendición total a fin de cumplir con la misión del Padre para nuestra salvación.

Se levantó de la oración y fue donde los discípulos, y los encontró durmiendo de pena. Habían visto algo de la perplejidad del Cristo y compartido algo de su asombro y dolor. Pero no podían hacer frente a esta lucha mortal. No podían luchar junto con él, así que lo dejaron luchar solo. Si él no hubiese atravesado todo ese camino, si no hubiese decidido obedientemente a favor nuestro, ninguno de nosotros sería capaz de luchar y ganar la victoria sobre nosotros mismos nunca más. Esto no altera el hecho de que sus discípulos deberían haber luchado junto a él mediante su fuerza. Así que les reprendió por haberse quedado dormidos y les dijo que se levantaran y oraran para que no cayesen en una tentación que los hiciera sucumbir. Pero no pudieron. Ninguno de su pueblo estuvo junto a él en su momento de crisis. Y sin embargo, por su gracia nosotros sí podemos estar con él en su victoria.

Vulnerabilidad espiritual. Cuando todavía hablaba con sus discípulos, vino Judas el traidor a la cabeza de una multitud. Judas se adelantó para besar al Señor, a fin de dar una señal a sus conspiradores. Se había prestado a semejante traición. Cuánto debe haber aborrecido Jesús aquel beso. El Señor sólo dijo una cosa para hacer que el traidor recapacitara: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?"

Los discípulos entendieron que este era el momento. Por tanto, preguntaron si debían defenderlo con espada. Y antes que él pudiera responder alguna cosa, uno de ellos atacó, cortándole la oreja derecha al esclavo del sumo sacerdote. ¡Cuán poco entendían los discípulos su entrega, su total vulnerabilidad por nosotros! ¿Cuál es el significado del amor que no

entiende? El entendimiento de ellos era muy limitado. Por lo cual, Jesús rechazó su conducta, y hasta tocó la oreja herida, sanándola. Aun en esa noche de traición el poder de su gracia sanaba. ¿No debería haber quedado claro para todos que él simplemente se estaba entregando sin defenderse a fin de obtener la victoria sobre el pecado y sus resultados? Hizo ver su vulnerabilidad llamando la atención a los palos y espadas de la multitud. ¿Acaso no había estado enseñando todos los días en el templo? Pero ahora iban por él en la oscuridad de la noche y en este lugar oscuro, porque esta era la hora y el lugar para llevar a cabo sus obras tenebrosas. Con todo, él no los resistió, sino que se entregó a ellos.

Por hacerse indefenso nos ganó el derecho de ir en defensa de su Nombre. Sólo podemos defender su Nombre y Palabra, su derecho y honor. Es posible que a veces nos sea necesario entregarnos indefensos por él. Sólo podemos buscar aquello que sirva a la venida de su reino. No podemos hacer lo que él hizo, porque él se entregó para nuestra reconciliación. No obstante, al igual que la suya, nuestra intención no debe ser otra que el reino de Dios en el cual él reina soberanamente.

75: De Pilato a Herodes

Lucas 23:1–25

La expresión, "Lo llevaron de Pilato a Herodes" (o sea "de la Ceca a la Meca") ha llegado a ser proverbial. Esto fue lo que le pasó a Cristo, pues nadie sabía qué hacer con él. Fue para Cristo un sufrimiento particular que él había traído desconcierto a todos. El mundo no le conoció, no encajaba en ninguna parte. Cristo obtendría un lugar para sí en el mundo mediante ese sufrimiento. Tenía que obtener el poder para derramar su Espíritu a fin de que los hombres le recibieran.

Pensamiento clave: *Al ser enviado de Pilato a Herodes, Cristo sufre vicariamente.*

El dilema de Pilato. Habiendo sido tomado preso Jesús fue llevado al Sanedrín. Este cuerpo ya no sabía qué hacer con él. El no podía responder a las preguntas que le hicieron, pues nadie le entendería. Cuando finalmente había confesado que era el Hijo de Dios y que la plenitud de la gracia divina nos había llegado en él, dijeron que ya no era necesario seguir hablando. Su confesión era suficiente para condenarle. Era así que no encontró ni en su pueblo entendimiento ni aceptación. ¿Cuál sería la situación entre los gentiles?

El Sanedrín lo envió a Pilato, el gobernador. Querían que Pilato lo sentenciara a muerte. Lo acusaron delante de Pilato de que se proclamaba ser *el Cristo*, el rey, y de agitar al pueblo contra el emperador.

Pilato le preguntó si era el rey de los judíos, a lo que sólo respondió: "Tú lo has dicho". Por cierto, él era el rey de los judíos, aunque no en el sentido

en que lo tomaba Pilato. Pilato no entendió la acusación, pero sí se dio cuenta que Jesús no representaba un peligro para el estado. Así que Pilato dijo que no encontraba falta alguna en él (lo que equivale a nuestro veredicto de "inocente").

Los líderes del pueblo insistieron, diciendo que había estado agitando al pueblo en Galilea y que ahora lo estaba haciendo en Judea. Cuando Pilato oyó que Jesús era de Galilea, vio que había encontrado una forma de sacárselo de encima. Herodes, el rey de Galilea, estaba en la ciudad para la celebración de la pascua. Pilato decidió que era mejor que Herodes juzgara el caso. Así que lo envió con sus acusadores a Herodes.

Jesús desconcertó a Pilato. Si el concilio judío no sabía qué hacer con él, ¿qué sabría un gentil del asunto? Para Jesús era claro que nadie en el mundo entendía su gracia. ¡Cuánto sufrimiento le causaba! En verdad, Satanás era señor del mundo. La vida entera estaba separada de la comunión con Dios. Había llegado a ser así a causa del pecado. Cristo hizo expiación por ese pecado, para que otra vez pudiese haber lugar en este mundo para la gracia y la comunión con Dios.

El dilema de Herodes. Las cosas empeoraron cuando el Señor estuvo frente a Herodes. Hacía tiempo que este rey criminal y supersticioso deseaba verlo. Herodes había matado a Juan el Bautista y cuando oyó acerca de Jesús y sus milagros, pensó que Juan había resucitado de los muertos. No podía ver el poder de la gracia a través de la fe, sino que supersticiosamente se imaginó y temió un poder sobrehumano. Ahora tenía la oportunidad de interrogar a Jesús para preguntarle sobre el secreto de su vida. Lo que más temería sería lo desconocido.

Pero Jesús no se acomodó a Herodes, dado que no puede revelarse de esta manera. Los únicos que conocen son aquellos que se someten en fe a su palabra. Así que no respondió a ninguna de las preguntas de Herodes. Esta es la forma en que todavía trata a aquellos que no se someten. ¡Pero cuánto debió haber sufrido bajo la necedad de este supersticioso interrogatorio! La superstición no tiene nada en común con la fe en él, y los supersticiosos no le pueden conocer.

Los sacerdotes y escribas también lo acusaron delante de Herodes. Pero Herodes estaba tan aturdido por estas acusaciones como lo estuvo Pilato. Profundamente confuso, pero a la vez anonadado por el silencio de Cristo, Herodes entregó a Jesús a que sus soldados lo injuriasen. Para este hombre la gracia de Jesús siguió siendo un misterio. ¿Qué podía hacer con él?

Burlarse era al menos una forma de salvar la situación. La burla a veces ayuda para suprimir los temores internos. Herodes envió a Jesús de vuelta con Pilato, vestido con un lujoso manto blanco.

Antes de esto las relaciones entre Pilato y Herodes habían estado muy tensas, pero desde ese día eran amigos. Pasaron a Cristo del uno al otro. Pilato rindió homenaje a Herodes y Herodes reconoció a Pilato en su calidad de juez. Ambos sintieron cierta afinidad en que los dos encontraron que Cristo era un problema. Estaban unidos espiritualmente en su ignorancia. Los dos eran capaces de cometer la misma traición hacia Jesús y de cometer la misma parodía de justicia.

Es así como la hostilidad contra Cristo y su iglesia une a personas, que al principio parecían tan alejados unos de otros. Todos los desacuerdos y diferencias llegarán un día a subordinarse a la gran división entre los creyentes y los incrédulos.

Entregado a la muerte. De esta manera Pilato se vio en la necesidad de tener que dar un veredicto sobre Jesús. Tres veces lo declaró inocente. No obstante, ya lo había tratado como a un criminal, cuando propuso castigarle y después dejarlo en libertad o cuando lo colocó al lado de Barrabás. Al obrar de esta forma había dejado de actuar con justicia. Así tampoco pudo escapar a las demandas de los ancianos del pueblo cuando ellos empezaron a demandar la crucifixión del Señor Jesús. Sus gritos se hicieron cada vez más intensos. Se encendió toda la hostilidad que sentían contra la gracia manifestada en él. La situación incomodó a tal grado a Pilato, que tuvo que acceder a la demanda que se le hacía. Algo pasaba con la gente judía que él no podía entender. Con resignación se lavó las manos como quitándose toda culpa del asunto.

Era cierto que el pueblo gentil era totalmente alejado de Cristo y de la gracia de Dios manifestada en él. El mundo gentil ya no conocía más al Señor. Cristo se dio cuenta de esto en medio de su sufrimiento. Soportó al sufrimiento de toda esta humanidad alejada de Dios. Este sufrimiento lo experimentó en la injusticia que se le hizo, a fin de que expiara el pecado de ese alejamiento de Dios. Algún día los cielos se gozarían por la entrada de los gentiles en el pacto. Los extraños al pacto vendrían a ser miembros de la casa de Dios.

76: Solo

Lucas 23:26–31

Para el estudio de la historia de Simón de Cirene cargando la cruz véase la sección sobre el Evangelio de Mateo. Las mujeres de Jerusalén no conocieron a Jesús en su sufrimiento. Su compasión debe haber provocado más dolor para Jesús. Esto le mostró más claramente que estaba solo.

Pensamiento clave: *Cristo sufre solo a fin de que su pueblo pueda conocerle otra vez.*

Lágrimas inútiles. Después que Pilato pronunció su veredicto, Jesús fue llevado para ser crucificado. Fue llevado afuera de la ciudad. Estaba siendo expulsado de la comunión con su pueblo. Nadie le conoció o quiso conocerle. Se tuvo que forzar a cierto Simón de Cirene a que cargase su cruz. Pero Simón tampoco quería tener nada que ver con él.

En la procesión que le seguía también había varias mujeres de Jerusalén, que lloraban por el Señor Jesús. Cuando vieron que casi sucumbía bajo el peso de su cruz y que otra persona tuvo que ayudarle y que era llevado como oveja al matadero, rompieron en llanto: ¡Mírenlo, pobre hombre! ¿Qué quieren de él? ¡Nada malo hizo!

¿Por qué lloraban esas mujeres? Lo que estaban viendo sólo les afectaba superficialmente. Lo que las movía era una pena superficial. Había algo humano en sus lamentaciones, algo opuesto a la inhumana sed por venganza de parte de los sumos sacerdotes y escribas.

Aun así, estas mujeres no se daban cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo. Sus ojos no sólo estaban ciegos respecto a la injusticia que se

estaba cometiendo sino, lo que es peor, que no comprendían que Aquel que es la verdad de Dios, la Verdad de la gracia de Dios sobre su pueblo, estaba siendo expulsado de la comunión con su pueblo. Deberían haberse dado cuenta de esto, porque él había predicado en Jerusalén también la verdad de la gracia. Pero un exagerado sentimiento de pena no les dejaba verlo. Era este mismo sentimiento el que las hacía más ciegas todavía. Muchas veces nuestros sentimientos son tan corrompidos que pueden impedirnos ver la verdad. No es cierto el dicho que dice que las lágrimas nunca mienten. El emocionalismo puede impedir que nuestros verdaderos sentimientos se despierten al ver el rechazo del Señor y la gracia de su reino. La gracia del Señor también debe redimir nuestros sentimientos.

Esta explosión de emocionalismo por parte de las mujeres hizo sufrir otra vez al Señor. Si alguno siente pena, pero no entiende la verdadera naturaleza del sufrimiento, entonces esa pena misma se convierte en fuente de sufrimiento. ¡Y estas eran las mujeres de Jerusalén, las mujeres de su propio pueblo! Deberían haberle conocido. De manera que las lágrimas de las mujeres vinieron a ser una gota más en la copa de su agonía. También esto tenía que sufrir. Tenía que expiar todas esas falsas y pecaminosas emociones. Había que hacer esto para poder sanar nuestros sentimientos, para que así pudiera sanar nuestras emociones y que pudiésemos conocerle de veras, tanto en su sufrimiento como en el gozo de su victorioso reinado. En aquel camino él fue el Desconocido, el que estuvo solo, para que su pueblo pudiese tener comunión eterna con él.

Pesar genuino. Jesús se detuvo y se volvió hacia las mujeres. Todos se callaron de inmediato; todos querían oír lo que les diría. Les habló como a hijas de Jerusalén, hijas de su pueblo. ¡Las cosas que tendrían que sufrir! Deberían llorar por sí mismas y por sus hijos, porque vendría el tiempo en el que serían bienaventuradas las mujeres sin niños. ¡Qué intensa sería la agonía de las madres que estarían obligadas a ver sufrir a sus niños! Pedirían a los montes que les caigan encima y los collados que las cubran, para no tener que ver tal miseria.

Jesús hablaba de los horrores que vendrían con la destrucción de Jerusalén, que se acercaba. Sobre *eso* debían estar llorando, aunque no sólo por pena por ellas mismas y sus niños. Las que perecían allí serían las hijas de Jerusalén, junto con sus niños, miembros también del pueblo de Dios. Se perderían para el reino de Dios, a pesar de haber pertenecido al pueblo que Jehová reclamó para sí. Por el pecado del pueblo Dios quedaría privado de

aquello que le pertenecía por derecho. Sus sentimientos habrían sido enfocados con mucha más propiedad si hubiesen llorado por esa pérdida, reconociendo el derecho que la gracia de Dios tiene sobre su pueblo. De esta manera, no importa lo que pasara, ellas se salvarían para el reino de Dios.

Entonces conocerían a Cristo y entenderían lo que quiso decir con, "Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?" El era el árbol vivo, unido a Dios y por eso daría fruto. Ellas eran las ramas secas que no podrían producir fruto alguno. Debían darse cuenta que ellas merecían el sufrimiento que ahora caía sobre él. Su sufrimiento era indescriptiblemente duro, más duro que el de cualquier hombre. Pero una vez terminado, resucitaría del abandono de Dios a una comunión eterna con él. Si ellos, en cambio, no le conocían, se perderían eternamente bajo la ira de Dios; de eso él quería salvarles.

¡Cuán solo estaba Cristo en este camino! Aun los sentimientos de las mujeres eran sólo una ilusión. Pero llegaría el día en que el juicio caería sobre su incapacidad de entender y sobre toda mentira, incluyendo los sentimientos desencaminados. Este juicio vendría primero en la destrucción de Jerusalén, y después en el fin del mundo. Pero abarcó todo esto en sus sufrimientos, a fin de sanar nuestros sentimientos y restaurar la correcta comunión entre su pueblo, para así salvar a este pueblo en el día del juicio.

77: Su sacrificio

Lucas 23:32–56

Cristo se dio a sí mismo como sacrificio por el pecado. Su sufrimiento también podría verse como el sacrificio de sí mismo. Esta es la forma en que se presenta, especialmente en el Evangelio de Lucas. Cuando el Cristo agonizante dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", entregó su obediente vida como un sacrificio en las manos de su Padre. Esta también era la acción de un mediador.

Siempre hay un elemento de ignorancia en el pecado de los hombres y así también la hubo en el pecado de los líderes del pueblo (Hch. 3:17). Los ancianos no sabían lo que hacían, porque no conocían al Cristo como al Señor de la gloria. Pero la ignorancia no es una excusa para el pecado; porque la ignorancia, no conocer la gracia de Dios que se nos revela, es pecado. Pero esta ignorancia es un pecado que puede ser perdonado. Este elemento de ignorancia está ausente en el pecado satánico y en el pecado contra el Espíritu Santo. Al orar para que se perdone esta ignorancia, Cristo asumió la culpa de aquella ignorancia. De manera que su oración quería lograr que los ancianos vieran y conocieran lo que estaban haciendo, para que pudieran conocer al Cristo y así llegar a ser salvos.

El malhechor en la cruz oró por la salvación en el reino eterno. Algo sabía de ella por ser judío. Sin embargo, para él la venida del reino era algo que consideraba lejano, relacionado con la resurrección de los muertos. Su fe demostró gran discernimiento cuando confesó que Cristo, quien moría en la cruz, sería Rey. Como respuesta recibió una promesa cuyo cumplimiento estaba mucho más cerca de lo que él pensaba: en ese mismo día estaría con Cristo en el paraíso. Con la palabra "paraíso" Cristo se refiere obviamente a aquella bendita comunión que gozarán los creyentes en el período que media entre la muerte y la resurrección de la carne. El paraíso y el reino, cada uno tiene su propia gloria. El "paraíso" se orienta hacia Cristo, a nuestra íntima comunión con él, algo que continúa después de la resurrección de la carne. El "reino" promete el gobierno soberano en su nombre sobre todas las obras de sus manos. En su promesa Cristo adoptó a aquel criminal y se dio a sí mismo como sacrificio por una vida que haba sido del todo gastada en el crimen.

Pensamiento clave: *Cristo se ofrece a sí mismo como sacrificio para la salvación de la vida.*

Un sacrificio que expía la ignorancia. Junto con Cristo dos malhechores fueron llevados al Gólgota. Les crucificaron junto a él, uno a su derecha y otro a su izquierda. Mientras le crucificaban, Jesús oró: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". No pensaba tanto en los soldados que ejecutaban las órdenes como en los ancianos del pueblo, quienes lo habían entregado para ser crucificado.

¿Pero era cierto que no sabían realmente estos ancianos lo que estaban haciendo? ¿Acaso no había él confesado que era *el Cristo*? Es cierto que él lo confesó, pero ellos no le conocieron como *el Cristo*, pues sólo se le puede conocer así por la fe. Sus ojos estaban cegados. Sólo Satanás sabe plenamente quién es *el Cristo*. Satanás no es ignorante; el pecado que comete lo hace por su odio a Dios. A causa de este elemento de ignorancia en los ancianos, él todavía podía orar por los que eran responsables de su muerte. Pero esta ignorancia misma es pecado. Es una cosa terrible que no conozcamos la gracia de Dios cuando nos llega a nosotros. El que el Señor Jesús pudiera orar por el perdón de este pecado sólo se debía a que él cargó con la culpa de esta ignorancia. Se ofreció a sí mismo para expiar el pecado de ignorancia.

Claro que esto significaba que no podrían permanecer en esa ignorancia. Si la gracia de Dios se revela a los hombres con el fin de darles el perdón, ellos deben llegar a ver tanto el pecado de su ignorancia como los pecados cometidos en esta ignorancia. Puede ser que la oración por el perdón no haya sido efectiva en todos los líderes envueltos en el asunto, pero algunos tal vez se arrepintieron más adelante. Cristo todavía intercede a favor de los ignorantes, porque una vez él cargó con su culpa, a fin de que pudieran conocer.

Las burlas y mofas mostraban lo poco que el pueblo y los líderes se dieron cuenta de lo que estaban haciendo. Hasta los soldados se unieron, en su ignorancia, a las burlas. Lo que dio la ocasión para la burla fue la inscripción puesta sobre su cabeza. Soportó el sufrimiento de esa ignorancia culpable, para poder así expiarla.

Un sacrificio para expiar una vida desperdiciada. Uno de los criminales se unió a la burla. En el umbral de la muerte, se mofó amargamente:

"Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros". Sus palabras dieron a conocer toda su cínica incredulidad respecto al bien y la misericordia en la vida. Una persona como esa aleja la salvación de sí, sumergiéndose en las tinieblas eternas con su burla.

Quizá al principio el otro criminal también lo siguió en su escarnio, a fin de ocultar su temor. Sin embargo, fue tocado por la revelación del Señor Jesús, por su petición a favor de los responsables de su muerte. La conducta de Jesús le impresionó y pudo ver a Cristo como al Enviado de Dios, el Redentor. En el Cristo crucificado vio al Rey. Pudo ver la magnificencia de la gracia de Dios en los sufrimientos de Cristo. Esto fue para él una revelación del Padre; el Espíritu Santo abrió sus ojos. Así que reprendió al otro criminal, diciéndole que ellos sufrían justamente y que creía que Cristo era inocente. Pudo ver la justicia de Jesús y también debió haber captado algo del hecho de que *El* estaba soportando este sufrimiento voluntariamente por el bien de otros.

Fue entonces cuando se dirigió a Jesús, pidiéndole que lo recordara cuando viniese en su reino. Lo confesó como Rey, que algún día revelaría la gloria de su reino y levantaría a los muertos, incluyéndose él. ¡Qué confesión en el Cristo que en ese momento se hundía en la muerte!

¡Cuán grande debe haber sido el gozo de Jesús al oír esta señal de la obra de su Padre en el corazón del criminal! Vio una vida totalmente malgastada en el crimen. ¿Aceptaría una vida como esa? Si lo hacía, estaría cargando con toda esa culpa sobre sí. Pero no dudó ni por un momento, sino que se ofreció a sí mismo como sacrificio expiatorio al aceptar este criminal.

El hombre había pedido misericordia para la resurrección de los muertos, cuando Cristo vendría en gloria. Para el criminal esto quizá representaba algún acontecimiento del futuro lejano. Pero Cristo le prometió que estaría con él en el paraíso ese mismo día. Por un tiempo estaría escondido en una bendita comunión con Cristo, para levantarse después en la resurrección.

Con la vista del paraíso, Jesús se llenó de gozo, lo que mostraba cuánto anhelaba ese paraíso. Su alma estaba siendo consumida en el desierto del abandono de Dios y ansiaba un alivio. Esto también nos da una idea de lo que él sufrió por nosotros. Se ofreció a sí mismo como sacrificio, aun por una vida de crimen como esa. Había mucha más gloria para la gracia del Padre al salvar una vida como esa. Por tanto, aun esa vida no fue del todo en vano. El criminal confesó que Jesús era el Rey y reprendió al criminal que había sido crucificado con él, rompiendo así con una vida vacía, blasfema, sin Dios.

Un sacrificio ofrecido al Padre. El Padre lo abandonó del todo, especialmente durante la oscuridad que cubrió el Gólgota desde el medio día hasta las tres de la tarde. Estas fueron las horas de su más intenso sufrimiento: sufrió el fuego mismo del infierno. Durante todo ese tiempo continuó ofreciéndose voluntariamente como sacrificio por nuestros pecados, cumpliendo así todo lo que predijeron los sacrificios del Antiguo Testamento. Con su sacrificio todos los sacrificios anteriores y todo el servicio del templo llegaron a su fin. Como señal de esto la cortina del templo, que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, se partió en dos.

Finalmente llegó el momento de su muerte. Ofreció toda su vida, una vida obediente y entregada a Dios, como sacrificio al Padre. Todos los frutos de su vida y sus sufrimientos los colocó en manos de su Padre, cuando clamó: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Habiendo dicho esto a gran voz, murió.

Su muerte victoriosa impresionó mucho a los espectadores. Un centurión romano exclamó: "Verdaderamente este hombre era justo". Había contemplado el sufrimiento inocente del Cristo, y sin darse cuenta mostró la naturaleza sustitutiva de su muerte como sacrificio por el pecado de los hombres. Así el oficial dio gloria a Dios. La multitud volvió a Jerusalén, golpeándose el pecho, dando inconscientemente testimonio al verdadero significado de su muerte, que para ellos era un misterio.

Esperando que el sacrificio sea recibido. Cristo había ofrecido su vida y su sufrimiento a su Padre como un sacrificio por nuestros pecados. La respuesta del Padre respecto a que el sacrificio de Cristo nos libraba del pecado vendría unos días más tarde, cuando el Padre lo resucitó de los muertos.

Estuvo oculto en la tumba por tres días. Un miembro del Sanedrín, José de Arimatea, se preocupó de que fuese sepultado en una tumba nueva. En su corazón José también confesó a Cristo como Rey y esperaba su reino. El hecho que sus amigos le hayan dado una sepultura honorable mostraba también que él había sufrido como un hombre justo, haciendo expiación por otros. Además de José, para la sepultura también estuvieron presentes las mujeres que le acompañaron desde Galilea.

Cristo esperó en la tumba la respuesta de su Padre. Pero hasta el entierro habló del abandono. Había sido quitado de la tierra y las tinieblas lo cubrían. Se entregó a sí mismo voluntariamente a esta indignidad al sufrir y morir. Si estas tinieblas nos hubiesen cubierto a nosotros eternamente,

habría sido sólo el justo juicio de Dios. El Padre respondería a su sacrificio. Cristo volvería luego a la luz de la eterna comunión con Dios, y nosotros con él.

78: La redención de la vida

Lucas 24

Lucas presenta a Cristo como el verdadero hombre. El redimió la vida humana y esta redención se dejó ver especialmente en su resurrección. Los ángeles reprendieron a las mujeres por buscar entre los muertos al que vive. Pues ahora había alcanzado la vida eterna y estaba al otro lado del pecado y de la muerte. También vino a ser el dispensador de la vida y de todos los tesoros de la vida. Esto se vio cuando actuó de anfitrión en la casa y a la mesa de los hombres de Emaús. Fue exactamente en ese momento que lo reconocieron como *el Cristo*.

Creer en él de esta manera siempre significa que también nosotros tenemos vida eterna, y que también nosotros estamos al otro lado de la muerte y el pecado. No es posible creer sólo históricamente en la resurrección. Al principio fue demasiado para los discípulos el creer en él para la vida. El mensaje de las mujeres era realmente algo sin sentido para ellos. Y cuando el Cristo apareció en su medio, se pusieron tan locos de alegría que todavía no podían creerlo.

Nuestra creencia en la resurrección de Cristo no debe depender de que él se nos haya aparecido, sino en la Palabra de Dios, o, lo que es lo mismo, en la Palabra de Cristo. Es notable cuántas veces se refiere a la palabra de Cristo en este capítulo (Lc. 24) y a la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento. Moisés y los profetas habían predicho la resurrección a la vida. Cristo tenía que atravesar por todo ese sufrimiento y muerte para poder llegar hasta este punto. Todo esto se había profetizado acerca de él. Pero al resucitar era el mismo que antes. La vida humana había llegado a ser realmente victoriosa.

Sólo que ya no estaba sujeto a las leyes de nuestro universo. Por ejemplo, podía desaparecer de repente y subir a los cielos. También podía revelarse en otra forma (Mr. 16:12), porque ahora tenía un cuerpo espiritual (1 Co. 15:44). Pero todavía pudo comer frente a sus propios ojos. Además, también los visitó en el mar de Tiberias. ¿Fue esta glorificación de su cuerpo sólo parcial, esperando ser completada en su ascensión?

Pensamiento clave: *Cristo resucita como el Redentor de la vida.*

Librado de las ataduras de la muerte. El Señor Jesús fue enterrado con cierta prisa el viernes por la tarde. Luego las mujeres que solían acompañarle prepararon especias para embalsamar el cuerpo. Muy temprano la mañana del domingo fueron a la tumba y encontraron removida la piedra. Vieron también que el cuerpo ya no estaba allí. ¿Qué más podrían pensar sino que se había robado el cuerpo?

Pero de repente vieron a dos hombres vestidos con ropas que brillaban como relámpago. Se llenaron de miedo, porque sabían que estos hombres no eran simples seres humanos. Allí estaban con su pesar, su oscuridad y su pecado, frente a la luz de la gracia de Dios que los ángeles les revelaban. Inclinaron sus rostros a tierra.

Oyeron a los ángeles decir: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?" Los ángeles les dijeron que él había resucitado. ¿Acaso no les había predicho su sufrimiento, muerte y resurrección cuando todavía estaban en Galilea? Fue entonces cuando recordaron sus palabras que al principio no entendieron y no podrían haber creído. Y ahora con las palabras de los ángeles estaban frente a frente con el cumplimiento de estas cosas. Empezaron a vivir en la Palabra del Señor Jesucristo, que ahora vino a ser para ellas Palabra de vida. De repente comprendieron del todo como él había estado por encima de todas estas cosas y las había ordenado en todo momento. Todo había sido parte de la obra que el Padre le dio que hiciese. Así que creyeron, aun cuando una y otra vez encontraron difícil aceptar que todo lo que acababan de experimentar era real. Al volver a Jerusalén, las mujeres contaron todas estas cosas a los once discípulos y a los demás. Pero los discípulos simplemente no las creyeron. Sus palabras no tenían sentido para ellos. Las mujeres estarían demasiado excitadas y la una estaba agitando a la otra. Así se ve cuán poco entendieron aun los discípulos las palabras del Señor Jesús. Para ellos era simplemente imposible aceptar que él hubiera resucitado.

Todos estamos confrontados con el aparentemente inconquistable poder de la muerte. Todos iremos a la tumba. Cada día que pasa es enterrado en el sepulcro del pasado. Y nadie puede devolvernos la vida. Si Jesús resucitó, esto significa que el poder de la muerte ha sido destruido y que nuestras vidas tampoco perecerán. Para los discípulos signficó que ahora tenían vida eterna y que sus vidas tenían valor para Dios. El poder de la muerte yace en el pecado, en nuestra culpa. Si la muerte ha sido vencida, esto

significa que el poder del pecado ha sido destruido y la culpa removida, liberándonos para vivir en el favor de Dios. Todo esto estaba contenido en la sola resurrección del Señor Jesús. Pero esto era algo que los discípulos no podían creer. A menudo nosotros tampoco lo creemos. Muchas veces nosotros todavía pensamos en el indestructible reino de la muerte.

Pedro fue, sin embargo, a la tumba y vio las ropas dejadas allí solas. Tampoco podía creerlo. Pero se fue del lugar totalmente maravillado de lo que había pasado. Fue enfrentado con el milagro de la gracia de Dios, aunque todavía no estaba del todo claro para él. A Jesús todavía le faltaba reunir a todos los oprimidos y perdidos, para llevarlos a una vida en el favor de Dios mediante la fe en él. Esto lo hizo a su manera.

El Redentor de Israel. En aquella tarde del domingo, dos seguidores del Señor Jesús caminaban desde Jerusalén a su casa en Emaús. La caminata duraba dos o tres horas. Estaban metidos en una muy animada discusión de todo lo que había sucedido. El nombre de uno de ellos era Cleopas; podría haber sido un tío de Jesús y hermano de José.

Mientras caminaban, alguien se les acercó de atrás. Era el Señor Jesús. Pero no le conocieron. Su apariencia era distinta que la anterior y además Dios les impidió que lo reconocieran. Ellos no deberían creer que él había resucitado sólo a base de su apariencia, sino que también deberían reconocer que Dios lo había dicho. Deberían creer en la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es la base de toda nuestra certeza.

El extraño les preguntó de qué hablaban. Y ellos se preguntaban si él era el único forastero en Jerusalén que no sabía lo que había sucedido allí. Cuando él les preguntó de qué hablaban, ellos le empezaron a contar acerca de Jesús y de lo que ellos esperaban de él. Había sido un gran profeta, poderoso en palabras y obras. Todo el mundo vio que vivía para Dios. Pero ahora los ancianos lo habían matado y todo se fue a la tumba con él: sus esperanzas para sus vidas, sus esperanzas sobre la restauración de Israel y sus esperanzas sobre las bendiciones que vendrían sobre todas las naciones a través de Israel.

Pero a causa de todo lo que esperaban no podían dejar de pensar en él. El había dicho que era el Redentor de Israel. Ellos habían creído en él, pero él ahora había muerto. Ya habían pasado tres días desde el tiempo de su muerte y no había vuelto de los muertos, ni tampoco se había revelado a toda la nación para levantar a los muertos de sus tumbas. Por cierto, algunas mujeres habían informado que algunos ángeles les habían dicho que él

estaba vivo y algunos de sus discípulos también habían encontrado vacía su tumba, pero a él no lo habían visto. Si hubiera estado vivo, de seguro que se hubiera manifestado a toda la nación de Israel.

Fue en ese punto cuando el extraño empezó a hablar. Los reprendió por su incredulidad, y les dijo: "¿No decían las Escrituras que el Mesías debía sufrir y morir, y entrar así en su gloria?" Tuvo que sufrir la muerte a fin de destruir para todo su pueblo el poder de la muerte. Así entraría en su gloria, aunque ésta no sería revelada de inmediato a todos los hombres. Los que creen en él por la fe verían gloria. Todo lo que dijo lo apoyó con las Escrituras. Ellos no sabían lo que oían. Se les estaban abriendo las Escrituras. Nunca antes habían visto las Escrituras en esa luz. ¿Podía ser cierto que él había resucitado? La esperanza ardía en sus corazones, pero no podían creerlo de gozo. ¡Su redención significaría la redención completa de la vida!

Mientras tanto, ya se estaban acercando a Emaús y el extraño actuaba como si tuviera que seguir por su propio camino. Pero ellos le instaron a quedarse con ellos en Emaús, pues ya era tarde. Ya no podían estar sin oír sus palabras; para ellos eran la vida misma.

Ya en casa, se sentaron a comer. De inmediato el huésped tomó la iniciativa. Oró dando gracias, partió el pan de la pascua y les dio de comer. Inmediatamente se dieron cuenta quién era. ¡Era el Señor Jesús mismo! Dado que por su resurrección tiene todas las cosas en su poder, él puede dar la vida y proveer para las necesidades. Distribuye su favor y el favor de su Padre. En esta vida, él es Anfitrión. Ellos le reconocieron asombrados. Nunca podremos conocer al Cristo sino con asombro.

En ese mismo momento desapareció. Después de su resurrección el Señor Jesucristo tenía ese poder. Podía aparecer y desaparecer a voluntad. Ellos se miraron y dijeron: "¿No nos sonaba conocido cuando abrió para nosotros las Escrituras en esa forma? Era como estarle oyendo otra vez. Y sin embargo no le reconocimos. ¿Cómo pudo ser de esa manera? Todavía no podíamos creer".

¿Por qué desapareció Jesús tan de repente? El no quería darse a conocer aquí y allá a individuos aislados, sino que quería juntar a su propio círculo, la comunidad de su pueblo. Y fue todo un éxito, porque esos hombres no pudieron seguir en Emaús ni por un momento más. De inmediato se pusieron en marcha a Jerusalén. Antes que pudieran decir una palabra, el círculo de gente que estaba reunida allí les dijeron, "¡Sí, es cierto, el Señor ha resucitado y se le apareció a Pedro!" En seguida *ellos* contaron lo que les

aconteció camino a Emaús. Una vez más el círculo de creyentes estaba reunido. Nosotros debemos tomar nuestro lugar en aquel círculo.

Soy yo. Mientras todavía estaban hablando, Jesús apareció en medio de ellos y los saludó: "Paz sea a vosotros". Esto los asombró y sintieron miedo, pensando que veían un fantasma. Después de todo lo que habían oído, cuán poco estaban preparados para la victoria sobre la muerte. No olvidemos, sin embargo, que nosotros también tenemos miedo al reino de la muerte. El les dijo que podían tocarle y mirarle, que era realmente un hombre y no un fantasma.

Delirantes de gozo, todavía no podían creer. Estaban atónitos frente a este gran acontecimiento. ¿Era realmente el Jesús que habían conocido anteriormente? Si así era, entonces la vida que él tenía en común con ellos había sido libertada de la muerte. ¡Significaba que ellos también eran salvos! ¡Pero todavía no podían creerlo! Para probar que así era, comió con ellos un pedazo de pescado frito y miel.

Entonces creyeron. ¡Era Jesús mismo! La vida que le compartía con ellos había pasado a través de la muerte. El la había llevado a la victoria. ¡Qué diferente era ahora la vida! Ya estaban libres de la culpa y el poder de la muerte. Ahora vivían a la luz del favor eterno de Dios. Ahora estaban por encima de la muerte. Es cierto que todavía tenían que morir, pero su vida en la tierra ya no sería en vano. Las vidas de ellos no podrían ser destruidas por siempre. La vida tenía valor para Dios, porque se les había dado el privilegio de vivir en comunión con él. Un día esta vida será restaurada cuando Cristo resucite a los muertos para gloria.

Testigos de la vida. Jesús les habló de las Escrituras, mostrándoles cómo ellas habían predicho todas estas cosas. Fundamentó la fe de ellos firmemente en las Escrituras. Con este fin les abrió la mente, para que entendiesen lo que la Escritura enseñaba. Habían conocido por años esas Escrituras, pero nunca antes habían podido conocer su verdadero significado. Nunca habían podido ver la profundidad y la altura de la gracia que redime la vida. Pero ahora el Espíritu Santo alumbró sus mentes para entender las Escrituras.

También les mostró cómo las Escrituras habían predicho que esta redención de la vida sería anunciada por todas partes. La vida podía ser redimida porque la gente se arrepentiría, volverían a Dios para vivir en

comunión con él, participando en el perdón de los pecados. Todo esto fue posible por él, por el Cristo resucitado. Empezando desde Jerusalén, este mensaje tenía que ser predicado a todas las naciones.

Este debía ser el contenido del testimonio que los discípulos darían respecto a él. El Espíritu prometido que recibirían los capacitaría para dar este testimonio. Se les dijo que debían esperar ese Espíritu en Jerusalén. Y sí que dieron testimonio; a través de su testimonio nosotros podemos creer hoy en día. Como resultado, nosotros también podemos ver y experimentar la victoria de la vida, la que nos capacita para ser sus testigos también.

La reconciliación de la vida en los cielos. Jesús apareció a sus discípulos otra vez cuarenta días después de su resurrección. Los llevó fuera de la ciudad en dirección a Betania. Allí en uno de los montes se paró, levantó las manos y los bendijo. Y mientras los bendecía, fue tomado hacia el cielo y los dejó.

¿Qué haría en los cielos? En la tierra había dado su vida en sacrificio por los suyos. Pero ahora, como sacerdote, fue a presentar ese sacrificio al Padre. Sobre la base de tal sacrificio él puede ahora crear una perpetua comunión entre nosotros y Dios. Somos bendecidos en esa comunión. Es por esto que subió al cielo mientras bendecía a sus discípulos.

Cristo está actualmente redimiendo la vida mediante su bendición. Los discípulos tuvieron el privilegio de ser sus mensajeros. ¿Nos asombra que sus discípulos hayan vuelto a Jerusalén con gran gozo, aun cuando él los había dejado? Ellos estuvieron de continuo en el templo, alabando y dando gracias a Dios. Ellos finalmente pudieron ver la redención completa de la vida que está en Cristo. Y si nosotros también la vemos, ¿no debemos estar llenos de gozo, sabiendo que él está constantemente ocupado por nosotros en el cielo?